



OLGA
SALAR



Íntimos Enemigos

«Sexy, de tacón de aguja de firma, donde el deseo es un arma de doble filo que te transforma de seductor a seducido cuando tratas con tu enemigo más íntimo.»

RUTH M. LERGA, finalista PREMIO DAMA '12

VERSÁTIL

ePUB

¿Quién conseguirá la vicepresidencia del grupo editorial *Von*? ¿Daniel que sufre de compromisofobia o Ariadna víctima de amorofobia?

Ariadna y Mónica son amigas desde que nacieron, sus padres son socios en el grupo *Von*, uno de los más importantes del país, que abarca desde una editorial, una cadena de radio, a varias revistas y un periódico. Daniel es el hermano mayor de Mónica y el amor secreto de Ariadna, aunque él nunca la haya visto como una chica, sino como a la amiga de su fastidiosa hermana pequeña.

Varios años después pasarán el verano en Roma juntos, y algo sucederá entre ellos que les cambiará para siempre, aunque ellos aún no lo sepan. Después de ese encuentro Daniel no volverá a verla hasta muchos años después, pero no se encontrará con la misma Ariadna, ya no es la chica anodina que él conoció, sino una mujer preciosa y segura de sí misma que ha regresado para plantarle batalla. Deberán competir por la vicepresidencia del grupo empresarial de sus padres dirigiendo dos revistas del grupo relacionadas con la moda y la alta costura.



eBooks con estilo

Olga Salar

Íntimos enemigos

ePUB v1.2

theonika 20.05.13

más libros en epubgratis.me

Título original: *Íntimos enemigos*

Olga Salar, 2013.

Diseño/retoque portada: Eva Olaya

Editor original: theonika (v1.0 a v1.2)

ePub base v2.1

A mi madre,
por enseñarme a amar la literatura

Prólogo

Abril de 2000

—Eres un idiota, Daniel —le acusó Ariadna molesta, con las manos apoyadas en la cintura y los ojos brillantes por la ira. La sangre se había acumulado sobre sus pálidas mejillas, que se veían ahora coloradas.

—Y tú una cría —anunció él condescendiente.

Se sintió importante, mayor, maduro, pues tenía casi tres años más que Ariadna y ya había superado esa etapa infantil en la que ella todavía vivía y que parecía poco dispuesta a abandonar.

Ariadna se sintió insultada: no era lo mismo llamar a alguien idiota que ser tachada de cría; lo primero era perdonable y demostrable, lo segundo era una afrenta que la hería en lo más profundo, y que demostraba que efectivamente, él era un idiota. La rabia hizo que apretara los dientes con fuerza cuando comprendió que era así como él la veía, como una niña... No se había dado cuenta de que a sus quince, ya era casi una mujer. Un pensamiento rozó su mente intentando consolarla: que él no hubiese sido capaz de verlo, no quería decir que no lo fuera, aunque serlo o no, servía de muy poco si él seguía ignorándola.

Daniel sonrió complacido, sabedor de que había dado en el clavo con la provocación, sin entender hasta qué punto había pasado el límite para convertirse en un insulto en toda regla. Ariadna era igual que su hermana Mónica, esa era la ofensa que más les afectaba. Con sus minifaldas y sus tacones, creían ser mujeres de los pies a la cabeza cuando no eran más que unas niñas jugando a ser mayores, sobre todo Mónica. Ariadna al menos no se pintaba como una puerta ni se vestía con ropa de catálogo como las de las modelos de las revistas, que sin las curvas necesarias para lucir ropa ceñida le hubieran sentado tan mal como a su hermana, o tal vez peor, dado que ella era más delgada y tenía menos pecho. Sólo sus enormes ojos verdes y su inteligencia la hacían diferente al resto, lo que no era nada en una edad en la que las hormonas dictaban los gustos de los chicos. Quizá, consciente de ello, vestía con ropa que le venía grande y con colores poco llamativos.

En realidad le caía bien, y eso era más de lo que podía decir de su hermana, que se pasaba el día colgada al teléfono o revoloteando detrás de sus amigos como si alguno de ellos fuera a interesarse por ella. Imposible, era una regla universal que todo amigo tenía clara: las hermanas eran intocables, y si eran tan pesadas como Mónica, mucho más.

—Adiós, Daniel —se despidió ella con la voz temblorosa, como si estuviera aguantándose las lágrimas.

Con la nueva situación de sus padres, Ariadna iba a marcharse de su país, a separarse de sus amigos y a cambiar de instituto. No obstante, de todos esos cambios el que más le dolía era tener que alejarse de Daniel. Que él no se diera cuenta de que existía no quería decir que ella no se hubiera fijado en sus ojos azules y en su cabello castaño claro peinado con gomina para darle ese toque de recién levantado que hacía que su corazón latiera desbocado, y que las manos le sudaran sin parar.

—Espera Ari —le pidió él acercándose hasta ella y usando por primera vez un diminutivo de su nombre—. ¿Te veremos este verano? —preguntó repentinamente interesado en la respuesta.

—No, será Mónica la que venga a Londres para que pasemos un mes juntas. Así aprovechará para practicar inglés. Tu madre y la mía ya lo han arreglado todo —le explicó con las rodillas temblorosas

ante su inesperada proximidad. Estaba tan cerca que podía oler la colonia que llevaba puesta y percibir el calor que desprendía su cuerpo. Archivó la sensación para recordarla más tarde cuando estuviera lejos y Daniel no fuera más que un doloroso recuerdo.

—¿Sabes? A lo mejor te echo de menos —le confesó él sorprendiéndose a sí mismo con sus palabras. No es que no fuera cierto lo que acababa de decir sino que simplemente no se había dado cuenta de ello hasta ese mismo momento en que habían escapado de sus labios.

—A lo mejor yo a ti también —concedió ella, tímidamente.

«*Mentirosa*» se acusó a sí misma, sabía perfectamente lo mucho que iba a extrañarle. Se aguantó las lágrimas que se agolpaban en sus ojos al pensar en todo lo que iba a dejar atrás, y sonrió tristemente. Intentando contener el nudo de desconsuelo que sentía en la boca del estómago.

Daniel alzó una ceja con picardía, mientras se acercaba más a ella, sus ojos azul oscuro clavados en los verdes.

—Esto es para que te resulte más fácil recordarme —murmuró en un susurro apenas perceptible, si Ariadna no hubiese estado tan pendiente de su boca seguramente no lo hubiera escuchado.

Antes de que ella pudiera replicar una respuesta o comprender lo que iba a hacer, Daniel posó sus labios sobre los de Ariadna, que se había quedado paralizada por la sorpresa. Ni en un millón de años hubiera creído que él la besaría. En sueños lo había imaginado muchas veces, los besos que habían compartido entonces, habían sido muchos y variados: delicados, apasionados, amistosos, inesperados... Pero los sueños eran algo remoto e inalcanzable. No obstante, lo que estaba sintiendo era real y superaba con creces cualquiera de sus fantasías.

Daniel presionó sus labios con insistencia para que ella separara los suyos, y en cuanto lo hizo, sumergió la lengua en su boca. La sensación fue sobrecogedora para ambos. Ariadna no sabía como ninguna de las otras chicas a las que había besado antes, era suave y cálida, acogedora. Su sabor hacía que el vello de su nuca se erizara y que una serie de ideas tontas invadieran su cabeza, descontrolando sus reacciones. ¿Desde cuándo la amiga de su hermana se había convertido en alguien interesante que besaba tan bien? Se separó de ella con un empujón poco amable, aturdido por las sensaciones que le había despertado el beso. Un beso que no había planeado con una chica a la que nunca había mirado de ese modo, o para ser más exactos, alguien a quien no se permitía mirar de ese modo.

—¿Daniel, qué pasa? —preguntó ella confusa por su reacción.

—Adiós Ariadna, buen viaje —se despidió dándose media vuelta y alejándose a toda prisa de allí.

Capítulo 1

Roma, Julio de 2002

El hall del hotel era un continuo ir y venir de turistas que llegaban buscando refugio del abrasador sol de la tarde.

El recepcionista miraba curioso a las cuatro personas que estaban sentadas de cualquier manera en los sillones reservados para que los huéspedes pudieran leer la prensa o simplemente olvidarse del calor que hacía fuera. Tuvo que fijarse mucho para comprender que la persona de pelo corto y oscuro, que había sido tan amable con él cuando habían tropezado al salir del comedor del desayuno, era una chica. En el breve instante en que se habían disculpado los dos, Giacomo había notado que algo no encajaba, a simple vista parecía un chico, pero no lo era.

Vestía ropa holgada y bastante masculina, vaqueros anchos y camiseta de manga corta varias tallas más grandes de lo adecuado, pero su voz dulce y aflautada no era para nada la voz de un varón. Y es que una vez que uno se fijaba en su perfecta piel y en sus ojos verdes, era fácil distinguir que se trataba de una chica con una belleza serena que se esforzaba mucho por pasar desapercibida.

Giacomo estaba seguro de que sería una auténtica preciosidad si se tomara la molestia de arreglarse un poco y resaltar sus cualidades naturales. Lo llamativo en ella era que a pesar de su ropa masculina, sus gestos y movimientos eran gráciles y elegantes, al igual que su voz cuando le pidió disculpas en un perfecto italiano. Siguió observando al grupo en el que se encontraba la chica misteriosa, que tan intrigado le tenía, algo bastante notorio teniendo en cuenta que Giacomo había visto de todo en sus años en El Imperial.

Había otra muchacha más en el grupo, una rubia que a diferencia de la morena, destilaba feminidad de la cabeza a los pies. Su cabello largo y dorado, sus ademanes coquetos... Los otros eran dos chicos, que parecían un poco mayores que ellas, Giacomo acostumbrado a tratar con el público, calculó que tendrían un par de años más. Ambos vestían como cualquier adolescente corriente, con vaqueros y deportivas. No fue por su físico por lo que siguió estudiando al grupo. Lo hizo, además de porque la chica morena le había llamado la atención y había despertado su curiosidad, porque las reacciones del cuarteto también eran, cuando menos, entretenidas.

El grupo oscilaba entre la animada charla y los silencios tensos. Giacomo no tenía muy claro si estaban discutiendo acaloradamente o simplemente bromeaban entre ellos. La rubia estilosa se levantaba a cada minuto para pasarse frente al chico de cabello oscuro que parecía no enterarse de nada, puesto que tenía la vista clavada en la puerta de acceso al hotel con el único fin de no mirarla a ella.

Giacomo sonrió divertido por la escena y cambió su atención hacia los otros dos. La muchacha misteriosa y el que parecía el cabecilla del grupo, fingían interés en sus respectivas lecturas, pero no hacían otra cosa que dirigirse miraditas fugaces, con tanta sincronización que cuando uno levantaba la mirada el otro terminaba de bajarla. Giacomo volvió a sonreír, cada vez más entretenido con ellos. Después de más de siete años trabajando en el hotel, había visto toda clase de situaciones extravagantes y la que acababa de presenciar podía clasificarse perfectamente en la categoría de «jugar al gato y al ratón».

Suspiró cansado y miró el reloj, todavía le quedaban unas cuantas horas antes del cambio de turno, y

no es que se tratara de un día entretenido, ya que aparte de entregar llaves a los huéspedes que regresaban a sus habitaciones tras la comida, no había más movimiento que aligerara el paso de las horas. Giacomo se deslizó las manos por el cabello, resignado a su destino y volvió a clavar la vista en el ordenador que tenía delante. «*Ojalá la morena tuviera suerte*», pensó mientras revisaba las reservas para ese día, al fin y al cabo, estaba en una de las ciudades más románticas del mundo.

—Me vuelvo a la fontana di Trevi, aún tengo que pedir al menos tres deseos más y vosotros me aburrís —les comentó Mónica muy seria.

Los cuatro amigos llevaban ya una semana en Roma y esta era la tercera vez que Mónica iba a la célebre fuente a lanzar monedas y a pedir deseos. Aunque tampoco era de extrañar puesto que había hecho lo mismo en Venecia cruzando el ponte dei Sospiri alrededor de unas veinte veces y pidiendo un deseo cada vez que lo hacía, a pesar que ninguno de ellos había escuchado nunca que esa fuera una tradición de los venecianos.

Daniel resopló, estaba seguro que ni siquiera su hermana era capaz de tener tantos deseos acumulados. Mientras, Ariadna esperaba que Florencia, su próximo destino tras abandonar Roma, no tuviera también algún monumento emblemático al que su amiga pudiera ir cada día en peregrinaje.

La morena sonrió ante la idea y siguió con lo que estaba haciendo, en realidad con lo que llevaba haciendo desde que se había vuelto a encontrar con Daniel: fantasear con que él volvía a besarla, entre tanto le miraba disimuladamente escondida detrás de las páginas de la revista que estaba hojeando.

—Mónica no puedo creer que pienses que va a funcionar. Es solo una tonta superstición y un modo de recaudar dinero para el mantenimiento de la fuente —la provocó Daniel riendo burlonamente.

Su hermana ignoró el comentario y alzó la nariz muy digna.

—¿Ariadna, te vienes conmigo? —le preguntó con la esperanza de que aceptara. La idea de ir sola por una ciudad desconocida no la atraía lo más mínimo, aunque la causa valiera la pena.

—Creo que no. Me duelen muchísimo los pies, voy a darme un baño largo y relajante a ver si consigo que mis músculos vuelvan a funcionar, además, estoy segura que si doy un paso más seguramente me quede sin dedos —la cara de desilusión de Mónica la hizo sentir mal, pero era realmente cierto que no podía dar un paso más sin romperse en pedacitos. Desde que habían llegado a Italia iban andando a todas partes, menos en Venecia que habían usado y abusado del vaporetto. Esa mañana habían andado tanto que tenía agujetas en músculos que ni siquiera sabía que tenía.

—Yo te acompañaré —se ofreció Sergio con una sonrisa arrogante—. Está lleno de turistas y con un poco de suerte y mi irresistible encanto, encontraré una cita para esta noche. ¡A vosotros os tengo demasiado vistos! —se quejó con fingida desilusión.

Mónica puso los ojos en blanco... ¿Para qué quería él turistas estando ella allí? Se había pasado todo el invierno riéndole los chistes, incluso se había decidido por la optativa de Informática en el instituto solo para poder pedirle ayuda, ya que Sergio se había matriculado en Informática en la Universidad. El amigo de su hermano era tonto... ¿Cómo no se daba cuenta de lo increíble que ella era? «*Porque eres la hermana de su mejor amigo. Nunca serás una chica para él*» se dijo cada vez más desilusionada. Se sentía estafada por Daniel, de todos los chicos que su hermano conocía, ¿por qué había elegido a Sergio como mejor amigo?

Una desconocida sensación de derrota se instaló en su estómago oprimiéndolo con fuerza cuando al

fin comprendió que nada de lo que hiciera conseguiría que él olvidara ese nimio detalle. «*¡Pues peor para él!*» Volvió a erguirse más tiesa si era posible y fingió ante todos y ante sí misma que no le molestaba el comentario ni la intención de Sergio de buscarse una cita. Siempre se le había dado bien fingir que no le importaban las cosas que realmente lo hacían, y la única persona capaz de darse cuenta de ello, estaba demasiado pendiente de su revista y de su estúpido hermano como para recriminarla por ello.

—De acuerdo. Esta es la excepción que confirma la regla de «más vale sola que mal acompañada» —Sergio se iba a enterar, vaya si se iba a enterar de que además de hermana de... era una chica—. Pero dame un segundo que me cambie los zapatos, yo también tengo los pies molidos— añadió en un tono de voz de repente meloso y muy dulce. Ariadna levantó la cabeza de su revista y la miró interrogante, al parecer era la única que había captado la sutil diferencia, los demás seguían a lo suyo, Daniel con su periódico y Sergio pendiente de la puerta del hotel.

Este último sonrió a modo de respuesta, y Daniel ignoró a su hermana enfrascado en su lectura. Mónica se alejó hacia los ascensores con una risa calculadora en los labios y un brillo malicioso en sus ojos azules.

Permanecieron sentados en el hall del hotel, a salvo de las altas temperaturas de la calle, en los cómodos sofás que había frente a la recepción. Ariadna y Daniel siguieron leyendo, mientras Sergio seguía con la mirada clavada en la entrada, pendiente de los huéspedes que deambulaban por allí, o para ser más exactos, de las féminas a las que pretendía abordar en cuanto se diera la ocasión.

Diez minutos después, Mónica volvió a pararse frente a ellos, se había cambiado los pantalones capri que llevaba y se había puesto un top de tirantes rojo y una minifalda diminuta que dejaba al descubierto sus bronceadas piernas.

—¿Nos vamos? —preguntó mirando fijamente a Sergio con un brillo divertido en la mirada y una sonrisa pícaro en los labios.

—¿Y ese cambio? —le preguntó Daniel levantando con desgana la vista hasta su hermana.

—¡Oh! He decidido que yo también voy a buscarme una cita para esta noche —comentó ella con candor, no obstante, aunque respondió a su hermano, no apartó los ojos de Sergio, a quien realmente iba dirigida la respuesta.

Este se atragantó con la saliva que estaba tragando y Mónica sonrió inocentemente a Ariadna, que observaba todo en divertido silencio. Si él no se decidía a mirarla como ella quería, seguramente otro sí que lo hiciera. Había decidido seguir con su vida y no cerrarse ninguna puerta... Quizás unos pocos celos consiguieran lo que no alcanzaban ni las insinuaciones ni los comentarios directos, desesperarse nunca era una solución.

Habían pasado ya quince minutos desde que Sergio y Mónica se hubieran ido, y Daniel y Ariadna aún permanecían sentados en el hall del Hotel Imperial, manteniendo la farsa de que no estaban pendientes el uno del otro. Finalmente fue Daniel quien rompió la tregua.

—¿Quieres hacerme un favor? —preguntó inesperadamente al tiempo que se retorció las manos, nervioso y menos seguro de sí mismo de lo que se mostraba normalmente.

Ariadna sonrió cuando la idea de hacerle un favor se materializó en su cabeza como la escena de una comedia romántica.

—Claro —contestó al tiempo que se ponía en pie deseosa de llegar a su habitación y quitarse de una vez los zapatos. Y ya de paso, escapar de la profunda mirada a la que estaba siendo sometida.

No era buena idea quedarse a solas con Daniel, en esos momentos su cabeza comenzaba a funcionar sola y la realidad de lo que sucedía después no era ni de casualidad similar a lo que ella imaginaba. Mejor marcharse cuanto antes y ahorrarse lamentaciones después.

—No te cortes más el pelo, déjate largo —pidió Daniel sin levantarse de su sillón, pero sin apartar su mirada azul de los ojos de ella. Su rostro no mostraba ninguna pista de por qué le había pedido algo así.

—Vale —fue lo único que Ariadna fue capaz de contestar.

Se dio media vuelta y se dispuso a esconderse en su habitación hasta que sus amigos regresaran y fuera más fácil estar con Daniel. Eso era lo que llevaba semanas haciendo, evitar quedarse a solas con él. No quería escuchar alguna disculpa retrasada por el beso que le dio la última vez que se vieron, o ser testigo de algún coqueteo mal disimulado con alguna de las chicas que se le quedaban mirando embobadas. De modo que por eso huía cada vez que el destino se empeñaba en dejarlos a solas.

Daniel ajeno a las dudas de Ariadna, sonreía entre la diversión y la frustración, consciente de su error al mostrarse tan impulsivo. A pesar de que había aceptado, solo por llevarle la contraria, su amiga jamás se dejaría el pelo largo. No obstante, no pensaba demostrarle lo estúpido que se sentía por haber mostrado sus cartas antes de hacer la apuesta.

La sonrisa de suficiencia de Daniel cuando ella había aceptado complacerlo puso de mal humor a la joven, solo tenía dos años más que ella, ¿por qué narices iba de experimentado? *«Porque con una sola frase hace que te derritas»* se respondió en un arranque de sinceridad personal.

En los dos años transcurridos desde que ella había abandonado España y se había instalado con su madre en Londres, Daniel no había tenido ninguna novia que le durara más de un par de meses. Mónica la tenía bien informada de todo lo que pasaba en su vida. De acuerdo que la lista era larga, pero eso no le daba derecho a creerse superior ni a examinarla de ese modo o a hacerle comentarios misteriosos que le aceleraban el pulso y la respiración, para acto seguido mirarla como si fuera una niña que se había equivocado en una suma complicada.

Desde que habían vuelto a verse se había mostrado intermitente en su interés por ella, igual parecía atraído que indiferente y Ariadna no sabía a qué atenerse con su actitud. ¿Fingía interés o indiferencia?

Sin hacer el más mínimo comentario, esbozó una sonrisa incómoda y desapareció hacia la zona de los ascensores soñando con el tan ansiado baño relajante.

Ariadna se sumergió en el agua caliente y gimió encantada al sentir cómo se le destensaban los músculos. Hacer turismo en Roma en pleno mes de julio era casi un suicidio. Le dolían cada una de las articulaciones del cuerpo, entre el calor y los interminables paseos, se sentía derrotada, a pesar de ello estaba disfrutando al máximo de su visita a Italia, estar con sus amigos era lo que más había extrañado viviendo en el nebuloso Londres.

Seguía en la bañera, cuando cinco minutos después de haberse metido en el agua, llamaron a la puerta. Cerró los ojos decidida a ignorar a quién fuera que estuviera interfiriendo en su momento de paz.

Era imposible que fuera Mónica puesto que se acababa de marchar, y era demasiado tarde para que fueran las encargadas de la limpieza, así que seguramente era alguien que se había equivocado de número de habitación. Siguió unos segundos más con los ojos cerrados, pero ante la insistencia del visitante, que parecía no querer darse por vencido, apartó su sueño de desconectar y relajarse, y salió gruñendo del agua. Se envolvió en una de las toallas blancas con el logotipo del hotel en azul, y fue de mala gana a ver quién era el molesto huésped desorientado.

Daniel estaba a punto de volver a llamar cuando Ariadna le abrió la puerta con cara de pocos amigos.

—¿Por qué has tardado tanto? ¡Vaya! Lo siento —se disculpó al verla envuelta en la toalla con el cabello mojado chorreando y los ojos más verdes que nunca—. Creía que te habías dormido como no abrías...

—¿Qué quieres Daniel? —le preguntó incómoda por estar medio desnuda frente a él. La toalla era lo suficientemente corta como para que quedaran sus piernas casi completamente expuestas a su penetrante y descarado escrutinio.

Daniel no contestó inmediatamente. Ariadna estaba a punto de repetir la pregunta cuando por fin él se decidió a responder.

—¿No vas a dejarme pasar? —pidió con voz ronca, evitando apartar la mirada de su rostro.

Ariadna simplemente se retiró del quicio de la puerta sin decir nada más, el gesto ya era suficiente invitación. Daniel entró lentamente y se mantuvo en silencio, observándola. Sabía que la estaba haciendo sentir incómoda, pero era incapaz de dejar de mirarla, admirado y excitado al comprobar que Ariadna fuera tan femenina bajo sus ropas.

—Voy a vestirme —anunció ella, ansiosa por abandonar la habitación que se estaba cargando de tensión por momentos.

—Ari —dijo para impedir que se marchara.

Ariadna se puso a temblar, la última vez que la había llamado de ese modo la había besado y tras hacerlo, la había empujado con muy poco tacto para marcharse inmediatamente después, dejándola aturdida y llorosa. Desde entonces había estado con otros chicos, pero ningún encuentro había sido como el suyo, ninguno le había importado tanto como Daniel, ni tampoco la habían tratado tras el beso con tanta frialdad como lo había hecho él. Y a pesar de la distancia y de lo mucho que se había esforzado en hacerlo, jamás había conseguido olvidarse de ese breve contacto que había evocado tantas veces en su nueva vida londinense.

Daniel volvió a repetir su nombre mientras se acercaba a ella, con sus ojos azules hambrientos y brillantes. Se paró a un solo un paso de distancia, mirándola interrogante, pidiéndole permiso con los ojos. Ariadna se sorprendió a sí misma cuando avanzó el último paso que les separaba, y se lanzó sin pudor a sus brazos. Daniel la recibió de buen grado. Desde que había vuelto a verla no había podido concentrarse en otra cosa más que en ella. El cuerpo delgado que él recordaba se había llenado de curvas, unas curvas que Ariadna escondía debajo de sus camisetas anchas y sus vaqueros desgastados. Pero en ese instante, envuelta tan solo con una fina toalla, por fin había visto lo que en esas últimas semanas se había deleitado imaginando que había debajo. Pero su fantasía no le había hecho justicia a su esbelto cuerpo ni a su cremosa piel.

Dejó de pensar cuando sintió sus manos calientes recorrerle la espalda por debajo de la camiseta que llevaba. El beso se volvió desesperado cuando cayeron sobre la cama, en un revoltijo de piernas y

brazos. La toalla estaba húmeda y empapó su camiseta humedeciéndola con el contacto. Daniel se separó de ella y se la quitó de un tirón, estuvo tentado de hacer lo mismo con la toalla que envolvía a Ariadna y que impedía que sintiera su cálida piel, pero se contuvo para no asustarla. Hacía dos años que no sabía de ella, pero su amiga no daba el perfil de chica experimentada, lo que menos pretendía era intimidarla.

Para su sorpresa, ella se mostró audaz cuando llevó las manos a los botones de sus vaqueros, Daniel se preguntó entonces si ella sería más avezada de lo que parecía, pero descartó la idea cuando vio el temblor de sus dedos.

—¿Ari? —preguntó en un tono sorprendido y excitado al mismo tiempo.

—¿No quieres? —le interrogó ella enrojeciendo, y sintiéndose más vulnerable que nunca antes, incluso más que cuando se despidieron la última vez.

Daniel no respondió, volvió a posar sus labios sobre los de ella mientras tiraba con fuerza de la dichosa toalla.

Capítulo 2

Madrid, enero de 2012

Ariadna miraba en silencio a través de la ventanilla del avión, en las nubes literal y metafóricamente, mientras su madre dormitaba en su asiento o más bien fingía hacerlo. En realidad su pequeña farsa no la había engañado en ningún momento. Conocía de sobra las artimañas de Nora para evitar la conversación que tenían pendiente. Una que, prácticamente, se remontaba al momento en que su progenitora le había anunciado que regresaba con ella a España. El mismo país del que había huido despavorida en cuanto se separó de su padre.

Por eso le resultaba tan incomprensible la decisión de su madre que, sin ningún aviso previo, le había soltado la bomba informativa, para segundos después, salir disparada de su piso en Londres. Por no hablar de cómo se las había ingeniado para evitar dar ninguna explicación sobre su inesperado cambio de domicilio.

Nora no había vuelto a hablar con su hija hasta que coincidieron en el aeropuerto de Heathrow. La casualidad o las artimañas de esta, habían conseguido que cada vez que Ariadna llamaba a casa de su madre, Meredith, su adorada tata, la mujer más fiel y leal que había conocido nunca, le informara de que su progenitora había salido y que no sabía cuándo iba a regresar. ¡Incluso había conseguido que ella mintiera para salvarle el pellejo! Ariadna se desesperó. Pero ahí no habían terminado las casualidades sorprendentemente el móvil de Nora se había quedado sin batería y ella había sido incapaz de cargarlo hasta el mismo día de la partida, en el que por supuesto ya era innecesario.

Pero la implicación de Meredith había ido más allá de una mentira piadosa. La vieja tata había aparecido en su piso para despedirse de ella, impidiendo de ese modo que Ariadna tuviera que presentarse en casa de Nora, con quien vivía, para decirle adiós, evitando así que madre e hija se encontraran antes de tiempo.

Ariadna había deambulado enfurruñada desde entonces. Los malditos preparativos de última hora le habían impedido plantarse en la puerta de su manipuladora madre para que le explicara de qué iba todo su numerito. Si el viaje era para controlarla, ella ya era lo suficientemente mayor para no necesitar una niñera, y si era otra la razón que la motivaba a viajar, ella se merecía conocerla, ya que iban a compartir vuelo y, Dios no quisiera, también alojamiento.

Nora había decidido que la mejor manera de evitarse la regañina de Ariadna era cerrar los ojos y hacer como que dormía. Lo malo era que nunca había sido capaz de estar callada durante mucho tiempo, sin contar con que al fingirse dormida, no podía disfrutar del azafato moreno que no había dejado de mirarla desde que embarcaron en Heathrow. Cansada de tanta quietud y silencio comenzó a removerse en su cómodo asiento aparentando que se despertaba en ese instante. Con el tiempo que había estado sin moverse calculó debían de estar a punto de aterrizar, y Ariadna sería incapaz de pensar y mucho menos de regañarla en esos momentos.

Aún no había abierto los ojos completamente cuando su hija se lanzó con la tan temida perorata.

—No puedo creer que hayas decidido regresar conmigo, mamá. Pero todavía me cuesta más creer que

no quieras darme una explicación del porqué de tu viaje. No soy ninguna niña. No puedo creer que estés aquí para vigilarme. ¿Dónde vas vivir? —le advirtió entre divertida y frustrada al ver como su madre simulaba que acababa de despertar de su siesta—. La idea de volver a vivir contigo no me atrae mucho, la verdad —siguió razonando—, por Dios, tendré que conocer a tus ligues —bromeó Ariadna, cada vez menos enfadada y más burlona, y es que había que reconocer el ingenio con que capeaba el temporal.

Nora se dio por vencida, abrió los ojos completamente y se sentó derecha. Antes de contestar clavó sus ojos en el chico que se paseaba por el pasillo avisando a los viajeros de que debían sentarse y abrocharse el cinturón, ya que estaban a punto de tomar tierra.

—Cariño, yo tampoco quiero compartir piso contigo. Me mudo a nuestra antigua casa —le anunció Nora, como si vivir con su exmarido fuese la cosa más natural del mundo. Ya lo había soltado, ahora tocaba la peor parte de la regañina.

—¿Lo sabe papá? —le preguntó Ariadna perspicaz.

—Por supuesto, pero no entiendo tu pregunta, esa aún sigue siendo mi casa. Que no se te olvide. Jorge jamás se opondría a que yo viviera allí —explicó visiblemente complacida por la aceptación de su ex.

—Vale, mamá —concedió intentando evitar el tema. Al menos mientras estuvieran en un avión repleto de gente demasiado interesada en su madre y sus aspavientos.

—Cariño tu padre y yo siempre hemos tenido una relación fantástica... —siguió contando a pesar de los esfuerzos de Ariadna por olvidar el tema.

—Lo sé, mamá.

—No, no lo sabes. Siempre que he venido de compras a Madrid me he quedado con Jorge y...

—¡Mamá, no quiero saberlo! —la cortó Ariadna, cada vez más alucinada con la falta de decoro de su madre.

Era realmente turbadora la capacidad de Nora para airear los trapos sucios con tanta tranquilidad. La franqueza sin filtros, era una de las costumbres que había adquirido durante su estancia en España y que había transportado con ella a Londres, ganándose allí el apelativo de excéntrica entre sus amistades y la censura por parte de su abuela materna, una flemática británica amante de las buenas costumbres y del decoro.

—¡No seas infantil! —se quejó Nora lastimera, apartándose un mechón rubio ceniza de su corte Bob, detrás de las orejas.

—No lo soy, simplemente no quiero saberlo.

—Tampoco iba a contarte nada escandaloso —añadió su madre indignada.

—Bueno mamá, tienes que reconocer que contigo nunca se sabe —le respondió aferrándose con fuerza al asiento del avión.

No hubo ocasión de seguir hablando, el azafato se acercó sonriente a informarles de que debían ponerse el cinturón de seguridad. Ariadna se quedó sin habla cuando vio a su madre fingir que no sabía abrocharlo correctamente. El chico se inclinó sobre ella más que dispuesto a brindarle sus servicios. Ariadna se frotó la sien exasperada y decidió mirar por la ventana. Esa era la mejor forma de ignorar la provocación de su madre, que había orquestado el numerito del cinturón solo para fastidiarla por su conversación anterior.

Ariadna estaba nerviosa; entre la actitud de su madre, que cada vez estaba más cerca del reencuentro que tanto temía, y la proximidad del aterrizaje, no es que se encontrara con la comodidad que hubiese esperado en su regreso a su antigua vida.

No temía al vuelo en sí, sino a los despegues y a los aterrizajes, en esos instantes decisivos el temor natural de cualquier viajero se tornaba en pánico. De hecho era tan profundo su malestar que ni siquiera el descarado coqueteo de Nora con el azafato conseguía que se olvidara del hecho de que el piloto tenía que hacer que miles de toneladas de hierro se depositasen suavemente sobre el pavimento de la pista.

Decidió probar una táctica de auto distracción que además le permitiera vengarse del evidente flirteo de su madre.

—¿Mamá no crees que a la nueva novia de papá no le hará mucha gracia que vivas allí con él? —comentó intentando olvidar las maniobras que hacía el avión y provocar a su progenitora, todo al mismo tiempo; una táctica de despiste que nunca había utilizado y que esperaba que tuviera éxito.

—Sinceramente no sabía que salía con alguien, y me molesta que no me lo haya dicho él mismo cuando hablamos el miércoles —dijo su madre arrugando el ceño, y añadió apartándose un mechón rebelde de los ojos—. ¿Y quién es? Si puede saberse, claro —Nora maldijo su impulso al comentar a la niña que pensaba vivir con su exmarido, ahora iba a quedar como una tonta si finalmente era cierto que Jorge tenía pareja. Pero si era ese el caso, ¿por qué no se había negado a su propuesta de vivir juntos de nuevo? Y ¿por qué no se lo dijo en noviembre cuando estuvo en Madrid para la Cibeles Madrid Fashion Week?

Nora sonrió templando su enfado, sin embargo no consiguió ocultar su disgusto a su hija. Ariadna era consciente de ese hecho porque el acento británico de su madre se marcaba tanto que le costaba entender lo que decía.

—No lo sé, mamá. Solo era una suposición —le dijo intentando contener una sonrisa triunfal.

El cabreo de Nora era una simple cuestión de confianza. Lo que realmente le molestaba era que ni Ariadna ni Jorge hubieran compartido con ella la información de su supuesto noviazgo. Sobre todo teniendo en cuenta la razón por la que había hecho apresuradamente la maleta. Tan apresuradamente como cuando se marchó doce años antes sin darse tiempo para pensar en cómo solucionar un problema que en aquel momento le había parecido insalvable, y que con la madurez de los años transcurridos, se había dado cuenta de que no lo era. Principalmente cuando en esos instantes lo que la había empujado a dejar su vida en Londres era el sueño de recuperar aquello que había abandonado tan a la ligera cuando era más joven e inexperta.

Y es que Nora se sentía capaz de deshacerse de cualquier veinteañera que se cruzara en su camino, su seguridad en sí misma era admirable, aunque tuviera motivos más que de sobra para sentirla, ya que era una mujer espectacular en más de un sentido. Delgada y curvilínea, con los mismos ojos verdes de Ariadna y el cabello rubio ceniza en una melena corta que la rejuvenecía casi tanto como la ropa que usaba. La competencia no era el problema, su preocupación residía en que Jorge se hubiera interesado en otra mujer. Alguien que no era ella. No se engañaba pensando en que su ex se hubiera mantenido célibe, Jorge era demasiado atractivo, interesante y rico como para no verse perseguido por mujeres atractivas, pero el hecho de que siempre estuviera para ella cuando lo buscaba, avivaba la esperanza de que todavía estaba a tiempo de rectificar su enorme error.

—Pues no me parece bien que supongas tanto —la regañó con una dicción más comprensible.

—Me alegra que papá sí que pudiera hablar contigo el miércoles. Parece ser que cuando él llamó sí que estabas en casa o que tu móvil no estaba apagado o fuera de cobertura, ¿cuál de las tres fue, mamá? —preguntó Ariadna con el ceño fruncido, distrayendo la atención de su madre de sus pensamientos sobre

el pasado.

—No hagas ese gesto o te saldrán arrugas —la regañó al tiempo que le pasaba el dedo índice por el entrecejo.

—¡Mamá! —se quejó sintiéndose de nuevo una niña poco agraciada y mal vestida.

—¿Vas ir directamente a tu nuevo piso o vas a vivir con Mónica un tiempo? —le preguntó Nora desviando el tema hacia caminos menos comprometidos para ella.

—Ya te he dicho que voy a vivir en la finca de Mónica, así que no tardaré más de dos días en adecentar la casa y mudarme. Ella tiene unos horarios muy complicados en el hospital y no quiero molestarla más de lo necesario. No finjas que te planteaste en algún momento vivir conmigo, sabes que no soy buena compañera y por lo que veo he decidido que prefieres a papá —replicó guiñándole el ojo a su madre.

—Eso es verdad —concedió su madre.

—¿Cuál de las dos cosas que he dicho, que no quieres vivir conmigo o que quieres vivir con papá?

—Las dos —Nora se calló para poder sonreírle al azafato que pasaba por su lado, preparándose para abrir las puertas—. Eres demasiado ordenada, sacas de quicio a cualquiera —añadió mientras sonreía coqueta. Una cosa es que estuviera dispuesta a recuperar a su exmarido dejándolo todo atrás, y otra muy diferente que no pudiera disfrutar de la buena vista y de las atenciones que le prodigaban sus admiradores.

El auxiliar de vuelo le trajo a la memoria una duda que le rondaba hacía tiempo por la cabeza.

—Por cierto, ¿ya ha pescado Mónica a ese amigo vuestro tan mono del que lleva tanto tiempo enamorada? El morenito de ojos de caramelo. ¡Qué mala memoria tengo para los nombres! ¿Cómo se llamaba? —su sonrisa seguía fija en el azafato moreno.

—Sergio.

—¡Eso es! Sergio. Un chico muy guapo, casi tan guapo como Daniel.

Ariadna ignoró el comentario sobre Daniel y se dispuso a indagar sobre los conocimientos que tenía Nora sobre el tema.

—¿Cómo sabes tú eso? —su madre era demasiado intuitiva como para que se le escapase nada. Era eso o que su estancia en Roma había trascendido más allá de la ciudad eterna. Se sonrojó solo de pensar en que Nora pudiera saber algo sobre lo que sucedió en aquellas lejanas vacaciones.

—Cariño, era evidente para todos menos para él. La última vez que los vi juntos, a Mónica solo le faltó declararse públicamente hincando una rodilla en el suelo. Nunca he visto a nadie tan obtuso como tu amigo Sergio —comentó Nora condescendiente.

—La última vez que nos viste juntos teníamos veintitrés años mamá, ¡por Dios! —la regañó Ariadna—. A esa edad ya habíamos dejado de jugar a las miraditas.

—¿Y la edad qué tiene que ver? La mujer tiene que saber coquetear con el hombre que le gusta, y si este no se da cuenta, tiene que tener el valor de ir directa y decirle las cosas claras. No me digas que eres de las antiguas que espera siempre que ellos den el primer paso, porque si es así, hija, te voy a contar un secreto: los hombres nunca saben lo que es mejor para ellos, hay que guiarlos, dirigirles para que tomen el rumbo correcto, que casualmente coincide con nuestros intereses.

—¿Lo dices por papá? ¿Es por eso que te instalas en su casa? ¿Para guiarle por el camino correcto? —se dio cuenta que era un golpe bajo, pero la perorata de su madre la había puesto de mal humor.

Nora no dijo nada, simplemente fulminó con la mirada a su insolente hija, y con un gran esfuerzo por

su parte, se mantuvo en silencio el resto del trayecto.

El avión se detuvo finalmente y la tripulación se puso en movimiento, los pasajeros comenzaron a levantarse, mientras las asistentes de vuelo, muy amablemente y con su eterna sonrisa educada, iban dando las indicaciones pertinentes.

El azafato moreno volvió a sonreír a su madre, posiblemente esperando que esta se le acercara y le hablara, pero Nora estaba de mal humor y tampoco es que estuviera interesada en algo más que un sano flirteo. Ariadna contuvo la risa al ver la cara de desolación del hombre cuando Nora pasó por su lado sin siquiera mirarlo. «¡Pobre Matías!» pensó al leer en la chapita su nombre, «*la verdad es que es realmente guapo*», aceptó Ariadna. Ahora que su progenitora lo había ignorado descaradamente podía permitirse sentir lástima por él. Después de las confesiones de Nora minutos antes, era evidente que había algo entre sus padres. Lo que la obligaba a tener que estar atenta para no verse en medio.

Nora por su parte ni siquiera vio al azafato cuando pasó por su lado, el último comentario de su hija y la perspectiva de volver a ver a Jorge, habían desviado su atención hacia el motivo real por el que lo había dejado todo en Londres, la ciudad que la había visto nacer y que había sido su hogar durante los últimos doce años.

A Ariadna se le escapó un suspiro de alivio cuando finalmente pisó suelo firme. Volvía a su casa, a España a reencontrarse con su padre y sus amigos, con la vida que tanto le había dolido abandonar. Y regresaba siendo una persona diferente, más segura de sí misma, más fuerte y con la clara intención de conseguir la vicepresidencia de *Von*.

Tanto su padre como David, el padre de Mónica y Daniel y socio de la empresa, habían decidido brindar a sus hijos la posibilidad de participar en la dirección del grupo *Von*. Ninguno de los dos tenía pensado retirarse tan pronto, simplemente estaban delegando para poder disfrutar de viajes que no implicaran reuniones interminables, en definitiva lo que ansiaban era una vida menos sacrificada.

Mónica estaba haciendo la residencia en uno de los hospitales de la ciudad y no estaba interesada en optar al cargo. Ella siempre había soñado con ser médico pediatra y su deseo se estaba cumpliendo. Ariadna recordó la fontana di Trevi y el ponte dei Sospiri y se echó a reír. Al parecer todos los euros invertidos en la fuente habían servido tanto como los que habían utilizado para pagar las matrículas de la facultad.

De modo que solamente quedaba Daniel interponiéndose nuevamente en su camino... Lástima que esta vez no saliera huyendo como había hecho las dos últimas veces que habían estado juntos, cuando la besó por primera vez, y en Roma.

Ariadna se había licenciado en Psicología y tenía un máster en Rehabilitación Cognitiva, estudios que no le servían de mucho en su nueva empresa. Todo lo contrario que su rival que, según tenía entendido, había terminado Administración y Dirección de Empresas y tenía varios másteres relacionados con la dirección empresarial. Vale que en eso le sacara ventaja, pero en todo lo demás ella llevaba las de ganar. Principalmente porque Ariadna se había molestado en conocer al enemigo, mientras que Daniel no sabía nada de ella desde aquella calurosa tarde en Roma, en la que había abandonado inesperadamente su viaje por Italia, dejando a los tres amigos en la ciudad eterna sin ninguna explicación.

Si bien Ariadna se había licenciado en Psicología, una vez terminada la universidad, decidió viajar e inscribirse a infinidad de cursos que iban desde cocina japonesa hasta el cuidado del bonsái... Para finalmente marcharse durante un año a Nueva York y trabajar en el mundo de la moda, la única ventaja con la que contaba para realizar el encargo que su padre y David le habían ofrecido en la empresa familiar.

La prueba que sus padres les habían preparado era retorcida y maquiavélica, pero estaba dispuesta a llegar hasta el final y vencer. No se trataba solamente del trabajo en sí, lo que realmente la motivaba era arrastrar a Daniel por el polvo que levantaban sus carísimos Louboutin. Y gracias a su año en Nueva York, contaba con ciertos conocimientos que harían su cometido más fácil. Ya no era la estudiante hippie que solía ser, ahora era una mujer cosmopolita dispuesta a comerse el mundo y a quien fuera que se cruzara en su camino, sobre todo si el rival al que merendarse era alguien que la había herido en lo más profundo del alma.

Después de la comida japonesa, los bonsáis, el yoga y las clases de árabe, finalmente se embarcó camino de Nueva York, aconsejada por Nora, y colaboró con Matthew Thorpe, un inglés emigrado a la gran manzana que le mostró el lado fascinante de la moda. Matthew y Nora habían sido amigos desde niños y cuando Ariadna se encontró sin trabajo y sin más cursos excéntricos a los que apuntarse, su madre le propuso la idea de probar suerte en el campo del diseño de ropa, seguramente con la secreta esperanza de que renovara su vestuario.

Desde el primer momento la idea la fascinó, y siguió haciéndolo cada uno de los días que pasó junto a Matthew Thorpe en el pequeño imperio que había creado de la nada. Jamás había imaginado que pudiera disfrutar de ello, y ahora no se le ocurría ningún trabajo con el que pudiera ser más feliz.

Nora, sorprendentemente continuó en silencio mientras abandonaban el avión y subían en el autobús que las llevaba a la terminal en Barajas. Parecía enfrascada en sus propios pensamientos, cavilando sus estrategias. Su madre siempre había sido impredecible, pero aun así, jamás se le habría ocurrido que volvería a España y mucho menos que pretendería vivir bajo el mismo techo que su padre. Para Ariadna el tema olía a chamusquina, algo se proponía Nora, algo que seguramente Jorge no se esperaba. No estaba segura de si debía sentir lástima por su padre o alegrarse por él. Adoraba a su madre pero era consciente de que había que ser una persona muy paciente para ser feliz a su lado.

—¡Ahí están Mónica y Jorge! —exclamó Nora señalando hacia su padre y su mejor amiga.

La cara de su madre era pura inocencia y coqueteo cuando se acercaron a ellos, la de su padre reflejaba una profunda admiración por lo que estaba viendo. Nora a sus cincuenta y pocos se conservaba muy bien. Su piel seguía siendo tersa y suave y su cuerpo mantenía el equilibrio perfecto entre delgado y voluptuoso. Sus ojos, del mismo color que los de Ariadna, chispeaban cuando se cruzaron con los de su exmarido.

—¡Hola, papá! —lo saludó mientras lo abrazaba sonriente.

Desde el divorcio apenas se veían. Entre el trabajo de su padre y la negativa de ella de regresar a España, decisión tomada tras sus vacaciones en Roma, para pasar el mes que le correspondía con él en verano, la relación con su progenitor era básicamente telefónica y por email. Las pocas veces que este había escapado de sus amantes, de los libros de cuentas y de las reuniones interminables, se habían visto

en Londres. El año que Ariadna había pasado en Nueva York había limitado todavía más las visitas paternas.

Se fijó en cómo el tiempo había clareado las sienes y las patillas de su padre en un tono grisáceo que en lugar de afearlo le confería un aire interesante.

—Ariadna, cariño, estás preciosa. Por fin te has dejado el pelo largo, ya pareces una chica —bromeó con afecto—. Tú también estás preciosa Nora —le dijo mientras se separaba de su hija para saludar a su exmujer con dos civilizados besos en las mejillas.

—Gracias Jorge, tú también estás... muy atractivo, ¿sabes? Me recuerdas mucho a George Clooney con esas canas que te has dejado —concluyó con la mirada fija en él.

Jorge soltó una carcajada ante la provocación de su ex, para nadie era un secreto que Nora adoraba a George Clooney.

«¿Por qué narices se habían separado?» se preguntó. Durante su matrimonio se habían llevado bien, y Nora siempre le había gustado mucho. Desde la primera vez que la vio, se quedó prendado de ella, tanto que se la trajo a España e inmediatamente después, se casó con ella.

Apartó esos peligrosos pensamientos de su cerebro sobrecargado con las imágenes y el perfume de su ex, si se habían separado debió ser por alguna razón de peso, aunque ahora él no fuera capaz de recordar cuál fue.

Los pensamientos de Nora iban bastante acordes con los de su exmarido, aunque ella sí que recordaba los motivos de su separación. El continuo abandono que había sufrido, el afán de Jorge por el trabajo, habían terminado con una relación que había sido, por todo lo demás, perfecta. Lástima que por aquel entonces ella no hubiera sabido todo lo que sabía ahora... Sus vidas hubieran ido de otra manera: se hubiera quedado y habría tratado de convencerlo, con atenciones y mucha pasión, de que el trabajo era menos importante que una esposa.

Las dos amigas se enfrascaron en su propia conversación, Mónica acababa de salir del hospital después de su turno de guardia y estaba agotada, pero era demasiado testaruda como para permitir que el cansancio la privara de ir a buscar a su mejor amiga al aeropuerto.

Ariadna se fijó en sus ojeras y en la forma en la que iba vestida. Mónica siempre había sido una fashion victim, pero ahora con sus zapatillas de deporte viejas y su chándal desgastado, lo que menos parecía era fashion, eso sí, el victim le quedaba que ni pintado. Su precioso cabello dorado se veía estropeado en las puntas que colgaban de su tirante coleta. La morena se mordió la lengua decidida a callarse por el momento. Ya encontraría la situación más propicia para sacar el tema de su vestuario y de su dejadez.

No la había visto desde su cumpleaños en octubre, cuando se habían escapado juntas a París y en esos días Mónica se había mostrado como la Mónica de siempre. De hecho la había arrastrado por la rue Cambon hasta las boutiques más selectas de la alta costura internacional, y había tirado de tarjeta de crédito en bastantes ocasiones.

Algo andaba mal, y no pararía hasta averiguar por qué su amiga había cambiado tanto en tan poco tiempo.

En medio de la tregua no verbalizada, las dos chicas recogieron las maletas y salieron dispuestas a comenzar una nueva vida en la que por fin no las separaban miles de kilómetros.

Nora y Jorge se marcharon entre risas y buen ambiente para que esta se pudiera instalar de nuevo en el que había sido su hogar. Ariadna estaba perpleja con la actitud ilusionada de su padre que parecía haber caído bajo las redes, seguramente tejidas en seda, de su madre. No obstante lo más surrealista de todo, era el comentario de su madre en el que teatralmente declamaba lo encantada que estaba de vivir de nuevo en España. Ariadna volvió a tener la sensación de que se estaba perdiendo parte de la historia. Nora siempre había preferido Londres, por eso cuando se divorció arrastró a su hija hasta allí, sin darle opción a opinar al respecto.

Los padres de Nora aún vivían allí, por lo que sin previo aviso para Ariadna, como siempre hacía su madre, se mudaron no solo de ciudad, sino de país, dejando atrás todo lo que hasta el momento había sido su mundo.

Jorge le hizo prometer a su hija que se pasaría por el chalé en cuanto se organizara con su piso y su nueva vida, y aunque esta temía lo que iba a encontrarse, aceptó dispuesta a dedicarle a su padre todo el tiempo que no había podido compartir con él durante los últimos años.

Ariadna se abstuvo de comentar que quería visitar a un amigo que estaba segura que le echaría una mano con su nuevo trabajo de directora de *Chic*, no quería dar pistas a nadie sobre sus ideas para la revista; no era que su padre fuera a contarle para restarle ventaja o para fastidiarla, pero seguro que lo comentaría con David, puesto que además de socios eran amigos, y este podía poner sobre aviso a su hijo. Y Ariadna era partidaria del viejo refrán que rezaba: «al enemigo, ni agua».

Mónica no pudo aguantarse más y en cuanto llegaron al aparcamiento del aeropuerto, antes incluso de subir al coche, le lanzó la pregunta que Ariadna había estado esperando desde que la vio junto a su padre en la terminal. No es que poseyera el don de la clarividencia, el motivo era mucho más prosaico, su amiga la atosigaba con la misma pregunta cada vez que se encontraban, se había convertido de algún modo retorcido en una tradición.

—¿Qué vas a hacer con mi hermano? —la cara de Mónica mostraba expectación por su respuesta.

—¿Qué vas a hacer tú con tus pintas de choni en apuros? —le soltó Ariadna riendo—. ¡Estás horrible! ¡No pareces tú!

—Sabes, normalmente los médicos no somos como los que ves en la televisión. *Anatomía de Grey* es ficción, por si no te has enterado.

—Ya cariño, pero es que lo tuyo es peor que lo de *House* —replicó abriendo la puerta a su mal humor, propiciado por el cansancio y por la incertidumbre que el comportamiento de su madre le había creado.

—Parece que tu año en Nueva York se te ha subido a la cabeza, ahora ¿qué eres? ¿personal shopper? —le preguntó malhumorada. Y sin esperar respuesta se metió dentro del Mini.

—Para nada, aunque podría hacerlo ¿sabes? Y a ti no te vendría nada mal uno, porque, amiga, ¡quién te ha visto y quién te ve! —contestó Ariadna sentándose en el asiento del copiloto.

—Pues ya que estamos, a ti no te vendría mal aclarar de una vez por todas lo que pasó entre Daniel y tú en Roma, porque de eso ya han pasado unos cuantos añitos, a ver digamos ¡¿diez?! Y sigues sin hacerlo. A lo mejor si te atrevieras podrías pasar página y superarlo —le espetó Mónica.

—No recordaba que fueras tan arpía... —comentó Ariadna como si su amiga no hubiese dicho nada.

—Ni yo que tú fueras tan víbora —Mónica le devolvió el golpe con una sonrisa desafiante.

Las dos amigas se miraron ceñudas durante unos instantes para segundos después echarse a reír, por lo absurdo de la discusión, o quizás porque las dos sabían que todo lo que se habían dicho era verdad.

No había manera de negarle a Mónica su interés por Daniel, porque durante esos años le había estado sonsacando información sobre él cada vez que tenía oportunidad. Por mucho que lo intentara sus métodos de espía nunca pasaban desapercibidos para Mónica que, a regañadientes, le contaba a Ariadna lo que quería saber. Era evidente que hacía falta algo más que tener sangre británica para emular a James Bond, al menos, con éxito.

Otra historia era que Ariadna se intentara engañar a sí misma negándose sus sentimientos por él, achacando su interés a mera curiosidad por un amigo al que hacía mucho tiempo que no veía. No obstante, con Mónica la cosa se complicaba, ni le mentía ni le confirmaba, simplemente se inventaba mil formas distintas para que ella le contara lo que quería saber sin pedírselo abiertamente. Y su amiga, en un acto de extrema delicadeza, muy impropio de ella, se hacía la sueca y transigía descargando la información solicitada.

Todavía sonriendo le confesó a Mónica

—Sabes, si tan bien se te da puedes jugar a la *Srta. Pepis* conmigo. Tengo el fin de semana libre.

—¿Lo has hecho por mí?

—Nop, es que necesitaba un descanso. ¿Tú qué crees? —preguntó Mónica irónica.

—Creo que tú no tienes que temer por mi veneno de víbora. Te aseguro que lo tengo todo reservado para tu adorado hermanito.

—Esa es mi chica —aplaudió su amiga con una enorme sonrisa de expectación.

Capítulo 3

Sergio y Daniel estaban disfrutando de sus sesiones diarias de ejercicio en el gimnasio a primera hora de la mañana, casi al mismo tiempo en que el avión en el que viajaban Ariadna y Nora tocaba tierra.

El lunes siguiente Daniel comenzaba a trabajar en la revista que le había sido asignada, y estaba poniendo al día a su amigo sobre los pormenores de la propuesta que había recibido para optar a la vicepresidencia del grupo empresarial de su padre y su socio.

Para él era una oportunidad de oro poder optar a un cargo tan importante en una empresa de la categoría de *Von* y con tan solo treinta años. Además era el sueño de su vida, desde niño había acompañado a su padre al despacho cada sábado por la mañana en que David tenía que ocuparse de algún tema pendiente, de una reunión de última hora o de una entrevista informal.

Estaba cada vez más cerca de acariciar su sueño y en esos instantes lo único que se interponía entre él y su organizado futuro era una chica a la que no veía desde hacía más de una década, la misma chica que se había esforzado tanto en sacar de su vida.

Cerró los ojos para concentrarse en el peso que sostenía y realizó dos nuevas series de diez levantamientos, tumbado en el banco con la barra y los discos de peso. No tenía de qué preocuparse, se había licenciado en Dirección y Administración de Empresas, conocía a la perfección el funcionamiento del grupo... Estaba más que preparado para ganar a Ariadna, al fin y al cabo jugaban en su campo y la pelota era suya, pensaba Daniel en un intento de auto convencerse de sus posibilidades.

La cara de Sergio iba pasando de la más absoluta sorpresa a la diversión mientras Daniel le contaba en qué consistía el desafío que les habían lanzado los presidentes de *Von*, es decir, sus propios padres.

A pesar de que Sergio formaba parte de la plantilla del grupo, de hecho era el jefe de la sección informática de la empresa, los descabellados planes de Jorge y su padre, eran todavía un secreto para sus empleados. Es más, conociendo a los dos, Daniel estaba seguro que no dirían nada a nadie, simplemente se limitarían a, una vez pasados los tres meses de prueba, anunciar el nombre del vicepresidente. De ese modo quedaría claro ante todo el mundo que el susodicho se había ganado el cargo con su trabajo, que no se trataba de un regalo sino de una recompensa.

El gimnasio estaba bastante vacío a esas horas, por lo que se podía mantener una conversación normal sin temor a ser escuchado por algún curioso deportista. Mientras Daniel seguía con sus series, Sergio todavía estaba asimilando la magnitud de lo que le terminaba de relatar su amigo.

Daniel se dio cuenta de que las series le estaban costando más que otros días, por lo que reunió sus esfuerzos en subir y bajar la barra. Sentía los músculos agarrotados y no había hecho más que cuatro ejercicios de diez, cuando normalmente hacía el doble, y era en los últimos levantamientos en los que notaba el esfuerzo. Era frustrante que Ariadna ya estuviera causándole problemas antes incluso de llegar al país y por ende, a su vida.

Cerró los ojos para centrarse en los últimos movimientos, distanciándose de la conversación. No obstante, Sergio no estaba dispuesto a quedarse con ninguna duda.

—¿Y qué sabes tú de novias? —le preguntó cuando Daniel le confesó que para ganarse el puesto tenía que alzar de entre la miseria en que se encontraba a una de las revistas del grupo, *Novia Feliz*—. ¡Si hasta el nombre es feo! Aunque decir que es feo es ser demasiado amable, ¡es horrendo! —se carcajeó Sergio—. Creo que deberías empezar por ahí: ¿qué tal *Novia a la Fuga*? —se burló.

—Siento decepcionarte pero no eres tan gracioso como crees, y en cuanto a novias sé bastante sobre el tema. Créeme, he tenido muchas —le dijo restándole importancia— y el nombre no es tan malo —mintió despiadadamente.

—Esas novias no cuentan —comentó Sergio con la toalla enrollada al cuello—. Y el nombre es repelente, la gente huirá despavorida de los kioscos cuando vea la revista —añadió—. Es absurdo que lo niegues.

—¿Y por qué no cuentan mis novias? ¿No son experiencia de vida? ¿Cuántos kilos de más me has puesto? Es imposible que me hayas colocado el peso de siempre —razonó Daniel mientras apretaba los dientes por el esfuerzo.

—Diez a cada lado. Necesitas ampliar tu resistencia para lo que te viene encima —comentó de pasada—. Y tus novias no cuentan porque no te casaste con ninguna —aclaró poniendo los ojos en blanco ante la evidencia.

—Puede, pero un treinta por ciento de ellas son modelos, y otro treinta por ciento actrices, así que conozco el mundo de las revistas desde dentro —le dijo haciéndose el interesante mientras se esforzaba en levantar el peso extra que Sergio le había añadido a sus setenta kilos diarios.

«¡Maldición!» pensó molesto, ya no podía echarle la culpa a Ariadna del esfuerzo extra que estaba haciendo en el gimnasio. Echando chispas se giró a mirarle y le fulminó con la mirada.

—¿Por qué me miras así?, no sé cómo te soporto —comentó teatralmente Sergio que estaba disfrutando al ver los sudores de Daniel con el ejercicio.

—A veces te pareces tanto a Mónica que me das miedo —se quejó.

—¿De verdad?

Pero Daniel no respondió, estaba ensimismado con una idea que se le acababa de ocurrir y que estaba seguro que llevaría a *Novia Feliz* hacia el camino del éxito.

—Seguro que si alguna de mis ex saliera en la portada de la revista se venderían miles de ejemplares. La gente se fijaría en la modelo y no en el nombre de la publicación por más feo que sea —los ojos se le iluminaron por las expectativas.

—Para eso tendrías que llevarte bien con alguna, y si no recuerdo mal, no es el caso —se burló Sergio.

—Parece que quieras que me gane Ariadna.

—Definitivamente ella me cae mejor que tú —siguió divirtiéndose a su costa.

Daniel ignoró la pulla y se centró en el problema principal con el que se topaba su gran idea, y es que no solía terminar sus relaciones muy cordialmente. No estaba interesado en ninguna relación seria, de manera que había señalado un límite infranqueable en sus amoríos. Ninguna de ellas pasaba de los tres meses, ese era el tope establecido para sus relaciones sentimentales. Según su experiencia, era el tiempo en el que las mujeres pasaban de pensar en él como en un compañero divertido y sexy, a verle como un compañero de por vida, o al menos, plantearse una relación que fuera más allá del sexo y la diversión, y de momento el compromiso no entraba en sus planes.

—Eso no es del todo cierto, con Alexia me llevo estupendamente —se defendió, aunque sabía que Sergio tenía razón bajo ningún concepto iba a reconocerlo.

—Ella no cuenta, lo hace porque tiene esperanzas de que volváis a estar juntos —explicó al tiempo que le sujetaba la barra y le ayudaba a ponerla en su sitio.

—No seas aguafiestas. Puedo hacerlo —se animó—. Tampoco Ariadna sabe de ropa, ¿no te acuerdas de cómo vestía? Y a ella le han dado una revista de moda y tendencias... Seguro que vendo más ejemplares que ella, y al fin y al cabo ese es el objetivo de la competición. Vender más. Si no fuera porque estoy seguro de la imparcialidad de Jorge y de mi padre, diría que me lo han puesto en bandeja.

Sergio se quedó con la mirada perdida, seguramente buscando alguna manera de llevarle la contraria a su amigo, una de las aficiones que más disfrutaba. De repente sonrió al recordar que Daniel lo había comparado con Mónica. La imagen de la rubia con un estetoscopio como único atuendo ocupó su cabeza por completo. Se regañó mentalmente: «¡Joder! *Que es la hermana de tu mejor amigo. ¡Vuelve a la realidad!*»

Desolado por tener que abandonar su perfecta fantasía decidió animarse recordando que pretendía burlarse de su amigo, y consciente de que el ejercicio era una buena manera de desconectar de sus calenturientos pensamientos, al menos durante un rato, se tumbó en el lugar que había ocupado antes Daniel. Guardó silencio durante la primera serie, en la segunda una sonrisa de profunda satisfacción iluminó su cara.

—¿Cuánto hace que no la ves? —preguntó por fin—. Por lo que sabes de ella ahora podría ser incluso una diseñadora de éxito —«*Buen argumento, sí señor*» se felicitó a sí mismo.

Daniel se mantuvo pensativo durante la primera serie de levantamientos de Sergio, que había mantenido los veinte kilos de más, pero que al ser más robusto que él no le afectaban tanto. No obstante, la pregunta de su amigo activó de nuevo sus inquietudes.

«¡*Mierda!*», Sergio tenía razón, hacía años que no sabía nada de Ariadna, Mónica nunca hablaba de ella delante de él, algo que para ser francos, tampoco le había importado mucho. En un principio había evitado a Ariadna conscientemente, después simplemente había continuado haciéndolo por costumbre o por instinto de supervivencia... Sabía que su hermana y ella seguían siendo inseparables, que Sergio asistió a su graduación, pero a pesar de notar de algún modo constante su presencia, no se había preocupado por ello.

No fue hasta que su padre le comentó sus planes, que se dio cuenta de que iba a volver a verla quisiera o no, que Ariadna regresaba a su vida. Después de lo sucedido en Roma, se había esforzado tanto en no pensar en ella, que al final lo había conseguido.

Fue tan sobrecogedor sentirla en sus brazos, y Ariadna se mostró tan confiada, que se había entregado completamente a él, sin reservas ni temores, depositando en él toda su confianza... Una confianza que había pisoteado instantes después, marchándose sin despedirse de nadie.

—¿Cómo era la última vez que la visitaste en Londres? —preguntó a Sergio. Después de que regresara de Londres había tenido la misma pregunta en la punta de la lengua varias veces, no obstante, no se permitió saber. Todo resultaba más fácil si se mantenía alejado.

—Como siempre, morena, ojos verdes... —dijo con fingida seriedad—. Pero cuando la vi por última vez tenía veintitrés, acuérdate de que también fui con Mónica cuando se licenció en Psicología. Ahora tiene veintisiete, en cuatro años la gente puede cambiar mucho.

—Ariadna no. ¡Estoy seguro!

—Entonces es que eres más estúpido de lo que yo pensaba. Seguramente su novio le habrá aconsejado que vista de otro modo y la habrá convencido con alguna táctica sexual, digo yo... —Sergio se calló de golpe al ver la expresión asesina de Daniel.

—¿Su novio?

—Imagino. No lo sé con certeza. Solo es una suposición. Ariadna es muy guapa y que a ti no te interesara no quiere decir que no haya alguien, posiblemente bastantes «alguien», que la desean y que quieren mantener una relación con ella.

—Supongo que tienes razón —aceptó Daniel entre dientes. Iba a darse la vuelta para ir a los vestuarios, molesto al descubrir que nunca se había planteado esa posibilidad, cuando Marta la monitora de spinning les sonrió coqueta al pasar por su lado.

Daniel perdió el hilo de sus pensamientos. La pelirroja llevaba varias semanas mostrándose receptiva a su sutil acercamiento. Si no se había decidido aún a invitarla a cenar era porque su vida se había complicado demasiado con su nuevo trabajo. No obstante, en cuanto se organizara y encauzara la revista, algo que no debía costarle mucho, decidió que se lanzaría a por la escultural mujer de sonrisa lasciva. Y si de paso se olvidaba de los molestos pensamientos al imaginar a Ariadna regresando a España con pareja estable, mejor que mejor.

Llegó a su casa todavía dándole vueltas a las divagaciones de Sergio, había llegado a la conclusión de que lo mejor era ponerse al día sobre su rival en *Von*. Estaba claro que su hermana era la mejor opción para ello, pero no se sentiría cómodo hablando de Ariadna con Mónica, además dudaba de que ella fuera a contarle nada útil sobre su amiga. En la última cena de los domingos, en casa de sus padres, Mónica había dejado claro que en su lucha por el cargo de vicepresidente, había elegido el bando opuesto al suyo. Por esa razón decidió llamar a su padre, comenzaría por informarse de la fecha en la que iba a llegar su competidora, y después buscaría en Google si las suposiciones de Sergio eran ciertas y ahora era una diseñadora famosa o tenía un novio de éxito. Se burló de sí mismo por escuchar las locuras de su amigo, pero no descartó la idea, diseñadora o no, con pareja famosa o soltera, quizás encontrara algo sobre ella que le permitiera jugar con ventaja. Tal vez alguna foto con Jorge que le diera una pista de en qué tipo de mujer se había convertido su antigua amiga.

Con la bolsa de deporte a cuestas saludó a Antonio, el portero del edificio en el que vivía, y se dirigió directamente a las escaleras. El ascensor estaba ocupado y a juzgar por las risas que salían de él, seguramente el gestor de *Von* uno de sus vecinos había disfrutado la noche pensó burlón. De todos modos subir por las escaleras era algo que hacía cada día. Era un buen ejercicio para mantener el trasero en su sitio y la cabeza ocupada.

Estaba ya frente a la puerta de su piso cuando sonó su móvil. Torció el gesto cuando vio en la pantallita quién llamaba, a punto estuvo de ignorarla cuando recordó sus planes para que Alexia posara para *Novia Feliz* y contestó con la mano izquierda al tiempo que con la derecha abría la puerta.

—Hola, Alexia —la saludó mientras conectaba el manos libres y dejaba la bolsa de deporte y el móvil en la mesa de la cocina.

Aprovechó para ir sacando de la mochila el chándal sucio y la toalla mojada. Con la toalla en la mano se encaminó hasta el cuarto de baño, la colgó de la mampara de la ducha, y regresó a la cocina para meter la ropa de deporte en la lavadora. Ni siquiera se molestó en escuchar la perorata que salía con voz melosa desde el altavoz de su móvil.

—Daniel, ¿por qué no me has llamado? —le volvió a preguntar la mujer con un fuerte acento extranjero.

—No sabía que tuviera que hacerlo —inmediatamente después de decirlo Daniel se mordió la lengua. «¡Mierda!» Se suponía que tenía que camelársela para que aceptara posar para la revista y la rusa era demasiado sensible a sus desplantes, aunque realmente ninguno consiguiera desanimarla.

Esperó ansioso una respuesta para calibrar la reacción de ella a sus bruscas palabras.

—Yo siempre espero que me llames —le dijo regresando al tono meloso, y seguramente haciendo alguno de sus famosos pucheros.

—Pues voy a compensarte por no haberlo hecho. ¿Qué te parece si te invito a comer el domingo? —le propuso.

Abrió la nevera y sacó varias naranjas para prepararse un zumo con el que recuperar las energías gastadas con el ejercicio.

Se escuchó la risita feliz de la chica al otro lado de la línea.

—Me parece muy bien, pero tendrá que ser en un japonés, ya sabes que no puedo engordar ni un gramo o perderé mis contratos.

Daniel volvió a morderse la lengua y aceptó, fingiéndose encantado con el menú. Una de las cosas que más le molestaba de Alexia, aparte de que era incapaz de entender el significado de la palabra «no», era su obsesión por su peso. Vale, era modelo, pero era la única profesional que había conocido que vivía con una tabla de calorías incrustada en la cabeza. Esa era una de las razones que hacía que se perdiera la diversión, la otra era su inestabilidad mental, por decirlo de un modo caballeroso.

—Sin problemas. ¡Nos vemos el domingo! —se despidió, impaciente por disfrutar de su bebida.

—De acuerdo. Llámame mañana y fijamos la hora a la que tienes que recogerme.

Daniel estuvo a punto de preguntarle la razón por la que no podían fijar la hora en ese momento, pero mostrándose prudente decidió callarse.

—Adiós, Alexia —volvió a despedirse.

—Dâ zafra^[1]

Olvidando por completo la conversación que acababa de mantener, se centró en prepararse su zumo. Con habilidad cortó las naranjas y sacó el exprimidor eléctrico del armario. Abrió la nevera y sacó un tupper con las sobras del día anterior, en cuanto lo abrió, el olor de la comida le arrancó un suspiro. Donde estuviera un buen cocido o una buena paella que se quitaran el sushi y el sashimi.

Mónica estaba realmente misteriosa desde que se habían subido a su Mini en el estacionamiento del aeropuerto. Su amiga era incapaz de aguardar para dar una sorpresa, le pasaba lo mismo con los regalos de cumpleaños y con los de Navidad, en cuanto los adquiría se moría por entregarlos o por contar lo que había comprado. De modo que para evitar tentaciones siempre lo dejaba todo para el último momento. Contra todo pronóstico esta vez pensaba mantener el misterio hasta el final.

Entraron en el ascensor entre bromas y risas, Mónica pulsó el botón del último piso, el tercero, y subieron apretujadas entre las maletas. Era una finca muy bien situada con una fachada de mármol gris y grandes ventanales de aluminio que le daban un aire moderno y elegante a la vez.

El edificio no tenía más que tres plantas, pero ocupaba a lo ancho más de lo que lo hacían las demás fincas colindantes. El garaje en el que habían aparcado el Mini, era exclusivo de la finca y contaba con

quince plazas amplias con sus respectivos trasteros.

Ariadna no se molestó en preguntar si le correspondía una plaza de aparcamiento, enumeró mentalmente las razones por las que no le interesaba saberlo:

1. No tenía coche.
2. Odiaba conducir.
3. Las pocas veces que lo hacía no era muy habilidosa.

Aprendió a conducir en Londres. Razón por la que se sentía incapaz de conducir por la derecha sin atropellar a nadie.

En cuanto la puerta del ascensor se abrió en la tercera planta, Mónica comenzó a saltar por encima de las maletas, impaciente por mostrar lo que había preparado.

Ariadna se fijó en su nuevo hogar: el rellano era amplio y estaba limpio, las paredes estaban pintadas con un color blanco inmaculado, el suelo era de un negro brillante que hacía que el contraste con las paredes fuera llamativo y elegante a la vez. Los grandes ventanales que había visto en la fachada y que dentro del edificio quedaban en el lado izquierdo del rellano, permitían que entrara la luz natural y otorgaban luminosidad y distinción al espacio. Las escaleras estaban apartadas y aisladas tras una puerta independiente que Ariadna supo que abriría muchas veces.

Había varias plantas naturales y bien cuidadas junto al ascensor. Plantas que seguro que había que regar regularmente para que se mantuvieran tan bonitas. Ariadna rezó un padrenuestro por ellas, si tenía que encargarse de regarlas ya se podían dar por muertas. Por desgracia ningún vegetal le duraba más que un par de semanas, ¡si hasta los cactus se le secaban por falta de agua!

Lo que había visto de su nuevo hogar le había fascinado, la entrada al portal estaba igual de limpia, como si nadie pisara el suelo en todo el día. También había conocido al portero, el hombre parecía simpático y agradable. De complexión recia y de cabello canoso aparentaba rondar la cincuentena. Sus pequeños ojos marrones no se perdían detalle de nada, según Mónica, Antonio era la fuente más fiable de la que extraer cualquier información sobre los habitantes de la finca y las calles colindantes a ella.

El hombre las había ayudado a sacar las maletas del coche y a meterlas en el ascensor, cuando se lo habían encontrado metiendo los cubos de basura de la finca en el cuartito de la limpieza que había en uno de los laterales del garaje. La conexión con él fue inmediata. Ariadna en seguida supo que se iban a llevar bien, Antonio tenía una sonrisa amable y un rostro paternal, de hecho no aparentaba ser la clase de cotilla que había insinuado Mónica, aunque por otro lado si ella lo decía por algo sería, ¿no?

Con dos casas por planta y solo seis vecinos, la finca era de lo más selecto de Madrid, se alegró de no tener que pagar alquiler porque seguramente vivir allí costaría un riñón.

Junto con la oferta para dirigir *Chic* su padre le había propuesto que la empresa se hiciera cargo de su alojamiento mientras estuviera en el país, algo que ella había aceptado más que encantada. De cualquier modo estaba dispuesta a trabajar para conseguir un sueldo con el que mantenerse sin tener que recurrir a sus padres, y si encima el trabajo llevaba el añadido de quitarle el puesto a Daniel... El placer se convertiría en éxtasis cuando lo consiguiera, porque estaba segura de que iba a hacerlo.

—Ariadna, ¡date prisa! —gruñó una inquieta Mónica parada en el descansillo entre las dos

viviendas.

—Voy, ayúdame con las maletas que se cierran las puertas —se quejó poniendo el pie en la célula para que el ascensor no se cerrara.

Su amiga estaba impaciente por llegar a donde fuera que quisiera ir, Ariadna imaginaba que a su casa, la había dejado plantada con tres maletas tamaño XL de Louis Vuitton.

Regresó a regañadientes y la ayudó a transportar el equipaje. Se paró frente al número seis:

—Esta es mi casa —anunció sin abrir la puerta—. ¡Y esta es la tuya! —exclamó señalando la puerta de enfrente—. La número cinco —sin dejar de sonreír se sacó la llave del bolsillo de la chaqueta del chándal y abrió la puerta para entrar. Ariadna se quedó muda durante unos segundos que se hicieron interminables para la impaciente Mónica.

Todos los muebles de su casa en Londres estaban armoniosamente colocados. El suelo estaba resplandeciente, incluso había cortinas en las ventanas y el aire olía a flores blancas.

—¿Lo has hecho tú? —le preguntó emocionada por todo el trabajo que se había tomado para acicalar su casa.

—La decoración sí, la limpieza va a ser que no —le confesó bromeando—. Ha sido Rosa, la asistente de mi madre, yo no tengo tiempo para esas banalidades, lo mío es el Arte —le dijo poniendo los ojos en blanco con fingida superioridad.

Ariadna tardó tres segundos más en dejar las maletas de cualquier manera y ponerse a recorrer el piso. Era grande y muy luminoso, perfecto para ella que tanto había añorado, mientras vivía en Londres, el calorcito del sol español. Aunque le faltaba ese toque personal que le daba a una casa unos cojines en el sofá o unas fotos de la familia y los amigos en los estantes o sobre la mesa del salón, por lo demás todo era perfecto, por fin había regresado a su país, tenía a su amiga puerta con puerta y las posibilidades que se abrían ante ella eran muy interesantes.

Mientras recorría su nueva casa Mónica la miraba expectante a la espera que dijera algo sustancial sobre lo que pensaba de su trabajo como diseñadora de interiores. Para que todo estuviera perfecto, había tenido que rebajarse a pedirle a Sergio que la ayudara a mover los muebles, y Ariadna ni siquiera le había dicho que le gustaba el resultado.

—¿Y cuántos vecinos hay en la finca? —le preguntó traviesa. Conocía a Mónica prácticamente desde la cuna y sabía que esa era la última pregunta que se hubiera imaginado. Su amiga esperaba un reconocimiento y un agradecimiento propio de la titánica tarea que había llevado a cabo. Algo que Ariadna pensaba hacer, por supuesto, aunque primero pensaba divertirse un poquito a su costa.

Sin embargo la rubia aguantó el tipo, incluso hubo un destello malicioso en sus ojos azules cuando captó la intención de su amiga. Si buscaba pincharla se iba a encontrar con una buena sorpresa, una que haría que la que riera la última fuera ella.

—Pues a ver, es una finca de la empresa para sus ejecutivos así que solo hay seis pisos, pero habitados solo están el tuyo, el mío, el del gestor de *Von*, el de Sergio y el de Daniel —comentó poniendo énfasis en el último nombre.

—¿Qué?

—¿Qué de qué? ¿Puedes ser más específica en tus preguntas? —le pidió Mónica aguantándose las ganas de reír a carcajadas—. Soy médico no lingüista.

—¿Daniel también vive aquí? —la voz le sonó más débil de lo que ella hubiera querido. Seguramente a Mónica no se le habría escapado el detalle.

—Sí, justo debajo de ti. ¿No es genial? Todos juntitos como cuando éramos pequeños —Mónica estaba disfrutando el momento. De cualquier manera se iba a enterar, por qué no decírselo en ese instante y jugar con ella un rato, al fin y al cabo solo estaba devolviéndole la pelota, se dijo aplacando su conciencia.

Ariadna la miró indignada al comprobar lo bien que se lo estaba pasando agujijoneándola. La morena nunca había entendido la actitud de su amiga respecto a su relación con su hermano. Le había contado cada detalle de lo que había pasado entre ellos, y ni se había escandalizado ni había censurado la actitud de Daniel al salir huyendo. Mónica con su mentalidad práctica le había aconsejado que, aunque comprendía que para ella fuera algo muy grave, tenía que superarlo y seguir con su vida. No se trataba de un consejo hipócrita ni mucho menos, Mónica predicaba con el ejemplo, si bien era cierto que seguía enamorada de Sergio, nunca se había dejado llevar por la autocompasión y había continuado con su vida, disfrutando lo que esta tenía para ofrecerle y volcándose en su carrera.

Desde que había descubierto la filosofía taoísta, estaba convencida de que las cosas se arreglaban por sí solas, simplemente había que mantener una actitud positiva y equilibrada con la vida. El único punto que fallaba en su fantástica teoría era su relación con Sergio que, según Mónica, requería un estudio más amplio de dicha doctrina.

—No me importa. Eso es algo que superé hace mucho tiempo —mintió descaradamente—. Por cierto la casa está perfecta. Muchas gracias por tomarte tantas molestias —le agradeció con una sonrisa menos real que la que tenía al entrar en el piso.

—Me alegra que te guste. En realidad lo he hecho para evitar que vivas conmigo. Eres insoportablemente ordenada para mí —bromeó con la cara seria y los ojos jubilosos.

—¡Qué amable!

—Cuando quieras —contestó con la misma mirada burlona.

Las dos descargaron la tensión entre risas, y Ariadna olvidó momentáneamente que estaba mucho más cerca de Daniel de lo que había imaginado que estaría cuando aceptó pasar la prueba para participar en la dirección del grupo *Von*.

Desde que bajó del avión habían regresado todos los recuerdos que guardaba de él. Y ninguno era tan agradable como para que la ilusionara la perspectiva de verlo de nuevo. «*Bueno, quizás uno sí*» pensó sonriendo a pesar de sí misma.

Mónica por su parte, se encontraba dividida entre la felicidad que le proporcionaba estar de nuevo con su amiga y el temor a que su hermano volviera a hacerle daño. Nadie mejor que ella sabía lo mal que lo había pasado Ariadna después de que Daniel se marchara y los dejara colgados en Roma sin ninguna explicación.

—¿Estás bien? —le preguntó Ariadna al ver la seria expresión de su rostro.

—Sí.

—A mí no me engañas. ¿Es por Sergio? —aventuró.

—En realidad es por un chico, pero no por Sergio. Es por Daniel, no quiero que vuelva a hacerte sufrir —le confesó con sinceridad.

—Agradezco tu preocupación, pero estoy bien. De verdad. Ya no soy la vieja Ariadna que se enamoró como una tonta del chico equivocado. No volveré a pasar por eso.

—Vale —concedió poco convencida—. Si realmente lo crees...

—Es cierto, ahora soy más fuerte —reiteró con voz cansada.

—¿Sabes? Somos dos tontas. Seguro que si nos esforzáramos un poco encontraríamos a dos chicos estupendos que nos quisieran por ser auténticas y fabulosas y, sin embargo, aquí estamos, enamoradas de dos ciegos que no ven lo que han tenido delante toda la vida —suspiró exageradamente—. Lo que necesitamos ahora mismo para olvidarnos de las tristezas es un buen brindis. Tú ve a la nevera, yo sacaré las copas —y sin esperar respuesta Mónica, que era la que había guardado la vajilla, fue en busca de un par de vasos con los que olvidarse de las penas, al menos mientras quedara cava.

Tras abrir más de diez cajas y brindar por cada una de ellas, Mónica por fin se permitió aceptar la razón por la que en esta guerra estaba del lado de su amiga: Daniel nunca la había apoyado, a pesar que siempre supo lo que su hermana sentía por Sergio, se mantuvo al margen y consintió que ella sufriera, y que no se atreviera a dar el paso por temor a estropear la amistad que les unía, tanto la suya con Sergio como la de su hermano con su mejor amigo.

Esa era la razón por la que Mónica había decidido estar al lado de Ariadna, sabía lo que era querer sin ser correspondida. Conocía de primera mano el dolor de sentirse sola mientras los demás miraban para otro lado. Puede que no pudiera hacer que Daniel se enamorara de su amiga, pero lo que sí que podía hacer era mostrarse solidaria con ella, y si ser solidaria consistía en lanzarle airados piropos a su hermano y aconsejarla para que siguiera con su vida, ella estaba más que dispuesta a hacerlo. La solidaridad, al menos para Mónica Onieva, era mucho más que una pose que quedaba bien de cara a la galería.

Además, ¿a quién pretendía engañar?, para una hermana pequeña «piropear» a su hermano mayor era una tarea obligada y satisfactoria adquirida desde la más tierna infancia.

Capítulo 4

Ariadna se despertó el domingo con las pilas recargadas a pesar de haberse acostado tarde las últimas dos noches, se sentía activa y dispuesta a disfrutar del último día de relax antes de lanzarse de lleno a la lucha por la vicepresidencia de *Von*. A la mañana siguiente comenzaría su trabajo en *Chic*, y su vida se volvería vertiginosa y estresante en muchos sentidos. Ese domingo iba a ser su última jornada de paz en mucho tiempo, y pensaba disfrutarla al máximo.

La primera parte del fin de semana se le había pasado entre deshacer las maletas, organizar su nuevo hogar y salir con Mónica de copas para desconectar de lo que la esperaba el lunes en la oficina.

Entre las dos se habían pasado el viernes deshaciendo el equipaje y abriendo las cajas que habían llegado días antes desde Londres y que Mónica no había tenido tiempo de colocar. Una vez finalizada la labor estaban tan cansadas que se pasaron la tarde poniéndose al día con las novedades que les habían ocurrido desde que no se habían visto. Y es que si bien estaban conectadas a través del móvil y de las redes sociales, hablar tête à tête resultaba más apto para las confidencias.

Para amenizar el arduo trabajo de trasladar una vida de objetos y recuerdos, entre caja y caja se despacharon varias botellas de cava bien frío, y se dedicaron a despellejar a todo aquel que se les puso por delante, para finalmente llegar a los temas más interesantes: los hombres, el sexo y el futuro.

Mónica en un arranque de autocrítica confesó que su dejadez se debía a que había intentado compaginar su vida social con el hospital, pero al ver que no podía con todo, había dejado abandonada la diversión en favor de las obligaciones, tal y como habían hecho sus padres siempre. Al final los hijos cometían los mismos errores que sus progenitores.

—¿No ha sido por Sergio? Tu apatía, quiero decir.

—De alguna manera influyó: que siguiera ignorándome a pesar de mis esfuerzos por estar siempre perfecta me hizo perder la esperanza. Pero no, básicamente ha sido por el hospital y las tres guardias semanales —explicó Mónica levantando su copa en un silencioso brindis—. Estoy tan agotada que lo que menos me apetece es mirarme en el espejo.

—Entonces lo que necesitas es un peinado que no necesite muchos retoques para estar impecable y ropa que no requiera planchado —rió Ariadna que ya empezaba a notar los efectos del cava.

—Estás como una cabra, ¿lo sabías? —comentó Mónica fingiendo sorpresa.

—Puede, no te lo voy a negar. Pero creo que ahora estoy más achispada que loca.

—¿Achispada? Parece una de esas palabras que usa tu madre —la acusó desternillándose por la palabreja.

—Lo es —aceptó uniéndose a las risas de su amiga—. Es sorprendente lo contradictoria que es. En un instante puede contarte con pelos y señales sus encuentros clandestinos con mi padre, para acto seguido evitar a toda costa usar palabras como borracha...

—¿Encuentros clandestinos? —preguntó Mónica asombrada.

—No quieras saberlo. De hecho, yo no quiero —dijo estallando en carcajadas a las que terminó uniéndose Mónica sin saber muy bien por qué reían—. ¡Dios! Casi tuve que ponerle un parche en la boca para que no siguiera contándome sus indiscreciones.

Cuando por fin pudieron controlar la risa, mezcla de bochorno y de las burbujas del cava, siguieron con las confesiones y el alcohol, dos de los platos fuertes de la improvisada noche de chicas.

Ariadna le explicó con más detalle su historia con Jay, el hombre que había conocido en Nueva York, pero como se trataba de un trabajo por un año la relación desde el primer momento tuvo fecha de caducidad, no pasó de ser una historia divertida y excitante. Jay era arquitecto, una persona educada, que conseguía hacerla reír. Detallista y atractivo, le mostró la ciudad y le enseñó a disfrutar de cada rincón de ella. Los domingos quedaban temprano para desayunar en uno de los muchos restaurantes de la ciudad y después la recorrían en busca de edificios emblemáticos o arquitectónicamente interesantes. No obstante, a pesar de lo fácil que resultaba estar con Jay, nunca llegó a abrirse completamente a él, del mismo modo que nunca había conseguido hacerlo con ningún otro hombre.

No es que hubiera tenido muchas relaciones, puesto que su reticencia a confiar en el sexo opuesto y su actitud reservada, intimidaban lo suficiente como para que a pesar de ser divertida, atractiva e inteligente, los hombres no se plantearan más que un coqueteo superficial conscientes de que no iban a poder sortear las barreras que ella imponía a su alrededor.

Como psicóloga, comprendía que su desconfianza se debía a la forma en que se había adentrado en el sexo. El hecho que su primera experiencia sexual hubiese sido tan dolorosa, no en el plano físico sino en el emocional, le había afectado hasta el punto de ser incapaz de confiar a nivel de pareja. Razón por la que se había limitado a tener un amigo especial en Londres y otro en Nueva York, y hasta ahí llegaba su vida amorosa. A excepción, por supuesto, de su breve iniciación en Roma.

—¿Y qué me cuentas de Sergio? No le he visto desde hace mucho tiempo —le preguntó cautelosa y conocedora, a pesar de las copas de cava que había bebido, de que ese era un tema espinoso para su amiga.

—No le has visto desde que te graduaste en Psicología y me acompañó a Londres a la fiesta que organizó tu madre. Desde entonces no te ha llamado ni lo has hecho tú, y a pesar de ello, su desinterés nunca ha impedido que me preguntes por él cada vez que hablamos —le dio un sorbo al cava antes de continuar—. Aunque soy consciente de que tú no me preguntas por saber de su vida.

—Nop.

Mónica arqueó una ceja, del mismo modo en que lo hacía su hermano, y le lanzó una mirada exasperada que además mostraba resignación.

—Ayer estuve hablando con él. No le avisé de que venías hoy —le dijo como si la explicación fuera redundante.

—No me importa que lo sepa. Sergio no es Daniel. Siempre ha sido un buen chico, que no nos hayamos visto en años no significa que no lo siga apreciando.

—Sí, supongo que tienes razón —concedió Mónica—. El caso es que quiere organizar una cena de viejos amigos, solo los cuatro: él, Daniel, tú y yo.

—Me parece bien. Hace mucho que no nos reunimos todos —aceptó Ariadna a quien le costaba entender las reticencias de su amiga.

—Sí, unos diez años. ¿En serio quieres ir? —Mónica tenía el asombro pintado en el rostro, sus ojos azules, un poco más claros que los de su hermano, estaban muy abiertos y fijos en los de su amiga—. Seguramente su idea de un reencuentro sea cenar una hamburguesa e ir al cine.

—¿Una hamburguesa? ¿Como las de la hamburguesería del centro a la que íbamos cada sábado? —preguntó sonriendo—. Me parece bien, además puede ser una buena oportunidad para que te lances.

—Si quieres ir por la grasienta hamburguesa acepto, pero si lo haces para ver cómo me declaro,

mejor di que no te apetece quedar y listo —le pidió Mónica entre enfadada y exasperada. ¿Cuándo pensaba darse cuenta Ariadna de que ella no iba a hacer nada? Ya no tenía quince años, ahora comprendía lo que se estaba jugando si las cosas no salían bien.

—Por la hamburguesa y porque en algún momento tendré que reencontrarme con tu hermano, y sinceramente prefiero que estés cerca por si me planteo la posibilidad de asesinarlo —comentó Ariadna intentando restarle importancia a su anterior observación que tan alterada había dejado a su amiga a pesar de su silencio.

—¿Y esperas que yo te lo impida? —la incredulidad teñía su voz.

Ariadna rió más relajada.

—No, lo que espero es que te deshagas del cadáver. Eres médico, estoy segura de que dispones de recursos.

—En ese caso acepto. Pero sácame de tus razones —pidió Mónica.

—¿Por qué?, Sergio aún sigue en Babia, a lo mejor solo necesita que le des un empujoncito —argumentó cautelosa. Quería saber hacia dónde se dirigían los pensamientos de su amiga, pero no quería incomodarla en su primer día en la ciudad. Ya habría tiempo para eso, se dijo. El pensamiento se abrió camino entre las brumas de su mente, efecto secundario del cava que estaban bebiendo.

—No sé si está en Babia o en la luna de Valencia, lo que tengo claro es que no habitamos el mismo planeta —se quejó Mónica mientras se terminaba de un trago el contenido dorado de su vaso.

—¿Sabes? No lo entiendo. Tú nunca has sido una florecilla tímida que espera que los hombres se acerquen a ella. Siempre has ido a por lo que querías con todas las consecuencias. ¿Qué te impide ser clara con él y confesarle tus sentimientos? —le preguntó Ariadna desconcertada por la actitud derrotista de Mónica.

—Probablemente las consecuencias de las que hablas.

—No creo que Daniel se opusiera a que salierais juntos, vale que es su mejor amigo, pero tú eres su hermana y él siempre se ha mantenido al margen en vuestras discusiones y reconciliaciones. Es cierto que no te ha echado una mano, pero tampoco ha impedido el contacto, desde niñas hemos ido tras ellos y siempre nos aceptaron en su grupo.

—No puedes evitar hacerlo, ¿verdad? —el tono de voz de Mónica no era de reproche sino más bien de comprensión.

—¿Qué es lo que hago que, según tú, no puedo evitar?

—Defender a mi hermano. Aunque ahora no sea necesario. No me refería a Daniel cuando hablaba de las consecuencias, sino al propio Sergio. ¿Crees que nuestra relación resistiría que yo me declarara? Él me rechazaría amablemente y después no sabría cómo comportarse conmigo.

—¿Por qué piensas que te rechazaría? —cuestionó Ariadna alzando la voz cada vez más molesta por la incapacidad de Mónica de verse a sí misma como la maravillosa mujer que era. Cualquiera estaría encantado, y eso incluía a Sergio, de que Mónica se mostrara interesada en él.

No solo era una mujer atractiva, también era inteligente, divertida y una amiga leal. Una persona con valores que siempre había soñado con ser médico para poder ayudar a los demás, especialmente a los niños.

La rubia la miró irritada.

—Simplemente lo sé. Esas cosas se saben, y la verdad es que a pesar de nuestras discusiones, y de que nunca estamos de acuerdo en nada, prefiero tenerlo como amigo a no tenerlo en absoluto.

Ariadna se quedó callada, meditando acerca de esa última frase. Una afirmación acertada y madura que la hizo sentirse mal consigo misma.

Mónica demostraba mucha más entereza y madurez, ya que ella desde siempre se había sentido incapaz de conformarse con una mera amistad. Esa fue la razón principal de que no regresara a España en diez años. Y de algún modo, esa era la razón principal por la que, por fin, había vuelto.

Tras brindar varias veces más por el futuro y hablar de temas menos profundos y más divertidos, *¿dónde se escondían los hombres de las películas?* Pregunta trascendental cuya respuesta unánime fue que los hombres de película, lamentablemente, no existían en la vida real, se despidieron pasadas las dos de la madrugada con las tres botellas de cava exprimidas hasta la última gota. Y fue por ello que el sábado Ariadna se despertó con una resaca interesante y un miedo atroz a estar perdiendo el norte.

Desde que Mónica le había informado, se había encontrado a sí misma, demasiadas veces, conteniendo la respiración y con los oídos alerta ante cualquier sonido procedente del piso de abajo. Poco le faltó para tirarse al suelo y pegar la oreja. El viernes a punto estuvo de coger un vaso y tumbarse con él en el suelo para espiar los movimientos de su vecino. Recobró el sentido común casi en la puerta de la cocina.

No obstante, fue ese sábado de resaca cuando la confirmación se abrió paso en su cabeza embotada por el alcohol, Eminem cantaba a voz en grito que no tenía miedo.

I'm not afraid to take a stand
Everybody come take my hand
We'll walk this road together,
through the storm
Whatever weather, cold or warm
Just let you know that, you're not alone
Holla if you feel that you've been down the same road^[2].

«*Típico de Daniel*», se dijo Ariadna, tocar las narices hasta con la selección del hilo musical. Se preguntó si lo estaría haciendo a propósito para molestarla, pero descartó el pensamiento, estaba segura de que Mónica no le había dicho que estaba instalada en el piso de arriba, pero entonces recordó el comentario de su amiga sobre el portero y quiso esconderse en el armario: si Antonio era tan cotilla como Mónica había insinuado seguro que estaría al tanto, y en ese caso, la selección musical podría ser tomada como una burla en toda regla.

Incapaz de estar en la cama después de saber lo cerca que estaba de Daniel, se levantó y se puso a organizar su día. Tenía muchas cosas por hacer, la primera, tomarse un paracetamol. Sin embargo, antes de que pudiera detener sus elucubraciones, su mente dedujo que Daniel había pasado la noche solo, no es que le importara, se dijo poco convencida, es que los hechos indicaban que era así:

1. Por la hora que era y ya estaba levantado.
2. Por la música infernal que salía de su casa.
3. Seguro que había una tercera razón aunque en ese momento solo pudiera encontrar dos verosímiles. La única que le venía a la mente: porque era lo que quería creer, y esa no daba mucha seguridad a la lista.

Eran las diez de la mañana cuando Ariadna salió por la puerta, su dolor de cabeza había disminuido,

mientras que la firme idea de cambiar aquello que la hacía infeliz persistía inamovible.

Tras hablar con Antonio, el portero, y comprobar que no había dicho nada a nadie sobre su llegada, salió con los ánimos renovados.

Ariadna buscaba el local idóneo para empezar a cambiar su futuro y el de Mónica. Todo comienzo empieza con un final y eso era exactamente lo que pretendía hacer, terminar con aquello que no le gustaba. No tuvo que caminar mucho para encontrar lo que necesitaba, eso era lo bueno de vivir en una zona tan céntrica, que todo estaba a la vuelta de la esquina. Entró en el salón de belleza ya sin rastro de su dolor de cabeza, y concertó dos citas para las tres del mediodía, no obstante, aún tenía mucho que hacer.

Primer paso listo, ahora iba a por el segundo.

En menos de dos horas estaba de vuelta en casa, con tres bolsas de la compra y a la espera de que le llegara todo lo demás con lo que pensaba abastecer la nevera y la despensa, el cava estaba bien para una noche de chicas, pero no llenaba el estómago, comer sin engordar era una de las herencias de Nora que más valoraba, de modo que hacía buen uso de ella.

Iba camino de las escaleras, una saludable costumbre que había adquirido viviendo en Nueva York, una ciudad en la que los edificios más pequeños contaban con un mínimo veinte plantas y con el portero pegado a sus talones empeñado en llevarle las bolsas, cuando la puerta del ascensor se abrió y el corazón se le detuvo en el pecho, la canción con la que se había despertado esa misma mañana invadió su cabeza: *I'm not afraid to take a stand*, mientras aguantaba la respiración, temerosa de toparse de frente con Daniel, hecho para el que no estaba preparada.

—Buenos días, señor Morales —saludó Antonio al hombre que acababa de aparecer ante ellos con un impecable traje oscuro, un maletín negro y unos brillantes zapatos del mismo color.

—Buenos días Antonio, buenos días señorita Varela, es usted tan hermosa como su madre —comentó con amabilidad el desconocido.

—Muchas gracias, señor Morales —respondió usando el nombre con el que Antonio le había saludado.

—Solo digo la verdad.

Y sin añadir nada más, pasó por su lado y abandonó el edificio con paso ligero y decidido.

En ese instante volvió a permitirse respirar, durante el breve espacio de tiempo en que este había tardado en asomar la cabeza había temido que se tratara de otra persona a la que no estaba ni remotamente interesada en ver.

—Tenga cuidado con el señor Morales, señorita. Es viudo —la advirtió el portero muy serio.

Ariadna se preguntó cuál era la relación entre la advertencia y el hecho de que el pobre hombre hubiera perdido a su esposa.

—Anda buscando repuesto —siguió contando Antonio—. ¡A su edad!

El comentario la desconcertó, el hombre que había salido del ascensor no aparentaba más de cuarenta y pocos años. Sin comprender lo que Antonio intentaba explicarle se despidió de él y se encaminó a las escaleras. No era plan de preguntarle. ¡Tenía demasiadas cosas que hacer!

—Mónica, ¡estás preciosa! —exclamó Ariadna sonriente.

—¡Gracias! Te toca a ti. ¿Qué vas a hacerte?

—Solo voy a sanearme las puntas —a pesar de los años transcurridos, no había olvidado su promesa

—. Me he acostumbrado al pelo largo, además es más cómodo que llevarlo corto.

—Si tú lo dices —aceptó poco convencida—. Hoy soy incapaz de contradecirte, ¡me encanta mi pelo! —Mónica no podía apartar la mirada del enorme espejo del salón de belleza.

El nuevo corte había conseguido darle movimiento a su preciosa melena rubia, ahora lo llevaba escalonado y ligeramente ondulado en las puntas. El cabello ya no le caía lacio sobre la cara por lo que se veían mejor sus bonitos ojos azules.

—Me alegro. Además, es cierto que estás muy guapa.

—Gracias, me gusta mi nuevo look, retiro lo de que no vales para personal shopper, si finalmente no consigues la vicepresidencia, siempre puedes dedicarte a esto. Desde luego, yo te contrato —bromeó contenta con su aspecto.

—Lo tendré en cuenta —le dijo sonriente, bueno, siempre era interesante contar con un plan B, no obstante, perder su oportunidad en el grupo *Von* no era una opción que estuviera dispuesta a plantearse.

Horas después las dos amigas salían del portal enfundadas en sendos vestidos de infarto y sobre dos pares de andamios de Christian Louboutin, todo ello sacado del armario de Ariadna, recientemente bautizado por Mónica como «El país de las maravillas».

El Hado, una de las dos discotecas más de moda en la ciudad, estaba repleta de gente, llevaban cinco minutos allí y ya habían sufrido varios codazos y unos cuantos pisotones. Iban a marcharse a otro lugar menos concurrido cuando uno de los camareros, un chico moreno con una sonrisa amable y unos bíceps del tamaño de troncos de árbol, se acercó a ellas y las invitó a pasar a la zona vip. Las dos amigas se miraron extrañadas, puesto que no conocían a nadie allí, pero no tuvieron inconveniente ante la inesperada invitación. Siguieron al camarero entre la multitud y descubrieron el porqué del nombre, la sala en la que se encontraban estaba mucho menos llena, incluso se podía bailar y mantener una conversación sin tener que hablar a gritos.

—Por fin estáis aquí —les dijo una voz a su espalda—. Os he visto al entrar, pero había tanta gente que no he podido acercarme a saludaros. Menos mal que Martín finalmente ha podido pasar e invitaros, está más acostumbrado que yo a moverse por aquí —comentó un moreno de pelo más bien largo y labios sugerentes. Su atractiva sonrisa hacía que inevitablemente su interlocutor fijara la mirada en su boca. Ariadna, demasiado concentrada en esa zona, tardó más de lo esperado en reconocerle o en alzar la vista y mirarle.

—¿Alberto? —sonó entre una pregunta y una exclamación—. ¡No me lo puedo creer!, si había pensado llamarte —confesó sonriendo. El destino por una vez se ponía de su parte—. Tengo una propuesta que hacerte.

—Acepto solo si es indecente —respondió mientras se aproximaba a darle dos besos en las mejillas—. Estás estupenda Ariadna, me ha costado reconocerte, te recordaba distinta —dijo con una sonrisa torcida y perversa— ¿No me vas a presentar a tu amiga? —preguntó mirando con curiosidad a la rubia que tenía enfrente, lo extraño era que la chica le sonaba, pero le costaba situarla...

—En realidad nos conocemos muy bien —contestó Mónica sorprendida por el hecho de que no la

hubiera reconocido. Al fin y al cabo la que había cambiado en esos años era Ariadna, ella se mantenía como siempre.

Un segundo después la expresión concentrada de Alberto dio paso a una sonrisa de reconocimiento.

—¡Mónica! Cuánto me alegro de veros a las dos. Debería haber imaginado que eras tú, siempre habéis sido inseparables. ¡Cuánto tiempo sin saber de vosotras! A Daniel también tengo ganas de verle, ¿cómo le va la vida a tu hermano? ¿Y qué tal Sergio? —le preguntó visiblemente interesado por saber las nuevas de sus viejos amigos.

—Bien, supongo. Ya sabes cómo son... —contestó Mónica con evasivas, al tiempo que miraba a su amiga, para evaluar su reacción.

—Cierto, de todos modos voy a estar una temporada por aquí, así que les llamaré y organizaremos algo —se limitó a decir Alberto—. Pero ahora, dejad que os invite a una copa, con los chicos ya me pondré al día, ahora os toca a vosotras, tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Y Ariadna, puedes hacerme tu proposición indecente cuando quieras, de hecho estoy impaciente por escucharla—le dijo guiñándole uno de sus brillantes ojos negros.

¡Dios! El tiempo le había sentado más que bien a Alberto, que había dejado de ser el amigo con acné de Daniel para ser un dios pagano de cabello y ojos oscuros. Ariadna ya sabía que había cambiado mucho, puesto que lo había visto en revistas y programas de televisión en los que participaba como profesional de la moda y de la fotografía, pero verlo en persona era algo realmente interesante y muy... gratificante.

Seguía siendo tan amable y educado como lo recordaba, solo que ahora también era extremadamente atractivo, divertido y la guinda la ponía su perfume. Cada vez que se acercaba para hablarle al oído, notaba el aroma masculino de su colonia. Ariadna pensó, «*huele a Armani*».

—¿Qué colonia llevas? —le preguntó dispuesta a comprobar si su teoría era cierta. Para estar completamente segura de cuál era el perfume que usaba se acercó un poco más para olerle.

—Armani Code, ¿por qué? —la pregunta lo había intrigado.

—Simple curiosidad —«*¡Porque hueles sensacional! Y no recordaba que fueras tan interesante*» contestó para sí.

—Curiosidad es la que tengo yo por tu propuesta. ¿Cuándo vas a contarme qué es lo que pretendes de mí? —pronunció la frase con tanta sensualidad que Ariadna notó cómo se le erizaba el vello de la nuca.

—Mañana. Te invito a comer —le propuso sonriendo.

—Esto se pone cada vez mejor —en sus ojos apareció un brillo travieso que prometía grandes momentos.

El resto de la noche transcurrió entre mojitos, risas y algún que otro coqueteo, el cambio de peinado le había dado alas a Mónica que no paraba de sonreír al amigo irlandés de Alberto. Feargal era un rubio con un acento horrible al que resultaba difícil quitarle los ojos de encima, no era de extrañar que su amiga se volviera de repente tan dispuesta a conocer otras culturas, sobre todo si estas venían acompañadas de unos hoyuelos como los que aparecían cada vez que Feargal sonreía.

Mientras esta se comía al irlandés con la mirada, Ariadna tanteaba al fotógrafo sobre futuros proyectos. Pensaba pedirle que se hiciera cargo de la primera portada de *Chic*, la primera portada de la nueva era d.A. (después de Ariadna), ya que estaba dispuesta a iniciar una revolución con tal de hacerse con el ansiado cargo.

Se levantó de la cama pensando en todas las cosas que tenía que hacer ese domingo. La primera y más importante era convencer a Alberto para que colaborara con ella en la revista. La segunda visitar a sus padres y descubrir cómo les iba la convivencia. Y la tercera hacerse por fin a la idea de que el encuentro con Daniel era a cada minuto más inevitable. De momento para evitarse sorpresas seguiría usando las escaleras, dejando el ascensor para los demás vecinos. Aunque el día había comenzado tranquilo, no había música estridente saliendo de su piso, nunca estaba de más ser prudente.

Se dio una ducha larga y se preparó un café bien fuerte para comenzar el día. Tenía previsto comer con Alberto en un japonés y todavía no había perfeccionado su táctica de persuasión. Pensó que quizás debía ayudarle a decidirse mostrándole su mejor imagen, o lo que es lo mismo, haciendo que le resultara difícil pensar. Así que abrió «El país de las maravillas» y buscó algo que contribuyera a que Alberto aceptara ser su nuevo fotógrafo, al fin y al cabo Ariadna era plenamente consciente que una imagen valía más que mil palabras, y estaba segura que Alberto estaría de acuerdo con ella en eso, era fotógrafo.

Y quién sabía, igual se decidía a llamar ella misma a la puerta de Daniel y saludarle como buena vecina. Por si acaso, escogió el vestido más provocador de su armario, ya lo decía su tata: las cosas o se hacían bien, o no se hacían.

Capítulo 5

A las tres en punto estaba sentada junto a Alberto en el japonés más conocido de la ciudad, charlando animadamente y disfrutando del sake que les habían servido. La conversación no se parecía en nada a lo que Ariadna había planeado antes de salir de casa. Había imaginado diez mil formas diferentes de pedirle ayuda a Alberto sin parecer muy desesperada o mencionar a Daniel. Cada una de ellas estaba relacionada con un comentario casual, no obstante, a la hora de la verdad, introducirlo resultaba demasiado complicado.

Desde el momento en que lo había encontrado esperándola en la puerta del Sakura, no le había parecido oportuno que pasara a recogerla, al fin y al cabo no se trataba de una cita sino de negocios, Alberto había monopolizado la conversación preguntándole por lo que había hecho durante los años que había estado fuera del país.

Con su particular encanto había conseguido que diseccionara al detalle su vida en Londres y posteriormente su año en Nueva York. Interesándose sobre todo en lo que había aprendido trabajando junto a Matthew, de modo que casi sin darse cuenta terminaron hablando de Matthew Thorpe y de su exclusivo taller. Alberto se había encargado de la campaña otoño-invierno 2010 para la marca, y conocía a la perfección las neuras del diseñador inglés afincado en la gran manzana, por lo que se encontró mucho más cómoda de lo que había esperado cuando decidió invitarle a comer. Su acompañante se mostraba abierto y divertido, como si no acabaran de encontrarse después de muchos años sin verse. La velada discurría perfecta hasta que sintió un cosquilleo en la nuca e instintivamente dirigió la mirada hacia la puerta, su mirada se fijó en la pareja que acababa de entrar en el local, estaban parados frente al mostrador de recepción, esperando a que les asignaran una mesa. Charlaban animadamente entre ellos por lo que no miraron en su dirección en ningún momento. La tensión que había sentido al verles se fue apagando conforme se fueron alejando de su campo de visión, siguiendo al camarero que los acompañaba hasta su mesa, en la otra punta del restaurante. «*¡Cuánto más lejos, mejor!*» pensó, así evitaría tentaciones.

Daniel había entrado con una mujer despanpanante de espeso cabello dorado, y a juzgar por la forma en que la cogía por la cintura, era algo más que una amiga. Una punzada de algo parecido a los celos se instaló en su estómago. «*Será el sake, el alcohol siempre hace que le dé importancia a cosas que no la tienen... Además según Mónica, no tiene novia*». Se enfadó consigo misma ante el último pensamiento, que hacía que los anteriores se fuesen al traste. No estaba interesada en reconocer que después de tanto tiempo aún albergaba alguna clase de sentimiento por Daniel. Bueno quizás algún sentimiento sí, resentimiento y desprecio, pero nada más que eso. No después de lo que le había hecho en Roma, no después de dejarla de ese modo cuando ella se había entregado a él completamente. «*No, no, no... No me importa y cuando pase el efecto del sake me importará menos todavía*».

«*No me importa*».

«*No debería importarme*».

«*¡No tiene que importarme!*»

Se repitió molesta por su debilidad.

—¿Estás bien? Pareces distraída —comentó su acompañante que no perdía detalle de sus reacciones.

—Sí, perdona.

—No tranquila, es que hablo demasiado —bromeó volviendo a recuperar el buen ambiente que había imperado entre ellos desde que se habían vuelto a encontrar.

—No hay problema estoy acostumbrada. Ya sabes... Mi madre y Mónica hablan sin parar —continuó ella con la misma actitud juguetona, a pesar de que su cabeza se empeñaba en traicionarla y le traía a la mente la luz anaranjada que entraba en el dormitorio del Imperial, durante un atardecer en Roma.

Siguieron comiendo y charlando, sin embargo, Ariadna no podía controlar la extraña necesidad de levantarse e ir al baño para ver qué hacían Daniel y su suntuosa acompañante.

Incapaz de controlar por más tiempo la curiosidad, se excusó con Alberto y se encaminó hacia la otra parte del comedor, en la que habían acomodado a Daniel y a su pareja. A medida que se acercaba a su objetivo disminuyó la velocidad de sus zancadas. Temía tanto verlo como lo deseaba, y los dos sentimientos la descolocaban por igual. Sintió cómo su estómago hacía piruetas mortales cuando estuvo lo suficientemente cerca de él como para distinguir la pequeña cicatriz de su ceja izquierda.

La pareja estaba en uno de los tatamis públicos por lo que al pasar se veía perfectamente el interior, no había puertas que otorgaran intimidad a los comensales.

Se clavó las uñas en las palmas cuando vio cómo la rubia se acercaba más de la cuenta a Daniel para susurrarle algo al oído. Un cuchicheo que finalmente terminó siendo un sugerente mordisco en el sensible lóbulo de la oreja. No esperó para ver la reacción de él al flirteo descarado de la mujer. Se sentía incapaz de quedarse a ver el beso que venía a continuación.

Se alejó de allí como una exhalación y dio gracias a su suerte porque el lavabo de señoras estaba vacío, «¡contrólate!» se regañó en voz alta, «son los nervios» se dijo, «mi reacción no tiene nada que ver con lo que acabo de ver. Simplemente son los nervios de comenzar una nueva vida con nuevas obligaciones y el sake, sí. Seguro que la culpa es del sake que se me ha subido a la cabeza. Además me preocupa cómo plantearle a Alberto mi petición, nada más. Daniel está fuera de esto del mismo modo que está fuera de mi vida».

Daniel estaba cansado de las insinuaciones de Alexia, pero sobre todo estaba harto de sus ataques directos sin que mediaran las sutilezas, ¡maldita fuera su suerte!, al final las palabras de Sergio habían sido demasiado certeras. La rusa estaba intentando volver con él, mientras que su interés se limitaba a algo meramente laboral, necesitaba que posara vestida de novia para la revista, pero si las cosas seguían el mismo curso que llevaban en ese momento, Alexia se lo tomaría como una declaración en toda regla.

Tenía que lograr que aceptara ayudarlo sin ser moneda de cambio en la transacción, la portada seguramente le reportaría muchas ventas, ya que la rusa era una cotizada modelo, el problema era que tenía que tener mucho tacto al pedirselo, ya que por un lado debía dejarle claro que su relación iba a ser exclusivamente laboral, y por el otro, no podía permitirse que ella se sintiera despreciada o jamás aceptaría trabajar con él. Y lamentablemente con sus otras ex la cosa pintaba muchísimo peor,

seguramente ninguna le permitiría acercarse lo suficiente como para hacerles la propuesta.

Ansioso por escapar de tan incómodas atenciones, se disculpó amablemente ante la mirada lastimera de su ex, y se encaminó al lavabo con la intención de escapar unos minutos y replantearse la estrategia a seguir con la modelo.

Estaba a punto de abrir la puerta que separaba el comedor de los lavabos cuando esta se abrió de golpe y le dio en la frente.

Soltó un débil grito que fue tanto de sorpresa como de dolor.

—¡Lo siento! —exclamó una voz femenina, mientras él se tapaba la cara con las dos manos, intentando que las palpitaciones de su frente fueran menos intensas.

—Tranquila. Sigo vivo —le dijo levantando la mirada. De repente sintió la garganta seca. Dos ojos verdes lo miraban fijamente sin parpadear.

—Perdona por el golpe —volvió a disculparse ella, envarada y muy seria.

—¿Nos conocemos? —le preguntó dudando. Esos ojos, esa voz, todo en ella le resultaba familiar pero no podía recordar de dónde.

Desechó la posibilidad cuando se fijó más a fondo en la persona parada frente a él. Imposible que la hubiera conocido, esa mujer tenía un cuerpo de escándalo, jamás la hubiera olvidado si la hubiese visto anteriormente. Llevaba un vestido negro ajustado de manga francesa y de un corto escandaloso incluso para él. Iba ceñido a la cintura con un cinturón rojo muy fino; completaban su atuendo unos stiletos del mismo color, con un tacón interminable. Lánguidamente recorrió su cuerpo hasta llegar de nuevo a su rostro enmarcado por un cabello negro y brillante, que le caía sobre los hombros y los pechos, con delicadas ondas.

—No, seguro que si te conociera te recordaría —comentó ella sonriendo por primera vez. Al parecer su propia contestación le había hecho gracia, ya que el brillo de su sonrisa se expandió hasta sus ojos verdes.

Daniel sonrió al escuchar su respuesta, las mismas palabras que él había estado pensado momentos antes. «¡Wow!»

—Bueno, eso hay que arreglarlo —le dijo mientras extendía su mano, seguro, letal. Era imposible mantener la entereza ante esa sonrisa que le estaba brindando solo a ella—. Soy Daniel, y estoy encantado de conocerte —se presentó.

—¿A pesar del chichón?

—Por supuesto —aceptó riendo.

Ariadna iba a responder cuando la acompañante de este asomó la cabeza por la puerta del tatami y cortó de golpe la conversación. Después de recibir el porrazo, Daniel no había llegado a entrar en el cuarto de baño, y Ariadna sin sospechar que era Daniel el lesionado, había salido dispuesta a auxiliar al herido, de modo que estaban expuestos a las miradas de cualquiera que se acercara por el pasillo.

—¿Daniel? ¿Vienes? La comida se enfría —pidió molesta la rusa.

Él no respondió, arrugó el ceño, pero no se giró a mirarla. La comida ya estaba fría cuando la sirvieron, era sushi por Dios.

Ariadna no pudo evitar lo que hizo. Los celos de la rubia la inspiraron a actuar. Con aire resuelto se acercó a él y le dio dos suaves besos en las mejillas. Presionó su cuerpo sobre el duro cuerpo masculino y deslizó sus labios despacio por sus mejillas hasta la comisura de su boca, mientras se sujetaba en sus fuertes hombros.

El aroma que desprendía su piel era tal y como Ariadna recordaba, tuvo que hacer un esfuerzo para apartarse de la familiar calidez de su cuerpo. Ni siquiera se molestó en comprobar la reacción de la rubia, sabía que echaba chispas por los ojos. Centró su atención en Daniel, como si no hubiera nadie más que ellos, sabía lo que esa actitud podía hacerle al interés de un hombre.

—Encantada de conocerte, Daniel. Espero que nos veamos pronto —se despidió dirigiéndole una sonrisa traviesa y deslumbrante.

—Yo también lo espero —fue lo único que acertó a decir. Se olvidó de que quería contentar a Alexia, e incluso de que ella estaba allí. Se quedó con el dulce olor del perfume de esa mujer grabado a fuego y la impronta de su cuerpo sobre el suyo. Se instaló en su estómago la incómoda impresión de que había algo que se le escapaba, pero el recuerdo de los labios rosados de ella en su rostro, se impuso a la conciencia de familiaridad. De hecho tuvo que controlarse para no salir corriendo tras ella. Sin previo aviso su subconsciente le trajo el recuerdo de una tarde en Roma junto con el perfume de otra mujer que le había trastornado tanto como el de esta.

Ariadna regresó a la mesa triunfal y mucho más animada. Daniel no la había reconocido, lo que le creaba sentimientos encontrados. Por un lado le molestaba que no lo hubiera hecho, y por el otro se sentía pletórica por haber despertado su deseo sin reconocerla. En cuanto confirmó que no sabía quién era decidió comprobar si Daniel olía tan bien como ella recordaba. Constató que su memoria era perfecta. Con la adrenalina clamando en sus venas, por fin se decidió a abordar a Alberto con la proposición que le había comentado de pasada la noche anterior. Para su sorpresa, este accedió a hacerlo e incluso le dio algunas ideas que valía la pena tener en cuenta.

—La situación está tan extraña que incluso mi madre se ha ofrecido para ayudarme como consejera —le contó Ariadna a quien la propuesta de su madre la había pillado tan desprevenida que no había sabido qué contestarle. En ese momento no tenía ni la más remota idea de si a *Chic* le convenía la excéntrica presencia de Nora.

—Deberías aceptar —le aconsejó Alberto muy serio.

—¿Qué? Recuerdas a mi madre, ¿verdad?

—Recuerdo perfectamente a tu madre, es más, la vi un par de veces en Londres el año pasado y además de muy buen gusto, tiene muchos amigos influyentes que te podrían ayudar en un momento dado —ante la mirada asombrada de ella, Alberto sonrió—. Solo te digo que no te cierres a la posibilidad sin meditar bien sobre ello, podría tratarse de algo con lo que las dos salgáis ganadas —le comentó repentinamente muy serio. Ariadna comenzó a comprender por qué Alberto había llegado a lo más alto en su trabajo.

—Nunca me dijo que te había visto —se quejó ella.

—No le des importancia. Seguramente para ella no la tuvo.

Ariadna bromeó poniéndole mala cara. ¿Qué no era importante? Desde luego que lo era. Alberto era mucho más que un buen cuerpo y una cara bonita, también era un fotógrafo excelente sí, pero por encima de eso, destacaba por su brillante inteligencia, su capacidad organizativa y su buen humor. Era imposible que su madre se hubiera cruzado con él y no lo hubiese considerado importante.

Mientras conversaba con su amigo, Ariadna miraba distraídamente hacia la puerta por si veía a Daniel abandonar el restaurante. Había temido su encuentro desde que había aceptado regresar a España, pero ni en sus sueños más optimistas imaginó una escena como la que acababa de vivir. Ese domingo prometía escalar puestos en su ranking de días estupendos.

Después del café Alberto la acompañó a casa y se despidió de ella con dos besos, uno de ellos lo suficientemente errado como para parecer casi un beso en los labios. Ariadna no le dio más vueltas al asunto, un beso solo era eso, un beso.

Daniel fue incapaz de comer nada, ni siquiera pudo terminarse el kakitama-jini, una deliciosa sopa que siempre se pedía cuando visitaba el Sakura. Se pasó el resto de la hora incómodo en su silla, debatiéndose entre levantarse y buscar a la espectacular morena o seguir su juego junto a Alexia. Optó por no molestar más a la rusa. El inocente beso de la chica del cuarto de baño ya la había fastidiado demasiado, y si quería que aceptara su propuesta tenía que ceder en algunos puntos. Aunque le resultasen tan duros como dejar escapar a la mujer más atractiva y sexy con la que se había encontrado en mucho tiempo.

Contempló la posibilidad de sobornar al camarero para que averiguara quién era, pero lamentablemente Alexia no se movió de su lado en ningún momento. Tendría que organizar otra escapada al Sakura la próxima semana, con el modelito que la morena lucía, era imposible que el camarero la olvidara.

Mónica estaba cenando en casa de sus padres, como cada fin de semana. Los domingos a mediodía sus progenitores comían con los amigos en el club de tenis, así que reservaban las cenas para pasarlas en familia, sobre todo después de que sus hijos se hubieran emancipado. Era una norma establecida por decreto materno, de modo que nadie podía faltar a ella bajo ningún concepto, ni siquiera la enfermedad les liberaba de la dichosa cena. Marina enviaba entonces un coche a casa de sus descarriados hijos para que les recogiera y les devolviera sin necesidad de que condujeran.

Incluso había semanas en las que Mónica tenía que cambiar el turno en el hospital para poder cumplir con el deber familiar. Y aunque normalmente se moría de aburrimiento, esa noche se lo estaba pasando de miedo viendo la cara de asombro de su hermano mayor. Por supuesto ella estaba al tanto de todo lo que había sucedido en el japonés, Ariadna había pasado por su casa en cuanto Alberto la dejó en el portal.

El momento de diversión de Mónica no era porque no quisiera a su hermano. A pesar de sus desencuentros, ambos se querían sinceramente, de hecho, las disputas eran su manera de relacionarse. Se trataba más bien de una cuestión de solidaridad femenina, de amistad, de empatía o de las tres cosas a la vez.

Mónica llevaba toda la vida enamorada de Sergio y en ningún momento había contado con el apoyo de su hermano. ¿Por qué iba a apoyarlo ella a él? Si además estaba deseando verlo reconocer que se

había equivocado.

—¿Cuándo narices pensabais decirme que Ariadna había regresado? —les preguntó Daniel a su padre y a su entrometida hermana. Sus ojos echaban chispas. Era el colmo que su propia familia le ocultara información.

—Hijo, habla bien, por favor —pidió Marina con su habitual tranquilidad.

—¿No lo sabías? —le preguntó Mónica toda inocencia— Qué raro porque ella me ha comentado esta tarde que te ha visto comiendo con Alexia en el Sakura —dejó caer el comentario en tanto que estiraba el brazo para llegar a la bandeja de pan.

A Daniel se le resbaló el tenedor de las manos, que produjo un estruendo en medio del silencio en el que había quedado el salón tras la inocente declaración de Mónica.

¡Ariadna le había visto! Se le pasó el hambre de golpe y en su lugar se instaló en su estómago una molesta sensación que le cerró la garganta imposibilitando que pudiera tragar saliva. Se sintió idiota, al parecer el calificativo que ella le había otorgado tan amablemente años atrás, le iba al dedillo en esa ocasión.

Una imagen daba vueltas en su cabeza... No podía ser, era imposible que esa preciosa morena con la que se había cruzado en los lavabos fuera ella. Esa mujer sofisticada que se había pegado a él, y que con solo un beso en la mejilla le había hecho arder por dentro, no podía ser la misma chica inexperta y dulce que había conocido desde siempre. Pero lo era, la certeza se abrió paso como un golpe de martillo en el cráneo. Su seriedad inicial, el cambio operado en ella después de comprobar que no la reconocía y el brillo pícaro de sus ojos verdes al acercarse a besarlo.

¡Cómo lo había engañado! Se había vengado por su desplante en Roma con una frialdad que le sorprendió. Se había imaginado diversas escenas sobre cómo sería su reencuentro, pero en ellas siempre primaban los gritos y los insultos. Jamás una seducción tan certera y placentera.

—¿Ha venido sola? —preguntó intentando controlar su enfado en favor de su necesidad de saber.

—No, ha venido con Nora —le dijo Mónica comprendiendo a la perfección la pregunta velada de su hermano.

—Me refiero a si ha venido con su novio. Su pareja o lo que sea... —fulminó a su hermana con la mirada por obligarle a ser tan directo.

—No.

Daniel miró a Mónica entre el enfado y la súplica.

—No tiene novio, ni pareja ni lo que sea —explicó. Extrañada por el interés real de su hermano. ¿Para qué le servía saber si Ariadna tenía novio? Que lo tuviera no afectaba en nada a su trabajo en *Chic*. No se dio cuenta de que había fruncido el ceño pensativa y que daba la imagen de estar enfadada.

—Me voy a casa —anunció Daniel levantándose de la mesa.

—Pero si no has terminado de cenar —se quejó su madre.

—No tengo hambre —murmuró clavando una mirada iracunda sobre su hermana.

—¿Mónica qué has hecho para que tu hermano se quiera ir sin cenar? —interrogó Marina enfadada por la repentina marcha de uno de sus hijos, si no fuera por esas cenas casi no les vería, ocupados como estaban con sus trabajos y sus vidas.

—¡Eh, que yo no he hecho nada! —se defendió alzando las palmas de las manos mientras clamaba su inocencia.

—¿Entonces por qué se va? —se quejó Marina.

—Hasta mañana Daniel, ¿te veré en la oficina a las nueve? —aventuró David.

—Sí, papá. Allí estaré —aceptó el joven.

Daniel se inclinó sobre su madre y la besó en la mejilla, ya iba a salir del comedor cuando esta le pidió que le diera un beso a su hermana pequeña. Deseoso de salir de allí y poco dispuesto a pelear con Marina para hacerlo, se acercó a regañadientes hasta su hermana y le dio un fugaz beso en la mejilla al tiempo que le susurraba «¡traidora!».

Mónica no se ofendió por el apelativo, el que su hermano estuviera tan alterado era un punto a tener en cuenta.

Ariadna estaba en casa tumbada en el sofá, meditando sobre el día tan excitante que acababa de tener. Desde el encuentro con Daniel en los lavabos del restaurante, el día no había hecho otra cosa que volverse más y más inesperado. A las cinco de la tarde se había acercado a visitar a sus padres tal y como había prometido. Había ido a esa hora en concreto porque sabía que su madre seguiría con su costumbre de tomar el té a las cinco en punto. Y era justo cuando Nora se volvía una persona tranquila con la que se podía hablar apaciblemente e incluso razonar. El resto del tiempo parecía guiarse por impulsos, como el de regresar a España, un país del que había huido despavorida en cuanto le concedieron el divorcio.

Si bien Ariadna iba preparada para casi todo, se quedó perpleja al ver las miradas cómplices que se dirigían sus padres. Su madre incluso llegó a comentar que Jorge parecía más joven ahora que estaba delegando trabajo de la oficina. Comentario que le valió a Nora una sonrisa radiante por parte de este y un coqueto roce de rodillas que no pasó desapercibido para Ariadna.

A pesar de su propósito de mantenerse al margen, decidió estar atenta a la situación, solo por si se hacía indispensable su intervención. Si bien Jorge era un hombre razonable, no se podía decir lo mismo de Nora a quién se podía calificar de cualquier cosa menos de ser sensata y prudente. De modo que no estaba de más estar pendiente de ellos, sin intromisiones, únicamente como mediadora de paz en un caso extremo.

Por otro lado estaba la conversación con Mónica en la que había puesto al día a su amiga del encuentro con Daniel, y de que Alberto había aceptado ayudarla. Esta se había mostrado más alegre por la broma que le había gastado a su hermano que porque el fotógrafo hubiera aceptado colaborar con *Chic*. De cualquier modo no podía culparla ya que ella sentía lo mismo, se dijo mientras se estiraba en el sofá para hacerse con el mando a distancia de la televisión.

Daniel llevaba dando vueltas con el coche desde que había salido de casa de sus padres, no le apetecía ir a casa, pero tampoco podía llamar a Sergio, porque si le contaba lo que le había sucedido con Ariadna en el Sakura, se iba a estar riendo de él hasta los ochenta años, por lo menos. Todo porque la morena había decidido jugar y él había sido lo bastante tonto como para permitirle hacerlo. Si hubiera hecho caso a su instinto la habría seguido cuando ella lo besó y hubiera averiguado quién era, pero por

temor a molestar a Alexia y estropear la posibilidad de que lo ayudara con *Novia Feliz*, lo había dejado pasar, consiguiendo así que tanto ella como su hermana se rieran a su costa.

Se consoló al recordar que lo había conseguido. Su prudencia al final había servido para que Alexia aceptara trabajar para él y posar para el primer número de la revista.

La rusa era su as en la manga y él estaba dispuesto a casi todo con tal de llevarse la mano final.

Cuando llamó al timbre se sentía a la deriva, medio eufórico por volver a verla, y medio perturbado por el recuerdo de su encuentro en el japonés. Desde los quince años, todo lo que tenía relación con ella se movía entre dos aguas, lo que ella le inspiraba y lo que él se permitía sentir o incluso reconocer.

Lo ocurrido entre ellos en Roma era una clara muestra de la dualidad a la que Ariadna lo abocaba. Después de estar con ella aquella memorable tarde, de descubrir que él había sido el primero en su vida, la intensidad de sus sentimientos le asustaron y se marchó sin avisar a nadie y sin despedirse ni siquiera de Sergio. Huyó despavorido de lo que ella le provocaba, y esa no era la primera vez que lo hacía. Ya había escapado tras su primer beso, no obstante, nada había sido comparable a hacerle el amor.

Durante los meses posteriores a su viaje a Italia, estuvo a punto de llamarla muchas veces, incluso se planteó visitarla en Londres, pero su parte más cobarde le ganó la partida. Sabía que no sería capaz de soportar sus reproches, ni sus lágrimas, pero sobre todo sabía que sería incapaz de soportar ver cómo ella se arrepentía de lo que había sucedido entre ellos.

Y es que esa mujer conseguía acabar con su temple. Siempre lo había hecho, incluso cuando eran pequeños y jugaban juntos al ajedrez, Daniel siempre tenía que esforzarse por concentrarse en su juego, ya que perder contra ella jamás era una opción. En su afán por superarla se había convertido en un niño prodigio del ajedrez, y en un mago de las trampas.

En esos instantes, parado ante su puerta, tenía que reconocer que la había subestimado. En su reencuentro no hubo lágrimas ni recriminaciones. Solo un juego cargado de sensualidad y la certeza de que la química entre ellos todavía estaba presente.

Rememoró su figura enfundada en aquel diminuto vestido negro, sus largas piernas... La condenada estaba preciosa. ¿Quién se iba a imaginar que vestiría de ese modo? Entre eso y su pelo largo y sedoso le había resultado imposible reconocerla, lo que no le había impedido desearla aun sin saber que era Ariadna la que lo tentaba.

Finalmente había cumplido su promesa y no se había cortado el cabello. Igual no estaba todo perdido, la idea le golpeó en el pecho, ¿y si todavía disponía de la oportunidad de arreglar lo que rompió hacía tantos años en Roma? No es que ella le interesara especialmente, se dijo poco convencido, la razón que se daba a sí mismo para justificar su inclinación era que quería demostrarle que en cuestión de juegos el experto era él.

El que se hubiera arrepentido de alejarla de su lado desde el mismísimo momento en que abandonó Roma no tenía nada que ver con su actual decisión, se dijo mentalmente. Ni siquiera fue capaz de engañarse a sí mismo.

No se escuchaba ningún sonido procedente de la casa, pero eso no era indicador de que no hubiera nadie; estaba meditando sobre si era oportuno visitarla cuando la puerta se abrió y se encontró con

Ariadna descalza con unos shorts tan diminutos como el vestido que lucía al mediodía, y una camiseta blanca de tirantes sin sujetador. Intentó desviar la mirada de sus bien formados pechos a sus ojos, pero la muy indiscreta se resistía a abandonar las delicadas formas de su interlocutora.

—¿Daniel? —preguntó ella rompiendo el tenso silencio.

—¡Estupendo! Ya me recuerdas.

—Por supuesto que te recuerdo. El de la mala memoria eres tú, no yo —el dardo salió más envenenado de lo que pretendía.

—¿No me invitas a pasar?, ¿dónde está tu perfecta educación británica? —preguntó alzando una ceja e ignorando su recriminación.

—Claro, pasa —aceptó ella fingiendo una serenidad que estaba lejos de sentir.

—¡Qué amable! —se burló.

Los dos se miraban intentando comprender las intenciones ocultas del otro, ella asombrada por la visita y él por la fingida amabilidad de esta.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó haciendo gala de su sangre británica.

—En realidad en nada. Es una simple visita de cortesía, ya que en el restaurante no he podido saludarte como debía. Somos viejos amigos, ¿recuerdas?

—Eso es algo que yo nunca he olvidado —volvió a repetir ella sin perder la sonrisa.

—No te preocupes por mi mala memoria, estoy más que dispuesto a remediar mi falta.

—¿Y cómo piensas hacerlo, si puede saberse? —le preguntó suspicaz.

—Devolviendo tus amables atenciones.

—No te entiendo —se quejó ella aturdida al ver cómo se iba acercando hasta ella.

—Es muy simple. Así —musitó él.

Tal y como había hecho ella en el restaurante, Daniel se pegó con delicadeza a su cuerpo. Solo que esta vez Ariadna llevaba menos ropa que la anterior y pudo sentir el momento exacto en que sus pezones se tensaron con su abrazo. Silenciosamente deslizó sus manos por la espalda de ella, marcando un ritmo lento y cadencioso. Al tiempo que su boca acariciaba su mejilla con suavidad con un beso fugaz, pero mucho más sugerente que el que ella le había dado a él, en los lavabos del Sakura frente a la atenta mirada de Alexia.

Daniel notó la suavidad de su cuerpo y el ritmo acelerado de su respiración. La notaba expectante y excitada, a la espera de su siguiente paso, a la espera de ese beso abrasador que los consumiría, que los dos deseaban... No obstante, tenía que soltarla y olvidarse de besarla, al menos de momento, si no lo hacía, no iba a servir de nada su juego y entonces ella volvería a ganarle en su propio terreno y bajo sus normas.

Daniel se separó con cuidado, marcando cada movimiento, esforzándose por aparentar una indiferencia que estaba lejos de sentir, consciente de que un simple vistazo a sus pantalones terminaría con su fachada de frialdad e indiferencia.

Afortunadamente para él, Ariadna le mantuvo la mirada.

—Bueno Ari, nos vemos mañana —comentó volviendo a usar el diminutivo de su nombre—. Ha sido un verdadero placer volver a verte. Por cierto, deberías tomarte como un piropo que no te haya reconocido este mediodía —y dicho esto se marchó dejando a la morena tan atónita que fue incapaz de pronunciar palabra.

En un principio su intención había sido buscarla para comprobar que Ariadna y la chica que le había impresionado en el japonés eran la misma persona, para vengarse por la bromita que casi le había costado que Alexia le dejara tirado con la portada de *Novia Feliz*, pero una vez que la tuvo delante, apenas pudo contenerse al verla con tan poca ropa. El juego se había vuelto en su contra, la deseaba mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir, nunca había tenido que esforzarse tanto para no lanzarse sobre una mujer, normalmente era él quien marcaba los tiempos, las distancias, quien ponía fin a las relaciones sin ningún tipo de reticencias.

Ariadna era demasiado peligrosa, y en esos instantes no estaba pensando en ella como rival para la vicepresidencia de *Von*.

Dos horas después, tumbado en su cama, todavía sentía latir su entrepierna cada vez que rememoraba su encuentro con ella, y el diminuto short con el que le había abierto la puerta.

Capítulo 6

Ariadna se despertó el lunes sabedora de que era una fecha importante en su nueva vida, que ese día iba a marcar un nuevo comienzo. Se habían terminado los cursos excéntricos, los postgrados, los másteres... En Nueva York por fin había descubierto qué era lo que quería hacer con su vida y *Chic* era su oportunidad de lograrlo.

Así que se levantó temprano y se tomó su tiempo para elegir la ropa que iba a ponerse en su primer día al frente de la revista. Como editora de una publicación sobre moda, tenía que dar la impresión de que poseía una elegancia innata que transmitiría a su trabajo. Dar una buena primera impresión era primordial.

Después de adentrarse en «El país de las maravillas», se decidió por una falda lápiz negra y una blusa blanca estilo lady. Remató con sus zapatos fetiche y con un bolso de mano de Chanel. Un maquillaje ligero y unas gotas de su perfume favorito, le dieron el empujón que necesitaba. El pelo suelto le caía en elegantes ondas por los hombros y por la espalda, su aspecto era tal y como había pretendido, elegante y discreto con un toque sexy.

Estaba tan nerviosa ante su primer día que apenas desayunó un café bien cargado. Iba a salir por la puerta de su piso cuando se detuvo bruscamente ante el espejo del recibidor, su look tenía un pequeño fallo... Fue hasta el cuarto de baño corriendo y se recogió la larga melena en un moño bajo enrollando el cabello sobre su nuca de manera que no se notara la largura. Una cosa es que se hubiera dejado el pelo largo porque Daniel se lo había hecho prometer, y otra era que quisiera que él lo supiera.

Una reacción infantil, teniendo en cuenta que ya la había visto con el pelo suelto, pero se sentía menos vulnerable ocultándolo. Y tras su encuentro de la noche anterior, lo que menos necesitaba era sentirse vulnerable ante él, o parecerlo.

Por culpa de su visita se había pasado gran parte de la noche dando vueltas en la cama, pensando en lo que habría pasado si en lugar de devolverle el golpe, la hubiese besado de verdad, tal y como ambos habían deseado.

Se había sentido ridículamente temblorosa y fastidiada consigo misma cuando Daniel cerró la puerta tras de sí, y se marchó como si nada hubiese pasado. Desechó tales pensamientos y se encaminó a su nuevo trabajo, a su nueva vida, una vida en la que Daniel iba a estar tan presente que podía toparse con él en cualquier momento y en cualquier lugar.

Un trabajo en el que su rivalidad trascendía más allá del tablero de ajedrez.

Veinte minutos después Ariadna se lamentaba por no haber sido previsora y haber contratado de antemano un servicio de taxis para que la llevara a la oficina.

El taxi que amablemente le había pedido Antonio seguía sin aparecer y no estaba muy segura de cómo llegar en metro hasta la oficina y seguramente Mónica ya se había marchado al hospital, de modo que ese primer día no auguraba grandes comienzos.

—Y luego se quejan de la crisis —se lamentaba el portero—, pues al parecer hoy todo el mundo ha decidido usar taxis para desplazarse porque aquí no aparece ninguno. ¡Menuda forma de malgastar el dinero tiene la gente! —el hombre se calló cuando comprendió que había hablado de más.

—No te preocupes, Antonio. Aún tengo tiempo y seguro que aparece alguno pronto —le consoló Ariadna, que estaba cada vez más nerviosa debido a la incansable cháchara del pobre hombre.

Como último recurso se le ocurrió preguntarle al desconsolado portero dónde vivía Sergio, pero se calló al ver a Daniel aparecer por la puerta que conducía a las escaleras. Llevaba un traje de chaqueta oscuro, con chaleco e incluso corbata. Ariadna tuvo que fingir que se apoyaba en la pared a su espalda porque las rodillas le flaquearon al verle, era casi más interesante que verle sin ropa, pensó con el pulso acelerado. *Casi*.

Antonio, queriendo solucionar el problema del transporte, le explicó a Daniel que la señorita Varela estaba esperando un taxi para que la llevara a la oficina y que este no aparecía. Si no le molestaba, como los dos iban al mismo lugar, podría acercarla en su coche. Daniel aceptó con una sonrisa traviesa que rasgó aún más sus ojos almendrados.

El hombre, feliz por haberle conseguido por fin un modo de transporte, se acercó entusiasmado para contarle que el señor Onieva estaba encantado de servirle de ayuda, «palabras textuales» especificó el portero con una sonrisa satisfecha. De modo que Ariadna no tuvo más remedio que aceptar ante la sincera preocupación de uno, y la amabilidad del otro. Sobre todo si pretendía llegar puntual en su primer día de trabajo, y allí se encontraba en esos instantes: metida en el Audi de Daniel, sentada a su lado y oliendo su perturbador perfume, el mismo que había hecho que lo besara en el restaurante y que había retenido en su memoria olfativa a pesar del tiempo transcurrido sin verle.

Daniel conducía en silencio, no obstante, no apartaba la mirada de su copiloto más que lo justo para circular sin incidentes. Y era ese escrutinio al que estaba siendo sometida lo que hacía que Ariadna se considerara peligrosamente cerca de sufrir un ataque de nervios.

—Deberías dejarte el pelo suelto —le dijo al fin volviendo la mirada a la carretera—. Así parece que lo lleves corto.

—Me gusta así —respondió a la defensiva.

—¡No es verdad!, ayer lo llevabas suelto y se te veía muy cómoda con tus shorts. Estoy seguro de que te lo has recogido por otro motivo —Ariadna se giró bruscamente a mirarlo, «¿cómo narices...?» Y se encontró con que sonreía travieso.

Daniel alargó la mano, sorprendiéndola a ella e incluso a sí mismo y le pasó un mechón rebelde por detrás de la oreja. La idea de tocarla le había pasado repetidas veces por la cabeza, pero el gesto había sido instintivo, su cuerpo reaccionaba a ella sin necesidad de órdenes mentales para que se moviera. Sentía que un poderoso imán tiraba de él en su dirección, al fin y al cabo los polos opuestos siempre se atraían. Era una ley física elemental.

Ariadna se mordió la lengua para no responder, además de llamarle engreído no tenía ningún argumento consistente para rebatirle, por lo que siguió mirando por la ventana al tiempo que contenía la necesidad de mirarle. Esforzándose por alejar de su mente el recuerdo de la noche anterior... el breve contacto, que ahora entre enfadada y molesta porque la hubiera calado, tanto ansiaba.

Daniel por su parte tenía que echar el resto para centrar su atención en la carretera, casi sin darse cuenta se distraía y desviaba la mirada hacia la mujer que iba sentada a su lado. Resolvió que la mejor manera de romper el tenso silencio era poner algo de música, por lo que encendió el lector sin despegar la vista del camino, segundos después comenzó a sonar *Beautiful Day*, de U2. Sonrió con la mirada fija

en la carretera, la canción se había hecho eco de sus pensamientos:

Touch metake me to that other placeteach meI know I'm not a hopeless case^[3].

—¿Por qué me besaste el otro día? —le preguntó Daniel sin mirarla.

—¿No se te ha ocurrido nada más incómodo para romper el silencio? —dijo imprimiéndole a su voz el tono más sarcástico que pudo.

Daniel rió más relajado, la tensión de sus hombros, que le arrugaba la chaqueta, había desaparecido.

—No te recordaba así —confesó.

—No sabía que me recordaras —murmuró ella volviendo a fijar la vista en la ventanilla.

—Un par de veces —concedió Daniel sonriendo—. A lo sumo.

—Bueno tu memoria deja mucho que desear...

—Eso no puedo rebatírtelo —aceptó con una mueca resignada.

—¿Y cómo me evocabas? ¿Cómo la mejor jugadora de ajedrez a la que te has enfrentado nunca? — intentó disimular su ansiedad con la ironía, pero su voz sonó ronca.

—Por supuesto —aceptó siguiéndole la broma—. Además de un poco más tímida y con peor gusto para vestir —le respondió concentrado en conducir.

—Bueno ya puestos, yo tampoco te recordaba tan ingenioso y locuaz. Siempre fuiste un pelín borde y taciturno.

Ariadna se mordió la lengua evitando así acusarle de cosas más graves y directamente relacionadas con su inesperado abandono en Roma.

—Supongo que los dos hemos mejorado con la edad —comentó Daniel divertido por la reacción de ella.

Ariadna no contestó inmediatamente, durante varios minutos se perdió en sus pensamientos.

—Me pareció gracioso que no me reconocieras —confesó finalmente.

—¿Por eso me besaste?

—No, te besé porque no he dejado de pensar en ti ni un solo día desde que me dejaste tirada en Roma y por supuesto, porque estoy locamente enamorada de ti —respondió sarcástica, aunque de algún modo esperaba haber dado pie para que él dijera algo sobre Roma: una disculpa, un motivo...

Además, tampoco es que fuera todo mentira, ¿no? Se debatió Ariadna.

Daniel se mantuvo en silencio, disfrutando íntimamente de las palabras que acababa de escuchar. Temblando por el deseo de que hubiera algo de verdad en ellas. Desde la noche anterior en que había descubierto que la tenía al alcance de su mano, a solo un piso de distancia... No había podido pensar en otra cosa.

Desde el fatídico momento en que salió por la puerta del Imperial no había pasado un solo instante en que no se hubiera arrepentido de abandonarla tan precipitadamente. Durante meses se esforzó en olvidar aquella tarde, no obstante, ya no podía hacerlo.

Ariadna fue lo primero en lo que pensó cuando su padre y Jorge le hablaron de la posibilidad de optar al cargo en *Von*, ella iba a volver a descontrolarle la vida, a hacerle sentir más de lo que quería o podía permitirse.

Mientras había estado lejos, Daniel había conseguido mantener a raya sus sentimientos, pero era

imposible hacerlo teniéndola tan cerca. Siguió con la mirada lejos de ella y no contestó, no se sentía con fuerzas para sonar despreocupado e ingenioso, ni siquiera evasivo. Y mucho menos para confesarle la verdad.

Ariadna esperó y esperó, pero fue en vano. El momento había pasado y Daniel no hizo ningún comentario sobre lo que acababa de echarle en cara. La decepción se instaló en su estómago como un nudo molesto e implacable. Se arrepintió de haberse tomado el café porque se le estaba agriando, y se enfadó consigo misma por albergar la tonta esperanza de que él se disculpara, había tenido diez años para hacerlo, ¿por qué siquiera se le pasó por la mente que fuera a hacerlo en ese instante?

Una vez en *Von*, Daniel metió el coche en el aparcamiento subterráneo del edificio y muy amablemente se ofreció a llevarla a casa al terminar la jornada laboral. A pesar de que su ofrecimiento era sincero, lo que menos se hubiese esperado era que ella aceptara su oferta. No obstante, Ariadna confusa tras su breve conversación, y no queriendo propiciar un nuevo enfrentamiento entre ellos, aceptó con una sonrisa serena.

Mientras se dirigía a su nuevo trabajo, se dijo a sí misma que simplemente lo hacía por corresponder a la amabilidad de su vecino y antiguo amigo, pero en su fuero interno ella sabía que la idea de volver a casa con él le atraía por otras razones mucho menos prosaicas.

En el primer piso del edificio de *Von* se situaba *Novia Feliz*, en él estaban instaladas las oficinas de los trabajadores, el comedor, la sala de reuniones, maquillaje y vestuario de las modelos. Cada planta era independiente de la otra, como un universo aparte en el que cada habitante disponía de todo lo que necesitaba para ser eficiente. El segundo correspondía a *Chic* y disponía de los mismos servicios que ofrecía su rival a sus trabajadores. La tercera y la cuarta planta estaban ocupadas por el periódico y la emisora de radio, respectivamente. El último piso se reservaba en exclusiva a los despachos de los altos cargos.

La información sobre la distribución de la empresa familiar la recibió de manos de su nueva secretaria, que se lo explicó como si Ariadna no estuviera enterada de ello desde que era una niña. La mujer que tenía frente a ella, tendría unos cincuenta años, año arriba, año abajo. Llevaba unas gafas ovaladas de pasta, bastante pasadas de moda, y un moño bajo que hizo que sin ser consciente Ariadna se soltara el suyo y se colocara sus rizos sobre los hombros.

La señorita Bessette, como le indicó que debía llamarla, era un cuervo francés con una dicción lastimosa y una actitud prepotente que mostraba a las claras lo poco contenta que estaba con su nueva jefa.

Tras un cuarto de hora con ella lo único que Ariadna no le podía recriminar era su eficiencia, en menos de tres minutos había congregado a la plantilla en pleno, en la sala de reuniones, y la había puesto al tanto del papel que desempeñaban cada uno de ellos en *Chic*.

En la sala de reuniones los empleados parecían tan nerviosos como lo estaba la propia Ariadna. Ninguno de ellos sabía lo que iba a encontrarse. El equipo de *Chic* esperaba a la mimada hija del jefe, y

ella iba mentalizada paratoparse con gente cercana a la edad de sus padres. No se cumplieron las expectativas de ninguno de los asistentes, la nueva jefa parecía una mujer preparada que sabía hasta dónde quería llegar con la revista, y los empleados eran mucho más jóvenes de lo que Ariadna había supuesto. Si en un primer momento no supo cómo actuar, la vacilación le duró muy poco. Recordó el modo cortés y educado, pero inflexible con el que Matthew hablaba a sus subordinados y siguió su ejemplo, dando una imagen mucho más profesional de lo que sus empleados esperaban.

Fue en la reunión con el personal donde Ariadna tomó la decisión de reemplazar al dinosaurio de su secretaria por la joven que cogía las llamadas en recepción. No había conocido a su secretaria nada más que unas horas y ya era plenamente consciente que nunca congeniarían. Sabía que la mujer se lo tomaría fatal, así que aparcó sus intenciones hasta encontrar la manera precisa con que venderle la idea a la señorita Bessette, alias señorita Rottenmeier.

A fin de cuentas ella era psicóloga y comprendía bastante bien las emociones humanas, al menos las de los demás, las suyas la dejaban fuera de juego, sobre todo aquellas que le inspiraba Daniel Onieva, nuevo director de *Novia Feliz*. «¡Qué nombre más feo!» pensó, al menos *Chic* no estaba tan mal, podía decirse que tenía *¿charm*^[4]?

Una hora después, Ariadna se encontraba enterrada entre números atrasados de la revista que tenía que resucitar cuál ave fénix de sus cenizas. La anterior directora se había jubilado recientemente y se notaba un aire estancado en cada una de sus páginas. Siguió tomando notas y ordenando ideas, tenía hasta las doce para ponerse al día, ya que a esa hora había quedado con Alberto para tratar sobre el tema de la portada, y ya de paso, pedirle consejo sobre los cambios que quería introducir en *Chic* para hacerla más moderna y atractiva para el lector. Su intención era que atrajera tanto a hombres como a mujeres de cualquier edad.

Pero su intento de revisar y escoger las secciones que contenía *Chic* y que iba a mantener en su nueva era, se vio relegado cuando su padre apareció por la puerta de la sala de juntas, con el gesto serio y profesional que guardaba para las grandes negociaciones

Como aún no sabía dónde estaba su despacho y no tenía ganas de tener a la cuervo haciendo guardia en su puerta, se había quedado allí. El que su secretaria no la hubiera informado inmediatamente de cuál iba a ser su espacio en *Chic*, era otro claro indicio de su incompatibilidad para trabajar juntas.

Padre e hija se quedaron allí para tratar lo que fuera que hubiera llevado a Jorge hasta *Chic*. No obstante, por su cara de circunstancias, Ariadna era capaz de hacerse una idea aproximada del porqué de la inesperada visita paterna.

—Verás cariño, además de para ver cómo te va en tu primer día, he venido porque tengo que comentarte un asunto un poco delicado —comenzó nervioso y sin saber cómo exponerle sus intenciones a su hija.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó ella riendo—. Vienes a interceder por mamá —lo acusó certera.

La cara de Jorge se encendió al verse descubierto con tanta facilidad.

—Bueno, no exactamente a interceder. Tu madre me pidió que te aconsejara y es lo que pensaba hacer —Ariadna se fijó en cómo se estrujaba las manos nervioso y decidió ponérselo fácil. Sobre todo porque siguiendo la sugerencia de Alberto había decidido contratar a Nora.

—De acuerdo, aconséjame —concedió, «*A ver cómo me vende la moto*», se dijo divertida.

—Vale. Me pillaste, no hay consejos que valgan. ¿Contratarás a tu madre por mí, para que pueda volver a vivir en paz? —le preguntó esperanzado.

—Claro que lo haré, papi. Es más, tengo a la secretaria ideal para ella —el pensamiento le surgió de forma repentina, pero estaba segura de que su madre y la señorita Bessette se iban a llevar a las mil maravillas.

—Fantástico, pues ve y díselo, se pondrá contentísima —pidió Jorge, aliviado porque le había resultado mucho más sencillo de lo que había temido.

—¿Está aquí? —de repente la idea de contratarla ya no la atraía tanto. Su madre había sabido ganarse el apoyo de su padre sabedora de que Ariadna no se negaría si era este quien se lo pedía. Estaba claro que se le daba bien manipularlos.

Frunció el ceño pensativa, si se hubiera dedicado a la política, habría sido más poderosa que la mismísima Dama de Hierro.

—Sí. Pero antes vamos a lo importante, ¿qué necesitas para que *Chic* funcione? —no se le escapó la brusquedad con la que su padre quiso cambiar de tema.

—Dinero, contactos, publicidad...

Quince minutos después abandonaba la sala de juntas con una tarjeta de crédito ilimitada, un despacho por amueblar y la posibilidad de gastar sumas escandalosas para hacer que *Chic* fuera la revista con la que llevaba soñando desde que aceptó participar en el proyecto, así como la promesa de una campaña de marketing a la altura de lo que su revista pretendía ser.

Tras comunicarle amablemente que iba a ser la secretaria de su madre, la señorita Bessette se había ido murmurando en francés que la nueva directora iba a hundir la revista todavía más de lo que ya estaba, y que no era más que una niña que acababa de dejar de jugar a las casitas para jugar con edificios de verdad llenos de gente. Contó hasta diez mentalmente, consciente de que no iba a dar muy buena impresión si el primer día de trabajo le arrancaba el moño a una empleada.

Y es que lo que no se esperaba la señorita Rottenmeier, era que la niña que jugaba a las casitas, hablara a la perfección su lengua y que comprendiera todos y cada uno de los calificativos que había usado para definirla.

Tratando de calmarse hizo una lista mental de porqué no valía la pena pelearse con su exsecretaria:

1. Porque ahora el problema era de su madre.
2. Porque eran casi las doce y casi no sabía nada del funcionamiento de su revista
3. Porque era demasiado profesional para hacerlo.
4. Porque seguramente no se conformaría con arrancarle el moño...

Decidió que el tercer punto de la lista era el que más la convencía, así que descolgó su recién estrenado teléfono y le pidió a Victoria, su recién nombrada secretaria, antes recepcionista, que le hiciera de guía por la oficina. Tal y como había supuesto, la chica no solo era encantadora, además estaba enteradísima del funcionamiento de todo. Suspiró aliviada, ¡por fin algo le salía bien!

Daniel se paseaba de un lado a otro de su despacho como un animal en cautiverio.

Se oyeron unos suaves golpecitos en la puerta, pero Daniel estaba tan perdido en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de ello. Tras un momento de indecisión, Sergio abrió la puerta y se adentró en el despacho más tranquilo al comprobar que Daniel estaba solo.

—Buenos días, compañero. Veo que ya te has instalado —le saludó alegremente.

Daniel se giró y le hizo un gesto con la cabeza pero no abrió la boca en ningún momento.

—¿Por qué tienes esa cara, si puede saberse? ¿Te han dado una silla incómoda? ¡No, ya lo sé! Alexia te ha exigido que vuelvas con ella a cambio de posar para la revista —estaba claro que Sergio estaba de buen humor.

—¡Guarda silencio! Estoy pensando —le pidió malhumorado.

—Esto se vuelve cada vez más raro. Tú pensando. Surrealista.

—Déjate de bromitas. Esto es muy serio —se quejó mirándole enfurruñado.

—Ilumíname, ¿qué sucede?

—Ariadna está impresionante.

—¿Está buena? —le preguntó alzando las manos al cielo—. ¡Te lo dije! Pero tú nunca me haces caso.

—¿Eres sordo? Ariadna está impresionante. No se trata de que esté buena. Sino que está im-pre-sio-nan-te —le dijo separando las sílabas para que Sergio comprendiera la magnitud de su declaración.

—Te repites un montón y aun así no acabo de entenderte —se quejó Sergio.

Daniel iba a repetir aquello de que estaba impresionante cuando se lo pensó mejor.

—Si no hago algo muy grande va a conseguir que *Chic* sea un éxito sin precedentes en el grupo *Von*. Ha vuelto preciosa, elegante y viste como una maldita estrella de cine.

—¡Ah! ¿Así de impresionante está?

Daniel le miró ceñudo, pero no dijo nada.

Capítulo 7

A las dos del mediodía Alberto, Mónica y Ariadna, disfrutaban en la sala de juntas de la pizza que les habían traído.

Mientras la degustaban Ariadna tuvo una idea para una nueva sección, llevaba casi toda la mañana pensando en nuevos conceptos que dinamizaran la revista, y justo en ese instante se había encendido la bombilla:

—Podríamos hacer una sección sobre restaurantes.

—Eso no es demasiado original —repuso Alberto.

—Podemos hacerlo diferente si añadimos recomendaciones sobre el menú, cuál es la mejor mesa para comer... Que el lector sepa qué debe pedir para disfrutar de la comida, en qué mesa tendrá más calor, en cuál más frío. En definitiva, qué se va a encontrar... —la idea estaba en mezclar lo clásico con lo innovador para que el resultado fuera original.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Visitándolos, por supuesto —contestó sorprendida por la pregunta.

Una respuesta obvia puesto que era imposible recomendar nada sin haberlo probado previamente.

Alberto y Mónica la miraron a la espera de que explicara más ampliamente su idea.

—Veamos, se trata de una sección fija en la que hablaremos de diferentes restaurantes, podríamos comenzar por España y continuar por el extranjero. O bien podemos ir alternando desde el comienzo para ser menos predecibles —a medida hablaba, la idea se iba haciendo más clara en su mente.

—No es mala idea —aceptó Mónica.

—Pero si aún no sabemos nada sobre lo que se propone —se quejó Alberto. Estaba claro que Mónica iba a aceptar cualquier propuesta de su amiga por loca que esta fuera.

Ariadna sonrió agradecida a Mónica por el apoyo que le estaba brindando.

—Un redactor, que puede ser fijo o ir turnándose, va al restaurante en cuestión, habla con el dueño, los camareros, los clientes, etc. Y pide de todo lo que hay en la carta. La revista se hará cargo del billete de avión y de la cena, así como de la estancia, dependiendo del lugar elegido haremos una cartera de servicios. Luego escribe sobre lo que le ha parecido el restaurante y da su consejo sobre cuál es el mejor plato, el postre más exquisito, los mejores días para conseguir mesa...

Ariadna se calló esperando ver alguna reacción positiva por parte de Alberto puesto que ya sabía que Mónica la secundaría.

—Vale, ahora que por fin se ha explicado: me gusta el proyecto —admitió el fotógrafo—. Incluso se puede probar con otro tipo de locales como discotecas, clubes, spas...

—Así será mucho más original —sentenció Mónica levantándose de un salto de la silla.

—Perfecto, me encanta la sugerencia, si lo hacemos así llamará más la atención. Pues chicos, ¡ya tenemos la primera sección oficial de *Chic* en esta nueva era! —la sonrisa de Ariadna era tan radiante que Alberto tuvo que tragar de golpe el bocado que estaba comiendo por miedo a atragantarse.

—Solo una cosa más —comentó Mónica—. Creo que estaría genial que lo hicieras como una especie de regalo. Que cada vez le toque a un redactor diferente, de este modo te servirá también para incentivar su trabajo y para que se sientan a gusto aquí.

—Mónica ¡eres un genio! —dijo Alberto, elogiando la propuesta de su amiga.

—Secundo la moción —aceptó Ariadna, cada vez más feliz con su nuevo trabajo y sintiéndose respaldada por sus amigos.

—Sobra decir que cuando la sección te toque a ti, tienes que llevarme como agradecimiento por mi contribución a la causa —pidió Mónica que no se relajó hasta que su amiga prometió llevarla consigo.

Los tres sonrieron animados por cómo iba tomando forma la revista, y siguieron comiendo. Primer obstáculo superado, sin embargo aún quedaba el más importante.

Y es que mientras visitaba la revista con Victoria, Ariadna se había enterado de que *Chic* no recibía ropa de los grandes diseñadores para sus portadas y reportajes. Ni la revista era lo suficientemente importante para que se la ofrecieran los propios diseñadores, ni nadie del equipo de la publicación se había molestado en mover el tema para conseguirlo. Por consiguiente y tras el disgusto, Ariadna no había tenido fuerzas para salir a almorzar fuera, de ahí que estuvieran comiendo en la sala de juntas.

«*El mundo se alía en mi contra*», se quejó a sus amigos. No podía gastar la tarjeta que su padre le acababa de dar comprando modelos de alta costura, lo que tenía que hacer era conseguir que las grandes firmas le prestaran sus diseños para las sesiones fotográficas, antes incluso de que estuvieran a la venta. La cuestión era averiguar cómo.

—¿Por qué no miras en «El país de las maravillas»? , seguro que encuentras algo que te sirva para la modelo escuálida que habéis elegido Alberto y tú —le sugirió Mónica haciendo uso de su mente práctica.

—¿«El país de las maravillas»? —pregunto Alberto desubicado por la referencia.

—Se refiere a mi armario —explicó Ariadna

—Tendrías que verlo, hace honor a su nombre —comentó Mónica soñadora.

—Esa puede ser una solución temporal, pero nada más. Tengo que hacer algo y estoy segura de que tú puedes ayudarme Alberto, dime que tienes alguna amiga diseñadora, relaciones públicas de una gran marca, algo... —cruzó los dedos para que Alberto asintiera.

—Lo siento, no creo que mis contactos te sirvan para lo que te propones.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Ariadna se estaba desesperando por momentos.

Cuando bordeaba una de las piedras que le salían en el camino: la secretaria, las nuevas secciones... Le salía una nueva imposible de esquivar. Se preguntó cómo le estaría yendo a Daniel en su primer día, pero desechó el pensamiento, enfadada consigo misma por no poder controlarse y dejar de pensar en él, ni siquiera en los momentos de crisis.

—Podemos empezar por introducirte en sociedad, un par de saraos, alguna *première*... Explicaremos que eres la nueva directora de la revista, que piensas modernizarla y convertirla en un referente de la moda en España, y ya veremos qué hacemos después. Si las cosas salen bien, recibirás más invitaciones y probablemente sean las propias marcas las que te busquen a ti. Aunque creo que, de momento, para el tema de la ropa deberías hablar con Nora y por supuesto con Matthew Thorpe. Estoy seguro que pueden ayudarte mucho más que yo.

—¡Eres un genio Berto! Mi madre y Matthew seguro que saben qué he de hacer para ponerme en contacto con las mejores boutiques de Madrid. A fin de cuentas contratar a mi madre no ha sido una completa locura.

Ariadna salió disparada por la puerta dejando la pizza a medio terminar, dispuesta a sacar provecho de su nueva empleada.

Se quedó parada en la puerta del despacho de Nora viendo la escena más increíble que hubiera presenciado nunca. Su madre y su nueva secretaria tomaban café y charlaban animadamente como viejas amigas. Había supuesto que se llevarían bien, pero lo que estaba viendo superaba con creces sus expectativas. Nora incluso se atrevía a sugerirle a la señorita Bessette que se cortara el pelo y que se deshiciera del horrible moño que la hacía parecer mayor.

Definitivamente el mundo estaba patas arriba. Inclusive se sentía culpable por interrumpir los buenos consejos que su madre le estaba dando. Unos remordimientos que desaparecieron en cuanto recordó el veneno que horas antes había destilado la francesa contra ella.

Llamó suavemente a la puerta, acto innecesario puesto que estaba abierta, y entró en los dominios de Nora que no había perdido el tiempo y se había agenciado prácticamente todos los muebles que acumulaban polvo en el almacén de la segunda planta.

Aparcó ese tema para otro momento, y se lanzó en picado a lo que realmente le interesaba, la ropa para las sesiones. La Rottenmeier, se despidió de su actual jefa y se olvidó de hacer lo propio con la ex, o más bien, se despidió a su manera, con una mirada cargada de rencor, pero sin abrir la boca para decir adiós.

«*Al menos no me ha insultado de nuevo*», pensó Ariadna, y pronto se olvidó de la mujer para centrarse en lo que la había traído hasta allí.

En cuanto se quedaron solas Ariadna se dispuso a hacer uso de los servicios de su nueva consejera, puesto que ese era el cargo que su madre se había creado especialmente a medida, eso sí, con el beneplácito de uno de los dueños de la empresa y la aprobación de la directora de la revista.

Ariadna supuso que su madre debía de estar aburrída de su vida. Primero lo dejaba todo y regresaba a España, y ahora buscaba trabajo, algo que no necesitaba porque con la pensión que le pasaba su padre y el dinero de su familia, vivía mucho más que bien.

—Mamá, ¿crees que puedes comenzar a ejercer tu cargo mañana? Necesito de tus valiosos servicios —optó por halagarla, esa siempre era la opción que mejor resultado daba.

—Claro hija, digo Ariadna —se corrigió, al fin y al cabo, estaba frente a su nueva jefa, que además fuera su hija era algo anecdótico — ¿Qué necesitas?

—Que me acompañes a la «Milla de Oro» y que hagas uso de tus amigos, tus contactos o lo que tengas, para que las casas de moda nos envíen ropa para nuestros reportajes. Yo hablaré con Matthew en cuanto la franja horaria de Nueva York me lo permita, no es buena idea despertarle si quiero que me eche una mano —bromeó conociendo el malhumor de su antiguo jefe por la mañana, consciente de que allí debían de ser poco más de las ocho, Matthew no se habría tomado ni el primer café.

—Sí será lo mejor, Matt no es muy madrugador. Si se pone difícil me pasas la línea y yo hablaré con él. Por mi parte ahora mismo me pongo con el teléfono —con el auricular en la mano y sin mirarla, añadió—. Adiós, necesito tranquilidad para hablar.

—Claro mamá.

«*Nora nunca ha sido capaz de dominar las sutilezas*», pensó Ariadna mientras abandonaba el despacho del que tan amablemente la habían echado. Suspiró resignada, su madre era casi siempre una mujer maravillosa, y a pesar de lo que podía parecer, a Ariadna le encantaba tenerla cerca, lo complicado era aguantarla en los momentos en los que maravillosa era una palabra que le quedaba enorme.

De regreso a su oficina se sintió como la niña pequeña a la que habían castigado sin postre a su habitación.

Su nuevo despacho era más bien austero, Victoria solo había podido encontrar un escritorio enorme de color negro, del que no pensaba desprenderse, y una silla igual de grande y cómoda. El ordenador y el teléfono se lo había conectado un chico pelirrojo de la sección de informática. Paseó la mirada por su oficina y decidió que al día siguiente traería consigo una caja con cosas personales, alguna foto, su Mac... Objetos que le dieran otro aspecto más acorde con ella. Las paredes desnudas eran deprimentes, quizás sería buena idea enmarcar y colgar en ellas la primera portada de *Chic* d.A. (después de Ariadna) lo había visto en las películas y era una muy buena opción. Se obligó a dejar de divagar y volvió a centrar su atención en la pila de revistas que tenía sobre la mesa.

Debía sacar adelante *Chic*, una publicación que se había quedado obsoleta y para ello tenía que innovar, crear nuevas secciones, pero sobre todo debía crear expectación sobre ella antes incluso de que estuviera a la venta.

En definitiva debía conseguir que resultara atractiva al lector actual. Abrió una hoja de Word y comenzó a pensar en los contenidos que, según ella, tenían que formar parte de una revista como *Chic*. Se centró especialmente en aquello que la atraía como consumidora:

1. Lo primero un espacio en Internet al que las lectoras pudieran acudir en busca de noticias de última hora o de looks de urgencia.
2. Una apariencia más joven, lo que suponía nuevas secciones además de las fijas de todas las revistas, tales como el horóscopo y las cartas de los lectores.
3. ¿Un consultorio? Un espacio en el que las lectoras pudieran recurrir tanto para temas relacionados con la moda u otros más personales. Podría explotar su vena psicoanalista, y al mismo tiempo ofrecer una sección a la medida de cada consumidor.
4. Buenos reportajes
5. Temas relacionados con cosméticos y técnicas de belleza.
6. Alguna sección dirigida exclusivamente a los hombres: ¿cosméticos masculinos?, ¿motor?...

Dejó de teclear en el ordenador, a la espera de que le surgiera alguna idea innovadora. Se felicitó diciéndose que para ser el primer día, no había ido tan mal y se centró en el primer punto de la lista, la página web y su aparición en las redes sociales. Diez minutos después hacía uso de su nueva secretaria que convocaba vía newsletter a todos los redactores para una reunión el jueves a primera hora de la mañana. Aprovecharía la oportunidad y entonces le comentaría al chico pelirrojo la idea de la web.

A las seis de la tarde su positivismo había caído veinte puntos y su malhumor había alcanzado un siete coma siete en la escala de Richter, vamos que se avecinaba un seísmo de consecuencias catastróficas que estuvo a punto de estallar violentamente cuando Daniel, todo sonrisas, pasó por su

oficina para ofrecerle sus servicios como taxista. Ariadna a duras penas pudo esbozar una sonrisa agradecida. No estaba dispuesta a mostrarle debilidad al enemigo.

Tenía que fingir que todo iba de maravilla o disfrutaría de ventaja sobre ella.

Si el día había comenzado muy productivo pasado el mediodía se había estancado y Ariadna no había encontrado la panacea que librara a *Chic* del anonimato periodístico.

Disimuladamente se fijó en la sonrisa encantadora de Daniel y en la amabilidad con la que saludaba a todo el mundo al abandonar la planta de *Chic*, y se dijo que a él seguramente le había ido mucho mejor el día. Por ello se obligó a sonreír tanto como lo hacía él y a hablar de cualquier cosa menos del trabajo.

—Estaba pensando que lo mejor sería que ya que somos vecinos tanto en la oficina como en casa, compartiéramos coche para venir a trabajar —le ofreció amablemente.

A Ariadna le sorprendió su solícita actitud y decidió que tanta cortesía se debía a que estaba tramando algo. Quizás pretendía conquistarla para que confiara en él y bajara la guardia o tal vez fuera algo más retorcido. «*La retorcida eres tú y tu desconfianza*», se regañó mentalmente. De cualquier manera fuera la que fuera la razón por la que le había propuesto llevarla al trabajo, no iba a negarse. Daniel era su rival, tenía que estar atenta a todo lo que hacía y qué mejor forma de controlarlo que pasar más tiempo con él. Que se hubiese pasado media vida enamorada de él no tenía nada que ver con su actual decisión. «*¡Para nada!*»

—¿Por qué me ofreces tus servicios?

—Interesante forma de llamarlo, sí señor —dijo él con una sonrisa traviesa que almendraba más sus ojos azules.

Ariadna se sonrojó consciente de la interpretación que había hecho.

—Llámalo como quieras. En cualquier caso, ¿por qué?

—Bueno, tú no tienes coche y vamos al mismo lugar a la misma hora. Es evidente —zanjó alzando una ceja.

—Puedo ir en taxi y además la empresa me pondrá un coche —tanteó para ver lo interesado que estaba en su compañía.

—¿Sabes? También es cuestión de solidaridad con el medio ambiente, ¿por qué maltratar a la naturaleza con la polución generada por dos vehículos que se dirigen al mismo lugar a la misma hora los mismos días, cuando podemos ahorrarnos uno de ellos para que el futuro de nuestros hijos esté menos contaminado?

Ariadna olvidó de golpe todo el mal humor que había ido acumulando desde que le presentaron a su exsecretaria y las sospechas acerca del interés oculto de su rival.

—¿Lo has ensayado? —le preguntó sin dejar de reír—. ¿Frente al espejo, tal vez?

—Soy bueno improvisando —comentó Daniel en un tono confidencial.

A partir de ese momento la tensión y su malhumor aflojaron e incluso desaparecieron. Durante los quince minutos que siguieron hasta que llegaron a casa charlaron animadamente de cualquier cosa que no creara situaciones incómodas entre ellos.

—Bueno, ¿qué tal has encontrado a Mónica?

—Humm, bien —respondió sin comprender la pregunta.

—No sabes mentir. Mi hermana está hecha un desastre —comentó Daniel riéndose cariñosamente de ella.

—Sí que sé mentir, simplemente me has pillado con la guardia baja —se defendió.

—Estuve con ella ayer, me impresionaste. ¡Lo juro! En solo unos días en Madrid has conseguido que Mónica vuelva a ser atractiva. Lo que me preocupa bastante —dijo esta última frase más para sí mismo que para que ella la oyera. Al fin y al cabo era una rival demasiado competente.

—Gracias. En realidad solo la acompañé a la peluquería —explicó con modestia.

—Supongo que también atentaste contra su armario y tomaste como rehenes sus chándales y zapatillas —aventuró Daniel alzando una ceja sardónico.

—Algo así —concedió ella riendo.

—Estoy impresionado. De verdad que lo estoy.

Los dos se echaron a reír en perfecta armonía y Ariadna se encontró con un Daniel al que no recordaba: abierto, amable y divertido. En su afán por olvidarle, había obviado todo lo que tenía de positivo su carácter.

Seguían bromeando y riendo hasta que salieron por la puerta que daba acceso a la finca desde el garaje. Antonio, el portero, estaba nervioso, se estrujaba las manos y paseaba de arriba abajo con la cabeza gacha mientras la misma mujer del japonés le gritaba algo al pobre hombre en un castellano tan mal pronunciado que Ariadna no logró entender lo que le decía.

Por lo visto Daniel sí, porque se adelantó hasta ellos en dos zancadas, dejándola olvidada en la puerta del garaje.

—¡Daniel! —exclamó la mujer, «¿Cómo había dicho Mónica que se llamaba? Alexia, eso es, Alexia, la modelo rusa», se dijo Ariadna.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó enfadado por la intromisión de la rubia.

—Bueno, estoy aquí porque este —dijo señalando al pobre portero—, no ha querido dejarme pasar a tu piso —explicó mientras se acercaba con un ensayado puchero en sus pintarrajeados labios.

—Por supuesto que no. Nadie entra en mi casa cuando yo no estoy. Antonio ha hecho lo que debía y tú tendrás que ser más respetuosa cuando vengas a mi casa —le respondió molesto.

La rusa iba a replicar cuando se dio cuenta de la presencia de Ariadna, la morena supo en que preciso momento la reconoció ya que en sus ojos brilló una chispa de rabia mezclada con algo muy parecido a los celos.

—¿Qué hace esa aquí? —preguntó alzando la voz. Consciente de que Ariadna era la misma mujer que había intentado robarle a Daniel en el japonés el día anterior.

El humor de Ariadna había vuelto al siete coma siete y no estaba dispuesta a aguantar ese tipo de comentarios de nadie, y mucho menos de alguien tan odioso como la rubia. Después de ver cómo le gritaba a Antonio sentía ganas de sacarla de su casa a patadas, pero se impuso su vena británica más diplomática y la ignoró deliberadamente.

—Antonio ¿hay correo para mí? —le preguntó dulcemente, sabedora de que tal cosa era imposible puesto que solo llevaba unos días instalada allí.

La rusa la miró sorprendida, pero no estaba dispuesta a dejar que la morena se quedara con su Daniel, así que volvió a preguntarle:

—¿Quién es y por qué ha llegado contigo? —esta vez su tono había bajado varias octavas.

Ariadna estaba dispuesta a fastidiar a Alexia, así que acercándose mucho al oído de Daniel, tanto que

sus labios rozaron su lóbulo, y usando el mismo tono sensual en que la rubia le había hablado en el japonés, le preguntó:

—¿Qué dice? No consigo entender nada de lo que pronuncia. Aunque deduzco por su tono que está enfadada contigo.

Daniel la miró divertido y se giró para responder a Alexia que parecía a punto de agarrar a Ariadna y arrancarle su preciosa cabellera.

—Es una amiga de la familia. Se llama Ariadna —le explicó mientras por el rabillo del ojo observaba la reacción de la morena ante sus palabras, pero no le dio tiempo a ver nada ya que la rusa exclamó de nuevo a voz en grito.

—Pues no es tan masculina como Sergio y tú me habíais contado. Aunque sí un poquito lenta, mi castellano es perfecto —sentenció finalmente con un puchero. Sabía que acababa de lanzarle una estocada mortal a su enemiga.

Ariadna notó que su ira iba cambiando de dirección, la rusa había dejado de importarle. Fueron sus certeras palabras las que habían producido el cambio. El pobre Antonio estaba lo suficientemente apartado como para no verse envuelto en la riña, pero era evidente por su cara de asombro que había escuchado los dardos envenenados de Alexia o para ser más exactos, las palabras de Daniel y Sergio ahora en boca de la rusa.

—Eso no es... —comenzó este a hablar, pero Ariadna ya había perdido toda la fuerza, se dio media vuelta y subió a su casa por las escaleras. Aunque esta vez no pensó en fortalecer sus glúteos sino en salir cuanto antes del hall.

Mientras subía escuchó a Daniel llamarla repetidamente, parecía decidido a ir tras ella, por lo que aceleró el paso y se metió en casa cerrando de un portazo.

No la había visto. La había mirado muchas veces, pero nunca la había visto, se lamentó Ariadna, sintiéndose estúpida al recordar el rato agradable que había compartido con él en el coche.

Capítulo 8

Daniel se encontró con la puerta de Ariadna cerrada, durante varios segundos se planteó la posibilidad de llamar e insistir para que le abriera, pero la ira que estaba sintiendo contra Alexia fue más fuerte y decidió darle tiempo para que se calmara.

Bajó las escaleras casi más rápido de lo que las había subido y se encaró con la rusa que tenía en los labios un delicado puchero infinitamente ensayado frente al espejo. Daniel no se dejó conmovido por el gesto.

—¿De dónde te has sacado lo que le has dicho a Ariadna? Ni Sergio ni yo te hemos dicho jamás nada como eso. Primero porque no lo pensamos y segundo porque los dos sabemos la clase de víbora que eres —le dijo intentando contener las ganas de agarrarla por el brazo y sacarla sin miramientos a la calle.

Alexia, como siempre, hizo oídos sordos a la parte que no le interesaba escuchar y respondió a su modo:

—He visto la foto que hay en el despacho de tu casa. Una vez te pregunté por la chica morena que estaba a tu lado y me dijiste su nombre. Tengo buena memoria.

—Vete a casa Alexia —le pidió con los ojos brillantes de rabia—. Ya hablaremos otro día que no esté tan enfadado contigo.

—¿Quieres que me marche?

—¿No me has escuchado bien? —preguntó con grandes dosis de sarcasmo.

—¿Por ella? ¿Me estás echando por esa mujer? —le preguntó asombrada.

—Esa mujer es una amiga de mi familia. Además de ser alguien a quien aprecio mucho —dijo con los dientes apretados—. Y tú acabas de insultarla en mi nombre y en el de Sergio.

Se dio la vuelta y sin molestarse en escuchar la réplica de Alexia se dirigió de nuevo hacia las escaleras.

Entre tanto se alejaba vio de reojo cómo el portero amablemente le indicaba a Alexia el camino hacia la puerta. La rusa con la cara transformada por la ira, todavía insistió en hablar con Daniel.

—¡Daniel, lo siento!

—Mañana, Alexia. O mejor pasado —sentenció antes de desaparecer por las escaleras.

Abrió la puerta de su casa y se quitó la americana que dejó con cuidado sobre una silla, se descalzó sin quitarse los calcetines y entró en su despacho. Se quedó en la puerta, al tiempo que centraba su mirada en el pequeño marco de madera en el que cuatro jóvenes posaban para una fotografía con la fontana di Trevi de fondo.

La misma fotografía que había estado ahí desde que se mudó a su casa, la misma fotografía que acababa de terminar con la tregua que tanto había disfrutado en el coche con Ariadna. Tenía que hacer algo. No podía dejar que ella pensara tan mal de él, no quiso pararse a analizar por qué le molestaba tanto la idea. Volvió a ponerse los zapatos y salió apresuradamente por la puerta.

Eran ya las diez de la noche cuando sonó con insistencia el timbre de arriba. Ariadna estaba tirada en el sofá desgastando una de sus películas favoritas *Love Actually*. Se levantó de mala gana para ir a ver

quién era, no obstante, antes de abrir usó la mirilla para descubrir a su visitante inesperado. Dos horas antes había estado a punto de abrirle la puerta al enemigo por no comprobar antes quien llamaba, había sido gracias al propio Daniel que la había puesto sobre aviso cuando se puso a hablarle a través de la puerta cerrada:

—Ariadna, abre, por favor. Tenemos que hablar —le rogó ansioso por explicarle lo sucedido.

Ella se mantuvo en silencio. Era la última persona a la que quería ver, se había quedado mirando como la rusa la ofendía y no había hecho nada para evitarlo. Ni siquiera había negado sus palabras.

—Por favor, Ariadna. Lo que dijo Alexia no es cierto. Nunca diría eso sobre ti.

—No quiero hablar contigo, ni escuchar más mentiras. Por favor márchate —pidió Ariadna incapaz de seguir callada.

—Si me dejas que te explique comprenderás que te digo la verdad.

La joven abrió lo justo para asomar la cabeza. Daniel iba sin chaqueta y llevaba el cabello despeinado, como si se hubiese pasado las manos por el pelo repetidas veces. Se le notaba cansado. Se obligó a recordar las ofensas de la rusa, por muy preocupado que Daniel pareciera, ella no estaba dispuesta a dejar que sus disculpas le afectaran.

—Gracias por abrir —le agradeció Daniel aliviado.

—Solo he abierto para pedirte que me dejes en paz. No me interesan tus burdas excusas. Por favor deja de gritar frente a mi puerta.

—Ari...

—¡No! —Ariadna sintió cómo se le aflojaban las rodillas al escucharle llamarla así—. Por favor, vete.

—Como quieras —le respondió cuadrando los hombros. Aunque la expresión de sus ojos mostraba a las claras lo que le había dolido su rechazo. Aun así giró sobre sus talones y se marchó, abrió la puerta que conducía a las escaleras y desapareció de su vista.

Daniel la conocía de sobra y sabía que cuando se cerraba en banda era imposible hacerle comprender nada que ella no quisiera entender. Masculló una maldición dirigida a Alexia y comenzó a bajar las escaleras con zancadas largas y seguras.

«*¡Como si tuviera derecho a ofenderse!*», pensó Ariadna con el ceño fruncido mientras veía a Daniel desaparecer.

Movió la cabeza de un lado a otro como si quisiera borrar esos pensamientos de su mente y se centró en el presente, su nueva visitante era otra. Mónica era mucho más insistente que su hermano y no se rendiría hasta conocer cada detalle de lo sucedido.

Se quedó parada con la mano en el pomo, debatiéndose entre abrir o no la puerta. No se sentía con fuerzas para soportar uno de sus interrogatorios, estaba planteándose volver al sofá con Hugh Grant y Colin Firth, cuando desde el otro lado le espetó con voz decidida:

—Sé que estás en casa. Déjame entrar o le pediré a Antonio que me abra él con su llave de emergencias —la amenazó—. Le diré que te has caído en la ducha y necesitas ayuda para levantarte. No, espera. Eso se lo diré a Daniel cuando tenga la llave de Antonio.

Ariadna estaba tan segura de que hablaba en serio que se limitó a hacerle caso y abrió con el ceño fruncido. ¿Por qué narices había llegado a pensar que era una maravilla vivir en la misma finca que

Mónica?

—¡Menudas pintas llevas! —la regañó la pediatra.

—Vaya gracias. Yo también me alegro de verte —comentó Ariadna haciendo uso del sarcasmo.

—No te hagas la tonta conmigo, Antonio me lo ha contado todo. Y yo estoy agotada y deseando darme una ducha después de un largo día en el hospital, así que desembucha rápido —le pidió mientras se acomodaba en el sofá y se hacía con la tableta de chocolate puro que Ariadna había estado devorando—. La cosa está peor de lo que pensaba si has recurrido a Colin.

Ariadna cogió el mando del dvd y paró la película justo en el instante en que Colin se metía en el lago para recuperar su novela.

—¡Cuánta intimidad hay en este edificio! —se quejó entre enfadada y calculadora.

Finalmente Ariadna había descubierto que la advertencia de Mónica sobre el portero era absolutamente cierta.

—En realidad la hay, tuve que sobornar a Antonio para que me lo contara todo con detalles. En un principio solo me puso sobre aviso de que estarías de muy mal humor —le confesó.

—Pues espero que el soborno te costara caro —murmuró entre dientes.

—¡Qué malvada eres! Pero Ariadna, no lo entiendo, creía que ya habías superado lo de mi hermano —la pinchó dispuesta a sonsacarle lo que ella ya sabía, que seguía enamorada del zoquete de Daniel.

—Lo he superado. Completamente. Mejor hablemos de otra cosa. Y no te comas todo mi chocolate, yo lo necesito más que tú —le pidió mientras le arrebatava lo que quedaba de la tableta.

—¿Sabes que es lo más triste de las mentiras?

—No, no lo sé, pero estoy segura de que vas a decírmelo tú —se burló Ariadna adivinando por dónde le iba a salir su amiga.

—Que nos las contemos a nosotros mismos —sentenció Mónica.

—¿Es un proverbio taoísta? —aventuró Ariadna conociendo el valor que le daba su amiga a dicha doctrina.

—Es un proverbio Mónica Onieva, seguramente lo patente —se rió orgullosa de sus palabras—. Pero mientras me decido a hacerlo, puedes usarlo gratis.

Ariadna disimuló lo mejor que pudo la sonrisa que le había provocado la ocurrencia.

—Yo nunca me miento, simplemente intento no pensar en lo que me hace daño.

Mónica se quedó callada, con la vista fija en Ariadna. Pasaron varios segundos antes de que volviera a hablar.

—Por cierto —le dijo levantándose del sofá y dirigiéndose a la puerta—. Si te sirve de consuelo, Antonio me ha dicho que la rusa se lo inventó todo. Al parecer Daniel le pidió explicaciones y ella confesó sus mentiras.

—¿Cómo lo sabe Antonio? —le preguntó fingiendo indiferencia.

—Antonio estaba allí, Ariadna. Es una fuente fidedigna. Yo siempre consigo la información de los testigos presenciales.

—Entonces, ¿la rubia no subió al piso con Daniel? —quiso asegurarse.

Mónica arqueó una ceja, un gesto que le resultaba doblemente familiar, ya que Daniel también acostumbraba a hacerlo.

—No, Daniel no se lo permitió. La echó con muy poca cortesía y salió corriendo tras de ti.

—No me importa —se apresuró a explicar Ariadna.

—Me he dado perfecta cuenta de ello —replicó Mónica con la cara impasible—. Buenas noches. Descansa, mañana va a ser un gran día.

—¡No me lo recuerdes! Mi madre y yo de tiendas... Es demasiado peligroso para la cordura de las dos —dijo recuperando durante unos instantes su buen humor.

Cuando Mónica se marchó a su casa dos minutos después se metió en la cama con la certeza de que Ariadna se había permitido durante un instante ser sincera consigo misma. Y es que por mucho que se esforzara en negarlo, para ella era evidente que sentía algo por su hermano. Aunque bien mirado era lógico que no se atreviera a aceptar lo que sentía, sobre todo después de lo sucedido en Roma y más teniendo en cuenta que Daniel nunca la había buscado desde entonces. Ni siquiera le había preguntado a ella para asegurarse de que estaba bien, su indiferencia había sido demasiado exagerada e incluso artificial. Ahí debía de haber mucho más de lo que parecía a simple vista.

«*Y lo hay, mi hermano es idiota*», se dijo Mónica, antes de caer rendida de agotamiento.

Daniel estaba de un humor de perros después de que Ariadna no hubiera querido escucharle, durante unos minutos se planteó descargar su mala leche en el gimnasio, pero ni siquiera se sintió con ganas de ir.

¿Por qué había aceptado como ciertas las palabras de Alexia? ¿En qué concepto le tenía para creerle capaz de algo así? Vale que siempre le habían interesado las chicas atractivas, pero eso no restaba nada al hecho de que fuera consciente de lo bonita e inteligente que era ella. Daniel siempre había disfrutado de sus charlas ingeniosas, de que prefiriera leer un buen libro a ir de compras, de que pudiera hablar con ella sin escuchar a cada segundo una risita tonta.

Sin contar con lo absurdo que era que alguien pensara que era masculina. Siempre había sido preciosa, sus ojos siempre brillaban e iluminaban su rostro enmarcado por su cabello corto. Su boca con una perenne sonrisa, pícaro y tierno a la vez... Apartó ese tipo de pensamientos al notar la incómoda reacción de su cuerpo.

Iba a salir a correr para descargar su enfado cuando llamaron al timbre. Durante una fracción de segundo se permitió imaginar que era Ariadna la que estaba al otro lado, quizás había recapacitado y se había dado cuenta de que Alexia solo había pretendido fastidiarla. «*¿Habrás decidido creerme?*»

En dos zancadas se plantó en la puerta y abrió de un tirón.

Sergio se quedó paralizado con el hola en los labios cuando vio la expresión iracunda de su amigo.

—¿Qué he hecho? —le preguntó alzando las manos pidiendo tregua.

—Nada.

—Vale, ¿qué te ha hecho Ariadna? —inquirió entrando en el piso y cerrando tras de sí.

—¿Por qué narices supones que ha sido ella la que me ha hecho algo? —preguntó levantando la voz tres octavas por encima de lo normal.

—Porque solo reaccionas tan exageradamente cuando se trata de ella. Normalmente eres bastante pacífico y mesurado.

Daniel se giró con intención de enviar a su amigo a algún lugar innombrable, pero se mordió la lengua y no dijo nada. No podía hacerlo puesto que tenía razón en todo lo que había dicho.

—Creo que necesitas animarte y yo tengo lo que precisas —le dijo dejándose caer en el sofá y abriendo el maletín de piel marrón que llevaba en las manos.

Sonrió cuando encontró lo que buscaba y lo sacó triunfal. Era una caja transparente de CD con un disco plateado dentro.

—¿Qué es? —preguntó Daniel curioso.

—¿Todavía tienes la Play Station? —fue lo único que Sergio contestó.

—Creo que sí. Pero es una reliquia. ¿No prefieres la Xbox o la Wii?

—No, necesitamos la Play Station. Ve a buscarla.

Daniel arqueó una ceja ante su tono autoritario. Pero tenía demasiada curiosidad como para ponerse melindroso.

—Espero que valga la pena, sino te machacaré mañana en el gimnasio como venganza.

—Créeme. Vale la pena.

Cinco minutos después Daniel regresaba al comedor con una caja polvorienta que depositó con cuidado sobre la mesilla baja del comedor. Junto a las patatas fritas, las aceitunas y las cervezas que Sergio había traído de la cocina.

—¿Y ahora qué? —Daniel estaba cada vez más impaciente, pero al menos se había olvidado de su mal humor.

—Ahora, ¿la conectamos? —le dijo Sergio como si hablara con un niño pequeño.

—¿Vas a decírmelo de una maldita vez? ¿O vas a seguir con los secretitos como si fueras una cría?

Sergio suspiró exasperado y le miró con mala cara.

—Eres la persona más molesta que conozco. Capaz de quitarle la gracia a las sorpresas —se quejó—. Este pequeño CD es una reliquia, ¿te acuerdas de cuando éramos unos chavales y jugábamos al *Street Fighter* por cinco duros, que hacíamos durar horas?

Daniel asintió con los ojos brillantes por la emoción de haber adivinado lo que contenía el CD.

—Bien, pues acaban de pasarme este juego, está en pruebas, aún no ha salido al mercado. Es para la edición de coleccionista que están preparando y compañero vamos a ser de los primeros en probarla. ¿Qué piensas, ha merecido la pena? —preguntó sabiendo de antemano la respuesta.

—Joder tío, qué bien me conoces —le dijo riendo, nada mejor que una lucha virtual para descargar mala leche y quemar adrenalina.

—Eso sí, la cena la pagas tú. Me apetece pizza.

—Ok. Ahí tienes el teléfono, llama y pide lo que quieras, yo no pienso separarme de este sillón en, al menos, dos horas.

Los dos rieron como los chavales que habían sido y que aún conservaban en menor medida.

Ariadna dio una vuelta más en la cama, sin poder conciliar el sueño, estaba demasiado enfadada para hacerlo.

Se levantó cansada de sus pensamientos monotemáticos y se sentó de nuevo frente a la televisión, pero ni siquiera la teletienda consiguió que sonriera o que desaparecieran de su cabeza las palabras que Alexia le había lanzado consciente de que iban a lastimarla.

No necesitaba que nadie le recordara cómo era con quince años. ¿Quién mejor que ella para saber que durante su adolescencia no había sido precisamente la reina del glamour?, pero que la consideraran masculina iba mucho más allá de lo que nunca había pensado sobre sí misma. Ariadna siempre se había sentido una inconformista, quizás un poco feminista también, pero en ningún caso masculina. Había querido alejarse de las mujeres que vivían pendientes de cada pequeña arruga en sus carísimos trajes de marca.

Su rebeldía se debía también, de algún modo más profundo, a la figura materna. Nora siempre iba impecable, era ingeniosa y atractiva y su hija siempre se había sentido un poco el patito feo a su lado. No obstante, había tenido la esperanza de que Daniel fuera capaz de ver lo que había debajo de las camisetas holgadas y las faldas largas, que viera a la chica que se escondía debajo de su ropa. La chica con la que bromeaba y se reía, la persona que era realmente.

Por eso aquella tarde en Roma, cuando le abrió la puerta envuelta en una toalla, se sintió más expuesta de lo que se había sentido nunca en su vida. De manera que cuando Daniel la besó, sintió que no se había equivocado con él. Que era el mismo chico que se había esforzado por aprender a jugar al ajedrez solo para ganarle. El que la había besado inesperadamente cuando le dijo que se marchaba de su vida. Quien había organizado el mes en Italia solo para que estuvieran los cuatro juntos y se había responsabilizado de ella y de su hermana que todavía eran menores de edad...

No fue hasta que se marchó sin despedirse, que se dio cuenta de la evidencia. Comprendió lo estúpida que había sido, lo lastimosa que había sido por permitirse soñar con él.

Y diez años después, a pesar de los años transcurridos, el dolor del rechazo volvía a aprisionar su pecho con la misma fuerza que entonces. La razón por la que Daniel la había buscado esa tarde en su habitación, por la que la había besado cuando fue a despedirse, por la que le había pedido que no se cortara el pelo... Era la lástima. Por eso cuando ella se lanzó sobre él no fue capaz de rechazarla. Por eso no quiso enfrentarla después. Por eso nunca le importó volver a saber de ella.

Capítulo 9

Al día siguiente, se levantó a las siete de la mañana para evitar tener que recurrir a Daniel otra vez para ir a la oficina. Aunque por otro lado, consciente de la frialdad con la que le había tratado tras el incidente con Alexia, no estaba muy segura de que él estuviera todavía dispuesto a compartir su vehículo con ella.

Se duchó y se vistió a contrarreloj, a las nueve su madre la esperaba en su oficina para ir de compras. Gracias a las dotes persuasivas de Nora, Ariadna se abstuvo de preguntar, su padre les había asignado un vehículo con conductor incluido para que las llevara durante todo el día a donde quisieran ir.

La mañana de compras le serviría para despejarse y para olvidar el encontronazo con la rusa y la reacción pasiva de Daniel ante sus insultos.

Tal y como tenían previsto, madre e hija se pasaron el día de tienda en tienda. Las visitas que más estaba disfrutando eran a las zapaterías. Si había algo que Ariadna coleccionaba con verdadera devoción eran los zapatos.

Los contactos de Nora en Londres habían sido lo suficientemente eficientes como para que todas las boutiques de la «Milla de Oro» estuvieran al tanto de su visita. Stella, la mejor amiga de la inglesa, había pedido un par de favores y allí estaban ellas, tratadas como si fueran auténticas celebrities sobre la alfombra roja.

Matthew Thorpe también había intervenido desde Nueva York recomendando el trabajo de Ariadna a diversas casas de moda que tras conocer que había estado a su servicio el año anterior consideraron oportuno añadir a *Chic* a la lista de publicaciones que recibían ropa con cada nueva colección. Vestuario que sería destinado para las modelos de sus reportajes.

Durante varias horas bebieron champagne, nada de cava, y se sentaron en cómodos sillones mientras les mostraban la colección de Losson Couture, la boutique incluso les ofreció los servicios de una estilista para los trabajos fotográficos. La expresión de Nora ante la oferta hizo que Ariadna se guardara para sí misma las ganas de aceptar, al parecer trabajar con su madre le iba a costar bastantes más concesiones de las que había supuesto. Aun así, fue lo suficientemente inteligente como para no dar una negativa. En cualquier caso, Marta, la estilista de la plantilla de *Chic*, tenía un gusto exquisito lo único que necesitaba era que nadie limitara su creatividad.

Había visto su trabajo en antiguas revistas y estaba segura de que lo único que le faltaba era espacio y visibilidad. Un espacio que estaba más que dispuesta darle y una visibilidad que, si tenían suerte, le aportarían los eventos que habían programado para promocionar *Chic*.

—Si quieres colaborar como estilista, creo que deberías hablar con Marta. Es una persona fantástica y estará encantada de contar con tu ayuda —le comentó Ariadna cruzando los dedos para que su madre no se molestara por su sugerencia.

—¡Oh! Ya lo hice. Mi secretaria me indicó que hablara con ella —contestó con cierto aire de superioridad.

—Qué secretaria tan estupenda tienes —le dijo su hija sarcástica.

—Lo sé. Es una suerte que me la pasaras.

Ariadna se mordió la lengua y se guardó todo lo que le apetecía señalar sobre la señorita Rottenmeier. La bruja no iba a amargarle el momento, se dijo. Recuperó la sonrisa y volvió a centrar la atención en la dependienta que seguía mostrándoles la colección de primavera.

Cuando parecía que ya estaba todo acordado y bien atado, Nora la sorprendió nuevamente al comentarle a la jefa de tienda que necesitaban un little black dress, y la sorpresa de Ariadna se multiplicó cuando descubrió que el vestido era para ella. Según le contó su madre, Alberto le había hablado sobre su idea de asistir a varios eventos sociales que servirían para que Ariadna fuera conocida en el mundillo de la prensa y la moda. Con ese fin habían planeado que asistieran juntos a la *première* que tendría lugar el viernes siguiente. Razón por la que necesitaba un atuendo lo suficientemente llamativo y exclusivo para despertar la curiosidad sobre quién era entre los asistentes.

En un primer momento Ariadna pensó en negarse, pero sus años junto a Nora le habían enseñado lo suficiente como para saber que intentarlo sería malgastar energías para que finalmente su madre se saliera con la suya.

De nada serviría que le contara que Matthew Torpe se había encargado de suministrarle un buen surtido de vestidos de noche y trajes sastre que campaban a sus anchas en «El país de las maravillas», principal razón por la que Mónica había bautizado con ese nombre a su armario. Haciendo acopio de esa paciencia de reserva que guardaba en exclusividad para su madre, sonrió resignada y se dejó llevar por su entusiasmo. A fin de cuentas si las cosas iban como esperaba, no le iban a faltar eventos en los que estrenar los modelitos que habían viajado con ella desde la mismísima Nueva York.

Animada por la idea cogió el vestido que le tendía con una sonrisa comprensiva la dependienta y se metió soñadora en el probador que esta le indicaba.

Minutos después al salir con el vestido puesto, todas las dependientas de la tienda sonrieron con aceptación, necesitaba algunos retoques, sobre todo en el busto, ya que estaba diseñado para alguna modelo escuálida y sin senos, pero por lo demás le iba casi perfecto. Ariadna llevaba un vestido negro palabra de honor hasta la rodilla, con un sutil escote en forma de corazón y marcado en la cintura con un drapeado. Iba rematado con unas sandalias color nude que le daban el toque final al conjunto. Si realmente una imagen valía más que mil palabras, Ariadna y *Chic* tenían el éxito asegurado.

Madre e hija salieron de la tienda cada una encantada por sus propios triunfos, Nora había conseguido que Ariadna aceptara que colaborara como estilista y no solo como consejera y la directora de *Chic* había conseguido ropa para sus reportajes. Iba a dirigirse al vehículo que les había puesto *Von* cuando su madre tiró de ella en dirección a otra tienda, en esta ocasión de ropa interior.

—¡Mamá! ¿Qué haces?

—Hija, no puedes llevar ese vestido sin la ropa interior adecuada —la regañó como si aún fuera ella la encargada de escogerle la ropa por las mañanas para ir a la escuela.

Ariadna suspiró resignada, no iba a tener más remedio que comprarse lencería bajo la atenta mirada de su madre. Rezó para que Nora no se comprara nada, la idea de pensar en sus padres disfrutando de ella la hacía sentir incómoda. ¡Por Dios, que eran sus progenitores!

Había disfrutado tanto de la jornada de compras que se había olvidado por completo de sus problemas sentimentales, al menos hasta que su madre, quien parecía poseer un sexto sentido para aguarle el carácter, le preguntó con muy pocas sutilezas por su vida amorosa.

—Yo no tengo de eso mamá —le confesó riendo. Tenía la suficiente experiencia en este tipo de conversaciones con ella, como para saber que era mejor tomarse sus intromisiones con humor.

—Sabes que no está bien mentir a las madres —la acusó entrecerrando los ojos.

—No lo hago. Y hablando de amores, ¿cómo te va con papá? —había evitado la pregunta desde que su padre la visitó en su oficina para interceder en favor de Nora, y justo cuando menos ganas tenía de sacar el tema iba y se le presentaba como la oportunidad perfecta para eludir la retorcida pregunta de su entrometida madre.

Nora enrojeció y giró la mirada, evitando toparse con los ojos interrogantes de su hija.

—¡No me lo puedo creer! ¿Estáis juntos? Pero si estáis divorciados desde hace siglos.

—Sabía que reaccionarías así, eres demasiado exagerada. Normal que no tengas novio —la acusó—. Y no digas que hace siglos que no estamos juntos porque yo no soy tan vieja, ¡que no se te olvide!

Nora siguió mascullando para sí misma lo exagerada que era su hija. Sin percatarse de que sus palabras habían afectado a Ariadna más de lo que hubiese imaginado.

La morena recordó a Daniel tras la puerta, tratando de disculparse por las groserías de su exnovia. A pesar de lo interesado que él había estado en excusarse y contarle su versión, ella no le había permitido hablar.

¿Sería tan exagerada como decía su madre? Lo apuntaría en su agenda mental para pensarlo más tarde.

Después de pasar el día siendo tratadas como princesas, decidieron poner los pies en la tierra y acercarse al Starbucks a tomar un café en un vaso de papel. Las atenciones estaban bien para un rato, pero nada más. Tanto Ariadna como Nora habían sido siempre autosuficientes, a excepción de en la cocina donde Nora era un auténtico desastre. De hecho, el único servicio que Nora tenía en casa era Meredith, su vieja nana y ni siquiera era considerada como tal por ellas. Para las Dankworth, Meredith era un miembro más de su familia. De repente Ariadna se dio cuenta de que extrañaba a su adorada viejecita. Había estado tan ocupada esos días que no había tenido tiempo de pensar en ella.

—¿Cómo está Meredith? —preguntó ansiosa por conocer la respuesta.

—Preparando las maletas. Se viene a vivir con Jorge y conmigo.

—¿Lo sabe papá? —le preguntó inquisitiva.

—¿Por qué siempre me preguntas lo mismo? —se quejó Nora, que miró fijamente a su hija a la espera de una respuesta.

Ariadna se mordió el labio para ocultar la sonrisa que pugnaba por aparecer en su cara.

—¿Costumbre? —rió sin poder contenerse más tiempo ante la cara de profunda consternación de su madre.

—Eres imposible. Exactamente igual que tu padre.

—Mamá, no quiero saberlo. No quiero que me cuentes porque según tú, mi padre es imposible —algun día tendría que ponerse al día con esa relación, pero ese no era el momento. Ya tenía bastante con

sus propios problemas como para preocuparse también de que la reconciliación no funcionara y tener que consolarlos a los dos después. Ya había pasado por eso una vez y no pensaba volver a hacerlo de nuevo.

Nora rió abiertamente y tomó un sorbo de su café al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—Lo dicho, hija. Búscate un novio —le aconsejó muy seria.

Ariadna se mordió la lengua para no sacársela con el mismo gesto de burla que a los cinco años hacía cuando se enfadaba.

El martes Mónica había tenido guardia en el hospital y el día había sido tan movidito que no había podido dormir más de media hora, por lo que prácticamente llevaba veinticuatro horas sin cerrar los ojos. Razón por la que mientras conducía su Mini hacia su casa, en lo único en lo que podía pensar era en meterse en su cómoda cama y dormir de un tirón hasta el jueves.

Aparcó el coche en el garaje y salió por la puerta de acceso al hall para tomar el ascensor. De ninguna manera iba a ser capaz de subir tres pisos a pie, tampoco es que lo hiciera a menudo, aunque en los días como ese tenía justificación.

—Buenos días —saludó Sergio parado frente al ascensor con una bolsa de plástico en la mano.

Se sorprendió al verle tan fresco, era tan temprano que ni siquiera Antonio había comenzado su turno.

—Buenos días serán para ti. Para mí son buenas noches —contestó Mónica mientras se arrastraba a su lado para esperar al ascensor.

—¿Has tenido guardia?

La pediatra estaba tan cansada que ni siquiera tuvo fuerzas para responder, así que asintió débilmente con la cabeza.

—Bueno, pues ahora a desayunar y a la cama —le aconsejó sonriendo comprensivo.

Se la veía tan agotada que sintió la necesidad de cogerla en brazos y ayudarla a llegar a casa.

—Nada de desayunos. Necesito dormir.

—No, lo que necesitas es alimentarte —rebatía Sergio con firmeza.

—Ahora mismo soy incapaz de calentarme un mísero vaso de leche. Ya lo haré cuando me despierte —le dijo con una voz que confirmaba sus palabras.

—Entonces lo haré yo. Te invito a desayunar —levantó la bolsa de plástico que llevaba en la mano para acercarla a su nariz y que pudiera oler el delicioso aroma que emanaba de ella.

—¿Te has levantado antes de la salida del sol para ir a comprar bollos? —preguntó exagerada e incrédula.

—No son bollos —respondió indignado—. Son cruasanes.

—Vale, pues perdona por la confusión. Huelen del mismo modo —entró en el ascensor, él le sostuvo la puerta, y esperó a que pulsara el botón ya que su piso llegaba antes. Para su sorpresa Sergio pulsó el tercero y bajó con ella una vez que llegaron a él.

—No sigas poniendo esa cara. Voy a hacerte el desayuno y a compartir mis estupendos cruasanes contigo así nada más comértelos podrás meterte en la cama.

Mónica se despertó de golpe.

—Gracias, Sergio.

—Nada, ¿para qué están los amigos?

Tras esa declaración Mónica deseó haber seguido en coma.

—¿No lo sabías? Soy el jefe informático de toda la empresa —le explicó Sergio esa misma mañana cuando se presentó en la oficina de Ariadna.

Ese día no había podido escapar de la vigilancia de Antonio y a las ocho cuando había bajado al portal para anunciarle que necesitaría un taxi en veinte minutos, este había avisado a Daniel de su petición. Cuando bajó dispuesta a subirse a su transporte se lo había encontrado sonriente y de cháchara con el traidor de Antonio, esperándola.

Al parecer el portero se había ganado los pases de palco de Daniel para ver al Real Madrid esa misma semana.

«*¡Espero que pierda por goleada!*», pensó enfadada.

—Pues no, no lo sabía y no me gusta no saber las cosas —contestó volviendo a la realidad de su oficina, en la que Sergio estaba parado frente a ella, dispuesto a meterse en su ordenador.

—Tranquila, lo que hay en tu ordenador es confidencial. Soy como un doctor de ordenadores, lo que pase entre nosotros dos es como un juramento hipocrático con chips de por medio —le explicó sonriendo, era evidente que había pensado bastante sobre ese tema.

—Muy buen símil, seguro que a Mónica le encanta —comentó Ariadna divertida.

—¿Mónica? —preguntó de repente nervioso.

—Sí, Mónica esa rubia preciosa que conoces desde siempre, ¿te has olvidado de ella o qué?

—Créeme no podría ni aunque quisiera —contestó enigmático.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente? —el misterioso comentario había despertado su curiosidad. Era evidente que había algo detrás de esa confesión.

—Nada, nada... Lo importante aquí es que no tienes que preocuparte por nada. El hecho de que Daniel sea mi mejor amigo no quiere decir que yo no posea ética profesional y que le vaya a contar nada a él sobre tu trabajo. Eso no va conmigo. Sé que hace mucho que no nos vemos, pero siempre te he considerado una buena amiga.

—Lo sé, lo siento, es que estoy un poquito alterada —se justificó ofreciéndole una sincera sonrisa de arrepentimiento—. De corazón te pido que perdones mis tonterías. Yo también te considero un buen amigo y no dudo de tu profesionalidad.

—No hay nada que perdonar, pero si vas a sentirte más tranquila puedo enviarte a alguno de mis chicos. Creo que ya conoces a Jordi.

—¿Tus chicos? —preguntó descolocada.

—Ya te he dicho que soy el jefe de informática. Hasta tengo un despacho en la cuarta planta que lo acredita —dijo muy serio, Ariadna se echó a reír por la ocurrencia.

—¡Ah vale!, te refieres al chico pelirrojo. Y no, no hará falta que me mandes a nadie, confío en ti —se sintió estúpida por haberse cuestionado minutos antes su integridad. Dándose cuenta en ese momento que había hablado movida por el enfado; por mucho que se hubiera esforzado por olvidar, las palabras de Alexia aún bullían en su cabeza.

—¡Sabia decisión! —aplaudió Sergio, guiñándole un ojo.

Ariadna se levantó de su silla y le cedió su sitio. Él se mantuvo en silencio mientras instalaba la lista de programas que ella había solicitado y escuchaba atentamente las indicaciones sobre cómo quería que fuera la web de *Chic*. El informático se dio cuenta al escucharla que tenía muy claro lo que quería, la distribución y los contenidos que esta debía tener, además esperaba que hubiera alguien actualizándola constantemente.

Iba a resultar fácil trabajar con ella, no solo por la amistad que les había unido siempre, sino por la profesionalidad y la autoridad con la que hablaba. Lo tenía todo tan claro en su mente que había elegido incluso los colores para la web. Una tonalidad suave, con grises y rosas pálidos.

Una idea muy interesante que, como había prometido, no desvelaría a Daniel, él tenía que conseguir superarla sin su ayuda y, por lo que estaba descubriendo, Ariadna se lo iba a poner realmente difícil.

—¿Por qué pensabas que cuando era más joven tenía aspecto masculino? —preguntó Ariadna sacando a Sergio de sus cavilaciones de golpe.

Se arrepintió de haberlo preguntado, casi en el mismo instante en que las palabras escaparon de sus labios, la cara de su amigo era una mueca de asombro y desconcierto. Ese desconcierto fue, paradójicamente, lo hizo que se relajara.

—¿Qué? —preguntó Sergio, no muy seguro de haber escuchado bien la pregunta. Era demasiado surrealista para ser verdad.

—Olvídalo —le pidió arrepentida por su arrebato, pero Sergio se negó a hacerlo y la obligó a contarle con pelos y señales el altercado que había tenido con Alexia.

Su amigo comprendió entonces el malhumor del que Daniel había hecho gala el lunes por la noche cuando se presentó con el *Street Fighter* en su casa, y decidió que necesitaba saber la verdad sobre Alexia y sus desequilibrios.

Ariadna no esperaba que Sergio le relatara la historia entre la rusa y Daniel. La única razón por la que le había preguntado sobre lo que la modelo le había gritado a la cara era porque no había sido capaz de dejar de pensar en ello, y Sergio era una parte de esa historia, ya que Alexia los había metido en los dos en el mismo saco.

No obstante, no pensaba desaprovechar la oportunidad que le brindaban. Según Sergio, la pareja había estado saliendo durante un tiempo, al principio había sido una chica encantadora, simpática y divertida, pero a medida que pasaban los días, se volvió posesiva y celosa y Daniel resolvió que no quería continuar viéndola. No es que hubieran tenido nada serio, aclaró Sergio, su amigo no había tenido nada serio con ninguna chica desde que iban al instituto y se colgó de Verónica Ordóñez, explicó bromeando.

Cuando se rompió la relación, Alexia mantuvo una buena relación con él, a la espera de reconquistarlo. Pero para este, no se trataba más que de una amistad. Una buena amiga a la que le había pedido un favor.

—¿Por qué me lo cuentas? —le preguntó sorprendida por la sinceridad con la que Sergio le había ido detallando toda la historia.

—No me gustó la forma en que Daniel te trató en Roma —contestó sin mirarla, tan incómodo como ella por la referencia al episodio más humillante de su vida.

—Gracias —dijo sonriéndole agradecida.

—De nada. En realidad su reacción fue exagerada y muy poco propia de él —lo justificó su amigo.

—Si no te importa, no me apetece hablar de eso —le pidió bajando la voz un poco más con cada palabra pronunciada.

—Lo comprendo.

Ariadna resolvió que el tema anterior era mucho menos peligroso, por lo que lo retomó confesándole que Daniel le había contado que Alexia iba a posar para el mes de febrero de *Novia Feliz*. Fue entonces cuando Sergio se dio cuenta de que las cosas no estaban tan mal como había pensado si su amigo le había contado su jugada maestra al enemigo, con tal de estar en buenos términos con ella.

Capítulo 10

A las diez de la noche, Ariadna estaba muerta de hambre esperando a que Mónica llegara del hospital con la comida china para la cena, ella habría preferido encargarla para que se la trajeran a casa, pero Mónica se había quejado alegando que para cuando ella llegase ya estaría fría e incomible. Así que se había empeñado en ir ella misma a comprarla. Ariadna estaba desesperada por hincarle el diente a los rollitos de primavera y al cerdo con salsa agridulce...

Lo que había sabido por boca de Sergio y por los chismes de Antonio, el portero, habían hecho que suavizara un poco su actitud con Daniel, aun así, seguía molesta por las palabras de Alexia. ¿Qué sabía Alexia de su relación con él? ¿Sería toda esa ira fruto de los celos? ¿Estaba la rusa celosa de su amistad?

Intentó sacarse de la cabeza la maravillosa sensación que le producía imaginarse a Alexia recelosa por su vínculo con Daniel. Sin embargo, se obligó a volver a la realidad, nunca había sido buena idea crearse demasiadas expectativas respecto a él, ya debería estar escarmentada a ese respecto.

Su primer amor se había mantenido alejado de ella desde la tarde en que le entregó su virginidad. En cuanto se separaron, Ariadna se dio cuenta de que se había arrepentido de hacerlo con ella. Cuando se marchó ni siquiera fue capaz de mirarla a los ojos: solo se quedó allí parado perdido en sus pensamientos durante varios minutos en los que, asustada y vulnerable, no supo cómo reaccionar a su indiferencia. Finalmente se armó de valor, se levantó de la cama y se encerró en el baño donde no hizo otra cosa que llorar. Sus lágrimas no se secaron en mucho tiempo.

Esa misma tarde, Daniel abandonó Roma, dejando a Sergio tan confuso como lo estaba ella. ¿Por qué había sido tan horrible para él? ¿Se atrevería algún día a preguntárselo? Seguramente no, no estaba preparada para escuchar su respuesta, y lo peor era que sabía que nunca lo estaría.

No obstante, desde su regreso a casa, había notado que Daniel buscaba congraciarse de nuevo con ella, pero la duda rondaba su mente y su corazón, ¿lo hacía para saber más sobre su proyecto en *Chic* o realmente estaba interesado en recuperar su antigua amistad? Aunque quizás, la gran pregunta era si ella también estaba tan dispuesta como Mónica a conformarse con su amistad.

El timbre de la puerta la sacó de sus cavilaciones y su estómago gruñó pidiendo comida. Atendiendo esa necesidad primaria abrió la puerta con rapidez, y le arrebató a su amiga de las manos las bolsas del restaurante hurgando hasta dar con el Wan-Tun frito.

—No sé cómo puedes comerte eso. Es aceitoso y engorda —le dijo con cara de asco.

—Lo que menos me importa ahora mismo es la línea. Te lo aseguro —respondió mientras ponía las bolsas en la mesita del comedor e iba a la cocina en busca de platos.

—¿Qué te ha hecho ahora mi hermano? —preguntó Mónica arrugando la frente.

—¿Por qué narices cada vez que estoy enfadada o deprimida supones que es por tu hermano? —se quejó indignada.

—¿De verdad pretendes que te responda a esa obviedad? —le contestó su amiga, sacando los palillos de la bolsa.

—Pues esta vez no tiene nada que ver con él. Sino con las necesidades de mi estómago.

Mónica hizo un gesto de aceptación poco convincente y se dispuso a servirse comida en su plato.

—¿Qué tal con el irlandés? —le preguntó Ariadna, intentando desviar la atención de ella y su mal de amores.

—¡Oh! El irlandés es maravillosooooo —dijo alargando la última o—. Lástima que no se vaya a quedar mucho tiempo.

—¿A qué se dedica?

—Es escritor —comentó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vaya! ¿Y qué tipo de novelas escribe? ¿Misterio, romance, juvenil?

—Vale, ahora viene la mejor parte. En realidad lo de escribir es solo una de las partes de las que consta su trabajo. Es sexólogo y escribe libros sobre el tema.

Con unos ojos como platos por la revelación, Ariadna rompió a reír.

—Supongo que ahora entiendo tu cara tonta de felicidad, sobre todo si pone en práctica sus enseñanzas... —siguió riendo a costa de su amiga.

—¡Qué envidiosa eres! —contestó la pediatra fingiendo indignación.

—La verdad es que sí —concedió—. Ya sabes, la abstinencia me afecta a la mente. ¿Y qué hace aquí semejante dios del sexo?

—Ha venido a un congreso y a un curso sobre sexo tántrico. Así que tengo que aprovecharlo todo lo que pueda.

—Será lo mejor —estuvo de acuerdo Ariadna.

—Humm —se limitó a murmurar Mónica.

—Por cierto, tengo una duda. En el curso sobre sexo tántrico, ¿se imparten clases prácticas? —preguntó inocentemente.

Mónica, que en ese momento engullía un pedazo de cerdo con setas chinas se atragantó y comenzó a toser. Cuando por fin pudo hablar, tuvo que secarse las lágrimas producidas por el ataque de tos.

—¡Mierda! Eso no lo había pensado.

Tras terminar de cenar y recoger la mesa, volvieron a la carga con sus conversaciones interminables. Ariadna aprovechó que ese día su vida *no amorosa* no era el tema de conversación y le contó a Mónica las enigmáticas palabras que Sergio había dicho sobre ella durante su conversación en la oficina. Pero su amiga estaba tan cansada de esperar a que Sergio se diera cuenta de su interés por él, que apenas le dio importancia a lo que estaba escuchando.

Después de aquel desayuno, Mónica se había propuesto darse una oportunidad de ser feliz, y Feargal era una opción fantástica para poner en práctica su decisión, sobre todo gracias a sus *habilidades*. Aunque fuera durante unas pocas semanas ya que era inevitable que después él regresara a su país, iba a darse el gusto de fantasear con otro nombre distinto a Sergio.

—Mónica, ¿qué pasa? ¿Por qué no te alegra lo que te he contado? —si Daniel hubiese hablado de ese modo de ella, seguramente hubiera terminado levitando de felicidad.

—Ayer me invitó a desayunar. Estuvimos a solas en mi casa, los dos. Y ni siquiera intentó besarme. Se empeñó en que comiera antes de meterme en la cama y me hizo el desayuno, se esperó a que me acostara para irse. Me desnudé en mi dormitorio mientras él estaba en el salón... —confesó llevando las manos a su rostro.

—¡Oh!

—Sí, oh. ¿Podemos ahora dejar definitivamente el tema y centrarnos en cosas más agradables? —
pidió con firmeza.

—Claro, ¿de qué quieres hablar?

Mónica le lanzó una mirada airada por su actitud condescendiente. Por lo que Ariadna decidió buscar un tema de conversación seguro. Una cosa llevó a la otra y al final Alberto y el interés que mostraba por la morena terminó siendo el tema de conversación.

Ariadna no encontraba nada extraño en el hecho que estuviera colaborando en *Chic*, y Mónica argumentaba que lo estaba haciendo para ganar puntos ante ella. Desde que se encontraron en la discoteca, o más bien desde que él la encontró, no había dejado de apoyarla y de dedicarle su tiempo y su trabajo. Como directora de la revista había pensado proponerle que entrara en plantilla, pero entre unas cosas y otras, había ido dejando la propuesta para otro momento y todavía no se lo había comentado, buscando opiniones le expuso a Mónica su intención.

—Estoy de acuerdo. Aunque esté loco por ti no hay que abusar de él —le dijo Mónica sin apartar los ojos de su plato.

—No está loco por mí. No seas exagerada.

Mónica puso mala cara.

—¿Estas ciega? ¿O es que estás acojonada?

—¿Y de qué narices voy a tener miedo? Si su eminencia está dispuesta a honrarme con su sabiduría.

—¡Qué graciosa! Búrlate tanto como quieras, pero no es normal que te dedique tanto tiempo sin obtener nada a cambio. ¡Por Dios! Si no es porque le interesas no hay ningún otro motivo para que lo haga, es un chico atractivo y con éxito, y te mira como si fueras comestible. Y en cuanto a que tengas miedo, solo quiero que recuerdes que Alberto no es como mi hermano.

—Está bien. Lo tendré en cuenta. ¡Menos mal que me lo has dicho, no había caído en ese detalle! —
dijo acompañando el sarcasmo con un gesto de pavor.

—¿Qué piensas hacer al respecto? ¿Vas a lanzarte a por él?

—De momento no voy a hacer nada. Todavía tengo que asimilar que Alberto no es Daniel —
respondió todavía molesta con ella.

—Vale ya. Reconozco que no ha sido un comentario muy acertado, pero tú eres una rencorosa.

—No lo soy. Tú te disculpas y yo lo olvido, ¿ves? No hay rencor. Volviendo a tu pregunta, la respuesta sigue siendo, no.

—¿Con ninguno de los dos? —un brillo malicioso iluminó la mirada de Mónica.

—Tú hermano no es una opción.

—¿Alberto sí?

Durante un momento de silencio, Ariadna fantaseó con la idea de besar a Alberto y descubrió sorprendida que la imagen le parecía de lo más interesante. Era inteligente, divertido y ¡qué narices! Estaba para comérselo enterito y después chuparse los dedos por si se había quedado algo en ellos.

Sin duda Alberto sí que era una opción, no perdía nada si intentaba conocerle un poco más, su madre también lo consideraba un buen partido, si bien ella no llegaba a ese extremo, no negaba que en su compañía quizás terminaría por conseguir lo que llevaba tanto tiempo intentando, olvidarse definitivamente y de una vez por todas de Daniel. Pero si hasta su propia hermana lo consideraba un mal novio, ¡por Dios!

—Puede —contestó misteriosa.

La noche siguió avanzando y ellas continuaron charlando sobre lo que normalmente hablan dos amigas de toda la vida, de hombres y de lagartas.

El tema de los hombres quedó cerrado en cuanto eligieron la película que iban a ver, la cosa estaba entre Gerald Butler o Hugh Grant, finalmente ganó *La cruda realidad* que se impuso a *Notting Hill*.

El tema de la lagarta dio un poco más que hablar y la protagonista de tal calificativo no fue otra que Alexia. Ariadna sentía especial repulsión por ella, no tanto porque fuera la ex de Daniel sino por la manera en que la había tratado desde que se vieron por primera vez en el Sakura. Como si Daniel fuera una de sus posesiones y ella quisiera robársela, que ya puestos, era justamente lo que pretendía.

La molesta rubia era atractiva, alta y curvilínea, con un largo y espeso cabello dorado que le llegaba prácticamente a la cintura. De ojos grandes y muy negros.

Pero según lo que contaba Mónica y lo que había sabido por boca de Sergio, la pobre, sí, era un auténtico placer poder decir la pobre, estaba como una cabra.

—Creo que está un poco trastornada. Debe de ser del vodka —comentó Mónica distraída mientras babeaba frente al televisor.

—¿El vodka? No me digas que es alcohólica.

—¿Quién es alcohólica? —preguntó Mónica apartando la vista del culo de Gerald.

—Alexia.

—¿Es alcohólica? ¡No me digas! ¿Cómo lo sabes?

—Pero si lo acabas de decir tú —comentó Ariadna desubicada.

—¿Yo?

—Sí, has dicho que está trastornada por culpa del vodka —le recordó sin entender por qué su conversación de repente era un diálogo de besugos.

—Me refiero a que a los niños en Rusia les ponen vodka en el biberón para el frío —le explicó otra vez centrada en la televisión.

Al comprender finalmente la extraña conversación, Ariadna comenzó a reír tan a gusto que tuvo que sujetarse el estómago porque ya empezaba a sentir agujetas.

—No sé si es alcohólica pero obsesiva sí que es. Al principio de estar viendo a Daniel se presentó un día en casa de mis padres para conocer a mi madre. Dio la casualidad que yo estaba allí, así que sé de lo que hablo, ya te dije que mis fuentes siempre son testigos presenciales —apostilló, orgullosa—. ¡Si hasta fue amable conmigo! Parecía dispuesta a todo por caernos bien. Vino con una caja de bombones para mi madre y una botella de vino para mi padre. Si ya nos resultó extraño que se presentara sin avisar, la cosa se puso más tensa cuando nos pidió que no se lo dijéramos a mi hermano, que simplemente había querido visitarnos para ir conociéndonos. Dando a entender que la relación que tenía con Daniel iba a terminar en algo más serio.

—¡Vaya! Sí que está chiflada —confirmó tras escuchar la historia. Tenía que tratarse realmente de una tarada si Marina que era la corrección personificada la catalogaba como tal.

—Decir que está chiflada es un eufemismo. La pobre está mucho más que trastornada —sentenció Mónica sin dejar de mirar a Gerald.

—Sé que lo que voy a decir no es políticamente correcto pero... Me alegro. Me alegro de que tu

hermano tenga a una psicópata persiguiéndole. Es como una especie de justicia divina para todas las mujeres a las que ha dejado tiradas.

—En realidad solo te ha dejado tirada a ti —le dijo Mónica muy seria.

Ariadna se levantó de un salto y se acercó a tocar la frente de su amiga, con la intención de comprobar su temperatura y bromear con ella.

—¡Madre mía, Mónica! Tienes fiebre. ¿Acabas de defender a Daniel?

—Bueno —se encogió de hombros, de repente tímida—. Es mi hermano. Además solo he dicho la verdad. A excepción de ti, todas las mujeres con las que ha estado eran conscientes de lo que había. No es un secreto que huye del compromiso y de las relaciones.

—Entiendo que lo defiendas. No era una crítica —comentó en el mismo tono serio que empleaba Mónica.

—Lo sé, y no lo hago. No lo defiendo, al menos no contigo. Pero me gusta ser justa.

—Vale, pues en honor a la justicia, retiro lo de que me alegro de que tenga una exnovia psicótica —concedió Ariadna.

—¡Ais! Yo no, desde que Alexia ha aparecido en su vida, las cenas de los domingos en casa de mis padres ya no son lo que eran. Ahora estoy deseando que lleguen para reírme de la nueva locura de la rusa. Y es que por mucho que mi hermano intente ocultarlo mi madre siempre se entera.

—Mónica Onieva, ¡eres una bruja maligna! —la regañó su amiga.

—Lo sé, pero tú me quieres igual.

—Lamentablemente, es cierto —aceptó Ariadna mirando teatralmente al cielo.

—Mira ahora quién es la bruja —gruñó enfurruñada hasta que se miraron la una a la otra y volvieron a reír alegres y felices de volver a habitar el mismo país.

Sin duda la mejor receta contra un mal día era una buena cena, una película de Gerald y unas risas con una buena amiga.

Más tarde cuando Ariadna se metió en la cama, todavía se echaba a reír cada vez que recordaba la charla que las dos habían mantenido con Gerald de testigo y su película *La cruda realidad* de fondo. «¡Cómo la vida misma!»

Capítulo 11

Ariadna levantó la nariz y maldijo su mala suerte, era el colmo que ni siquiera en el supermercado se librara de él.

Daniel avanzaba despreocupadamente hacía ella con una cesta en las manos y su eterna sonrisa en los labios. La misma sonrisa que, durante los últimos días, se le borraba en cuanto se topaba con ella para sustituirla por una mirada especulativa, como si quisiera adivinar lo que pensaba solo con clavar la vista en sus ojos verdes. Siguió mirándole molesta por volver a sentirse como la adolescente que había sido, siempre pendiente del hermano mayor de su mejor amiga. Un chico que era amable con ella, pero nada más que eso: se acordaba de sus cumpleaños cada año y la arrastraba hasta el tablero de ajedrez cada vez que tenía ocasión, pero nunca se había interesado por la chica que había oculta en su interior.

Tan enamorada de él que se había comportado como una tonta, dejándose ganar al ajedrez, solo para que él se sentara a su lado y le explicara las jugadas que ella ya dominaba. Sonrió ante la idea maliciosa de confesarle que en realidad siempre se había dejado ganar, pero decidió guardarse esa baza para algún momento más decisivo. Era su as en la manga, seguro que en algún momento Daniel necesitaría que le bajaran el ego.

Como si hubiera notado su mirada, él alzó la vista y la vio, los dos caminaban en la misma dirección, hacia la nevera de la comida precocinada. Inconscientemente Ariadna aceleró el paso y Daniel reaccionó apresurándolo más. Inexplicablemente se encontraron compitiendo por ver quién llegaba antes a su común destino. Llegaron al mismo tiempo, cada uno pendiente de los movimientos del otro, ambos se lanzaron sobre la misma pizza, la única carbonara que quedaba en toda la nevera.

—Suéltala. Es mía —le pidió Ariadna con una enorme sonrisa falsa en los labios.

—No preciosa, yo la vi primero —se negó él.

Ariadna la agarró con las dos manos, pero no hubo manera por mucho que tiró, de que él la soltara. Estaban siendo el espectáculo del supermercado, allí plantados peleándose por una pizza, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Daniel se quedó hipnotizado por el brillo que desprendían los ojos de Ariadna, se preguntó cómo lo harían después de un largo beso... La idea de saquear su boca con la lengua mientras enterraba los dedos en su cabello, le hizo flaquear en su decisión de quedarse con el botín:

—Podemos compartirla —le propuso Daniel torciendo los labios.

—¿Te refieres a cenar juntos? —preguntó Ariadna suspicaz.

—Pues sí, pero no te preocupes, no voy a comerte a ti sino a la pizza. A menos que tú me lo pidas claro. Si me lo pides correctamente puede que hasta me lo piense y si tienes mucha suerte, puede que incluso te diga que sí —le dijo juguetón atrapando un mechón de su cabello entre los dedos.

—Eso ni lo sueñes. Pero acepto la invitación —dijo al tiempo que soltaba la dichosa pizza —¡Pagas tú!

—Dalo por hecho. ¿Qué tal a las nueve en mi casa?

—Me parece bien, sí —consintió intentando disimular la sonrisa que pugnaba por instalarse en su rostro.

—Perfecto. Puedes venir con los pantaloncitos esos que llevabas el otro día, al fin y al cabo es una cena informal entre buenos amigos —le dijo mientras le guiñaba un ojo y se alejaba sonriente hacia la

caja.

Ariadna le siguió entre asombrada y complacida, su actitud no había sido para nada la que esperaba, ¿había estado coqueteando con ella? En los últimos días en los que habían ido y vuelto del trabajo juntos nunca había vuelto a tocar el tema del beso en el Sakura, y justo en medio del supermercado, le había hablado de los pantalones cortos que ella llevaba puestos cuando se había vengado a su manera por su inocente broma en el restaurante. Pero lo más llamativo era que no solo se había mostrado amistoso, sino que parecía interesado en ella. ¿Por qué si no la había invitado a cenar? Desechó la idea por absurda, y siguió llenando la cesta con las cosas que necesitaba. Al menos estaba contenta por una poderosa razón, gracias a Daniel ¡se había librado de preparar la cena!

Se miró nuevamente en el espejo, debatiéndose por enésima vez entre ponerse o no ponerse los shorts, los puntos en contra se limitaban a uno, que Daniel se lo hubiera pedido, los puntos a favor de llevar los shorts eran mucho más extensos:

1. Le quedaban divinamente.
2. Se sentía sexy con ellos.
3. Además de sexys, eran cómodos.
4. Porque le daba la gana.

Enfadada con Daniel por fastidiarle el modelito, se adentró en «El país de las maravillas» y sacó una minifalda. Frunció el ceño cada vez más enfadada y volvió a guardarla. Si se ponía una minifalda Daniel se daría cuenta de que lo había hecho:

1. Porque quería enseñarle las piernas.
2. Porque no quería ponerse los shorts, solo porque él se lo había pedido.

Tras mirar un par de vestidos ajustados que le causaban las mismas dudas que la minifalda se decidió por los vaqueros pitillo que mejor le quedaban. Sonrió satisfecha con lo que veía. Descalza se encaminó al cuarto de baño, se dio máscara de pestañas y un poco de gloss y regresó a su dormitorio para ponerse unas bailarinas planas. Estaba a punto de salir por la puerta cuando volvió corriendo a la habitación, con las prisas no se había puesto perfume. Se vaporizó unas gotas y se sintió más segura de sí misma a medida que el olor iba invadiendo sus fosas nasales. Cogió de la cocina el vino que había comprado para la ocasión y salió por la puerta de su piso.

«¡No hay motivos para estar nerviosa! Es solo una cena con un viejo amigo», se dijo. Y siguió repitiéndose el mantra mientras bajaba las escaleras hasta la segunda planta.

Eran las nueve en punto cuando llamó a la puerta de su vecino, con una botella de vino tinto en la mano, y unos vaqueros en lugar de los shorts solicitados por el anfitrión. Daniel abrió y le lanzó una mirada divertida a su ropa, Ariadna lamentó no haberse puesto los malditos pantalones cortos, era evidente que él esperaba que ella le llevara la contraria, y ahora se sentía victorioso por haberlo adivinado.

Al entrar en la cocina, precedida por él, se asombró al ver la cantidad de comida que había preparado. No solo había horneado la pizza de la discordia, sino que la encimera estaba repleta de platos

con toda clase de viandas. Todo estaba meticulosamente ordenado, el microondas a la izquierda del banco, el escurridero a la derecha del fregadero... Justo como ella lo tenía en su propia cocina, razón por la que estuvo tentada de abrir el armario de encima del fregadero para ver si también tenía allí los vasos distribuidos de mayor a menor tamaño.

Después de encontrarse en el supermercado y regresar juntos a casa, Daniel había descargado rápidamente las bolsas de la compra y había bajado de nuevo a por más productos para hacerle la cena a Ariadna. Incluso había hecho caso omiso de las miraditas lascivas que le lanzaba la cajera que le había atendido las dos veces que había ido a pagar.

Con la nata en las manos, el bacon y la pasta fresca, en lo único en lo que podía pensar era en lo sexy que se imaginaba a Ariadna comiendo tallarines. Su entrepierna reaccionó inmediatamente ante la atenta mirada de la cajera que a punto estuvo de cantar victoria creyéndose la causante de la resurrección.

Ariadna observaba a Daniel maravillada, se movía como pez en el agua mientras removía lo que tenía en el fuego y cuyo inconfundible aroma invadió sus orificios nasales:

—¿Has hecho tallarines a la carbonara? —le preguntó incrédula y complacida al mismo tiempo.

—Sí, además sin huevo, como te gustan a ti —mientras hablaba continuaba con su tarea de remover la salsa y escurrir la pasta fresca.

Ariadna se fijó en sus manos, grandes y habilidosas, y tragó saliva varias veces antes de hablar.

—¿Cómo sabes que me gustan sin huevo? —preguntó intrigada.

—Pasé dos semanas contigo en Italia, sé perfectamente lo que te gusta y lo que no —contestó Daniel apresuradamente.

Ariadna enrojeció ante el doble sentido, involuntario o no, de sus palabras y giró la cabeza para evitar que él se diera cuenta de que le habían afectado. No obstante, Daniel también había comprendido que su mensaje podía ser mal interpretado y él mismo se sintió incómodo. Quería que la cena fuera una buena experiencia para los dos, por lo que se mantuvo callado a la espera de que el instante pasara.

Unos minutos después Ariadna le ayudaba a poner la mesa, y abría la botella de vino que había traído para cenar. Cualquiera que los observara desde fuera, vería a dos amigos charlar y reír recordando buenos momentos, pero ninguno de los dos veía al otro de esa manera. Ariadna lo había intentado durante mucho tiempo, pero a pesar de que había querido a otras personas, en ningún momento había expulsado completamente el fantasma de Daniel. Este, por su parte, nunca se había abierto a nadie lo suficiente como para permitirse enamorarse.

Hubo un acuerdo no verbalizado entre los dos, ambos evitaron deliberadamente los temas que podrían ensombrecer la velada: Roma y el trabajo quedaron relegados de la conversación.

—¿Dónde has estado durante estos años? —le preguntó Daniel mientras le servía más vino.

—Básicamente en Londres, aunque durante un año estuve viviendo en Nueva York.

—¿Nueva York? Suena interesante. ¿Qué hacías en Nueva York? —interrogó visiblemente interesado

en saber más cosas sobre ella.

—Realmente no tienes ni idea, ¿verdad? —muy a su pesar su voz sonó triste.

Daniel negó con la cabeza.

—Estuve trabajando allí con Matthew Thorpe —le contestó esbozando una sonrisa forzada.

Daniel no se había tomado las mismas molestias que se había tomado ella por estar al tanto de su vida. Desde el viaje a Roma, había inventado mil y una formas distintas para conseguir información de Mónica sin que fuera demasiado evidente que quería saber de él. De algún modo siempre había sabido que Daniel no había indagado sobre ella, pero saberlo de primera mano dolía más de lo que se había figurado.

—¿Tengo que conocerle? ¿Es futbolista? ¿Actor de Hollywood? —aventuró haciéndola reír.

—No, no es nada de eso. Y la respuesta a tu primera pregunta es sí. Deberías conocerle. Matthew Thorpe es un diseñador muy famoso, su boutique de Nueva York es de las más exclusivas de la ciudad. Tiene otras en París, Londres, Milán, pero es allí donde reside y trabaja.

—¡Vaya! —exclamó admirado—. Realmente has cambiado mucho.

—No, no lo he hecho. Creo que lo que ha cambiado es el modo en que me miras —le dijo ella fingiendo que no le importaba.

Era cierto que su aspecto exterior había sufrido ciertos cambios, pero por dentro seguía siendo la misma persona que había conocido siempre. Daniel no podía ser tan superficial como para no darse cuenta de ello.

—No estoy de acuerdo con eso. Yo siempre te he visto Ari, hasta cuando te escondías bajo esas horribles camisetas tres tallas más grandes que tú —confesó con los ojos clavados en ella.

Un escalofrío recorrió su espalda y acto seguido sintió como su respiración se aceleraba por la anticipación. Una oleada de calor ascendió por su pecho para instalarse finalmente en su garganta.

Ari, la había vuelto a llamar Ari.

Y lo que era más importante, acababa de confesarle que siempre había sido consciente de ella. Que la ropa o el pelo nunca habían sido un impedimento para que la viera tal y como era.

Daniel apenas podía apartar la mirada de ella, estaba tan hermosa con su carnosa boca entreabierta y la respiración agitada. Su primera reacción cuando le abrió la puerta fue mirar sus esbeltas piernas, casi se le escapó una carcajada cuando vio que se las había cubierto con unos pantalones largos. La risa se quedó atascada en su garganta cuando se fijó en cómo se ajustaba la tela a su cuerpo. Y ahí la tenía ahora, bromeando y hablando con él como lo habían hecho infinidad de veces. Tuvo que recurrir a toda la fuerza de voluntad que tenía para no lanzarse sobre ella y besarla hasta que los dos perdieran el sentido, hasta que los recuerdos dejaran de enturbiar el futuro.

Era más de la una de la madrugada cuando Ariadna se levantó para marcharse y Daniel se empeñó en acompañarla hasta la puerta de su casa.

Cinco horas después de encontrarse en el supermercado. Cinco horas durante las que no había hecho otra cosa que fantasear con besarla, nada de en la mejilla como la última vez, sino besarla de verdad, adueñándose de su boca perfecta para gozar de su sabor, que todavía retenía en la memoria.

Por la mente de Ariadna discurrían los mismos pensamientos, de manera que para evitarlos, ambos habían recurrido a la misma solución. Razon por la que ninguno de los dos podía dejar de hablar,

mientras tenían la mente ocupada en su conversación, se olvidaban, al menos temporalmente, de los besos húmedos e interminables. Paradójico era que la solución invitaba a captar la atención de los que conversaban sobre los labios que tanto deseaban.

Se quedó parado tras ella, deleitándose en su trasero mientras Ariadna sacaba las llaves de los ajustados vaqueros que llevaba. La conversación se había parado de golpe mientras ella abría la puerta de su casa. Las imágenes que tanto había reprimido mientras hablaban volvieron a invadir su mente. Se vio a sí mismo besándola, mordisqueándole el labio inferior, enterrando los dedos en su largo cabello mientras pegaba su curvilíneo cuerpo al suyo, con la misma sensualidad provocativa con que lo había hecho ella en el Sakura.

Daniel sintió su ausencia antes incluso de llegar al rellano. En cuanto estuvieran frente a la puerta ella se marcharía. Su cuerpo clamaba por tenerla, por sentirla. Sin darse tiempo a reflexionar, pues sabía que si lo hacía se echaría atrás, la tomó por la cintura en cuanto pisó el último escalón, le dio la vuelta y la arrastró hasta su cuerpo hambriento, ahogando cualquier protesta al colocar su boca contra los suaves labios de ella.

Ariadna no esperaba recibir un ataque sensual, y se dejó llevar por la necesidad que la corroía desde que la tentara días antes para marcharse después. Sintió como su lengua abrasadora saqueaba su boca y gimió contra ella, pegándose más al cuerpo masculino, sintiendo la dureza de su deseo contra su cadera. Se giró por necesidad para recibirlo, frotándose contra él, aumentando el deseo de ambos.

Ardiendo, la tomó por el trasero y la pegó contra su erección. Soltó su boca para lamer su cuello y morderlo. Sin muchos miramientos la arrastró contra la pared, y Ariadna levantó una pierna para enroscarla en la cintura de él, gimiendo, anhelando sentir su piel sobre la suya. Las manos de Daniel volaron a sus senos mientras los labios regresaban a su boca, y sus dedos pellizcaban sus pezones, endurecidos ya de deseo.

Ninguno de los dos era capaz de hilar ningún pensamiento coherente. Ariadna se había perdido en el sabor del hombre que conseguía que cada uno de sus sentidos se viera embriagado por su presencia. Estaba a punto de separarse de él para invitarle a entrar en su casa cuando la puerta de enfrente se abrió de golpe, cortando cualquier posibilidad de intimidad entre ellos. Daniel se separó de ella a regañadientes, mientras la cara sonriente de su hermana les saludaba:

—Hola chicos, he oído ruido y me he asustado, espero no haber interrumpido nada —les dijo fingiendo inocencia.

—Tranquila, ya nos íbamos a dormir —«*¡Juntos!*» pensó Daniel. «*Hasta que tú has aparecido y nos has cortado el rollo*».

«*¡Gracias!*», pensó Ariadna, estaba segura que su amiga lo había hecho adrede por mucho que ahora fingiera inocencia, y acababa de salvarla de cometer la segunda estupidez en su historia con Daniel. Si Mónica no hubiera aparecido, ella hubiera sido incapaz de separarse de él.

—Sí a dormir —corroboró avergonzada mientras miraba a Mónica parada en su puerta con un pijama de ovejitas.

—Buenas noches, hermanito —se despidió Mónica, pero sin hacer ningún movimiento que pudiera dejarlos nuevamente a solas.

Estaba claro como el agua que no pensaba entrar hasta que él se marchara. Le lanzó una mirada

fulminante a Mónica, que ni se inmutó y se giró para despedirse de Ariadna, pero ella evitó mirarlo, de modo que se despidió de las dos al mismo tiempo.

—Buenas noches, hermosas damas —hizo una floritura con la mano y con una sonrisa forzada salió por la puerta que daba a las escaleras.

Ariadna rezó para que su amiga tuviera programada alguna operación importante a la mañana siguiente en el hospital. Si ese era el caso se iría a dormir y dejaría la perorata que seguro tenía preparada para otro momento.

Cruzó los dedos a su espalda y se giró cautelosa con la esperanza de encontrarse con la sonrisa traviesa de Mónica por la escena que acababa de presenciar.

Capítulo 12

Al parecer sus súplicas no llegaron a destino, porque ni Mónica estaba sonriendo, ni iba a dejar pasar la oportunidad de regañarla. Con el ceño fruncido cerró la puerta de su casa y de un empujón la metió a ella en la suya, entrando detrás.

—¿Y bien? —le preguntó Mónica con los brazos en jarras.

—¿Bien qué?

—¿Qué era lo que estabas haciendo con mi hermano en medio del pasillo? —contestó impaciente por la actitud evasiva de Ariadna.

—¿No es evidente? Le estaba besando —contestó sarcástica.

—¿Te crees graciosa? Porque además de no serlo, tampoco es que seas muy precisa. Puesto que en realidad estabas a punto de comértelo —la acusó, retándola con la mirada a que lo negara.

—Tienes razón, ¡no sé qué me pasó! —le dijo Ariadna poniendo los ojos en blanco.

—Que estás enamorada de él como una tonta, y no te atrevas a negármelo, porque ya no cuela. Lo último que quiero es hacerte daño, pero sinceramente pienso que mi hermano no te conviene. No creo que él sepa lo que quiere, si lo supiera no se vería con la bruja rusa. En cambio Alberto está realmente interesado en ti.

—¿Tú crees? —le respondió exasperada por el acoso de su amiga.

—Estoy segura. Se te come con los ojos y te escucha atentamente cada vez que hablas. Ese, querida amiga, es el perfil de un hombre perfecto —dijo Mónica asombrada porque Ariadna no se hubiera dado cuenta.

—Creo que exageras. De hecho es una costumbre tuya muy exasperante —se quejó.

—Lo que tú digas. Si no quieres aceptar que está interesado en ti, no lo hagas. No quiero presionarte. Peroooo —dijo alargando la última sílaba. Otra de sus exasperantes costumbres—. Le gustas, ¡qué lo sepas!, ahora métete en la cama y descansa que yo tengo que madrugar.

—Buenas noches.

—Buenas noches —se despidió la rubia sonriendo al ver la cara de estupor de su amiga.

Ojalá las cosas fueran tan simples como decidir qué ropa se iba a poner al día siguiente, pensó Ariadna mientras preparaba unos pantalones negros y una blusa lady de color rosa palo.

La mañana empezaba movidita, la gente en la oficina estaba con los nervios de punta por la reunión que habían planeado para ese mismo día. Era el segundo consejo de redacción y tenían que repartir el trabajo para que cada uno se ocupara de una sección. En la sesión anterior ya se había acordado cuáles iban a eliminarse y cuáles iban a incorporarse a la nueva versión de la revista.

Victoria había preparado café y había distribuido la lista que habían acordado entre todos. Los presentes estaban emocionados con la nueva etapa que se abría ante ellos. Ya había incluso preferencias entre los redactores sobre una sección u otra.

Su nueva secretaria había invitado también a Alberto que le sonreía desde el otro lado de la sala de juntas. El primer punto que se trató fue la propuesta de Ariadna sobre la sección de recomendaciones, tras varias ideas y muchas risas se decidieron por el título «Sibaritas por el mundo», todos estuvieron de

acuerdo en que la sección fuera pasando de mano en mano, de manera que todos pudieran disfrutar de las ventajas de los viajes pagados y de los locales de moda.

La redacción al completo acordó por unanimidad que la primera en encargarse del proyecto fuera Ariadna, que tardó escasamente diez segundos en decidir en qué ciudad iba a comenzar a rodar «Sibaritas por el mundo». Una sonrisa expectante se instaló en su cara cuando fue trazando mentalmente el itinerario del recorrido.

Además iba a invitar a Mónica, tal y como le había prometido, y convertirlo en un fin de semana de chicas.

—¿Qué estás tramando? —le susurró Alberto riendo entre dientes. Cuando Victoria se levantó a por más café y quedó libre la silla al lado de Ariadna.

—Humm, nada.

—¿No vas a contármelo? —le preguntó riendo abiertamente.

—No, es una cosa de chicas.

—Entonces no quiero saberlo. Tú y Mónica juntas me dais miedo —bromeó. Y siguió pendiente de la reunión con una sonrisa pícaro.

—Pues es una lástima, soy inofensiva —comentó ella con una sonrisa provocativa.

—Lo dudo —la contradujo riendo.

—Te lo prometo —contestó con una sonrisa coqueta.

Alberto parpadeó varias veces, ¿estaba Ariadna flirteando con él? Abrió la boca y la cerró sin saber qué decir. Sorprendido por la facilidad con que esa mujer le había dejado descolocado y sin palabras con que darle la réplica.

Se pasó la mano por el cabello e intentó volver a concentrarse en la reunión, pero no fue tan fácil como lo había sido antes de que ella le hubiera sonreído de ese modo tan cálido e inesperado.

Ariadna se descubrió pensando que Alberto era mucho más accesible y encantador de lo que hubiera imaginado nunca. Con todo el trabajo que tenía una persona tan solicitada como él y ahí estaba, a su lado, apoyándola y aconsejándola sin conseguir nada a cambio.

Ya se había planteado proponerle un contrato como fotógrafo de la revista. Algo que a él le dejara libertad para continuar con sus viajes y sus otros encargos, y que al mismo tiempo convirtiera en oficial y remunerada su labor en *Chic*.

Tomó nota en su agenda mental para hacerle una oferta en cuanto se quedaran solos y regresó a su bien merecido fin de semana de chicas. Había pensado inmediatamente en Roma, ¿qué mejor manera de espantar a sus demonios que regresar al mismo lugar del que salieron? Iba a ser una divertida forma de superarlo todo. Incluso planeaba regresar al mismo hotel.

Asintió decidida y volvió a poner los pies en la tierra, atenta a las propuestas que esbozaba el personal de la revista, que había hecho una selección de las mejores agencias de modelos con las que trabajar asiduamente. La gran mayoría del equipo se decantó por Vanadismodels. Ariadna miró a Alberto a la espera de su opinión, que aceptó la propuesta con una sonrisa complacida, porque ella le tuviera tan en cuenta. Se notaba que el cambio y los incentivos les habían animado. La nueva *Chic* prometía muchos éxitos.

—Eso es todo, Alba —se despidió Daniel de su secretaria.

La chica de unos veintiséis años, iba tambaleándose en sus tacones hacia la puerta cuando su jefe volvió a llamarla.

—¡Alba!

Ahogó un grito de miedo y Daniel tuvo que reprimir la sonrisa al ver su reacción. Su asistente era todo un caso, eficiente eso sí, pero era la persona más patosa y asustadiza que había conocido nunca. Con su corta estatura, su cabello rubio platino y sus ojos color café, conseguía pasar desapercibida, a pesar de que era una chica bonita. La primera vez que había entrado en su despacho parecía mucho más bajita de lo que era, acurrucada sobre sí misma como si temiera que la vieran. Inmediatamente pensó en Ariadna y en ese preciso instante, la chica se ganó su simpatía para siempre.

—Alba —repitió más bajito para no volver a asustarla—. Lo que te comenté sobre llevar tacones era una sugerencia. Eres una chica preciosa y mereces que se te reconozca como tal. Pero no tienes porque ponértelos si vas incómoda con ellos.

—Lo siento, Daniel —se disculpó sin saber muy bien por qué lo hacía.

—No hay nada por lo que disculparse. A partir de ahora, no quiero que te tomes mis sugerencias como órdenes, ¿de acuerdo? Somos amigos y los amigos se ayudan y se apoyan. ¿Estás conforme conmigo? —preguntó con una sonrisa deslumbrante y alentadora.

—Tienes razón, Daniel. ¿Necesitas algo más? —preguntó ella deseosa de escapar de la profunda mirada azulada y rasgada de su jefe.

—Sí, una cosa más. ¿Ha llamado ya Alexia para ponerse de acuerdo con el fotógrafo para la sesión?

—No, no ha llamado.

—¿Sabemos por lo menos qué vestido va a llevar? —fue consciente, al ver los ojos tan abiertos de su secretaria, que había comenzado a gritar de nuevo.

—No, Alexia es demasiado exigente con la ropa que luce en los reportajes y los desfiles, la estilista no se atreve a organizar un look hasta haberlo hablado con ella antes —explicó Alba con la vista clavada en el suelo.

—¡Alba, mírame! —la joven alzó la cabeza—. Caprichosa. Di que es caprichosa, no exigente. Y por favor, mírame cuando me hables, aunque me cuentes cosas que me molesten soy plenamente consciente de que no son culpa tuya, y aunque lo fueran... Hemos quedado que somos amigos, ¿no?

—Sí, Daniel. Tienes razón —rió tímidamente.

—Lo sé. Siempre la tengo —contestó él devolviéndole la sonrisa y consiguiendo que Alba se relajara—. Ya te acostumbrarás.

Por alguna razón en la que no había querido profundizar, Daniel se había propuesto como tarea que Alba dejara de esconderse. Era una chica bonita y eficiente, pero sobre todo tenía buen corazón, todo el mundo en *Novia Feliz* la apreciaba y la trataba con cariño y en el poco tiempo que él la conocía había llegado a entender el porqué. Que además le recordara a Ariadna era secundario y casi anecdótico, se decía a sí mismo, cada vez con menos convicción.

En cuanto Alba abandonó su despacho, volvió a retomar el hilo de sus preocupaciones, era consciente de que había estado demasiado centrado en el tema de la portada y que había descuidado el contenido de la revista. No debería haber sido de ese modo si hubiera contratado a otra modelo menos diva que Alexia, pero necesitaba que el primer número del magazine tras el cambio de dirección, entrara

con fuerza en el mercado. El país estaba en crisis, y como era lógico, la gente se pensaba mucho en qué gastaba su dinero. Si quería que se rascarán el bolsillo tenía que conquistarlos desde los escaparates de los kioscos y tenía muy claro que el rostro y la fama de Alexia vendían, no solo revistas, sino maquillajes, perfumes, diseños exclusivos... Alexia era la baza perfecta, por mucho que le molestara tener cerca a ella y a su enorme ego.

También tenía claro que iba a tener que pedirle ayuda a alguna mujer de confianza para que le echara una mano con las nuevas secciones, alguien a quien solicitarle ayuda no le hiciera sentir incómodo. Inmediatamente descartó a Mónica de la corta lista y se quedó con su otra opción, Marina, su madre. No es que la idea de pedirle consejo le entusiasmara mucho, más bien todo lo contrario. Siempre había sido muy autosuficiente y recurrir a su madre le incomodaba. Pero tampoco podía presentarse ante su equipo sin ninguna idea innovadora y atractiva.

Sin darse tiempo a cambiar de idea sacó el móvil del bolsillo de la americana, colgada en el respaldo de su silla y buscó en el listín de contactos. Tras comentarle de pasada el porqué de su llamada, quedó con ella fuera de la oficina, con la excusa de comer juntos. No es que quisiera ocultar su cita con su madre, sino más bien que consideraba que sería más cómodo para los dos si lo disfrazaban de comida entre madre e hijo.

Después de todo, el que había salido perdiendo con la repartición del trabajo fue él, la Ariadna que Daniel recordaba habría tenido muy difícil dirigir *Chic*, pero la nueva Ariadna parecía diseñada para el puesto. Lamentó profundamente que el grupo *Von* no dispusiera de una revista sobre coches o deportes y llegó a la firme decisión de que si conseguía la vicepresidencia propondría la creación de una revista exclusiva para aficionados al motor.

A las dos del mediodía Daniel y su madre estaban sentados en la terraza del restaurante en el que iban a comer, porque Marina era incapaz de dejar de fumar, lo había intentado millones de veces desde que Daniel tenía siete años y jamás conseguía dejarlo más que un par de días. Para contrarrestar el frío se habían instalado unas estufas que caldeaban a los que se atrevían a comer bajo el frío sol de enero. No obstante, de no ser por la ropa de abrigo, Daniel hubiese creído que la primavera había regresado.

—Mamá, ¿por qué no buscas ayuda para dejar de fumar? —preguntó por fin. Era un tema que se había planteado en muchas ocasiones, incluso había pensado muchas veces en buscarle ayuda cualificada él mismo, sin embargo nunca terminaba de decidirse a hacerlo.

—Eso sería hacer trampas, Dani y ¿qué te he dicho yo siempre de eso? El día que por fin deje de fumar, será porque he podido hacerlo por mí misma. No porque un medicucho me hipnotice para que lo consiga.

—Mamá hay muchas otras opciones además de la hipnosis —le comentó Daniel riendo por las ocurrencias de Marina—. Y procura que Mónica no te escuche decir eso de medicucho o se pondrá hecha una fiera.

—Tienes razón, hijo. Gracias por el apunte —contestó agradecida su madre.

Él le devolvió la sonrisa, la personalidad de su madre era una extraña mezcla entre el maestro Yoda y Bruce Lee. Su marido y sus hijos la adoraban hasta el punto de que ninguno de ellos se atrevía a discutir delante de ella. En ese aspecto se sentía un hijo afortunado, sus padres siempre se habían adorado, ni Mónica ni él les habían escuchado nunca discutir o levantarse la voz, los escasos gritos que Marina

profería iban dirigidos en exclusividad a ellos.

Marina era casi una niña cuando se casó con David, y de algún modo ese amor que hizo que lo dejara todo para estar con el hombre que había elegido, consiguió perdurar intacto durante largos años, y los que les quedaban. Un amor que sus padres habían extendido a sus hijos, permitiéndoles crecer en un hogar armonioso y lleno de afecto.

De ahí que ya desde niños Mónica y Daniel se escondieran de ellos, en especial de su madre, para pelearse y pincharse. Marina normalmente lo arreglaba con algún proverbio o algún ejercicio de respiración, menos en los momentos en los que su burbuja pacífica estallaba y demostraba a sus hijos que también era capaz de proferir gritos tan altos como los del mismísimo Bruce Lee partiendo tablones de madera con las manos desnudas.

A la hora del café madre e hijo ya habían decidido qué secciones iban a mantener de *Novia Feliz*, y qué secciones nuevas iban a introducir. Entre las nuevas habría una sección fija dedicada a las madrinas y a los invitados al enlace. Así como una selección mensual de los mejores organizadores de bodas del mundo. La sección consistiría en una entrevista al organizador elegido, y un reportaje fotográfico en una de las bodas que hubiera organizado dicho profesional.

Daniel se alegró de haberle pedido ayuda a su madre, hasta que esta sacó un tema comprometido que le dejó con un mal sabor de boca.

—Bueno, cariño y hablando de otra cosa ¿qué te ha parecido Ariadna? ¿Verdad que está preciosa?

—Supongo —le respondió sin mirarla a los ojos.

—¿Desde cuándo no os veáis? Desde aquellas vacaciones en Roma, ¿no?

—Sí, desde entonces —respondió brevemente. No quería dar pie a su madre para que Ariadna se convirtiera en el próximo tema de conversación.

—La verdad es que siempre me extrañó que siendo tan amigos nunca hubieses ido a Londres a verla, tu hermana y Sergio sí que lo hicieron, pero tú nunca quisiste ir... —comentó pensativa.

—Bueno mamá, Ariadna era la amiga de mi hermana pequeña, no la mía —respondió intentando dar a entender una distancia que nunca había existido entre ellos.

—Puede ser, pero siempre andabais juntos los cuatro —aceptó su madre poco convencida—. Además ahora que ha vuelto, tu hermana está tan guapa como antes.

—Bueno mamá, Mónica nunca ha sido muy guapa, pero está bien. Tienes razón —bromeó Daniel.

—Hijo, creo que necesitas una chica. Y no me refiero a la loquita rusa, pobrecilla, ¿está mejor?

—Sigue igual.

La mención a Alexia le hizo fruncir el ceño. La rusa ni siquiera se había pasado por la revista para probarse el vestido con el que iba aparecer en la portada.

—¡Qué lástima! Pero bueno, Ariadna es mucho más guapa, ¿dónde va a parar? ¿Por qué no la invitas a bailar un día?

—Mamá eso es imposible, no quiero novias. Además ahora es mi rival directa para el puesto de vicepresidente.

—Claro, tienes razón. Seguramente no sea buena idea. Sobre todo ahora que pienso en lo que me contó Nora el otro día —le dejó caer Marina como si nada.

—¿Qué te contó la madre de Ariadna?

—Que quizás no te resultara difícil hacerte con el cargo de vicepresidente. Sobre todo teniendo en cuenta lo interesado que está Alberto en ella —comentó Marina con toda la intención de hacer hablar a su hijo.

—¿Qué quieres decir con interesado? ¿Y de qué Alberto estás hablando?

—Según Nora, tu amigo Alberto Cifuentes, el fotógrafo, está enamorado de su hija. Así que si finalmente se arreglan, Ariadna dejará de pelear por el cargo, ya que él viaja mucho por su trabajo, y ella no querrá estar alejada de su novio mucho tiempo —explicó pendiente de cada gesto de su hijo.

—¿Alberto?

—Sí, ha estado apoyándola con la revista y parece que busca algo más que trabajo —dijo inocentemente.

—Mamá, Alberto no necesita buscar trabajo, las ofertas le llueven sin ningún esfuerzo. Ha trabajado mucho y ha tenido éxito, es un fotógrafo muy cotizado —comentó muy serio.

—Entonces debe ser cierto lo que dice Nora y lo que busca es una novia. O más concretamente ser el novio de Ariadna —Daniel estaba tan ensimismado que no se dio cuenta de la sonrisita de triunfo que acababa de esbozar su madre.

Apretó los dientes con fuerza, la idea de perder el puesto no le molestaba tanto como la imagen mental de Alberto y Ariadna juntos.

Capítulo 13

Ariadna se miró en el espejo complacida, finalmente ir de tiendas con su madre había sido una experiencia interesante, desde que tenía doce años que no había vuelto a hacerlo. Y ahora con veintisiete se daba cuenta del tiempo perdido. Sonrió ante semejante pensamiento; cuando era una preadolescente eso era casi peor que una tortura china, siempre acababa discutiendo con ella, cuando Nora se empeñaba en que se comprara un vestido, unas bailarinas, un bolso... Cualquier prenda que la alejara del estilo personal que se había creado y tras el que se escondía.

La joven prefería visitar las tiendas de segunda mano, mientras que su progenitora se empeñaba en vestirla como si fuera una versión en miniatura de ella misma. Sin embargo, Ariadna nunca se lo permitió, Nora era demasiado perfecta, demasiado hermosa como para poder ponerse a su altura, y al final las comparaciones siempre resultaban odiosas. Por eso se escondía tras camisetas tres tallas más grandes y llevaba el cabello bien corto, porque así nadie podría nunca compararla con ella, porque nadie podría verla realmente.

Ahora pasados los años tenía que reconocer que el gusto de Nora estaba a la altura de profesionales como Thorpe. Dio otra vuelta sobre sí misma para verse desde distintos ángulos y decidió que lo mejor sería regalarle algo por conseguir que diera con la imagen de mujer *Chic* que tanto había buscado. Tras varios minutos buscando el regalo perfecto para alguien que lo tenía todo, llegó a la conclusión de que lo mejor era una tarjeta regalo de Nespresso, su nuevo capricho desde que George Clooney lo anunciaba, para que se hiciera con todas las cápsulas de café que se pusieran en su camino.

Se había pasado toda la tarde en el salón de belleza que descubrió al día siguiente de regresar al país. Las chicas de Elena, la dueña del salón, le habían dado un repaso completo. Ahora llevaba las uñas con la manicura francesa y las de los pies pintadas de rojo sangre, lástima que no se vieran una vez que se ponía los stiletos. Pero sin lugar a dudas lo que más había disfrutado había sido el masaje capilar que le habían realizado las habilidosas manos de Elena. Suspiró al recordar cómo durante unos minutos había conseguido dejar la mente en blanco y olvidarse de Daniel, de *Chic*, de Mónica, de sus padres... Una pena que el efecto fuera tan instantáneo.

Sin apartar la mirada de su reflejo se colocó sobre los hombros su oscura melena, ahora cuidadosamente ondulada y recogida en las sienes con dos horquillas de strass, se aplicó una nueva capa de gloss en los labios y otra de máscara en las pestañas. Elena le había recomendado, mientras planeaban el maquillaje para esa noche, que se centrara en destacar sus ojos y que en los labios optara por un color suave y desvaído.

Estaba aplicándose unas gotitas de su perfume favorito cuando sonó el timbre del portal, Antonio ya debía de haberse retirado. Volvió a observar su reflejo satisfecha con su apariencia y se encaminó a abrirle la puerta a Alberto y a disfrutar de la noche.

Tres minutos después su acompañante asomaba la cabeza por la puerta de su piso.

—Wow Ariadna, ¡estás preciosa! —exclamó Alberto al verla

—¿Te gusta? —le preguntó mientras daba una vuelta sobre sí misma para que pudiera admirarla mejor.

—¡Me encanta! Tú me encantas —comentó con los ojos fijos en ella.

Ariadna sintió un escalofrío recorrerle la espalda sus palabras, su intensa mirada... Al final iba a

empezar a creer que Mónica tenía razón respecto al interés de su amigo.

Ariadna estaba nerviosa mientras caminaba junto a Alberto por la alfombra roja y se paraba a solicitud de la prensa gráfica para que le sacaran fotografías, Alberto era un hombre conocido y admirado, la prensa se interesaba en él, y por ende, en su acompañante.

Esa noche se estrenaba la nueva película dirigida por George Clooney. Ariadna sonrió al pensar en su madre. Nora era la fan más fiel que tenía el actor estadounidense, ahora también director. Si incluso se había pasado al Nespresso solo porque él lo anunciaba.

—¿Por qué sonrías?

—Pensaba en mi madre. Es una fanática de George Clooney —confesó bajando la voz, como si le diera vergüenza revelarlo.

—Lo sé —suspiró Alberto—. Créeme, lo sé.

Ariadna arqueó una ceja imitando así, el gesto que tantas veces había visto hacer a los hermanos Onieva, mientras una chispa de diversión brillaba en sus ojos verdes.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando le dije que la première a la que iba a traerte era a la de la última película de George Clooney, me hizo saber que le gustaba mucho. Mucho.

—¡Dios! ¿Qué hizo mi madre? —preguntó Ariadna entre la diversión y el terror.

—Dio un par de grititos y me repitió varias veces lo mucho que le gustaba.

—Que traducido viene a ser, que se puso a gritar como una loca y te suplicó que le consiguieras un pase para su camerino.

Alberto abrió los ojos como platos ante lo acertadas que habían sido las suposiciones de su amiga.

—Algo así —cedió el fotógrafo sin mirarla.

—¿Quiere eso decir que la veremos esta noche?

—Supongo. Tu padre iba a traerla para que viera a su ídolo —dijo burlescamente Alberto.

—Me encanta tu faceta mordaz. Deberías mostrarla más a menudo —le dijo riendo y superando el nerviosismo que no había conseguido quitarse de encima en todo el día.

Alberto esbozó una sonrisa luminosa.

—Lo tendré en cuenta.

—¡Hazlo!

Jorge se paseaba por el salón de su casa como alma en pena, Nora le había echado del dormitorio que compartían en el instante mismo en que se había abrochado el último botón de la chaqueta. Según ella quería que fuera una sorpresa, así que dispuesto a complacerla había accedido a esperarla en el salón. De eso hacía ya más de una hora y aún no daba señales de estar lista.

—Nora —la llamó— como no te des prisa vamos a llegar con la película empezada y seguro que ya no ves al tal Clooney entrar.

El ruido de unos tacones le informó de que le había escuchado. Jorge miró su reloj de pulsera, iban a

tener que pisarle al coche o no llegarían a tiempo. Levantó la cabeza cuando los tacones estuvieron más cerca y se quedó clavado en su sitio, tuvo que recordarse que debía respirar. La mujer que tenía delante llevaba el vestido más escandaloso que hubiese visto nunca. De un color rojo sangre iba ribeteado en los laterales de los brazos y las caderas... con encaje transparente que permitía ver la piel que él sabía que era sedosa, cálida y muy dulce.

Los celos comenzaron a hostigarle, ¿se había vestido de ese modo por él o era por el tal Clooney?

—Estás preciosa —le dijo, pero estaba tan alterado por la visión que sonó más a crítica que a piropo.

—Gracias, tú estás...

—¿Estoy...?

—¿Qué te parece si en lugar de ir a ver estrellas inaccesibles, te demuestro cómo estás? —propuso juguetona.

—¿Y qué pasa con tu George?

—¿Para qué quiero a George pudiendo tener a Jorge?

—¿Por qué narices te dejé marchar hace doce años? —preguntó más para sí que para que Nora le escuchara.

—No lo sé, pero puedes compensarme toda la noche por ello. Si quieres...

—Claro que quiero —un segundo después encerraba a su mujer en un abrazo posesivo que prometía saldar todas las cuentas.

Ariadna sabía que esa noche era algo así como su puesta de largo en el mundo del papel couché, y hacerlo con un padrino como Alberto le abriría muchas puertas.

Sin perder la sonrisa estrechó manos y dio besos a todo aquel a quien Alberto consideró que debía conocer. Su amigo se movía con seguridad, demostrando que ese mundo de flashes y alfombras rojas era su elemento.

Todo les estaba yendo de maravilla, la gente con la que había hablado se mostraba interesada en la nueva etapa de *Chic*, y encima se lo estaba pasando estupendamente, hasta que llegó Daniel, acompañado, cómo no, de la modelo rusa, que vestía un sugerente vestido verde esmeralda de tirante fino. La escasa tela marcaba exageradamente sus senos siliconados. «*¡Es imposible estar tan delgada y tener esos pechos!*» se dijo Ariadna infundiéndose ánimo, aunque los suyos tampoco es que pudieran ser considerados pequeños.

No pudo fingir que no los había visto, porque en cuanto advirtió a la pareja acercarse a ellos, su cuerpo se tensó como la cuerda de una guitarra. Alberto, que estaba hablando con otro invitado, se giró curioso al notar la fuerza con la que Ariadna le apretaba la mano que tenía entrelazada con la suya.

Ajeno a la historia entre Daniel y su acompañante, le soltó la mano para abrazar a su viejo amigo al que hacía mucho tiempo que no veía.

—Daniel, cuánto me alegro de verte —se notaba que el afecto era sincero.

—Lo mismo digo, Alberto —le dijo Daniel devolviéndole el abrazo y dándose las típicas palmadas masculinas en la espalda—. Ariadna —la saludó con frialdad.

—Hola, Daniel —le respondió ella en el mismo tono formal y distante.

La rusa que no estaba dispuesta a que la ignoraran, se pegó a Daniel con la vista clavada en su rival, y saludó a Alberto con una sonrisa depredadora.

—Alberto, ¿qué tal todo?

—Hola, Alexia. Muy bien, como puedes comprobar —respondió señalando a Ariadna, que se acercó a él con una enorme sonrisa en los labios. No sabía si lo había hecho a propósito o por casualidad, no obstante, su gratitud hacia su amigo era la misma que si lo hubiera dicho con la clara intención de molestar a la rubia.

—Ya veo, sí —replicó la rusa fingiendo una sonrisa.

Como la película estaba a punto de comenzar se despidieron y entraron cada uno a ocupar su localidad, no sin antes prometer compartir impresiones tras una copa.

—¿De qué la conoces? —preguntó Ariadna mientras entraban.

—La he fotografiado varias veces. Es una modelo muy cotizada —respondió arrugando la nariz.

Ariadna se echó a reír.

—¿Por qué no le caes bien? —le preguntó Alberto pillándola desprevenida.

De modo que sí que se había dado cuenta de la actitud de Alexia con ella.

—No lo sé. Creo que tiene algo que ver con Daniel —Ariadna se mordió la lengua en cuanto notó que la expresión risueña de Alberto se transformaba en ¿frustrada? No estaba del todo segura.

—¿Por qué con Daniel? ¿Has tenido alguna relación con él?

—Hablamos después, ¿vale? —le pidió Ariadna incómoda.

—Claro, pero por favor dime sí o no.

—Nunca he tenido una relación con él —por la expresión de su amigo, supo que había entendido la parte que no había dicho.

La fatalidad o el destino hicieron que estuvieran a solo dos filas de distancia el uno del otro.

—¿Estás bien? —le preguntó Alberto.

—Sí, ¿y tú?

—Bien. ¿Qué piensas? —susurró cerca de su oreja.

La película aún no había comenzado, estaban todos esperando a que la prensa dejara libre al director del film y a sus dos protagonistas.

—Pensaba en que es extraño que no hayamos visto a mis padres —respondió escapando del tema comprometido que Alberto buscaba tratar.

—Es verdad —contestó distraído—. Jamás hubiera imaginado que Nora abandonaría a George por Jorge.

Ariadna rió bajito, pero con ganas, y Alberto se giró a mirarla con una sonrisa complacida.

—¡Lo decías en serio! Te van los chicos malos —comentó riendo.

—Por supuesto.

La conversación terminó de golpe cuando comenzaron los créditos.

Durante la primera media hora, Ariadna intentó con todas sus fuerzas mirar a la pantalla, pero por mucho que se esforzara su mirada acababa desviándose hacia el lugar en el que Daniel y Alexia estaban sentados. La rusa estaba tan pegada a él, que parecía que estuvieran ocupando la misma butaca. Notó que

Alberto se crispaba a su lado, fue entonces cuando se dio cuenta de que su amigo había seguido la dirección de su mirada.

Daniel tenía que contenerse para no girar la cabeza y comprobar que Ariadna y Alberto no estaban haciendo nada más que ver la película. Él tenía que reprimir el énfasis de Alexia que no hacía más que pegarse a él y suspirar en su oído. «¡Dios!» pensó exasperado, «¡que acabe pronto la película!»

Pero Dios estaba ocupado en otros menesteres porque la película duró hora y media más. Cuando aparecieron los títulos finales, los invitados fueron saliendo para asistir a la posterior fiesta en uno de los locales de moda de la ciudad. Ariadna sabía que tenía que acudir y dejarse ver si quería conseguir los contactos necesarios para hacerse un hueco en el mundo de las celebrities, y que la revista fuera escalando puestos en las preferencias de las modelos y las famosas. Nada daba más publicidad que una foto robada o pactada de una celebrity leyendo una determinada revista, en ese instante se disparaban las ventas de la publicación.

El Caos era una de las discotecas de moda de la ciudad, y la que habían elegido los organizadores para cerrar el evento. Con un estilo ecléctico que se vislumbraba no solo en la decoración entre victoriana y futurista del local, sino también en la variedad musical que pinchaba el DJ. Desde que habían entrado, Ariadna había escuchado a PitBull y a Il Divo, y lo más sorprendente era que ambos encajaban a la perfección con el ambiente que se respiraba en allí.

La morena se maravilló al ver las preciosas sillas de madera con asientos forrados en terciopelo rojo compartiendo espacio con los sofás de vinilo, los vasos de diseño y el papel vintage de las paredes. No se le escapó que Alberto se mostraba mucho más serio que al comenzar la noche. Tras preguntarle qué quería tomar, fue a buscar un par de copas, lo que permitió a Ariadna disponer de unos minutos para ordenar sus pensamientos.

—Baila conmigo —le pidió una voz susurrante en su oído.

Se giró para toparse con la sonrisa pícaro de Daniel.

—He venido con Alberto —le dijo señalando hacía la barra. Este tenía la vista clavada en ellos, les sonrió forzado.

—No creo que a Alberto le moleste que bailes con un viejo amigo —contestó Daniel quitándole importancia con un gesto de la mano.

—Seguramente a Alberto no, pero tu rubia se pondrá furiosa conmigo.

—¿Mi rubia? ¿Estás celosa de mi rubia? —preguntó esperanzado.

Así que sí que era su rubia...

—No te voy a secuestrar, solo quiero bailar contigo —comentó sacándola de golpe de sus pensamientos.

Ariadna fingió que le ponía mala cara.

—¡No me lo puedo creer! Te tienta la idea de que te secuestre —bromeó consiguiendo que desapareciera la incomodidad que se había instalado entre ellos.

Algo bastante normal teniendo en cuenta que la última vez que habían estado tan cerca el uno del otro habían terminado besándose apasionadamente.

—Tal vez —concedió ella siguiéndole el juego—. Pero por lo que he visto, va a ser imposible.

—Seguro que puedo arreglar algo —le dijo al tiempo que le tendía la mano para ayudarla a levantarse—. ¿Qué tal si comenzamos con un baile y dejamos el secuestro para después?

Ariadna desconocía hasta qué punto Daniel deseaba convertir en realidad sus palabras.

—¿Dónde está Alexia? No quisiera que me agrediera cuando nos vea bailando.

—No te preocupes por ella, yo te defenderé. De todos modos está en el baño retocándose, seguramente suenen un par de canciones antes de que salga.

Ariadna rió por la ocurrencia y lanzó una mirada a la barra en la que todavía estaba Alberto, aunque esta vez no miraba en su dirección a pesar de tener todo el cuerpo vuelto hacia ellos.

Sintiendo una punzada de culpa aceptó la mano de Daniel y gracias a otro giro brusco del DJ se encontró pegada a su pareja de baile mientras sonaba de fondo Michael Bublé y su *Kissing a fool*.

—Si no fuera porque es imposible diría que lo has hecho a propósito —se rió Ariadna al escuchar la letra de la canción.

You must have been kissing a fool
I said, you must have been kissing a fool^[5]

—Tienes muy poca fe en mis influencias —se quejó mientras paseaba con suavidad su mano izquierda por su espalda casi desnuda.

—¿Tú crees? —clavó sus ojos verdes en los de él que parpadeó ante el escrutinio de ella.

—Creo que a lo mejor tu poca fe tiene más que ver conmigo. Supongo que no puedo culparte.

Ariadna se sintió mareada, sentía la palma caliente de Daniel sobre la piel de su espalda, el aliento de sus palabras en el cuello y ahora además él mismo sacaba a colación Roma, ¿acaso pensaba hablar de ese tema tan delicado en ese preciso momento? Instintivamente Daniel la apretó más contra su cuerpo, como si sintiera que se iba a escapar de su lado en cuanto le dijera la verdad. Sus cuerpos se balanceaban al ritmo de la música, los ojos del uno fijos en los del otro. Daniel abrió la boca lentamente.

—Ariadna yo... —comenzó.

Se quedó sin saber hasta qué punto estaba Daniel dispuesto a hablar sobre ello, ya que Alberto eligió ese preciso instante para acercarse y recuperar a su acompañante de los brazos de su pareja de baile. Ariadna se sintió caer, la tambaleante torre de naipes que había sido su esperanza de conocer la verdad, se había derrumbado, quizás para siempre.

La noche siguió, pero ya no fue lo mismo para ninguno de los tres.

Capítulo 14

Daniel se marchó en cuanto regresó Alberto y ya no volvieron a encontrarse ni con él ni con su acompañante. Ellos todavía se quedaron una hora más en la que Alberto aprovechó para continuar presentándole a más gente. Gracias a eso se olvidó de la extraña sensación de vacío que le había quedado después de que su tan anhelada conversación con Daniel quedara aplazada.

De regreso a casa, su amigo se mostró taciturno y poco hablador, como si estuviera buscando la fórmula para expresar correctamente la idea que no dejaba de dar vueltas en su cabeza.

—Cuéntame que es lo que hay entre Daniel y tú —pidió suavemente.

—No hay nada entre Daniel y yo.

—Vale, cuéntame lo que hubo entre Daniel y tú —modificó la pregunta.

—Cuando era niña estaba medio enamorada de él.

—¿Y? —insistió consciente de que la historia había terminado.

—Y cuando tenía diecisiete años organizamos un viaje por Italia, íbamos todos, Sergio, Mónica, Daniel y yo. Durante dos semanas me trató de manera intermitente, o era excesivamente amable, o me ignoraba como si yo no estuviese. Una tarde fue excesivamente amable y yo me dejé llevar por lo que sentía...

—¿Fue el primero?

—Sí.

—¿Qué pasó después?

—Nada. Desapareció sin decirle a nadie que se iba. Me pasé la siguiente semana del viaje llorando por los rincones, esperando que me llamara y que me diera una explicación. Nunca llegó ni la llamada ni la explicación. El viaje terminó y yo regresé a Londres. Desde ese momento no quise regresar a España, hasta ahora.

—¿Nunca le llamaste tú para exigirle la explicación que tanto necesitabas? —preguntó impresionado con la historia.

—No. Jamás volvimos a vernos o a hablar.

Guardó silencio el resto del trayecto, intentando asimilar lo que Ariadna acaba de contarle. La actitud de Daniel era ilógica, era cierto que nunca había querido atarse a una mujer pero escapar de esa manera... Intentó ser justo y no dejarse llevar por lo que sentía por ella. Lo que le permitió pensar con más claridad. Efectivamente era una actitud ilógica para un hombre, pero si en aquel momento Ariadna solo tenía diecisiete años, Daniel no tendría más que diecinueve, y con esa edad muy pocos chicos habían alcanzado la madurez emocional.

Alberto bajó del coche y dio la vuelta para abrir la puerta del acompañante. Estaba tan aturdido con lo que acababa de saber, que decidió un cambio de estrategia: iba a forzar la situación, nada de tomárselo con calma.

Se acercó despacio y le tendió la mano para que saliera del BMW. Sin perder el contacto visual, se llevó su mano a los labios y la acercó más a su cuerpo.

—¡Ari! —susurró mientras se aproximaba más a ella.

Ariadna que se había visto sorprendida por la calidez del beso, volvió de golpe a la realidad, ¿qué narices les pasaba a todos los hombres? «¿Por qué se empeñan en llamarme de ese modo cada vez que alguno piensa besarme?» Daniel entró arrasando en su mente y en sus recuerdos como un terremoto.

El hechizo que un momento antes había existido entre ellos se rompió en el instante en que Alberto pronunció ese nombre que ella asociaba a una persona distinta. Fue justo en ese instante en que Ariadna se dio cuenta de que no quería que la besara. De que nunca había querido que lo hiciera.

—Buenas noches, Alberto —se despidió apartándose de él.

Durante un segundo pareció aturdido, pero se recompuso con una sonrisa resignada.

—Buenas noches —su voz sonó ronca, ofuscada.

Ella se dio la vuelta y entró en el portal con una extraña sensación en el estómago que no conseguía descifrar. ¿Tristeza? Definitivamente, esa era la sensación. Mónica había tenido razón siempre, Alberto estaba enamorado de ella, y fue tras esa revelación, cuando comprendió también lo feliz que habría sido si hubiese podido corresponderle, pero no podía... No podía, porque nunca había logrado dejar de amar a Daniel.

Amaba al Daniel que había aparecido en El Caos para trastocarla. Para hacerle reír y dejarla con la incógnita de saber qué era lo que había intentado decir. El Daniel que había cocinado para ella, el que había madrugado para llevarla al trabajo...

Si él no hubiera aparecido de nuevo en su vida, posiblemente habría permitido a Alberto que la besara, cosa que, debería haber hecho. De hacerlo, ahora no estaría sintiendo la molesta sensación que le subía por la boca del estómago hasta la garganta. Alberto era un hombre íntegro, de fiar... Jamás la hubiera dejado sin una explicación.

Pero ella no era libre para estar con él. Nunca lo había sido en realidad, Daniel residiría por siempre en su corazón.

—No es buena idea, Alexia —le dijo intentando descolgarse sus brazos del cuello.

—¡Daniel! —se quejó la rusa con un puchero perfectamente ensayado, que hacía que sus labios fueran en centro de atención.

—No —respondió tajante—. Me voy a casa.

—Es por la morena y no trates de negármelo. No soy tonta —su acento era cada vez más marcado.

—Ni voy a negarte nada ni voy a darte ninguna explicación, Alexia. No te la debo.

—¡No puedes hacerme esto! Es por ella, sé que es por ella —comenzó a gritar fuera de sí en medio de la calle.

Daniel la cogió del brazo y la arrastró hasta el portal de su casa, la rusa ni siquiera sacó las llaves para abrir, estaba claro que esperaba una respuesta.

La miró harto y furioso de sus escenas, y en un tono mesurado y educado le dijo lo que tanto ansiaba escuchar.

—Sí, es por ella. Últimamente todo lo que hago es por ella, ¿estás contenta?

—¿Qué hay entre vosotros?

—Nada, no hay nada. Porque fui un cobarde y ahora pago las consecuencias.

—¿Qué quieres decir? —su boca había dejado de ser sugerente, ahora era una línea fina por lo fuerte que apretaba sus labios para contener la furia.

—Tuvimos un encuentro hace muchos años, apenas éramos unos críos. Pero en lugar de cogerla de la mano y arrastrarla a la ducha para repetirlo varias veces más, me largué y la dejé sin ningún tipo de explicación. Es lógico que me odie.

—No creo que lo haga. No te odia, pero tampoco te quiere tanto como te quiero yo —ronroneó volviendo a pasar los brazos alrededor de su cuello.

—Alexia, créeme, por hoy ya he tenido suficiente —le dijo y se dio la vuelta camino de su coche—. Solo una cosa más —añadió cuando se marchaba— el que no esté conmigo no quiere decir que vaya a darme por vencido o que esté interesado en alguien más.

Alexia parpadeó sorprendida por el aviso. Y por primera vez desde que se conocieron demostró tener sentido común y le dejó ir.

Se subió al Audi como alma que lleva el diablo mientras, sin darse cuenta, se sumergía en la autocompasión. ¿Por qué había sido tan idiota con Ariadna? Nunca había terminado nada de lo que había comenzado con ella. Siempre acababa por salir huyendo, escapó de ella la primera vez que la besó y volvió hacerlo después de aquella inolvidable tarde en Roma.

Condujo tan rápido por la frustración que en apenas siete minutos ya había guardado el coche en el garaje. Se quitó la chaqueta del traje y se dispuso, como cada día, a subir a casa por las escaleras. No obstante, en cuanto comenzó supo que no iba a pararse en la segunda planta, sin detenerse a analizar lo que hacía siguió subiendo hasta el tercero y se sentó en el suelo junto al ascensor.

Por un lado se sentía estúpido mientras esperaba entre las sombras a que Ariadna regresara. Y es que por mucho que se esforzara en negarlo, por mucho que le molestara, Alberto y ella parecían pasarlo bien juntos.

Era enfermizo que estuviera actuando como un adolescente, allí parado a la espera de verles llegar. De qué le iba a servir comprobarlo, ¿estaba dispuesto a impedir esa relación que parecía fraguarse? ¿Tanto le importaba a él lo que ella hiciera? Arqueó una ceja molesto consigo mismo, acababa reconocer frente a Alexia su deseo de conquistarla y a la hora de enfrentarse a sí mismo, intentaba justificarse disfrazando lo que sentía por ella.

Desde siempre Ariadna había conseguido descolocarle y nuevamente se encontraba entre las dos opciones a las que ella le abocaba cada vez que se encontraban: salir huyendo o quedarse y ver qué sucedía en esa ocasión.

Aún no había tomado una decisión en firme cuando escuchó que la puerta del portal se cerraba. Se quedó inmóvil con la esperanza de poder escuchar alguna conversación, pero ningún sonido llegó hasta sus atentos oídos. Ya pensaba que había escuchado mal cuando la puerta que aislaba las escaleras del rellano se abrió de golpe y se encontró con Ariadna saliendo con los zapatos en la mano y una mirada perdida en su precioso rostro. Notó cómo su pulso se paralizaba en sus venas para después acelerarse. Siguió en silencio observándola desde las sombras, Ariadna se quedó parada frente a la puerta de su casa, como si estuviera dudando entre entrar o salir corriendo de allí. Estaba sola. «*¡Está sola, sola...!*» pensó eufórico.

Sin hacer ruido salió de donde estaba escondido y vio que la sorpresa en los ojos de ella daba paso a

un nuevo sentimiento mezcla de deseo y de temor.

—Hola Ari —la saludó acercándose a ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella sonriendo tímidamente.

—Esperarte.

—¿A mí?

—Ari...

—Daniel ¿qué sucede? —preguntó y había desesperación en su voz. Necesitaba saber la verdad, que él le dijera qué era lo que pretendía esperándola en la puerta de su casa en lugar de estar tomando una copa con su rubia acompañante.

—Quería... Necesitaba comprobar que llegabas bien a casa —dijo finalmente incapaz de sincerarse por completo.

—Buenas noches, Daniel. Y felicidades, ya sé que tus temores eran infundados, puesto que tu rubia ha aceptado posar para tu portada —tenía que escapar de su cercanía, pero al mismo tiempo no podía alejarse. Los sentimientos contradictorios la golpeaban con tanta fuerza que ni siquiera estaba segura de cómo era capaz de mantenerse en pie.

—Bueno, supongo que estamos igual, tu novio será quién haga las fotos para la tuya, ¿no?

—Alberto no es mi novio —contestó rápidamente, ella no quería que existiera ningún tipo de confusión a ese respecto. Alberto era un amigo, nada más.

—¿No lo es?

—No.

—Bueno, mejor para ti. No te conviene. Es un mujeriego —comentó sintiéndose estúpido después.

—Gracias por la información.

—Tampoco lo es ¿sabes?

—¿A qué te refieres? —preguntó, aunque la esperanza de que hablara de Alexia no hacía sino crecer en su pecho.

—Alexia. Tampoco es mi rubia.

—Qué pronto has cambiado de opinión. Hace un rato sí que lo era —le replicó muy seria.

—Es que no me convenía —dijo con ganas de seguirle el juego—. Además no es ningún secreto que prefiero a las morenas.

—Lo lamento —contestó sin saber muy bien porque decía algo así—, que tu relación no haya funcionado —se obligó a explicarse.

—¿Que lo sientes? —y su voz sonó incrédula e incluso burlona. Ariadna notó cómo crecía la ira en ella, otra vez estaba jugando con sus emociones.

—¿Crees que porque permití que me besaras la otra noche todo ha cambiado? —inquirió mirándole fijamente, con la única luz que entraba por los ventanales del rellano—. ¿Que ya vuelves a tenerme a tus pies? ¿Que puedes volver a burlarte de mí?

—¿Que permitiste que te besara? Tú querías que lo hiciera —le espetó él, también molesto—. Y yo nunca me he burlado de ti.

—Poco importa ya. Ha pasado demasiado tiempo y sin embargo, todo sigue igual Daniel, tú sigues igual...

—Ya no soy un niño, ya no huyo de los problemas —Ariadna se dio cuenta que con esas palabras,

había dicho mucho más de lo que había pretendido.

—Bonita descripción, ¿eso soy para ti? ¿Eso fui? ¿Un problema?

—No me refiero a eso y lo sabes. Entremos y hablemos, no quiero que tu amiga vuelva otra vez a echarme del pasillo.

—Tu hermana no está en casa. Tenía una cita, y espero sinceramente que a ella le vaya mejor la noche —comentó mordaz.

—Ari —dijo en un tono bajo y suplicante.

—¿Por fin vas a darme una explicación? ¿Terminarás de contarme lo que empezaste en El Caos?

—¿Es eso lo que quieres hacer ahora, hablar?

—Tienes razón, es muy tarde y estoy cansada. Vete, Daniel —le pidió en un susurro.

Estaba segura que no iba a poder continuar con esa conversación ni un minuto más. Dejó los zapatos en el suelo y sacó las llaves del pequeño bolso de mano que llevaba.

Sin siquiera girarse a ver si le hacía caso entró en su casa, iba a cerrar cuando vio que él había entrado tras ella y estaba parado en la puerta impidiéndole que la cerrara.

Ninguno de los dos dijo nada. Daniel dio un paso hacia ella, cerró con cuidado y se acercó despacio, tan lentamente que parecía que el mundo se hubiera detenido. Cuando estaban ya a escasos centímetros uno de otro, Ariadna volvió a soltar sus zapatos y con ellos el bolso y las llaves, el ruido fue ensordecedor entre tanto silencio.

—Ari —volvió a susurrar Daniel, esta vez más cerca.

«¡Dios va a besarme!» pensó, «y no voy a ser capaz de rechazarle...»

Daniel cerró el espacio que los separaba y pegó cada centímetro de su cuerpo al más suave de ella, conquistando con su tacto lo que las palabras no habían conseguido minutos antes. Ariadna se sintió arrastrada hacia él. Cada vez que la llamaba Ari perdía la capacidad de pensar y aquella no iba a ser una excepción. Instantes después estaba colgada a su cuello, sus manos estiraban el cabello de la nuca con la intención de fundir el cuerpo masculino con el suyo. Necesitaba sentir en cada recodo de su piel el tacto de Daniel. Se embebió de su olor, de su calor, y se dejó llevar por las sensaciones.

Daniel la empujó contra la pared, mientras la besaba y la apresaba entre su cuerpo y el tabique. Con dedos expertos comenzó a subirle la falda del vestido y a pasar sus manos por los suaves muslos hasta llegar a su ropa interior. Sin dejar de devorarle la boca, metió su rodilla entre sus piernas y comenzó a presionar sobre la zona más sensible de su cuerpo, sintió como ella suspiraba en su boca y con el mismo deseo febril que se había apoderado de él el día que fueron interrumpidos, le mordisqueó el labio inferior al tiempo que sustituía su rodilla por los dedos. Con el pulgar presionó la húmeda carne sensible, mientras introducía su índice en ella bombeando, primero despacio y más rápido conforme los jadeos de Ariadna se hacían más intensos. Entonces al índice le siguió un segundo dedo y Ariadna explotó con él aún dentro de su cuerpo. La ropa interior que llevaba ella era tan minúscula que ni siquiera le molestaba para acariciarla. Aun así pasó los dedos por las finas tiras de las caderas y las hizo bajar por sus muslos.

Agradecida y deseosa de unirse a él completamente, desabrochó la pretina de sus pantalones con manos temblorosas, y los hizo bajar junto con los calzoncillos dejándolo expuesto y a su alcance. Con avidez, pero deleitándose en el instante que estaba viviendo, lo tomó en su mano y presionó con sus dedos alrededor, se notaba duro, caliente y suave. Daniel tuvo que separarse de su boca para poder respirar y Ariadna aprovechó la situación para cambiar las tornas, con un ágil movimiento le empujó contra la otra pared y fue ella la que se apretó esta vez contra él, sin dejar de presionarle con la mano. El

deseo se vio envuelto en una batalla de voluntades, Daniel no estaba dispuesto a dejarse dominar por lo que cómicamente, con los pantalones enrollados en los tobillos, arrastró a Ariadna hasta la mesita que tenía en la entrada y tras derribarlo todo sin muchos miramientos, la hizo sentarse sobre ella para poder situarse entre sus muslos separados. La sujetó de las nalgas hasta colocarla justo en el borde de la mesa y se agachó frente a ella, ávido y hambriento. Situó su cabeza entre las piernas, acercó su boca y con la lengua se deleitó con la carne húmeda, lamiendo, mordisqueando y soplando, hasta llevarla al límite, hasta saber que estaba tan necesitada como lo estaba él. El gemido de protesta de Ariadna, hizo que su sangre se acelerara. Estaba tan excitado y necesitaba tanto estar dentro de ella que creía que iba a romperse si no lo hacía en ese preciso instante. Sin aliento para demorarlo más se puso en pie y de una embestida se hundió en ella hasta su empuñadura.

Ariadna lo sintió dentro y gritó, echando la cabeza hacia atrás. Necesitaba sentirle en todas partes. Se pasó el vestido por la cabeza con prisas, tomó la mano de Daniel y la cerró sobre su pecho, pulsando con fuerza contra el pezón. Daniel no necesitó más pistas. Soltó su cadera por un momento, desabrochó el sujetador de encaje con habilidad, y tocó su ardiente piel. Ariadna gimió y se impulsó contra su miembro, urgiéndole a que la llenara. Enrolló sus largas piernas alrededor de su cintura y se dejó llevar, mientras Daniel la penetraba, marcándola de nuevo como suya.

Capítulo 15

Apenas había dormido más que un par de horas en su propia cama, cuando el timbre de la puerta le despertó. Cuando abrió los ojos esa misma mañana y restregó la nariz por la almohada de Ariadna para absorber su perfume, una sonrisa satisfecha se dibujó en su rostro. Había pasado la mejor noche de su vida, y no solo porque el sexo hubiera sido explosivo, se trataba de la mejor noche de su vida porque la había pasado junto a ella. Mientras la besaba y la acariciaba se había dado cuenta de lo mucho que le importaba esa mujer, de cuánto la había echado de menos y de lo estúpido que había sido su temor.

Se levantó de un salto, excitado solo de recordar lo que había sucedido entre ellos apenas unas pocas horas antes, y se encaminó descalzo y desnudo a buscarla, con la clara intención de demostrarle que había cosas que no se desvanecían al despertar.

A medida se acercaba al cuarto de baño escuchó el grifo de la ducha y se imaginó a los dos bajo el chorro del agua caliente, resbaladizos y juguetones. Apretó los dientes, molesto con su enorme buen humor mañanero y se encaminó decidido a su encuentro.

—Buenos días, preciosa —saludó poniéndose tras ella y besándole el cuello.

—Buenos días —le respondió con frialdad, sin siquiera girarse a mirarlo.

—Te veo deliciosa por la mañana y yo estoy famélico.

—Daniel —pidió ella apartándose.

—¿Qué? —preguntó él con la nariz enterrada en su pelo y su erección presionando su cadera.

—Me voy al parque a correr —le dijo.

—¿Y te duchas antes? —bromeó él, intentando arrancarle una sonrisa—. Me parece que lo normal es hacerlo después.

—Normalmente no me ducho antes, pero hoy me ha parecido apropiado —contestó cortante.

Pero Daniel no pareció darse cuenta de su frialdad porque rió pletórico. Por fin era consciente de lo que quería y de a quién quería tener a su lado y había tenido la maravillosa suerte de tenerla entre sus brazos durante toda la noche.

—Bueno, si lo que quieres es hacer ejercicio, no será necesario que salgas de casa para ello. A mí se me ocurren unas cuantas ideas para que te ejercites —le dijo mientras pegaba la espalda de ella a su pecho para que sintiera lo feliz que se sentía de haberse despertado en su cama.

Ariadna lo miró como si la hubiera abofeteado, la expresión relajada y feliz de Daniel se volvió cautelosa. ¿Dónde estaba la mujer apasionada y sonriente con la que había dormido?

—¿Qué sucede?

—Tengo que irme —le dijo saliendo de la ducha y envolviéndose en una toalla—. No tienes por qué marcharte sin desayunar, en la cocina hay café recién hecho.

Daniel ni siquiera fue capaz de hablar, se quedó estupefacto bajo el chorro del agua, mientras ella se alejaba a toda prisa tapándose como si nunca antes la hubiera visto desnuda. Daniel suspiró resignado y sin pensárselo mucho para no arrepentirse, giró la llave del agua y la puso lo más fría que pudo soportar.

Necesitaba urgentemente calmar sus ánimos.

Cuando salió de la ducha Ariadna ya se había marchado.

Todavía perturbado y desconcertado por la actitud de Ariadna a la mañana siguiente, bajó a su piso para intentar descansar aunque fuera unas horas y darle a ella tiempo para asimilar lo que había pasado entre los dos. Era evidente que estaba turbada y nerviosa por la fuerte atracción que les unía. Y él podía hacerlo, podía darle espacio para que asimilara su nueva relación, porque esta vez no pensaba irse a ninguna parte ni tampoco estaba dispuesto a dejarla marchar.

Ariadna le importaba, siempre había sido así y si aquella vez en Roma no lo había demostrado, ahora estaba decidido a hacerlo. Se levantó de mala gana y abrió la puerta a Sergio. Su amigo llegó perfectamente equipado para su sesión diaria de gimnasio. Daniel frunció el ceño malhumorado, se había olvidado completamente del ejercicio.

Sergio se sorprendió al verlo descalzo y con los pantalones del pijama como única vestimenta, sin duda no iba ataviado para hacer deporte, no obstante, lo que más llamó la atención de este fue la profunda desgana que se adivinaba en sus ojos.

—¡Vaya! A juzgar por tu cara, deduzco que te fue muy bien la noche —se burló su amigo pensando que su cara tenía que ver algo con haber salido con Alexia.

—Ni te lo imaginas —contestó mientras se encaminaba a la cocina a preparar dos cafés bien cargados.

—Créeme. Me lo imagino —se burló Sergio.

Ante la mirada que Daniel le dirigió, comprendió que había hablado más de la cuenta.

Probablemente el desencuentro con Alexia había sido más importante de lo que él había imaginado en un primer momento. La rusa debía de haber montado uno de sus numeritos y por eso Daniel estaba tan desquiciado esa mañana.

Guardó silencio a la espera que se decidiera contarle lo sucedido. Con la certeza de que no iba a haber sesión de pesas se sentó en una de las sillas de la cocina mientras su renegado compañero preparaba el café. Daniel se movía meticulosamente por la cocina, le gustaba el orden en ella, saber qué cajón tenía que abrir para encontrar las cucharas, en qué armario estaba el azúcar. En definitiva disfrutaba teniendo el control de su vida y de su espacio. Por eso ninguna de sus relaciones había cuajado y mucho menos la que había tenido con Alexia, una mujer bastante inestable y posesiva.

—Ayer estuve con Ariadna —confesó finalmente.

—¿Estuviste? —la cara de Sergio era una mezcla de sorpresa y aprobación.

—¿Tienes ganas de tocarme las narices?

—Vale, acepto estuviste —le contestó rápidamente.

Sirvió el café y le relató a su mejor amigo las partes de la noche que se podían contar. Por supuesto le dijo que había pasado la noche con Ari, pero se guardó los detalles. Sergio tampoco preguntó nada, era un asunto demasiado personal.

Fue entonces cuando le explicó la causa de su malhumor, que ella había huido de su lado en cuanto había amanecido.

—Bueno, ella al menos ha esperado unas horas antes de dejarte —sentenció Sergio.

—¿Piensas que ha pretendido pagarme con la misma moneda?

—No. Creo que después de todo lo que ha sucedido entre vosotros no sabe cómo reaccionar. Y por lo que veo tú tampoco andas muy eufórico —bromeó para eliminar la tensión de sus palabras.

—No te rías tanto. Mi hermana salió ayer con un hombre. Ariadna me lo contó y sonaba contenta. Seguramente sea un tipo atractivo, inteligente y con dinero. Al fin y al cabo es lo que las mujeres buscan en nosotros —le pinchó.

El informático abrió los ojos desmesuradamente al tiempo que los clavaba en Daniel.

—¿Desde cuándo sabes que me gusta tu hermana? —preguntó estupefacto por la revelación.

—¿Desde cuándo te gusta? —más que una pregunta se trataba claramente de una respuesta.

—Desde siempre. Serás... Cabrón, ¿por qué narices nunca me has dicho que lo sabías? —le preguntó mucho más enfadado de lo que jamás le había visto.

Durante todo el tiempo había permanecido callado, guardando una especie de lealtad a su mejor amigo y ahora resultaba que su silencio había sido una tontería porque este lo había sabido desde siempre. Y lo peor era que había estado a punto de sufrir un infarto la mañana que había preparado el desayuno para Mónica mientras ella se desnudaba a escasos quince metros de él.

—¿Por qué narices nunca me lo has dicho? —preguntó Daniel y ahora el que parecía enfadado era él.

—Me daba palo, no esperaba que te lo tomaras muy bien, ¿por qué te callaste tú?

—Pensé que si te decía lo que pensaba te sentirías obligado por nuestra amistad a declararte a ella. Nunca he estado seguro de que quisieras una relación seria con Mónica.

—¡Qué dices! He estado loco por ella desde siempre. Si no le dije nada fue porque me daba miedo estropear nuestra amistad.

—Pues te equivocabas, de entre todos los tíos que conozco eres el único al que considero un hermano, así que más o menos todo queda en casa —contestó dejando de nuevo a su amigo con la boca abierta por la sorpresa.

—Tío, me vas a hacer llorar.

—Eso se lo dejo a Mónica —concluyó Daniel sonriente.

—¿Por qué dices eso?

—Sinceramente Sergio, no tengo ni idea de por qué mi padre te hizo jefe del departamento informático. Es un misterio...

Y se largó de la cocina camino de su dormitorio dejando a su amigo más desconcertado que nunca.

Ariadna corría como si la persiguiera el diablo. Desde el mismo instante en que se despertó y sintió una mano alrededor de su cintura, le embargó la necesidad de salir corriendo, le faltaba el aire. Se levantó con cuidado para no despertarle, hizo café para mantener las manos ocupadas y se metió bajo la ducha, pero el agua no consiguió llevarse sus dudas por el desagüe.

Así que ahí estaba a las siete de la mañana corriendo sin descanso y luchando por apartar de su mente los deliciosos recuerdos de la noche anterior y el desafortunado deseo de regresar y disculparse con Daniel por haberle echado de su lado.

Era consciente de lo que estaba haciendo, se estaba comportando de la misma forma en que había actuado él en Roma. La diferencia era que Ariadna ya no era ninguna niña, tenía ocho años más que los que tenía Daniel cuando se largó, y mucha más experiencia de la vida. Tampoco era que se hubiera acostado con decenas de hombres, no era el caso, solo había tenido tres relaciones, Jay en Nueva York,

Peter en Londres durante casi tres y años, y su desastrosa relación, si se podía llamar así, con Daniel que de algún modo retorcido había durado toda su vida.

«¡Mierda!» pensó desconcertada, después de todo, su actitud en ese momento era peor, razón que la empujaba directamente a un punto crucial iba a tener que perdonarle por haberla dejado en Roma.

No obstante, perdonarle no significaba que tuviera claro lo que quería hacer. Si se dejaba llevar por sus sentimientos, si permitía que se hicieran más fuertes de lo que ya eran... No, no podía ser tan vulnerable. Daniel seguía siendo igual de imprevisible y no estaba dispuesta a volver a pasar por lo mismo.

Subió el volumen del iPod intentando que la música acallara sus pensamientos, todavía no se decidía a creer que había cambiado. Puede que esa mañana no hubiese huido, pero con él nunca se sabía.

Misery de Maroon 5 comenzó a sonar con fuerza. Ariadna le puso mala cara al iPod, como si fuera el responsable de la selección musical.

Your salty skin and how It mixes in with mine
The way it feels to be Completely intertwined
It's not that I didn't care
It's that I didn't know
It's not what I didn't feel,
It's what I didn't show
So let me be and I'll set you free^[6].

Siguió corriendo con la voz de Adam Levine de fondo y las caricias de Daniel todavía pegadas a su piel. Siguió corriendo porque sabía que si se paraba, si se detenía aunque fuera solo un segundo, daría media vuelta sobre sus pasos y se encaminaría hasta su piso para disculparse con Daniel y pedirle que volviera a hacerle el amor.

Capítulo 16

—¿Dónde vas a estas horas hija? —preguntó Nora todavía con la bata puesta. Eran las nueve de la mañana del sábado.

Ariadna se había levantado a las siete y se había ido a correr por el parque, pero no había tardado más de cuarenta minutos en darse cuenta de que tenía que alejarse de su casa unos días, era demasiado peligroso para su salud mental encontrarse con Daniel antes de haber puesto en orden sus sentimientos. De ahí que se presentara en casa de sus padres con una bolsa de viaje y el ánimo por los suelos.

En cuanto se fijó en la cara de su hija, Nora comprendió que no se trataba de una visita de cortesía, Ariadna estaba pálida y sin maquillar. Llevaba unos vaqueros y un jersey oscuro de cuello alto entre gris y negro. Antes de que pudiera mirarla más detenidamente y se fijara en los oscuros cercos bajo los ojos, Ariadna soltó el abrigo y el bolso sobre la mesilla del recibidor y se lanzó en sus brazos.

Nora entendió que no debía presionarla, fuera lo que fuera lo que le había sucedido tenía que darle tiempo para que se lo contara. El problema era que sabía por experiencia lo que le costaba a su hija hablar sobre ciertos temas, y su instinto de madre le decía que su actitud tenía que ver con la misma persona que había trastocado su vida cuando era una adolescente.

—¿Puedo quedarme aquí el fin de semana? —le preguntó intentando no llorar—. No interrumpiré nada, ¿verdad? —preguntó bromeando para evitar las lágrimas que le escocían en los ojos.

—No te preocupes por interrumpir, nos esperaremos a que te vayas a la cama como cuando eras pequeña —le respondió en el mismo tono jovial.

—Mamá —se quejó Ariadna, más animada.

—Has empezado tú —se defendió Nora, y añadió—: Puedes quedarte el tiempo que quieras. Esta también es tu casa, cariño.

—Mamá, no quiero que papá sepa que he venido porque tengo... problemas —le pidió, no le apetecía que se especulara sobre los motivos que la habían hecho correr a casa de sus padres.

—No te preocupes, le diremos que has venido para estar unos días con Meredith —le ofreció Nora pasándole el brazo por los hombros y empujándola dulcemente al interior del salón.

—¿Llega hoy?

Su madre asintió feliz y sonriente.

—Sube a tu cuarto y lávate la cara. Su avión aterriza a las once —le dijo mientras le pasaba la mano por la espalda afectuosamente y le besaba el cabello—. Tienes tiempo de sobra para echarte una siestecita si te apetece.

Ariadna se olvidó por un instante de sus problemas. Su añorada tata estaba de camino para quedarse cerca de ella.

—Si no quieres dormir, te estaré esperando en la cocina con un delicioso té y si tienes ganas me cuentas lo que te preocupa, ¿de acuerdo? —le dijo Nora sonriendo comprensiva.

—Vale, mamá.

Se había dado ya la vuelta para marcharse, pero se lo pensó mejor.

—Mamá —la llamó—, me alegro de que regresaras conmigo.

Incapaz de seguir hablando sin llorar subió corriendo las escaleras hasta la segunda planta en la que estaban los dormitorios.

Ocho horas después, Meredith y Ariadna estaban sentadas en la cocina tomando el té de las cinco, mientras Nora se peleaba con la vitrocerámica tras haberlo hecho antes con la cocinera. Dispuesta a mostrar sus inexistentes dotes gastronómicas le había pedido a Maite, la cocinera de su padre, que le permitiera hacer a ella esa noche la cena, la mujer la había mirado ojiplática mientras se marchaba refunfuñando porque los británicos habían invadido territorio español.

Ocho horas antes, Ariadna entraba en su antiguo dormitorio en casa de sus padres y se tumbaba en la cama quedándose dormida al instante. Entre lo poco que había dormido la noche anterior, el ejercicio en el parque y los nervios, había caído rendida. No se despertó hasta que, una hora después, su madre le acarició suavemente la mejilla.

—Cariño, vamos a recoger a Meredith al aeropuerto, ¿quieres venir?

—Sí, dame cinco minutos —le pidió incorporándose medio tambaleante aún por el sueño.

—Te daré diez —le dijo Nora guiñándole un ojo y dirigiéndose hacia la puerta para dejar que Ariadna se arreglara para salir.

—Mamá, siento haberme quedado dormida —se disculpó—. De verdad que quería hablar contigo.

—Hablaremos después. Permíteme solo que te dé un consejo: al corazón hay que darle tiempo y sobre todo hay que darle una segunda oportunidad. Ya sé que no quieres saberlo, pero te lo diré igual —le dijo riendo—. Durante todos estos años he vivido arrepentida de haber dejado a Jorge. No tendría que haberme ido debería haber sido más valiente y hacerle ver lo que necesitaba de él. Quizás si le hubiese dicho que me sentía sola, que precisaba que trabajara menos, él me habría escuchado. Ahora nunca lo sabré y siento que he desperdiciado años de estar junto al hombre que amo, he amado y amaré.

—Mamá, yo... —Ariadna sintió las lágrimas correr libremente por sus mejillas.

Nora se acercó a ella y se las secó con los pulgares.

—No llores cariño, solo necesito que sepas que cuando te apetezca hablar, yo siempre estaré ahí para ti —le sonrió, le besó la punta de la nariz, roja por las lágrimas, y salió cerrando la puerta tras de sí.

Ariadna todavía se sorprendía de las reacciones de su madre que podía pasar de ser una mujer fatal a una madre comprensiva y cariñosa en un abrir y cerrar de ojos.

Se lavó la cara, se cepilló los dientes y bajó las escaleras con el ánimo más feliz que el que traía al llegar. Iba a encontrarse con Meredith, y la anciana iba a quedarse con ellos, lo que quería decir que ya no tendría que volver a echarla de menos.

Ariadna alejó sus recuerdos y volvió a centrar su interés en su tata, la mujer parecía tan impresionada como ella misma de ver a su madre trasteando en la cocina. Los ojillos de Meredith eran pequeños y muy azules y ahora que estaba otra vez con sus niñas volvían a brillar emocionados y con una chispa de diversión por la imagen que daba Nora con delantal.

De menuda estatura y con el cabello dorado cuidadosamente peinado parecía mucho más joven de lo que en realidad era. A sus setenta y dos años podía presumir de belleza y salud.

—Sweetie, ¿qué le pasa a tu madre? —interrogó en un susurro.

—Creo que es por mi padre —contestó Ariadna incómoda.

—¿Qué le ha hecho tu padre?

—No, me refiero a que creo que está cocinando para mi padre —le explicó sonriendo al anticiparse al desastre.

—Por eso te pregunto, sweetie, ¿qué le ha hecho Jorge para que Nora esté dispuesta a envenenarlo?

Ariadna se rió con disimulo para que su madre no se diera cuenta.

—Tata, eres maligna. Lo hace por amor —le dijo guiñándole un ojo.

—Pues espero que tu padre tenga un estómago fuerte, lo va a necesitar si va a comerse eso —murmuró la mujer ocultando una sonrisita traviesa con la mano.

Ariadna le devolvió la sonrisa de la misma forma, escondiéndola tras su palma abierta.

—¡Tata! Lo dicho, qué mala eres, pero cuánta razón tienes.

Las dos intentaban contener la risa para no hacer enfadar a Nora, pero era imposible ya que esta estaba pendiente de ellas, tenía sospechas de que estaban hablando de sus nuevas dotes culinarias.

—Tata, ¿has pensado en buscarte un novio español? —preguntó Ariadna intentando disimular delante de su madre.

Meredith le siguió el juego.

—Pues no lo había pensado, pero quién sabe. A lo mejor conozco a algún hombre que me cambia la vida.

—¿Qué quieres decir? —la pinchó.

—No sé... Bueno tú sabes que odio la jardinería, pero quizás el amor me inspire a plantar flores...

Nora no pudo aguantar más tiempo con la boca cerrada:

—Sois unas envidiosas las dos, y como castigo, no os voy a dejar probar mi cena —las amenazó.

Las dos rieron encantadas.

—Eso no es un castigo, mami. Es un premio.

—¡Brujas!

Esa misma noche cuando Ariadna subió a su dormitorio, todavía estaba demasiado activa para dormir. Tal y como habían vaticinado Meredith y ella, la cena que había preparado Nora había sido un desastre y Maite, enfadada por haber sido desalojada de su cocina, se negó a hacer nada a esas horas, de manera que tuvieron que conformarse con un par de pizzas y muchas risas.

Sus padres estaban irreconocibles, si bien nunca les había visto ni siquiera oído discutir, su nueva relación era mucho más cercana, más íntima. Cuando estaban juntos y se miraban conseguían que la persona que tuviera la mala suerte de estar con ellos en esos instantes se sintiera como si estuviera invadiendo su privacidad.

Suspiró y se sentó en la cama, su dormitorio seguía tal y como lo dejó aquella tarde en que se despidió de Daniel. Aquella tarde en que la besó por primera vez. Alzó la mirada y la clavó en un viejo libro de la estantería. Durante varios minutos se quedó así, sentada decidiendo si era buena idea cogerlo o si era mejor dejar las cosas como estaban. Desoyendo a su sentido común, se levantó y lo tomó. El álbum estaba impoluto a pesar de los años que hacía que no lo abría. La primera fotografía la hizo sonreír. Mónica y ella con seis años disfrazadas de gatitos.

«¡Mónica!» con una punzada de culpa se acordó de su amiga, esa misma mañana había desconectado

el móvil. Alargó el brazo hasta su viejo teléfono con forma de labios y marcó su número.

Tras regañarla por no haberla avisado de su marcha, pareció relajarse. Ariadna le contó la misma historia que le había contado a su padre, que quería pasar unos días con Meredith, pero Mónica no era Jorge. Su amiga parecía querer hacerle un tercer grado, pero se contuvo. «*Seguramente prefiere hacérmelo en persona, para mirarme inquisidora*», se dijo.

—¿Cuándo vuelves a casa? —le preguntó en un tono demasiado alejado del acostumbrado tono bromista con que siempre le hablaba.

—El lunes, después de salir de la oficina. Mañana también dormiré aquí, así el lunes me iré con mi padre a trabajar. Además, los domingos cenas con tu familia.

—Esta semana no. Mis padres tienen un compromiso y milagrosamente mi madre ha aceptado —murmuró sorprendida.

—Lo siento.

—No lo hagas, es una liberación —confesó Mónica. Se adivinaba una sonrisa en su voz—. Aguantar a mi hermano como vecino es más que suficiente y mi madre...

—Tu madre es fantástica, no seas exagerada —la regañó contenta de que Mónica hubiera dejado de presionar.

—Lo sé, no es de mi madre de quien más me quejo.

—Tengo que dejarte —se apresuró a decir Ariadna antes de que su amiga sacara a relucir de nuevo a su hermano.

Estaba segura de no poder callarse si Mónica se empeñaba en sonsacarle información. Era capaz de hacer hablar a un muerto.

—Buenas noches —aceptó a regañadientes la rubia.

—Nos vemos el lunes.

Colgó con un suspiro de triunfo y siguió pasando hojas: más fotografías con Mónica, con Jorge y Nora... Se quedó parada cuando se topó con una de Daniel, los dos estaban sentados frente a un tablero de ajedrez, ella no debía tener más de doce años. Mientras Daniel estaba concentrado en su próxima jugada, Ariadna tenía la mirada clavada en él.

Cerró los ojos intentando escapar de lo que veía, pero eso le trajo unos recuerdos mucho más peligrosos de la noche anterior.

Capítulo 17

Después del fin de semana recluida en casa de sus padres, Ariadna regresó el lunes a la oficina con las pilas recargadas y la firme determinación de olvidarse cuanto antes de lo que había sucedido el viernes.

Tras pasarse las dos últimas noches en vela, medio arrepentida por marcharse y medio aliviada por haberlo hecho, llegó a la conclusión de que su temor a volver a sufrir por Daniel era mayor que su deseo de arriesgarse y comprobar si había cambiado. La verdad que había acariciado tras rechazar a Alberto se mostró ahora desnuda: llevaba toda la vida enamorada de él. Y nunca lo había superado. Nunca.

Mientras estuvo viviendo en Londres, se autoconvenció de que lo único que sentía por él era una obsesión producida por el resentimiento. Pero ya no podía negar sus sentimientos, ni dejar de admitir que con cada instante a su lado, estos no dejaban de crecer. ¿Cómo iba a sobrevivir si se entregaba de nuevo y él volvía a marcharse? Lo mejor para su corazón y su salud mental era afrontar que Daniel no era el hombre adecuado para ella. Por mucho que la revelación doliera, esa era la única realidad que estaba dispuesta a aceptar.

En cuanto llegó al trabajo, se sentó tras su mesa y encendió su teléfono móvil, que llevaba desconectado desde el sábado por la mañana cuando salió a correr para alejarse de Daniel.

Minuto y medio después de conectarlo, le llegaron nueve avisos de llamadas perdidas de Daniel, tres de Alberto, cuatro de un número desconocido y seis whatsapp de Mónica. Estaba a punto de leer los whatsapp cuando la puerta de su despacho se abrió de golpe y se topó de frente con los ojos azules y preocupados de Daniel. Vio tras él a su desconcertada secretaria. Victoria se encogió los hombros y ladeó la cabeza disculpándose de ese modo por no haber podido detenerlo para anunciarlo. En silencio se dio la vuelta y se dirigió a su mesa.

Daniel entró sin decir nada, cerrando tras de sí, y apoyándose inmediatamente después en la puerta, como si creyera que si se lo permitía Ariadna saldría huyendo de su propio despacho.

—¿Dónde has estado? —preguntó tras observarla en silencio durante varios segundos. Calibrando su estado de ánimo y comprobando que estaba bien.

—En casa de mis padres.

—Estaba preocupado.

—No veo porqué —le contestó con frialdad.

—Temía que hubieras regresado a Londres —respondió bromeando.

—Yo no huyo, eso lo dejo para ti.

—Supongo que me lo merezco —y se lo merecía, pero merecerlo no evitaba que cada una de sus acusaciones se le clavaran como afilados cuchillos en el pecho.

—Supones bien.

—¿Podemos dejar las agresiones verbales y hablar con calma? —pidió esperanzado.

—No veo de qué tenemos que hablar. ¿Vas a contarme por fin, por qué me dejaste tirada en Roma?

¿Por qué nunca me llamaste...?

—Ari.

Ariadna se estremeció como lo hacía siempre que la llamaba de ese modo. Las imágenes del viernes por la noche invadieron su cabeza, y durante unos instantes se quedó sin respiración. Los recuerdos que

la habían mantenido despierta las dos últimas noches volvieron a ella arrolladores y potentes, activados por el perfume que desprendía el hombre parado frente a ella.

Se esforzó por mostrarse calmada.

—Siéntate, por favor —le ofreció Ariadna con la voz temblorosa.

Daniel abandonó su puesto contra la puerta del despacho y se acercó al sillón que había frente al escritorio.

—¿De qué querías hablar?

—De nosotros —la palabra en sus labios sonaba a promesa. Pero no podía dejarse llevar por lo que sentía. Si lo hacía, estaba segura de que pagaría las consecuencias después.

—No hay un nosotros —le cortó Ariadna antes de que la conversación se le fuera de las manos.

—El viernes lo hubo.

—También en Roma, y aun así, te largaste.

—¿Nunca vas a perdonarme por eso? —había dolor en su voz, pero estaba tan desesperada por protegerse que no fue capaz de verlo.

—Ya te he perdonado, ahora solo tengo resentimiento.

—¿Lo superarás algún día? —preguntó en un susurro—, no se trataba de ti, sino de mí —dijo sin llegar a desvelar sus pensamientos.

—Tal vez si me cuentas por qué te fuiste pueda llegar a comprenderte y con ello superarlo —clavó la mirada en él, ávida porque él le contara la verdad o porque le diera cualquier excusa que la convenciera de que no iba a volver a repetirse. Que si se atrevía a dejarle entrar en su vida de nuevo no se iba a largar corriendo a la mínima oportunidad.

—Ari, el viernes te demostré...

—El viernes fue un error que no volverá a suceder —le cortó ella dolida con su negativa a contarle su versión de aquella tarde en Roma—. Lo único que me demostraste es que has mejorado con los años, seguramente por todo el tiempo que le has dedicado al tema.

Daniel sintió sus palabras como un puñetazo en el estómago, pero su vena cínica y de autoconservación se impuso, y mantuvo la compostura. No podía mostrarle lo mucho que le habían dolido sus palabras, si lo hacía estaba perdido, ella controlaría la situación y su preciosa libertad desaparecería.

—¿Estás segura?

—Muy segura.

—En ese caso —dijo levantándose—. Solo me queda desearte suerte con la revista. La vas a necesitar, porque en estos momentos no hay nada que me importe más que ganarte, de ese modo podrás regresar a Londres y todos viviremos tan tranquilos como lo hemos estado haciendo hasta que tú te presentaste aquí.

Eran palabras pronunciadas desde el dolor del rechazo, palabras que pretendían marcar las distancias, no obstante, tras pronunciarlas no se sintió mejor, sino todo lo contrario.

Ariadna se quedó muda tras su escritorio. Sus peores sospechas se habían confirmado. La única razón por la que la había seducido era para intentar controlarla y hacerse con el puesto en *Von*. Se tragó las lágrimas que le picaban en los ojos y siguió con la mirada impasible hasta que él se marchó sin volverse una sola vez.

A las doce y media Ariadna levantó la cabeza de las notas entre las que se había ocultado con la esperanza de olvidarse de la visita de Daniel, cuando llamaron a la puerta.

Invitó a pasar a quien estaba tras ella y sonrió relajada al ver que solo se trataba de Sergio.

—¿Te pillo muy liada? —preguntó asomándose con el cuerpo aún fuera del despacho.

—No, pasa, por favor —le invitó.

—Ya tengo el esqueleto de la web que me pediste.

—¡Fantástico! ¿Puedo verla? —le preguntó ilusionada.

—A eso he venido —dijo él al tiempo que sacaba su portátil de la funda—. A conseguir tu visto bueno.

Durante una hora hablaron de la web de la revista, de los contenidos que debían aparecer y de quién se iba a encargar de actualizarla cada semana. Tras pensar detenidamente en ello se decidieron por la opción semanal. Un mes era demasiado tiempo y eso haría que la mayor afluencia de visitantes fuera a primeros de mes y actualizar cada día era demasiado trabajo, así que optaron por la actualización semanal.

Sergio designó a Jordi, el informático pelirrojo, para que se encargara de subir los datos a la web y Ariadna se encargó de buscar a la redactora que le prepararía las noticias y los reportajes. La mayor parte de la web estaba hecha, ahora solo quedaba lo más delicado: los anunciantes y los contenidos.

Finalmente se hizo necesario que Paula, la jefa de prensa, se uniera a la conversación por lo que la reunión se alargó. A las dos menos cuarto volvieron a llamar a la puerta. Mónica había pasado para invitarla a comer con la intención de ponerse al día sobre su fin de semana, estaba especialmente interesada en su visita a casa de sus padres y en su cita con Alberto.

Paula se disculpó y se marchó con una lista de marcas cosméticas, ropa y complementos con las que ponerse en contacto para aparecer como anunciantes en la web. Mientras Ariadna por su parte, con una maestría envidiable, no solo consiguió librarse del interrogatorio que le había preparado su amiga, sino que también hizo que Sergio y Mónica salieran a comer juntos y a solas. Si bien Mónica se fue a regañadientes, su amiga sabía que no era tan reacia como quería dar a entender.

Intentando mantenerse ocupada y no pensar en el encuentro con Daniel, decidió seguir con los contenidos, se interrumpió cuando Victoria asomó por la puerta abierta de su despacho.

—Ariadna, me voy a comer, pero antes quería comentarte que ha llamado Andrea, la secretaria de tu padre. Han organizado una reunión para el viernes a las diez de la mañana en la planta de dirección.

—¿Quién la ha organizado? —preguntó confusa.

—El señor Onieva y tu padre.

—Entiendo, gracias Victoria, ¿podrías recordármelo el jueves?

La secretaria rió cómplice y asintió con la cabeza. Sin añadir nada más se marchó cerrando la puerta. No habían pasado ni dos minutos cuando llamaron suavemente. Ariadna pensó que debía de ser Victoria que había olvidado algo, pero la persona que entró en su despacho era otra.

—Hola, Ariadna. Tengo que hablar contigo de un par de cosas. ¿Estás muy ocupada? ¿Ya has comido? —preguntó Alberto sin atreverse a entrar completamente en sus dominios.

—No, claro que no estoy ocupada y no, tampoco he comido —contestó con una enorme sonrisa que

pretendía hacerle sentir más cómodo. Pero Alberto siguió sin terminar de cruzar el umbral.

—¿Quieres comer conmigo?

—Por supuesto. Dame diez minutos y estaré lista —contestó ella consciente de que le debía una explicación a Alberto, sobre todo después de cómo se había apartado cuando había intentado besarla.

—Claro. Vuelvo en nueve, voy a acercarme a ver a Daniel.

—Seguro que ha salido a comer —le dijo consciente de la hora que era.

—No, me está esperando. Ya le he llamado —explicó Alberto de repente muy formal.

—Hasta ahora —se despidió dándose la vuelta.

Ariadna se quedó mirando en la misma dirección en la que hacía unos minutos había estado su amigo. Ni siquiera había entrado para hablar con ella, habían mantenido la conversación, ella, sentada en su escritorio y él, en el umbral de la puerta.

¿Tenía que añadir un motivo más de preocupación a la enorme lista que ya tenía?

1. La revista.
2. Los encuentros y desencuentros con Daniel.
3. La relación de sus padres.
4. El complejo de inferioridad de Mónica respecto al interés de Sergio.
5. La reunión del viernes...

No, no debía preocuparse por nada más, la lista estaba repleta.

De hecho tenía que tomarse unas horas para revisar sus listas, ya que eran el método más eficaz del que disponía para visualizar las opciones. «¡Maldita deformación profesional!» se dijo, «ya solo me falta psicoanalizarme».

Además al fin y al cabo tampoco era tan raro que Alberto quisiera saludar a Daniel, ellos eran amigos mucho antes de serlo de ella.

Capítulo 18

Daniel estaba tan irritado desde su desencuentro con Ariadna que Alba, su secretaria, había estado a punto de salir corriendo para no regresar después de informarle sobre la reunión que habían organizado Jorge y su padre para el viernes. Añadiendo a sus males que su madre quisiera que cenara con ellos esa noche para compensar que se habían visto obligados a cancelar la cena del domingo por un compromiso.

¡Maldita fuera su indecisión! Se había pasado todo el fin de semana preocupado por Ariadna, repasando mil maneras distintas de disculparse por lo que sucedió entre ellos en Roma, y cuando había llegado el momento, ella no le había permitido hablar. Ni siquiera estaba interesada en escuchar lo que él había tardado tantos años en atreverse a decirle.

Reprimió las ganas de estrellar algo contra la pared y clavó la vista en la lista de organizadores de bodas que le había pasado Alba. Los había colocado por orden de importancia: Mario Gobanelli, Emily Rickford, Carmen Carbonell, Amancio Cuesta, Cloé Lefebvre... Una lista con unos quince nombres.

Decidió empezar por el más solicitado, era la mejor forma de comenzar con la revista, si el señor Gobanelli se negaba seguiría con el siguiente nombre y así sucesivamente hasta que alguno aceptara su propuesta.

Como el señor Gobanelli era italiano no tuvo que preocuparse por el cambio de horario, marcó él mismo el teléfono, estaba seguro de que Alba no se atrevería a entrar en su despacho por mucho que se lo pidiera y dudaba sinceramente que le cogiera el teléfono si la llamaba. Contestó al tercer tono una mujer muy afable que hablaba a la perfección el castellano, la eficiente secretaria de Gobanelli. Tras comentarle la razón de su llamada, le tuvieron a la espera unos seis minutos mientras en la línea sonaba música clásica, finalmente le pasaron con el afamado organizador de enlaces. Mario Gobanelli aceptó encantado la propuesta de la entrevista y el reportaje, su próxima boda sería dentro de quince días en Roma, en el Hotel Imperial. Amablemente, le invitó para que asistiera. Solo puso una condición, que no llevara a ningún fotógrafo consigo, por deferencia a los novios, sería él quien le pasaría el material fotográfico para la revista. Daniel aceptó y se comprometió a asistir a la ceremonia.

En cuanto colgó, cogió lo primero que tuvo a mano, la grapadora, y la estrelló contra la pared.

«¡Mierda! De todos los hoteles de Roma, los malditos novios tenían que elegir el Hotel Imperial».

La vibración de su móvil contra las costillas le sacó de un plumazo de sus pensamientos. Metió la mano en la chaqueta y sacó el teléfono, se quedó extrañado al leer en la pantalla el nombre de Alberto.

—Hola amigo, ¿qué tal estás? —preguntó.

—Bien, muy bien. Te llamo porque quería hablar contigo, ¿sigues en la oficina?

—Sí.

—¿Me esperas?, serán solo diez minutos.

—Claro. Aquí estaré.

Daniel apretó el botón rojo de colgar y se quedó pensando en la cita que acababa de concertar, tenía el presentimiento de que Ariadna era el motivo de Alberto para buscarle. Lo que desconocía, era cuánto sabía su amigo y cuánto pensaba contarle él mismo. El viernes supo por boca de Ariadna que no tenía ninguna relación con él, pero si hacía caso a su instinto y a lo que le había contado su madre, que no

estuvieran juntos no era un obstáculo para que Alberto quisiera que la situación cambiara entre ellos. ¿De qué querría hablar con él?

Incapaz de quedarse sentado esperando a que Alberto apareciera, se levantó y salió del despacho sin saber muy bien hacia dónde dirigirse. Disponía solo de unos minutos de tranquilidad hasta que apareciera su visitante.

Iba a dirigirse al comedor a servirse un café cuando se dio cuenta de que Alba estaba sentada tras su escritorio leyendo un libro.

—Alba —la llamó sin levantar la voz, temeroso de volver a asustarla con su mal humor.

—Daniel, ¿necesitas algo?

—No, gracias Alba, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no has salido a comer?

—Tú no te has ido y no sabía si necesitarías algo —contestó tímidamente.

—Es tu hora para comer. Haz el favor de irte y relajarte un poco. Estoy seguro de que no voy a necesitar nada que no pueda esperar a que regreses.

—Está bien —aceptó la pequeña rubia, recogiendo su bolso y su chaqueta que estaban colgadas del perchero que había detrás de su silla.

Daniel estaba allí parado, comprobando que Alba se marchaba, cuando apareció Alberto por la puerta de la redacción de *Novia Feliz*. Su amigo se apartó con cortesía para que la chica pudiera entrar en el ascensor. Incluso desde esa distancia Daniel vio cómo Alba se ruborizaba, conteniendo una sonrisa le hizo un gesto con la cabeza que Alberto le devolvió del mismo modo.

Daniel se quedó parado frente a su despacho esperando a que su visitante se acercara. Estudió la cara de Alberto: no revelaba nada de lo que fuera que le había llevado hasta su puerta.

—¡Qué agradable sorpresa!

—Muchas gracias por atenderme.

—No digas tonterías, somos amigos. Siéntate por favor —le pidió mientras él hacía lo propio.

Alberto se sentó junto a Daniel en el sofá situado a la derecha de la entrada del despacho. Los dos eran conscientes de que no se trataba de una visita convencional de negocios. Daniel esperó en silencio a que su amigo se decidiera a hablar.

—Supongo que te imaginas porqué quiero hablar contigo —aventuró el fotógrafo.

—No tengo la más remota idea —mintió sin ningún remordimiento.

Alberto sonrió forzado, había pensado que Daniel se lo iba a poner fácil, pero a la vista de su respuesta estaba claro que no era el caso.

—Tú dirás —empezó Daniel ante el silencio de Alberto.

—Estoy aquí más que nada como amigo, quiero ir de frente contigo. Sabes que no es mi estilo hacerlo de otro modo.

Daniel asintió con la cabeza sin despegar los labios.

—Me gusta Ariadna. Me gusta mucho y quiero que ella acepte una relación seria conmigo —confesó circuspecto.

—No comprendo por qué me lo cuentas.

—¿De verdad? —preguntó incrédulo Alberto.

—Te ha explicado lo que pasó.

—Sí, me lo ha contado, pero no se trata de eso. El que esté aquí ahora hablando contigo no tiene nada que ver con lo que pasó entre vosotros hace diez años, tiene que ver con lo que vi el viernes cuando

estabais bailando.

—Creo que te estás equivocando —replicó Daniel cada vez más desconcertado.

Alberto no tenía ni idea de lo que había pasado entre ellos la noche de la *première*, solo basaba sus sensaciones en lo que había visto cuando bailaban. De manera que tampoco sabía que esa misma mañana Ariadna le había rechazado sin miramientos.

—No he llegado a ser uno de los fotógrafos españoles más cotizados por nada.

Daniel le miró confuso, sin entender a dónde pretendía llegar Alberto con esas palabras.

—Soy fotógrafo, capto momentos, expresiones, miradas... Instantes efímeros que solo duran un segundo en la retina humana. Soy capaz de ver esas cosas en una décima de segundo. A veces incluso me anticipo y las veo antes de que sucedan. Así que no me digas que me he equivocado en mis sensaciones porque solo te estarías engañando a ti mismo.

—Puede que vieras algo, eso no es lo que te estoy negando. Pero te aseguro que lo que fuera que viste ya no existe.

—Pero a ti aún te importa, puedo verlo ahora mismo —dijo desmontando su anterior afirmación.

—Lo que yo sienta no debería importarte.

—Puede que sea así, pero me importa. Me voy a ir de viaje para hacer unas fotos. Estaré fuera tres semanas, si cuando vuelva estáis juntos, no me interpondré en vuestra relación, pero si cuando regrese Ariadna no está con nadie, haré lo que esté a mi alcance para que salga conmigo.

—Gracias por tu consideración y por tu seriedad —reconoció Daniel admirado por la rectitud de su amigo. Si hubiese sido al revés, probablemente él no le hubiera avisado. Seguramente hubiese ido a por todas sin preocuparse de nada más.

Alberto se levantó y le estrechó la mano a Daniel que todavía seguía aturdido por las palabras del fotógrafo.

—Por cierto —dijo mientras se encaminaba a la salida—, cuídate de Alexia, no es buena gente.

—¿Por qué dices eso?

—Me llamó el sábado para que nos ayudáramos mutuamente. Está celosa de Ariadna y busca aliados. ¡Ten cuidado!

—Esta mujer no deja de sorprenderme. Y nunca por cosas buenas.

—Tú solo ten cuidado y cuida también de Ariadna mientras yo no estoy —comentó bromeando, con la intención de descargar la tensión producida por la conversación anterior.

—Cuenta con ello. Y buen viaje.

—Gracias, amigo.

Hora y media después, cuando Alba regresó de su comida relámpago, su jefe todavía seguía sentado en el sofá, dándole vueltas a la conversación que había mantenido con Alberto. Daniel llegó a la conclusión de que jamás habría podido actuar como él, no porque no fuese honesto, sino porque Ariadna le importaba demasiado para arriesgarse a perderla. «¡*Ponte las pilas!*!» se dijo. Se levantó de un salto y cogió el móvil de encima de su mesa.

Sergio contestó a los dos tonos.

—¿Todavía quieres organizar esa cena de amigos que tenías en mente? —preguntó esperanzado.

—No creo que sea buena idea —contestó Sergio abriendo la puerta del despacho de Daniel. La voz le llegó por partida doble.

—¿Qué pasa? —preguntó impactado por la cara de desolación que traía su amigo.

—He comido con tu hermana —confesó.

Daniel asintió comprensivo, Mónica era capaz de exasperar al mismísimo Job y su infinita paciencia.

Sergio se estrujaba las manos nervioso, mientras le contaba cómo habían trascurrido los hechos. Al comienzo todo había ido bien, habían charlado animadamente y sin discutir, hecho histórico. Y finalmente, cuando por fin se había armado de valor para invitarla a una cena más íntima, había aparecido Feargal, un amigo irlandés de Mónica, que había sabido después era sexólogo y estaba en el país en un curso de sexo tántrico.

—¿Crees que tienen clases prácticas en el curso? —preguntó Daniel arqueando una ceja.

—¡Céntrate en lo importante! Tu hermana sale con un profesional del sexo.

—Eso ha sonado fatal, Sergio.

—Bueno, fatal o no, es así. Un sexólogo, ¡por Dios!, y encima uno que practica sexo tántrico, ¿dónde narices voy yo contra eso? —se quejó.

—Exageras. A Mónica le gustas, siempre le has gustado.

—Antes puede, pero ahora que ha conocido a ese tal Feargal, no querrá saber nada de mí.

—¡Te quejas como una chica!

—Tienes razón. Me voy —se despidió caminando hacia la puerta.

—¿Dónde vas?

—A buscar algún curso de sexo que todavía no haya empezado —contestó muy digno.

—Estás de coña, ¿verdad?

—Lo estoy, pero podría hacerlo, ¿sabes?

Daniel cogió un bolígrafo de su mesa y se lo lanzó a la cabeza. Sergio se agachó en el último momento y logró esquivarlo a tiempo.

—¿Qué hay de la cena de amigos?

—Déjamela a mí. En cuanto la organice te cuento.

—Adiós Eros —se burló Daniel.

—¡Vete a la mierda!

Capítulo 19

Tal y como había prometido, nueve minutos después Alberto entraba por la puerta del despacho de Ariadna. En un minuto ella recogió sus pertenencias, apagó el ordenador y guardó en su bolsa una carpeta con diversos artículos y propuestas que tenía que revisar para el día siguiente. Como se trataba de trabajo que podía llevarse a casa decidió aprovechar que salía a comer con Alberto para que después la acercara a casa y evitarse tener que pedirselo a Daniel.

Era en esos momentos cuando se recriminaba no haber aceptado la propuesta de su padre, que consistía en que tanto ella como su madre contaran con vehículo con chófer para ir de compras y de un servicio de taxi que las llevara y las trajera del trabajo. Ahora tenía que aguantarse y seguir viendo a Daniel cada día sino, su padre sospecharía que algo no andaba como debería.

Volvió al presente con una sonrisa y, charlando animadamente con Alberto bajaron en ascensor hasta el garaje del edificio. Bromeando sobre Nora y lo desolado que quedó George Clooney por su ausencia, llegaron hasta el mismo japonés en el que habían comido la primera vez.

—Espero que no te importe —le comentó Alberto abriéndole la puerta del local.

—No, claro que no. Me encanta la cocina asiática —comentó recordando los rollitos de otoño con salsa de sake.

Alberto sonrió amablemente pero Ariadna se dio cuenta de que estaba evitando mirarla a los ojos e incluso tocarla. Le había abierto la puerta y se había apartado tanto por no rozarla que se había pegado a la pared, incluso caminaba tras ella guardando las distancias mientras Ariadna seguía al camarero hasta su mesa.

—¿Qué te apetece comer? —preguntó una vez sentados en la mesa. Habían declinado amablemente el ofrecimiento del tatami, como la primera vez que comieron allí, por el vestuario de Ariadna, que volvía a llevar minifalda.

—¿Qué te pasa Alberto?

—¿Por qué crees que me pasa algo? —preguntó con sus oscuros ojos brillantes de expectación.

—¿Quieres una lista?

Asintió divertido por la oferta.

—Uno, has evitado entrar en mi despacho; dos, has evitado tocarme; y tres, siento que estás incómodo conmigo.

—Me voy una semana a Hawái, tengo trabajo para la nueva colección de bañadores de La Perla —le dijo.

—Entiendo —murmuró porque era evidente que él esperaba que ella hablara.

—No me estoy retirando, solo te doy tiempo y espacio para que puedas decidir si crees que puedes darme una oportunidad —lo dijo con tanta naturalidad que Ariadna no pudo evitar pensar en Daniel y en lo que le costaba a él decir lo que sentía.

—Alberto, yo... No estoy buscando una relación ahora mismo —se excusó.

—No te estoy pidiendo eso, simplemente te pido que me dejes estar cerca de ti y quizás con el tiempo...

—Ahora mismo no puedo prometerte nada que más que mi amistad, aunque es cierto que no quiero que te alejes de mí...

—Es un comienzo —aceptó Alberto sonriendo.

—Eso no explica porque me evitas.

—No quiero volver a meter la pata contigo —le dijo muy serio. Era un tema que había meditado mucho. Sabía que el viernes se había precipitado al intentar besarla y no quería volver a caer en la tentación de hacerlo.

—No te entiendo —la confusión era visible en sus ojos verdes.

—Si te toco no sé si podré resistirme a besarte. No debería haberlo hecho el viernes y no quiero hacerlo ahora. Sé que necesitas tiempo.

—Eres el hombre más maravilloso que conozco —le dijo emocionada.

Alberto escuchó más allá de sus palabras.

—¿Pero...?

—Pero no tengo nada que ofrecerte.

—Tu amistad es una gran oferta —respondió con una sonrisa que pretendía animarla.

No siguieron hablando, el camarero llegó a tomar nota y el tema conversación acabó. Ya no quedaba mucho más por decir.

Varias horas después Ariadna estaba sentada en su comedor mordisqueando un bolígrafo rojo y leyendo los artículos y las notas que se había traído del trabajo. Estaba tan absorbida por lo que estaba leyendo que no escuchó el timbre de la puerta hasta que se volvió insistente y molesto.

—¡Voy! —gritó al pesado visitante que tal y como había supuesto no era otro que su mejor amiga.

—¿Con quién estabas que no abrías? —preguntó abriéndose paso hasta el piso y barriendo con la mirada para encontrar algún indicio de por qué había tardado tanto.

—Estaba leyendo. Por cierto, tengo una propuesta que hacerte. ¿Recuerdas la sección que creamos Alberto, tú y yo? Pues voy a ser la primera en escribir el reportaje y he decidido ir a Roma. ¿Vendrás conmigo? —lo dijo todo del tirón, con la intención de descolocar a Mónica y evitar que le hiciera preguntas que no tenía ganas de contestar. Una tonta esperanza.

—¿Roma? ¡Tú estás loca! ¿No hay más sitios en el mundo, aparte de Roma? —no entendía la actitud masoquista de su amiga.

Mónica se sentó en el sofá poniendo mala cara y a la espera que Ariadna se justificara.

—En realidad quiero hacerlo como una especie de terapia y había pensado en ti para que me acompañaras —le dijo frunciendo los labios para parecer triste y abandonada.

—¿Y cuándo sería el viaje?

—Para dentro de quince días —le contestó sabiendo que ya la tenía en el bote.

—Veré si me dan un par de días libres, ya te diré algo —le dijo haciéndose la dura—. Pero vamos al meollo, ¿por qué te has escondido en casa de tus padres?

—¿Te quedas a cenar? —preguntó a la desesperada.

—No, ceno en casa de mis padres.

—Hoy es lunes.

—Es una larga historia. Pero no he venido a hablar de eso. ¿Por qué te has escondido en casa de tus padres? —volvió a preguntar.

—Mónica Onieva, no creas que voy a contarte nada hasta que tú no me pongas al día sobre tu cita con

Sergio.

—No era una cita, simplemente fuimos a comer.

—Lo que tú quieras, pero cuéntame.

—Vale, pero ya puedes borrar esa risita de triunfo de tus labios, porque no me voy a olvidar de ti tan fácilmente.

Inconscientemente Ariadna borró la sonrisa triunfal, Mónica la había calado sin mucho esfuerzo.

—Bueno si me das detalles igual te cuento lo que me ha dicho Alberto hoy cuando me ha invitado a comer.

—¡Hecho! Pero lo que quiero saber es por qué te fuiste a casa de tus padres. Y no hagas que tenga que volver a preguntártelo.

—Sí, mi señor, —la pinchó Ariadna.

Mónica no entró en el juego, sabiendo que todo lo que motivaba a la morena era evitar responder a la inocente pregunta que le había hecho.

—Nos encontramos con Feargal mientras comíamos —le dijo suspirando teatralmente.

—¿Y qué paso?

—Qué no paso, dirás mejor. Estoy segura de que Sergio iba a decirme algo importante cuando Feargal apareció y me plantó un beso en la boca.

—¡Madre mía! Pobre Sergio —se rió a carcajadas, al imaginar la cara de estupefacción del informático.

—Bueno, pues aún no te he contado lo peor. Sergio le preguntó amablemente a qué se dedicaba y el irlandés se lo soltó todo. Y con todo quiero decir to-do —especificó llevándose las manos a la cabeza.

—¡Qué fuerte! ¿Sergio, te dijo algo?

Mónica negó con la cabeza.

—Escapó en cuanto pudo. ¡Dios mío!, escapar es poco acertado, huir despavorido le pega más.

Ariadna intentó mantener el rostro impassible pero fracasó estrepitosamente y rompió a reír contagiando a Mónica. Las dos terminaron llorando y con dolor de barriga.

—Por lo que veo no te desquitaste con Feargal. No tienes cara de habértelo pasado bien —siguió burlándose.

—No, pero estoy segura que tú te lo pasaste mejor que yo el viernes.

Ariadna se mordió la lengua, ¡a ver cómo escapaba de esta!

Marina iba de un lado a otro de la mesa mirando asombrada a sus hijos. Jamás de los jamases los había visto tan tranquilos y bien avenidos. Igual iba a ser mejor cenar los lunes, ya que estaba siendo un éxito.

Sonrió para sus adentros y se mantuvo impassible, con pocas ganas de arruinar el momento entre ellos.

—¿Qué tal en la oficina? ¿Tú también vas a crear una web para *Novia Feliz*? —preguntó Mónica pinchando un pedazo de carne.

—No lo sé todavía, de momento me preocupan más otras cosas.

—Claro.

—¿Ariadna te ha comentado algo sobre la première? —le preguntó antes de añadir—. La película no fue nada del otro mundo.

—Sí, hemos hablado esta tarde pero no me ha comentado nada sobre la película.

—¿Qué te ha comentado?

—Que conoció a gente interesante y que se lo pasó muy bien —contestó sin dar detalles.

—¿Se lo paso bien? Con Alberto, ¿no?

—Tampoco me ha comentado nada sobre él, la verdad.

—Entonces ¿qué te ha dicho, Mónica? —le preguntó intentando contenerse para no estrangular a su hermana.

—No, sé. ¿Qué te ha contado Sergio sobre la comida del viernes?

Daniel abrió los ojos como platos y Marina le pegó disimuladamente una patada a su marido por debajo de la mesa. David la miró intentando contener las risas que le producían la conversación de sus hijos.

—David, cariño. Acompáñame a la cocina —le pidió decidida a dejarlos solos y facilitar así las confesiones.

—Pero aún no he terminado...

—Te necesito cariño. ¡Ahora! —le dijo abandonando completamente la vena maestro Yoda a favor de la de Bruce Lee en versión sin calorías.

—Claro —dijo David levantándose rápidamente de la mesa y cogiendo un panecillo.

Daniel y Mónica siguieron comiendo mientras sus padres se levantaban y se marchaban, cada uno especulando sobre hasta qué punto estaba dispuesto el otro a soltar información. En cuanto se quedaron solos, Mónica planteó cómo estaban las cosas.

—Seamos claros hermanito. Yo tengo información que tú quieres y tú tienes información que yo quiero, ¿quieres intercambiarla?

—¡Hecho! —le dijo tendiéndole la mano que Mónica estrechó decidida.

—Vale para que veas que voy de buena fe, empiezo yo. Ariadna se ha ido a pasar el fin de semana a casa de sus padres, Meredith acaba de llegar al país e intentó hacerme creer que por eso se había ido, pero no ha colado. Así que la única opción que me queda eres tú.

—Tampoco es que sepas mucho —le dijo frunciéndole el ceño.

—A ver qué sabes tú —le retó—. Y si me resulta interesante te cuento algo sobre la comida que ha tenido hoy con Alberto.

Daniel le frunció el ceño furibundo.

—Eso es trampa. Te guardas información —se quejó.

—¿Has visto *El silencio de los corderos*? «Quid pro quo, Clarice», digo, Daniel —bromeó ella, disfrutando de contar con ventaja.

—Sé que has comido hoy con Sergio y que te encontraste con tu amigo el irlandés —le dijo orgulloso al ver que ella se sorprendía.

—Tampoco sabes tanto —replicó Mónica que se quedó callada cuando su hermano levantó el dedo índice para que esperara.

—Y sé que Sergio se quedó hecho polvo cuando supo que salías con un experto en sexo. De hecho creo que está aterrorizado y que no va a atreverse a acercarse a ti nunca más —dijo riendo con fuerza

ante la cara de desolación de su hermana—. Pero si me cuentas lo que sabes sobre esa comida, intentaré convencer a Sergio de que su temor es ridículo.

—Entonces, ¿crees que tengo posibilidades con él? —preguntó esperanzada y sorprendida al mismo tiempo.

—Un momento, señorita. Yo te he dado más datos a ti de los que me has dado tú. Así que pregunto yo primero, ¿crees que todavía tengo posibilidades con Ariadna?

—Siempre las has tenido —dijo para añadir inmediatamente después—. ¿Y yo, tengo posibilidades?

—Siempre las has tenido —le dijo dándole la misma respuesta que ella le había dado.

Mónica clavó su azulada mirada en los ojos más oscuros de su hermano, intentando asegurarse que no se estaba burlando de ella. Daniel le sostuvo la mirada consciente de que le escrutaba en busca de la verdad.

—Vale, voy a decir esto y después los dos lo olvidaremos, ¿estás de acuerdo? —preguntó Daniel antes de continuar.

Mónica asintió desconcertada, no sabía cuáles eran las intenciones de su hermano. Daniel suspiró resignado antes de hablar.

—Eres una mujer preciosa, Mónica. Además de inteligente e interesante, créeme Sergio sería un idiota si no se hubiese dado cuenta. Y mi amigo puede ser muchas cosas pero no es un idiota.

Mónica abrió y cerró la boca varias veces sin pronunciar ningún sonido. Daniel volvió a levantar un dedo, esta vez para que no dijera nada.

—Lo has prometido. Esta conversación nunca ha existido —le recordó guiñándole un ojo—. Ahora cuéntame sobre la comida de Ariadna con Alberto.

Mónica sonrió con las mejillas encendidas, su hermano nunca le había dicho nada tan bonito. Daniel la ignoró manteniendo las apariencias de tipo duro, pero por dentro se sentía bien consigo mismo. Creía todas y cada una de las palabras que le había dicho a Mónica, levantó levemente la comisura de sus labios y siguió comiendo.

—Alberto se ha declarado. Le ha dicho a Ariadna que le va a dar tres semanas para que descubra si le echa de menos o no. Quiere que cuando regrese le dé una oportunidad.

—¿Qué quiere ella? —preguntó con la voz temblorosa.

—¿De verdad necesitas que conteste a eso? Ella te quiere, quizás porque de vez en cuando eres una persona maravillosa y muy dulce o quizás porque le gustan los hombres imposibles. ¡Vaya usted a saber!

—¡Eres un bicho Mónica! A lo mejor debería visitar la fontana di Trevi ahora cuando regrese a Roma, a lo mejor me gasto un dineral tirando euros a la fuente como hiciste tú. Parece que te dio resultado —le dijo guiñándole el ojo.

Mónica estuvo a punto de atragantarse con el pedazo de carne que estaba tragando.

—¿Vas a Roma? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—¡Qué inquisitiva! Sí, voy a Roma. Dentro de quince días. Para un artículo para la revista. ¿Contenta?

Mónica meditó unos instantes antes de responder.

—¿Sabes? Creo que la idea de Sergio de organizar una cena de reencuentro nos vendría muy bien. Pero mejor para después de que regreses de Roma. No sé... igual para entonces los ánimos están más calmados —dijo encogiendo los hombros. Daniel no se dio cuenta del contraste que había entre el gesto de su hermana y sus brillantes ojos, que parecían guardar un secreto—. Solo espero que no se le ocurra

que cenemos en esa hamburguesería con olor a fritanga a la que íbamos hace años.

—Tranquila, ya lo tengo trabajando en ello. Pero recuérdame que le diga lo de la hamburguesería, Sergio es demasiado sentimental, seguro que tienes razón y organiza algo así —bromeó Daniel.

—Chicos, ¿habéis terminado?, ¡tengo hambre! —se quejó David tocándose la barriga y seguido muy de cerca por su mujer que lanzó un gritito espantada. Definitivamente Marina volvía a ser el maestro Yoda.

Capítulo 20

La semana pasó volando y casi sin darse cuenta se plantaron en el viernes, el día que tenían que reunirse con sus jefes y comenzar a rendir cuentas de su trabajo.

El martes por la mañana Ariadna volvió a ir a trabajar con Daniel en el Audi, la tensión entre ellos fue la nota dominante del corto trayecto. En cuanto llegó al remanso de paz de su oficina y para quitarse el desasosiego del cuerpo, dedicó la mañana a preparar su viaje a Roma. Había decidido regresar al mismo hotel en el que habían estado hacía ya tanto tiempo, se trataba de una especie de terapia de choque.

Seguramente al regresar volverían todos los temores y sentimientos que la habían embargado cuando él se marchó del dormitorio sin ni siquiera mirarla. Cuando se encontró asustada, pletórica, dolorida y sola.

Horas después, cuando Mónica regresó, bajaron a cenar y comprobaron que Daniel se había marchado a toda prisa de allí, y a esos sentimientos se les unió también uno nuevo, la vergüenza.

Estaban en el comedor del hotel, normalmente salían cada noche a cenar por la ciudad, pero Sergio y Mónica habían regresado cansados y habían decidido hacerlo allí mismo. Mónica se lo propuso cuando entró en la habitación que compartían y Ariadna estaba tan cansada y deprimida que no se opuso.

Incluso llegó a plantearse no bajar alegando que no se encontraba bien, no obstante, tampoco quería demostrarle a Daniel lo mucho que le había dolido que se marchara tan rápidamente de su lado... Hasta que se topó con algo aún peor.

—¿Cómo que Daniel no está, Sergio? —preguntó Mónica asimilando lo que acababa de decirles su amigo.

—No lo sé. En la habitación solo están mis cosas —explicó tan sorprendido como Mónica.

—Ariadna, ¿tú sabías que Daniel iba a largarse? ¿Estabas llorando por eso cuando llegué?

—No, no lo sabía —le respondió con una voz tan débil que casi tuvieron que adivinar lo que había dicho.

—¿Qué te pasa, Ariadna?

Ariadna miró a Sergio con los ojos empañados en lágrimas, indecisa entre contar algo delante de él o no. Mónica lo captó al vuelo.

—Sergio, date una vueltecita y vuelves en un ratito —le pidió visiblemente preocupada por su amiga.

—Claro.

—Dime de una vez lo que ha pasado —rogó en cuanto se quedaron solas—. Vas a hacer que me vuelva loca de preocupación.

—Nosotros... Yo... Nos hemos acostado.

Sin ninguna duda, necesitaba librarse de sus demonios y regresar era la mejor manera. Con la decisión más que tomada, descolgó el teléfono y marco el número que le había pasado Victoria, podía haberle pedido a ella que hiciera la reserva, pero la pobre estaba muy liada organizando y recopilando

los datos que necesitaba para la reunión del viernes.

Se sorprendió al saber que el hotel había sido rehabilitado y que ahora se trataba de uno de los más prestigiosos de la ciudad y de cuatro había pasado a tener cinco estrellas.

Además de reservar la suite Imperial, también se informó de los locales más de moda de la ciudad y de en qué consistía el paquete de spa. Solo le quedaba que Mónica le confirmara que podía ir con ella, algo sobre lo que no dudaba, y ya estaría lista para ponerse a preparar la maleta.

El miércoles el día comenzó mal y terminó fatal. Bajó más de diez minutos tarde con lo que Daniel la recibió enfadado, hasta Antonio, el portero pareció ponerse de su parte. Durante el trayecto a penas se dignó a mirarla y ni siquiera se despidió cuando se adentró en su planta. Y para colmo el día terminó como había empezado, con otro desastre, Mónica le informó que no iba a poder viajar con ella a Roma.

El único momento agradable del día, fue cuando recibió un email de Alberto desde Hawái. El fotógrafo le contaba que habían llegado bien, agotados a pesar de la primera clase, pero bien. Ariadna se sorprendió a sí misma echándolo de menos, lo que no sabía discernir era la razón por la que lo extrañaba.

¿Acaso lo hacía porque era un buen amigo?

¿Por qué Daniel se estaba comportando como si no existiera?

¿Por qué sentía algo más profundo por él?

Definitivamente, el miércoles no fue un buen día.

Daniel por su parte no se sentía mucho mejor, había decidido intentar que Ariadna reaccionara de una vez por todas y aceptara que sentía algo por él. Para ello se había propuesto ignorarla completamente. Que cada mañana y cada tarde se montara con él a solas en su coche no ayudaba mucho a su causa. Pero no se rendía y eso se traducían en un humor pésimo que asustaba a su ya de por sí temerosa secretaria.

Necesitaba tocarla, besarla, hablar con ella... Y como no podía hacerlo se sentía frustrado y enfadado a partes iguales. Y tras tres días de sufrir en silencio el viernes por fin estalló todo después de estar a punto de tener un accidente.

Conducía con los ojos fijos en la carretera, pendiente de cada piedra en el asfalto, era la única manera de mantenerse cuerdo con ella tan cerca; su aroma dulce le embotaba la cabeza, de modo que se concentraba en el trayecto para intentar controlar las ganas de parar el coche en cualquier arcén y lanzarse sobre Ariadna dispuesto a devorar esa boca que tanto añoraba.

Acababa de reincorporarse al tráfico después de estar parado en un semáforo cuando un vehículo oscuro, que no pudo ver bien, se les echó encima. Gracias a que llevaba poca velocidad y a que estaba atento no pasó nada, pero la adrenalina se abrió paso en sus venas, de modo que reaccionó exageradamente a las palabras de Ariadna.

—¿Estás bien? —preguntó mirándola.

No parecía tener ninguna herida visible. Le acarició la mejilla con una mano mientras con la otra repasaba sus brazos en busca de algún golpe o contusión.

—Estoy bien. Creo.

Ariadna regresó al presente al sentir el volantazo de Daniel para esquivar el coche que a punto había estado de sacarlos del carril y estamparlos contra los otros vehículos que circulaban junto a ellos. Durante una décima de segundo se topó con unos ojos maliciosos y una melena rubia.

Se quedó paralizada mientras su cerebro trabajaba a toda máquina asimilando la información. La rusa acababa de intentar sacarles de la carretera. Y Daniel la estaba tocando con manos temblorosas, pero igual de turbadoras.

Sin pensar mucho en lo que estaba haciendo, que estaban parados en medio de la calle... Se abalanzó sobre su boca con una desesperación que la asustó y la excitó a partes iguales.

Daniel no tardó en reaccionar y hacerse con el control del beso, parecía tan desesperado y necesitado como ella. Con ansia le acarició con su lengua, no dejó ningún recoveco de su boca sin conquistar. Sus labios absorbieron los sonidos de deseo del otro.

Cuando finalmente se hizo necesario separarse para respirar, lo hicieron con reticencias y con la certeza de que se había roto la magia.

—¿Era la loca de tu exnovia! —dijo Ariadna respirando con dificultad por el beso y la adrenalina.

—¿Pero qué dices? Alexia nunca haría algo así —la defendió Daniel incapaz de entender el porqué.

—¿Crees que me lo he inventado?

—Creo que te has confundido —dijo poco convencido.

—No puedo creer que pienses que me lo he inventado.

—Yo no he dicho eso —se quejó malhumorado.

—No ha sido necesario que lo dijeras. Te he entendido bastante bien sin que uses todas las palabras.

—¿Ahora eres adivina?

—Soy psicóloga, capto bastante bien a la gente.

Daniel soltó una carcajada, fingiendo una alegría que no sentía. Él mismo se sorprendió de su reacción, ¿por qué se mostraba tan desdeñoso? Llevaba días imaginando cómo sería volver a besarla.

Varios viandantes que vieron el casi accidente, se acercaron para comprobar que estaban bien. Los dos salieron del vehículo para agradecer el interés de la gente e instintivamente mantuvieron las distancias entre ellos.

—Creo que será mejor que acepte la propuesta de mi padre de un servicio de taxi —comentó Ariadna cuando volvieron a entrar en el coche y retomaron el camino.

—Será lo mejor —aceptó volviendo a sentir la descoordinación entre su mente y sus palabras.

Ariadna asintió y fingió mirar por la ventana.

—Mónica, ¿estás segura de que es buena idea? —preguntó Sergio por undécima vez consecutiva, mientras se paseaba nervioso por su despacho en *Von*.

—Sergio, deja de darle vueltas y hazlo ya. Si hablara italiano con tanta fluidez como tú, lo haría yo misma.

—Pero lo que pretendes que haga es una encerrona ¿cómo vamos a cancelar la habitación de Ariadna y pedir al hotel que les aloje en la suite Imperial?!

—Tienes razón —Sergio estaba a punto de suspirar tranquilo cuando Mónica siguió hablando—. Para que sea más creíble, puesto que hablas tú que eres un hombre, tendremos que hacerlo al revés y cancelar la habitación de Daniel que fingirás que eres tú.

—Pero...

—¿Qué te preocupa? Los dos sabemos que se quieren y que son tan rematadamente estúpidos que ninguno va a hacer nada si no les ayudamos nosotros. ¿No crees que vale la pena luchar por el amor? Aunque sea el de otra persona.

Sergio se tomó su tiempo para responder. Había trabado la mirada de Mónica con la suya.

—¿Crees que soy estúpido? —preguntó esperanzado.

—¿Quieres que sea sincera?

—Quiero que seas muy sincera.

—En ese caso, sí. Creo que eres estúpido y un poquito lento de reflejos —respondió Mónica mirándole con fijeza.

—Tienes razón —admitió Sergio que se plantó en dos zancadas frente a ella—. En todo... —durante unos segundos se quedó quieto frente a ella, debatiéndose entre actuar o esperar a que lo hiciera Mónica.

Si las palabras de la rubia no hubieran sido lo suficiente claras, la expresión anhelante de ella le hubiera dado la respuesta que buscaba. Dejando aflorar todo el deseo contenido durante tanto tiempo, se abalanzó sobre ella, enterrándola en un abrazo posesivo y en un beso apasionado y demoledor que hizo que cayeran al suelo de rodillas, rindiéndose el uno al otro.

Capítulo 21

Faltaban quince minutos para las diez cuando Victoria entró en el despacho de Ariadna con cuatro carpetas negras y una taza de humeante café.

Ariadna la recibió con una sonrisa nerviosa y aceptó el café a pesar de que no le conviniera ningún excitante externo. Con su sonrisa la secretaria le infundía ánimos mientras Ariadna esperaba el ascensor, estaba tan alterada entre el accidente, el beso y la reunión que no se sentía con fuerzas para subir las escaleras. Y mucho menos para volver a sentarse junto a Daniel.

Media hora después, Ariadna regresaba a su despacho. La reunión había sido tan breve que Ariadna ni siquiera consideró oportuno pasar a los asistentes las carpetas que su secretaria le había dado, en realidad no es que contuvieran ningún dato relevante sobre el contenido de la revista. Simplemente se trataba de un desglose de los gastos hasta ese momento. Y es que en el aspecto económico, tanto Jorge como David les dieron carta blanca para contratar a los modelos y fotógrafos que considerasen sin escatimar en gastos.

Se sentó tras el escritorio y suspiró aliviada, después de todo, ganara o perdiera, no se quedaría sin trabajo.

—El motivo de esta reunión no es otro que informaros de que hemos estado meditando qué iba a pasar con el que no consiguiera la vicepresidencia —explicó David.

—¿Y qué habéis decidido? —interrogó Daniel arqueando una ceja.

—Tú siempre tan impaciente —le regañó David—. Acabas de fastidiarnos el efecto dramático de la noticia.

Los otros tres sonrieron.

—Quien no consiga la vicepresidencia podrá quedarse con su actual cargo de director de su revista. No vamos a echaros, pero tampoco os lo pondremos fácil —explicó Jorge y añadió—, eso no quiere decir que no atenderemos debidamente a sus logros, seguiremos pendientes de su trabajo y si demuestra que vale podrá solicitar otro puesto, pero será porque se lo gane, no porque se lo regalemos.

—Al fin y al cabo, la empresa será vuestra algún día. Tenéis que demostrar a vuestros empleados y a los accionistas que sois dignos de dirigirla.

—Me parece justo —comentó Ariadna—, me gusta mi trabajo en *Chic*, si no gano tampoco será tan terrible —les dijo, dejándoles a todos sorprendidos.

Daniel giró la cabeza y clavó sus ojos azul oscuro en los verdes de ella, ¿era un truco? ¿Estaba mostrándose conformista solo para que él bajara la guardia?

—Entonces será todo más fácil, Ariadna. Muchas gracias —le dijo desdeñoso.

—No he dicho que vaya a rendirme —se defendió ella—, solo que si no gano tampoco será el fin del mundo.

—¡Chicos! —les regañó Jorge con una sonrisa tensa.

—Eso es todo. Recordad que tenéis plena libertad de acción en cuanto a presupuesto se refiere —matizó David.

—Ya os volveremos a citar cuando salga el próximo número y dispongamos ya de cifras —les dijo Jorge.

Ariadna y Daniel se despidieron de Jorge y David tratando de no encontrarse en el ascensor; Ariadna

se encaminó al cuarto de baño de la planta, y Daniel se quedó charlando con la secretaria de su padre, pero al comprobar que ella no esperaba al ascensor, cortó la conversación y desapareció tras sus puertas.

Llevaba leyendo el mismo artículo más de veinte minutos, lo comenzaba una y otra vez porque perdía el hilo mientras se dejaba llevar por sus pensamientos.

Estaba completamente segura de que la conductora del otro vehículo había sido Alexia pero, por otro lado, el hecho que ella intentara hacerle daño a Daniel le resultaba incoherente. No encajaba.

—¡Alba! —gritó Daniel mientras salía del ascensor—. En cuanto llegue Alexia para la sesión envíala a mi despacho. Necesito hablar con ella urgente.

—Sí, Daniel, como quieras.

La temerosa secretaria estaba a punto de salir corriendo despavorida por el visible mal humor de su jefe, cuando la rusa irrumpió en el despacho sin siquiera llamar.

—¡Daniel! Querido —le dijo colgándose de su cuello.

—Alba, déjanos solos —pidió muy serio.

La joven salió a toda prisa de allí, Daniel sonrió al comprobar que parecía pillarle el truco a los tacones, pero recuperó su mal humor cuando vio a Alexia sonriéndole.

—Alexia, siéntate —le pidió soltándose de su agarre—. Se acabó, no quiero que vuelvas a acercarte a mí, no quiero que te acerques a mi madre y te prohíbo que te acerques a Ariadna. Desde este momento rescindimos tu contrato para la portada. Asumiremos los gastos pero te quiero fuera de aquí. Ya.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué pasa?

—¿De verdad eres tan cínica que te atreves a preguntarme qué pasa? Has estado a punto de matarnos a Ariadna y a mí.

—No sé de qué estás hablando.

—No tengo tiempo para tus tonterías, querida. Márchate.

—Pero yo no he hecho nada —se quejó con uno de sus ensayadísimos pucheros.

Daniel se presionó las sienes. Él no había visto a su exnovia al volante, pero por mucho que le hubiera rebatido a Ariadna, confiaba en la morena infinitamente más que en Alexia. Y si ella había dicho que era la rusa, era porque era así.

—No me mientas. Te vi —dijo intentando poner fin a las lágrimas.

—¡Mentira! No pudiste verme, estaba en el lado contrario...

Se calló pero ya era demasiado tarde.

—¡Largo! —gritó levantándose de la silla y señalándole la puerta.

—Perdóname, no quería haceros daño, solo quería que ella se asustara y te dejara en paz. ¿Por qué tiene que ir contigo a todas partes? De verdad que no quería hacer daño a nadie.

Daniel se mostró impasible. Sin añadir nada más descolgó el teléfono y le pidió a Alba que mandara a alguien de seguridad que desalojara su oficina. No llegó a ser necesario.

—Y Alexia, una cosa más. Mantente alejada de nosotros o la prensa se enterará de tus brotes psicóticos —le dijo remarcando las últimas palabras.

Los ojos de la rubia brillaban encendidos por la ira, pero sabía que tenía las de perder, así que se giró y se marchó dando un portazo.

La cabeza de Daniel estaba a punto de estallar, faltaban diez minutos para que el fotógrafo, la maquilladora, la peluquera y un largo etc., pusieran el grito en el cielo cuando no llegara la modelo. ¿Pero qué otra cosa iba a hacer? No podía seguir trabajando con ella como si nada hubiese pasado.

Estaba revolcándose en la autocompasión cuando Alba entró silenciosa con una taza de café que depositó con cuidado frente a él.

La secretaria iba a cerrar la puerta tras de sí cuando el grito de su jefe le hizo saltar sobre sus tacones.

—¡Alba!

—¿Qué sucede, te has quemado con el café? —preguntó ella con un hilo de voz y los ojos abiertos de par en par.

—Alba, te necesito —pidió uniendo las manos como si rezara.

—¿Qué necesitas, más azúcar?

Daniel ignoró el comentario y la observó con detenimiento antes de volver a hablar. Ella cambió el peso de una pierna a otra, nerviosa por el escrutinio.

—Necesito que poses como modelo para la portada de *Novia Feliz*, he echado a Alexia —le dijo de carrerilla.

Alba se quedó callada y completamente quieta durante varios segundos que a Daniel le parecieron horas.

—Daniel, no puedo hacerlo. Además ese vestido no será de mi talla.

Daniel sonrió más tranquilo, estaba claro que su secretaria se había planteado la opción si pensaba que el vestido no le valdría.

—Te va a quedar perfecto Alba. Quizás un poco largo, vale. Pero eres la única que está tan delgada como Alexia y que tiene esos... —dijo señalando incómodo sus senos.

—Yo no sé posar.

—Sé tú misma, ¿vale?

—Pero si soy yo misma no le gustaré a nadie y de verdad que quiero ayudarte...

—Eso no es verdad, eres una mujer preciosa y una persona fantástica. Deja de esconderte Alba, ¿me lo prometes? —le pidió con una sonrisa a la que era imposible negarle nada.

—Lo intentaré —cedió ella.

—Gracias, Alba. Te debo una muy gorda.

—No me des las gracias todavía —murmuró ella entre dientes.

Daniel le frunció el ceño, molesto con que se valorara tan poco, ya era hora que alguien le dijera unas cuantas verdades.

—Serás la novia perfecta y la portada perfecta, porque representas a la mujer de la calle. No eres solamente preciosa, además eres inteligente, trabajadora, eficiente y una amiga maravillosa. Confía en mí, eres perfecta.

—Necesito ir al baño —pidió en voz muy baja y sin esperar respuesta salió disparada del despacho.

Alba se ruborizó. Y Daniel se dio cuenta de cuánta verdad encerraban las palabras que acababa de pronunciar. Que *Novia Feliz* fuera un éxito dependía totalmente del lector y ese lector eran mujeres normales y corrientes, altas y bajas, gordas y delgadas... Mujeres que soñaban con un día maravilloso e inolvidable, un día en que ellas fueran las auténticas protagonistas.

Mujeres que como Alba trabajaban, cocinaban, limpiaban, reían y lloraban... Mujeres que se identificarían más con Alba y su belleza serena que con Alexia y su belleza intimidante. Pero sobre todo, conseguiría que su secretaria fuera por fin feliz en su propia piel. Se levantó de su escritorio esperanzado, ahora solo faltaba que el fotógrafo pudiera retrasar la sesión hasta el lunes para que su secretaria pudiera superar el ataque de histeria que la había llevado a escapar corriendo al cuarto de baño.

Capítulo 22

Contraria a su costumbre, Ariadna se levantó el sábado casi a mediodía. Pensó en invitar a Mónica a comer y fue en ese instante en que se dio cuenta que hacía días que no veía a su amiga. Desayunó a toda prisa, se duchó rápidamente y se puso unos vaqueros y una sudadera gris con capucha y sin pararse a secarse el cabello salió de casa dispuesta a comprobar que Mónica estaba bien. Era demasiado raro que desde el miércoles, en que la llamó para decirle que no podía acompañarla a Roma, no hubiera vuelto a intentar intervenir en su vida.

Realmente preocupante, si no se equivocaba el miércoles había tenido guardia en el hospital, pero ¿qué pasaba con el jueves y el viernes?

Estaba tan preocupada y se sentía tan culpable por volcarse en sus propios problemas y olvidarse de ella que salió sin pararse a ponerse las zapatillas. Descalza con unos gruesos calcetines se paró frente a la puerta de Mónica, con la preocupación escrita en el rostro.

Dio tres timbradas largas e insistentes, al escuchar cómo le daban la vuelta a la llave, suspiró más tranquila. Estaba en casa, buena señal. Pero cuando la puerta se abrió tuvo que agarrarse al marco para no caerse de la impresión. Parado frente a ella en calzoncillos, descalzo, el pelo revuelto y la mirada somnolienta estaba la imponente figura de Sergio.

—¿Me he equivocado de planta? —preguntó sonriendo tímidamente.

—¿Humm? —balbuceó Sergio con la mente todavía dormida.

—¿Mónica?

—Durmiendo.

—Vale. Vendré después —le dijo sin saber muy bien cómo actuar.

Sergio iba a asentir cuando la parte de su cerebro que había estado vagueando todavía en la cama por fin reaccionó.

—¡Ariadna! ¡Mierda!, no tenías que enterarte así. Mónica me matará, ¿por qué narices he abierto la puerta? —musitó preocupado y ofreciendo una imagen extraña con tan poca ropa puesta.

—¿Porque he llamado?

Sergio le lanzó una mirada que demostraba a las claras que estaba totalmente consciente.

—Vale, vamos a hacer una cosa —propuso Ariadna apiadándose de su amigo—, yo no se lo diré a Mónica si tú tampoco lo haces. Me haré la sorprendida, ¿vale?.

—¿Harías eso?

—Claro. Ahora vuelve a la cama o vístete, pero ponte algo encima ¡por Dios! —le pidió riendo.

—Gracias Ariadna.

—De gracias nada, me debes una muy gorda. Ya me la cobraré.

—¡Hecho! —aceptó riendo.

Ella le devolvió la sonrisa con afecto y volvió a meterse en su casa.

«¡Pues nada!» se dijo, «hoy toca comer sola».

Ariadna subía a toda prisa por las escaleras de su edificio. Impaciente por hincarle el diente a la hamburguesa con patatas fritas que llevaba en la bolsa y que desprendía ese olor tan agradable. Iba

bebiendo de su refresco y se había negado a coger el ascensor cuando Antonio amablemente había presionado el botón para que bajara del piso en el que se había quedado parado.

—Antonio voy a comerme todo esto —le dijo—, tengo que hacer un poco de ejercicio para que cuando me lo termine no se note.

El portero rió ante la ocurrencia de la señorita Varela.

—Está usted preciosa, señorita Varela —le replicó galante con las mejillas encendidas.

Ariadna le dedicó una sonrisa agradecida.

—Gracias, Antonio —le dijo dirigiéndose a las escaleras y añadió— ¿Y tú haces ejercicio? Se te ve muy fuerte.

El hombre se echó a reír con fuerza y un brillo orgulloso apareció en sus ojos.

—Hace mucho tiempo que no hago ejercicio, pero ya sabe lo que dicen, el que tuvo retuvo.

—Muy cierto

—Al que tendría que ver señorita Varela es a mi hijo Marcos, ese sí que está fuerte y bien guapo que es, se parece a su madre, por supuesto.

Ariadna no pudo aguantarse y estalló en carcajadas.

—Antonio, ¿intentas que le pida una cita a tu hijo? —bromeó ella.

—No, señorita...

—Ariadna —le cortó ella—, llámame Ariadna.

—No, Ariadna, yo soy de los antiguos, en todo caso me gustaría que mi Marcos se lo pidiera a usted.

—Humm, me estás tentando a que me lo piense.

—Piénselo, Ariadna. Y cuando se decida me lo dice y organizamos una cena en casa para que lo conozca —le dijo guiñándole un ojo.

Ariadna se rió divertida por la oferta del portero.

—Te veo luego, Antonio. Mi cita me espera —le respondió levantando en alto la bolsa con la hamburguesa.

Ya había abierto la puerta que daba a las escaleras cuando Antonio volvió a sorprenderla diciéndole algo que la trastocó totalmente. No por el contenido en sí, sino por el hecho de que no se le escapara ni una.

«Al señor Onieva no le interesa la señorita Vasíliev»

Ya casi había llegado a la primera planta cuando se le paró el corazón al escuchar unos pasos que bajaban delante de ella.

¡No seas cobarde!, se censuró y siguió subiendo aunque con menos brío que al comienzo. Sus temores se confirmaron cuando se topó de frente con Daniel, que llevaba el cabello húmedo, seguramente porque acababa de ducharse, el recuerdo de él a su lado en la ducha la hizo estremecer. Se le cortó la respiración cuando bajó la mirada de su cabello a su cuerpo, era la primera vez en mucho tiempo que le veía sin su traje. Vestía unos vaqueros oscuros que le marcaban sus musculosas piernas, una camiseta gris y un chaquetón de paño del mismo color.

—Hola —lo saludó ella tímidamente.

—Ariadna —respondió él cortante.

—¿Cómo estás? —preguntó ella por cortesía.

—Muy ocupado —respondió él haciendo el gesto de marcharse.

Ariadna sintió cómo la rabia se abría paso en ella e hizo suyo el lema de que la mejor defensa era un buen ataque.

—¿Has hablado con Alexia? ¿Ya sabes por qué intentó matarnos ayer? —preguntó desafiante.

—¿Qué?

—¿Te ha explicado tu novia por qué ha intentado matarnos? La verdad es que no lo entiendo, se supone que te quiere...

—Lo que yo no entiendo es tu empeño en acusarla —se dio varios golpes mentales en el pecho: «*Mea culpa, mea culpa... ¿Por qué narices le miento? Porque estoy enfadado con ella y odio tener que darle la razón*».

—Así que no me crees...

—¿Todo esto es porque estás celosa? —«*Mea culpa, mea culpa...*»

—¿Celosa de ella por ti? Sigue soñando —le espetó rabiosa

—Querida, si tuviera que soñar, te aseguro que no sería contigo —«*Mea culpa, mea culpa...*»

—¡Eres un idiota! —le dijo a voz en grito.

—Algo de eso había oído —Ariadna iba poniéndose cada vez más nerviosa ante la pasividad y el despecho que emanaba de Daniel que no había levantado la voz en ningún momento.

—Eres odioso y te odio.

—¡Vaya! Eso es nuevo. Pero no seas mentirosa, no me odias, de hecho estoy seguro que me deseas.

—¡No te deseo, maldito idiota!

—¿Otra vez con lo mismo? Querida me agotas. Admite de una vez que estás celosa de Alexia y que por eso la culpas del ridículo incidente del viernes —le pidió Daniel con una sonrisa maliciosa.

—¡De verdad que te odio! —le gritó totalmente fuera de sí.

«*¡Será idiota!*», se dijo Ariadna. Y sin añadir nada más, puesto que era una batalla perdida, se dio la vuelta y siguió subiendo las escaleras al tiempo que recuperaba el brío y la rapidez perdidas.

Daniel se quedó parado en el mismo lugar con una enorme sonrisa satisfecha en los labios. ¡Sí que estaba celosa! Por mucho que tratara de negarlo lo estaba.

Ariadna se apoyó contra la pared con la respiración agitada. ¡Mierda! Sí que estaba celosa, pero independientemente de sus sentimientos estaba segura de que había visto a la rusa al volante del vehículo que se les había echado encima.

«*¡Voy a disfrutar de mi hamburguesa!*» se dijo, pero ya no sentía las mismas ansias, de hecho el olor que tanto la había tentado ahora le daba náuseas.

Lanzó la bolsa de cualquier modo sobre la mesita baja que tenía frente al sofá y la televisión y se sentó dispuesta a revisar los correos electrónicos y a olvidarse de Daniel. Clicó en el icono de *música acceso directo* y abrió la carpeta de *música en español*, ya que estaba dispuesta a deprimirse, pensaba hacerlo como Dios manda. Pinchó en reproducir todo, comenzó a sonar la primera canción. *Bésame* de Camila:

Bésame como si el mundo se acabara después bésame y beso a beso pon el cielo al revés

bésame sin razón porque quiere el corazón bésame.... Siénteme en el viento mientras yo muero lento bésame sin motivo y esta vez siempre contigo.

Con la música de fondo abrió el correo y le dio un sorbo al refresco, miró con desgana la bolsa de comida, pero consciente de que tenía que comer la cogió y sacó la hamburguesa y las patatas. En cuanto le dio el primer bocado, regresó su apetito, vertió ketchup en las patatas y fue eliminando el spam hasta que llegó a un correo conocido. Lo abrió con una sonrisa feliz en los labios.

Contenía una fotografía preciosa de las vistas del mar bañadas por el atardecer en una paradisíaca playa hawaiana y una breve frase:

Ojalá estuvieras aquí conmigo.

Alberto

Ariadna se encontró a sí misma deseando lo mismo. Con Alberto las cosas eran mucho más fáciles.

Capítulo 23

Se levantó a abrir la puerta arrastrando los pies. Finalmente se había zampado la hamburguesa, las patatas y se había permitido una buena dosis de autocompasión. Todo ello aderezado por las baladas más lastimeras que había encontrado en su Mac. Había comenzado con la música en español, había seguido con la italiana (Eros y Laura) para terminar recurriendo a la voz del desamor, la británica Adele.

Frunció el ceño y bufó de manera poco femenina cuando se topó con una Mónica radiante y feliz en el umbral de su casa.

—¡Madre mía! —exclamó su amiga abriendo mucho los ojos mientras fingía escandalizarse por el aspecto desaliñado de Ariadna con sudadera y el cabello totalmente despeinado.

—Muy graciosa —se apartó para dejarle pasar.

—Esto es más grave de lo que había pensado, esa que suena es Adele. Ariadna Varela, ¿estás enferma de amor?

—Creo que hoy no estoy de humor para ti.

—Eso es evidente, amiga —y añadió—: ¿Puedes guardar a Adele para otro momento en que yo no esté, por favor?

—¿Qué problema tienes con ella? Es una diosa y antes te encantaba.

—Y me encanta, simplemente me gustaría conservar intacto mi nivel de optimismo actual.

Ariadna le puso mala cara pero hizo lo que le había pedido.

—Bien, ahora que parece que el ambiente es más apto para las buenas noticias, te diré que he comenzado a salir con Sergio —se calló a la espera de la reacción de su amiga, que tal y como le había prometido a Sergio fingió no saber nada y rió y dio saltitos acompañando a Mónica como si fuera la primera noticia que tenía sobre el tema. Después de las sonrisas de felicidad de la pediatra y de los abrazos entre las dos mujeres vino la pregunta peligrosa.

—Y, ¿cómo fue? —preguntó Ariadna muy curiosa.

—¿Cómo fue qué?

—Ya sabes, qué pasó para que de repente estéis juntos. Quiero detalles, ¿dónde estabais? ¿Qué te dijo?

—Humm. Bueno, no sé... surgió —respondió evasiva intentando evitar a toda costa dar detalles. Al fin y al cabo qué podía decirle.

«Mira es que estábamos organizándoos a Daniel y a ti una encerrona, ya que finalmente me he dado cuenta de lo enamorado que está mi hermano de ti, y al final comprendimos que estábamos haciendo lo mismo que vosotros», se dijo a sí misma Mónica.

«No, mejor me callo».

—¿Cómo surgió? —volvió a preguntar Ariadna.

—Necesitaba que me echara una mano con un tema que me preocupaba, él me ayudó y nos besamos. Después de... eso, hablamos y descubrimos que siempre nos habíamos querido. ¿Sabes? A veces lo mejor es hablar con sinceridad...

—Me alegro de que por fin estéis juntos, pero, ¿para qué le pediste ayuda a él? —preguntó perspicaz.

—Era un tema informático —se excusó Mónica, felicitándose mentalmente por lo bien que había evadido el tercer grado.

—Mónica, estás muy rara —se quejó Ariadna.

—Rara no. Estoy muy feliz y para que mi dicha sea completa ahora necesito que tú también lo seas —le dijo con los ojos brillantes por la emoción.

—Sinceramente, lo veo difícil.

—¿Mi hermano no ha hablado contigo?

—¿Por qué iba a hablar Daniel conmigo? —¿acaso Mónica sabía algo que ella desconocía? Desechó la idea por absurda, su amiga se lo hubiese contado.

—Creo que mi hermano siente algo muy fuerte por ti. Quizás deberías, no sé... Darle una oportunidad.

—Mónica, ¿estás embriagada de felicidad y no sabes lo que dices? Tú siempre me has aconsejado que me olvidara de él ¿es por Sergio? ¿Te ha pedido él que hables conmigo?

—Ariadna, no seas paranoica, Sergio no me ha dicho nada y aunque me lo hubiera pedido yo jamás te diría algo que no siento —explicó con una actitud maternal.

—Lo sé, perdona. Es que he tenido unos problemillas y estoy un pelín susceptible.

—¿Con Daniel? —preguntó arqueando una ceja del mismo modo en que lo hacía su hermano.

—Y con Alexia —añadió Ariadna.

—Cuéntame —le pidió Mónica.

—La verdad es que no quisiera alterar tu buen humor —le replicó sardónica.

—¿Tan malo es?

—Peor.

—Desembucha —le ordenó cuadrando los hombros. Dispuesta a soportar lo que fuera que el idiota de su hermano hubiera hecho.

Ariadna procedió a relatarle a su amiga el casi accidente del día anterior y el encontronazo en las escaleras. Mónica permaneció en silencio, atenta a cada palabra. Cuando por fin Ariadna terminó su relato, le pidió con el rostro muy serio.

—No hagas planes para mañana por la noche. ¡Tengo que hablar con mi madre! —dijo para sí misma —. Pero antes, ¿puedo saquear «El país de las maravillas»? Voy a salir con Sergio y quiero verle babear.

—Claro, pero ten cuidado con el conejo. Es un poco miedoso y seguro que me lo asustas —dijo riendo, contenta de que al menos la vida de Mónica y Sergio hubiera mejorado tanto.

El director de *Novia Feliz*, se paseaba por el plató nervioso. Eran las tres del mediodía de un sábado y ahí estaba trabajando como cualquier día laborable. A la espera que la improvisada modelo saliera de las hábiles manos del peluquero y la maquilladora.

El viernes Alba había sido incapaz de posar para la portada, estaba tan nerviosa que le habían salido ronchas rojas por toda la piel, por lo que habían pospuesto la sesión hasta el día siguiente. Y como el único momento libre del fotógrafo era a la hora de la comida, ahí estaba Daniel malhumorado, hambriento y casi tan nervioso como la misma modelo.

Y para rematar el día pésimo que llevaba se había comportado como un idiota con Ariadna. Notó que

su teléfono le vibraba en el bolsillo.

—Dime tío.

—Oye ¿dónde estás? Estoy en la puerta de tu casa —se quejó Sergio.

—Estoy en la oficina, trabajando. Hay una sesión de fotos para la portada de *Novia Feliz* —explicó brevemente.

—¿Eso no fue ayer? —preguntó descolocado. La última noticia que tenía era que el viernes Alexia posaría para la portada. Aunque gracias a Mónica llevaba un par de días en que los únicos horarios que le interesaban eran los de la pediatra.

—Es una larga historia, ¿te la cuento esta noche con unas cervezas?

—No, esta noche tengo una cita.

—¿Y quién es la afortunada?

—Tu hermana —contestó con firmeza.

—¡¿Qué?!

—He quedado con Mónica. Pero ya te lo contaré mañana, tu madre me ha llamado hará una media hora para invitarme a cenar a tu casa. ¿Sabes tú algo?

—¿Y qué narices iba a saber yo, que por no saber ni siquiera sabía que salías con mi hermana? —se quejó pasándose la mano por el cabello.

—No seas exagerado. Disfruta la noche del sábado.

—Espero que tú no la disfrutes mucho. Que Mónica sea insoportable no quiere decir que no sea mi hermana. Que no se te olvide.

—Hasta mañana —le ignoró Sergio.

—¡No lo olvides! —le advirtió nuevamente—. Hasta mañana.

—¿De qué va esto? —había preguntado Ariadna a Mónica y a Sergio el domingo cuando pasaron a recogerla a las ocho de la tarde.

—A mí no me preguntes —se quejó Sergio.

—Vamos a cenar con mis padres —se limitó a explicar su amiga.

Ariadna no preguntó más, consciente de que Mónica no quería decir más y les siguió hasta el garaje, enfrascada en sus pensamientos. Iba a cenar en casa de los padres de Daniel y era domingo, lo que venía a significar que iba a cenar con Daniel.

Se había pasado el sábado tirada en el sofá, viendo series de la BBC basadas en clásicos de la literatura inglesa e intentando comprender el porqué de la actitud beligerante que Daniel esgrimía contra ella. En varias ocasiones se había levantado del sofá con la intención de bajar hasta su piso y preguntarle directamente qué narices le pasaba con ella. A principios de semana la había buscado para pedirle que lo intentaran, vale que ella había sido una tonta y se había dejado llevar por el pánico a que volviera a hacerle daño, pero cuatro días después él se mostraba cruel y desdeñoso, ¿acaso había fingido el interés? Se dejó caer de golpe nuevamente en el sofá y se tapó los ojos con el brazo. La Ariadna que vagueaba en casa un sábado por la noche, se parecía demasiado a la Ariadna que había llorado más agua que la que lanzaba la fontana di Trevi. Y ella se había propuesto que esa chica nunca más volviera.

Se levantó y se fue al cuarto de baño en busca de su neceser. Aprovecharía la noche y se retocaría la manicura y la pedicura

Y ahora estaba camino de reencontrarse con él y estaba tan nerviosa como cuando tenía diecisiete años.

—Bienvenida querida, qué preciosa estás. ¿Cuánto hacía que no venías por casa? —preguntó Marina con cariño y borrando la incomodidad que sentía—. ¿Quieres que te enseñe las reformas que le hemos hecho al chalé?

—Claro, Marina. Me encantaría.

Diez minutos después de mostrarle el salón, el dormitorio de Mónica y tres dormitorios más para invitados, todos ellos exactamente igual a como ella los recordaba, Marina la llevó hasta el antiguo dormitorio de Daniel.

—Está exactamente igual que él lo dejó. Las fotografías, los pósteres, todo igual —dijo resaltando la última frase con una sonrisa alentadora.

Ariadna tragó saliva, tenía la garganta seca. Siguió a Marina y se adentró en los antiguos dominios de Daniel quedándose petrificada. En un gran panel de corcho había unas treinta fotografías colgadas con chinchetas de colores y un cincuenta por ciento de ellas habían sido tomadas en Italia, durante su viaje.

También había fotografías de los torneos de ajedrez en los que se había enfrentado a ella como oponente, algunas de sus padres y de sus abuelos... Un gemido de sorpresa se escapó de su garganta sin que pudiera evitarlo. La sonrisa de Marina se hizo más amplia. Pero Ariadna estaba tan absorta que no se dio cuenta de ello.

—Será mejor que bajemos ya —le dijo Marina dulcemente—. A Daniel nunca le ha gustado que nadie entrara en su dormitorio.

—Por supuesto —contestó aún temblorosa.

La casualidad o el extremo interés de sus anfitriones había hecho que estuviera sentada junto al hombre que minutos antes acababa de sorprenderla y noquearla sin siquiera estar presente. Ni siquiera había dispuesto de tiempo a solas para tratar de asimilar lo que Marina le había mostrado. Estaba claro que Mónica había hablado con su madre y ambas con pocas sutilezas le habían arrastrado hasta el dormitorio de Daniel. La pregunta que en esos instantes le rondaba en la cabeza era ¿por qué Mónica había cambiado tan radicalmente de idea respecto a su relación con su hermano? Se obligó a regresar al presente cuando escuchó a David pronunciar el nombre de la rusa.

—¿Echaste a tu modelo estrella una semana antes de mandar la revista a máquinas? —interrogó Sergio atónito desde el otro lado de la mesa.

—Tampoco es tan grave. Las fotografías para la portada ya están listas.

—¿Quién es la modelo? —preguntó Mónica con curiosidad mal disimulada.

Ariadna notó la incomodidad de Daniel que se tensó en la silla, pero no dijo nada y se giró como todos los demás a mirarle, a la espera de que les diera el nombre de la modelo.

—No hay modelo. En la portada de *Novia Feliz* aparece Alba, mi secretaria.

—¡¿Qué?! —Sergio abrió mucho los ojos, asombrado.

—Me parecía mejor que saliera una mujer perfecta en su imperfección. Una mujer real. La revista va dedicada a todas las mujeres. No solo a las hermosas.

—Me parece una idea maravillosa —dijo Marina sonriendo a su hijo con orgullo—. ¿Qué piensas tú, Ariadna?

—Me parece una decisión muy valiente y al mismo tiempo ingeniosa. Con una buena campaña de marketing conseguirá muchas ventas. Enhorabuena, Daniel.

—Gracias, Ariadna, tendré en cuenta lo de la campaña de marketing —respondió el interpelado asombrado por el apoyo y la dulzura con la que ella le había hablado.

—¿Cómo se lo tomó Alexia? —preguntó ella preocupada.

—No muy bien —concedió él.

—Deberías tener cuidado —aconsejó—. Parece una mujer imprevisible —comentó con amabilidad. Daniel asintió, pero añadió en voz baja, solo para que Ariadna le escuchara.

—¿Estás preocupada por mí?

—Sí

—¿Por qué? —volvió a preguntar en el mismo tono bajo y confidencial.

—Me importas.

Durante unos segundos Daniel guardó silencio asimilando la confesión de Ariadna, que si bien podía tomarse de diversas formas, él solo podía pensar en una de ellas... Ariadna sentía algo más que amistad por él.

—Ari, creo que deberíamos hablar...

—¿Qué cuchicheáis vosotros? —interrumpió Mónica incapaz de dejar a un lado la curiosidad.

—Nada que te interese —espetó Daniel, y añadió para disimular—, hablábamos de portadas.

—Y la portada de *Chic*, ¿es de Berto? —preguntó Sergio.

—No, Berto está de viaje. No obstante le ha dado el visto bueno desde Hawái —les contó riendo— se la envié hace unos días.

—¿Hablaste con Berto mientras estaba en Hawái? Vaya, sí que tuviste que trasnochar —le espetó Daniel de repente malhumorado.

—En realidad no, me levanté temprano que no es lo mismo —bromeó ella.

—Ya veo —dijo Daniel y fue lo último que pronunció en toda la velada.

Las esperanzas de Ariadna se deshincharon como un globo tras un pinchazo, explosivamente y sin remedio.

Daniel estaba tan enfadado consigo mismo que apenas podía pronunciar palabra, durante un delicioso instante había creído que Ariadna sentía algo por él. Pero ese instante había durado muy poco, lo justo para que se sintiera un tonto.

La sombra de Alberto se había presentado para ponerle en su lugar. Ariadna no solo contaba con él como profesional, sino que además su amistad se había vuelto mucho más profunda de lo que él había imaginado. ¡Si hasta había madrugado para hablar unos minutos con él! Enfadado consigo mismo se recriminó por el tiempo que había perdido con Ariadna. Ahora era evidente que había llegado tarde.

—Daniel, ¿puedes llevar a Ariadna a casa? Es que Sergio y yo hemos quedado con unos amigos aquí en la urbanización.

Sergio disimuló muy bien la sorpresa, consciente de que su novia había planeado organizarles una nueva encerrona a sus amigos.

—No hace falta. Cogeré un taxi —dijo Ariadna plenamente consciente de que Daniel no parecía muy contento con la idea de llevarla a casa.

—De eso nada, cariño. Daniel te llevará, ¿verdad hijo? —obligó Marina en su versión Bruce Lee.

—Claro, mamá.

Ariadna sintió que era incapaz de seguir comiendo.

—De verdad que no es necesario, seguramente Daniel tenga planes y yo no quiero molestar —dijo dándole a él la opción de agarrarse a esa excusa.

—No tengo planes, y me encantaría que vinieras conmigo a casa.

«*¡Se ha dado cuenta!*» pensó enfadado consigo mismo.

—Pues no se hable más —sentenció Marina sonriendo.

La cena siguió su curso natural, Sergio y Mónica se mostraron embelesados el uno con el otro, Marina se comportó como la perfecta anfitriona y David fue tan simpático como siempre. Los únicos que casi no hablaron, ni entre ellos ni con los demás, fueron Ariadna y Daniel.

El Audi de Daniel estaba aparcado en la entrada del chalé. Tras prometer a Marina que volvería a cenar con ellos otro domingo, siguió a Daniel afuera.

El trayecto lo hicieron sin hablar, lo único que rompía el incómodo silencio era la música que sonaba en la radio.

—Siento que te hayas visto obligado a traerme —se disculpó Ariadna cuando aparcaron en el garaje del edificio.

Miles de ideas daban vueltas en su cabeza, girando como un tornado, incapaz de dilucidarlas ni organizarlas, ¿por qué había colgado las fotos de Roma? ¿Por qué estaba tan frío? ¿Qué sentía por ella?

—No me ha obligado nadie —contestó mientras cortésmente le abría la puerta para que pasara.

—De cualquier manera, gracias.

Ariadna se paró frente a las puertas del ascensor, consciente de que iba a saltarse las reglas, sabedora de que Daniel usaría las escaleras...

—Ari —la llamó él y ella sintió que sus rodillas se fundían y que no iban a poder sostenerla.

Ari... beso... Las dos ideas iban unidas en su cabeza. Ariadna no supo cómo, pero cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo ya le había echado los brazos al cuello a Daniel mientras su boca descendía y capturaba la de él con un beso hambriento y abrasador en el que le transmitía toda la confusión de sensaciones que había experimentado esa noche. Pero el beso terminó tan repentinamente como comenzó.

—Ariadna, ¿qué estás haciendo? —preguntó Daniel mientras la alejaba de él con un empujón.

—Lo siento, yo... —dijo las gracias al cielo cuando en ese mismo instante el ascensor llegó hasta ellos, sin volver la vista hacia Daniel y con las rodillas temblorosas, se subió y presionó el botón de la tercera planta.

—¡Seré imbécil! —se censuró Daniel. ¡Joder! Acababa de besarle la mujer de la que estaba completamente enamorado y él había sido tan idiota que la había espantado de un plumazo.

Capítulo 24

La semana transcurrió sin ningún sobresalto importante. Berto siguió enviando fotografías y frases breves en sus emails y Daniel, después del beso y de su rechazo, evitó encontrarse con Ariadna a toda costa. Hasta el punto de levantarse más temprano de lo habitual para no toparse con ella en el hall del edificio.

Mónica y Sergio siguieron en las nubes y Ariadna solo pensaba en el poco tiempo que le quedaba para escapar de todo aunque fuera por un par de días. Dos días que pensaba aprovechar al máximo. Por eso el viernes a la una y media se subió a su taxi con las maletas preparadas para disfrutar de Roma y una sonrisa deslumbrante en su rostro.

Ariadna sonrió divertida cuando Matías se acercó sonriente y servicial para ofrecerle una bebida. Era el mismo azafato que las había acompañado a Nora y a ella en su regreso desde Londres tan solo unas semanas antes. El asistente le sonreía expectante y Ariadna no pudo evitar que se le escapara un suspiro resignado. Ahora que su madre no estaba, Matías se fijaba en ella. Siempre había sido de ese modo, incluso sus compañeros del instituto y después de la universidad sufrían del mismo mal. Agradeció amablemente las atenciones y declinó la invitación, no tenía ganas de beber nada y mucho menos minutos antes de despegar.

Se levantó de su asiento en el avión y sacó su bolso del compartimiento. Extrajo el libro con el que pretendía amenizar las dos horas de vuelo y se dispuso a comenzar a disfrutar de la libertad que le iba a otorgar escapar de Madrid. Fuera preocupaciones; bienvenida, desconexión. Y el primer paso consistía en relajarse durante el vuelo y leer un libro por el simple placer de hacerlo.

Apenas habían transcurrido cinco minutos de desconexión cuando la mala suerte o el destino, según se mirase, hicieron acto de presencia.

—¡Qué sorpresa más agradable! —musitó una voz conocida con un marcado tono irónico.

Ariadna levantó la cabeza de su novela a regañadientes y tal fue su sorpresa que a punto estuvo de dejar caer el libro.

—¿Qué haces aquí?

—Yo podría preguntarte lo mismo —contestó Daniel mirando los números de los asientos.

—Me voy a Roma.

—¿De verdad? No había deducido que ese fuera tu destino estando a bordo de un avión que vuela directo a dicha ciudad —le espetó con el rostro en tensión.

La idea de viajar con Ariadna precisamente a Roma no le atraía lo más mínimo. La dichosa ciudad ya era suficiente recordatorio de lo idiota que había sido. Ahora no tenía más remedio que aguantarse el monumental cabreo que sentía hacía sí mismo y asumir que Alberto hubiera conseguido lo que él durante tanto tiempo había ignorado.

—Si vas a estar de tan mal humor, mejor aléjate de mí y disfrutemos del viaje —le exigió Ariadna sin mirarle, había vuelto la cabeza hacia la ventanilla, la hostilidad que emanaba de Daniel era desconcertante.

—Esa es una petición que me encantaría cumplir, pero lamentablemente no está en mis manos satisfacerte, al menos en este aspecto. Ese es mi asiento —le dijo señalando el contiguo al suyo.

—En ese caso, lo mejor es que intentes ser amable —comentó ella sonriendo con amabilidad.

—Lo seré si tú no vuelves a atacarme —dijo burlón.

—¿Atacarte? Yo nunca te he atacado.

—Me atacaste. Te lanzaste sobre mí para besarme hambrienta y voraz. Eso es un ataque en toda regla.

Ariadna abrió la boca pero volvió a cerrarla varias veces incapaz de decir nada.

No llegaba a comprender la actitud de Daniel. En esos momentos se mostraba juguetón y alegre.

—No puedo prometerte nada. Pero lo intentaré —aceptó Ariadna sin añadir nada más. Le había respondido a la broma pero eso no eliminaba el hecho de que cuando ella había vuelto a dejarse llevar por lo que sentía, él se había apartado.

—Me conformo con eso —comentó sonriente.

Daniel guardó su bolsa en el compartimiento, después de haber cogido su iPod y cerró los ojos al sentarse a su lado.

En ese instante, todas las buenas vibraciones que había estado alimentando durante la semana, la decisión de mostrarse amable con él a pesar de sus desplantes... Quedaron olvidadas en un rincón...

El silencio de Daniel, su actitud beligerante, las bromas a costa de su momento de debilidad al intentar besarle, la ciudad a la que viajaban, el dolor reprimido durante años, las preguntas sin respuesta... Hicieron que se sintiera como un volcán a punto de erupción. Hirviendo por dentro, a la espera del más mínimo resquicio para estallar y arrasarlo con todo lo que se encontrara a su paso. Cerró los ojos con fuerza y por una vez apenas fue consciente de que el avión despegaba.

Daniel se reprendió a sí mismo, no había sido su intención ser tan brusco con ella, pero inconscientemente ese era el modo en que descargaba la frustración que sentía. Por primera vez en su vida, había admitido que buscaba una relación seria con una mujer y que estaba enamorado y a cambio, lo único que conseguía eran las migajas que le caían a Alberto. Demasiadas emociones juntas para alguien que huía de ellas como de la peste.

Ariadna había confesado ante todos que se había levantado a horas intempestivas solo para hablar con él cuando no había necesidad de ello si únicamente se trataba de una reunión profesional. Para darle el visto bueno a las fotografías podría haber usado el mail, el mismo método que seguramente usó para enviárselas, entonces ¿por qué le había llamado? Realmente, ¿quería saber su opinión o pretendía algo más íntimo, como escuchar su voz?

Pasaba página tras página como si realmente se estuviera enterando de algo de lo que leía. No podía concentrarse en nada que no fuera el hombre que estaba relajadamente sentado a su lado con los ojos cerrados y la respiración regular. Completamente ajeno a su presencia.

Daniel había cerrado los ojos en un desesperado intento por limitar sus sobreexcitados sentidos. Ya le resultaba complicado estar sentado a su lado percibiendo la dulzura de su perfume, sintiendo los roces casuales de sus rodillas cuando se removía en su asiento y escuchando los quedos suspiros que escapaban de sus labios entreabiertos, seguramente como reacción a la novela que estaba leyendo, como para además, añadir el sentido de la vista.

Rezó por que la suerte se pusiera de su lado y le venciera el sueño. Lamentablemente no sucedió.

Matías se acercó tan solícito como había hecho con su madre semanas antes para informar a Ariadna de que debía abrocharse el cinturón. El auxiliar no le había quitado los ojos de encima. Pretendía averiguar si el hombre que estaba sentado a su lado era su acompañante o un simple pasajero con el que había coincidido. Respiró tranquilo cuando comprobó que los dos se trataban con indiferencia. De modo que cuando se acercó hasta Ariadna lo hizo confiado y audaz.

—Debe abrocharse el cinturón, estamos a punto de aterrizar —le dijo inclinándose sobre ella con cierta intimidad.

—Gracias, Matías —le contestó clavando la mirada en Daniel que se había erguido para abrocharse el suyo.

—Juegas con ventaja, ¿no crees? Yo no sé tu nombre —la sonrisa de Matías dejaba al descubierto una dentadura blanquísima y perfecta.

—Me llamo Ariadna.

—Encantado, Ariadna —tomó con cuidado su mano y depositó un beso suave en los nudillos.

Ella sonrió como única respuesta. «¡Vaya!», pensó, «sabe lo que se hace».

—Voy a estar hasta mañana por la tarde en Roma, ¿por qué no me llamas y te invito a cenar? —sin soltarle la mano que había besado le dio la vuelta y depositó sobre su palma un papelito con su número de teléfono.

Sin esperar respuesta se alejó a ocupar su lugar en el avión.

Ariadna se dejó caer en su asiento, aturdida por lo que acababa de pasar y nerviosa al mismo tiempo por el aterrizaje. Matías había coqueteado mucho más descaradamente con su madre y después de todo no se había atrevido a darle su número de teléfono. Se frotó las sienes para intentar calmar la presión que comenzaba a darle dolor de cabeza. Sintió más que vio la mirada fría de Daniel sobre ella, se giró con intención de romper la tensión de las últimas dos horas y le ofreció una sonrisa tímida, pero él estaba tan celoso por lo que acababa de ver que no correspondió a su sonrisa de tregua.

Impaciente por no volver a encontrarse con Matías, Ariadna abandonó el avión de las primeras y se encontró con que Daniel seguía su ritmo sin dificultad. La casualidad volvió a sentarlos uno junto al otro en el autobús hasta la terminal. Ariadna se sentía tonta sin hablarle. Eran amigos desde siempre, tenía que haber un modo en el que pudieran llevarse bien.

—¿Piensas seguirme todo el camino?

—Yo no te sigo —respondió indignado sin fijarse en la sonrisa burlona de ella—, simplemente seguimos el mismo camino.

—Ya, entonces imagino que no querrás compartir taxi conmigo, ¿verdad? —siguió bromeando Ariadna.

Fue entonces cuando Daniel se dio cuenta de que su malhumor estaba siendo motivo de diversión para Ariadna y decidió cambiar el chip.

—Claro, ¿por qué no? Compartamos taxi —le respondió con una sonrisa que hizo que las rodillas de Ariadna se resistieran a sostenerla.

Ariadna frunció el ceño mentalmente, si compartían taxi se enteraría de cuál era el hotel en que se alojaba Daniel, pero si él insistía en que primero fueran al suyo en un acto de caballerosidad, Daniel se

enteraría de que se hospedaba en el Imperial y la verdad es que no tenía ninguna gana de que lo supiera.

—Creo que es mejor que vayamos cada uno por nuestra cuenta. Al fin y al cabo yo estoy aquí por motivos de trabajo y no dejamos de ser rivales en ese campo.

—¿Crees que voy a espiarte? —preguntó Daniel sorprendido por el cambio de Ariadna.

—No, no lo creo. Pero es mejor de este modo.

—Como tú quieras —se dio la vuelta sin añadir nada más y se acercó hasta la cinta en que pasaban las maletas. Se hizo con una Samsonite black label y se marchó sin siquiera dignarse a mirarla. Ariadna se quedó a diez pasos de sus maletas, con la mirada perdida en un punto lejano y dudando sobre qué hubiese sido peor: que Daniel supiera que se alojaba en el Imperial o que se marchara creyendo que ella no se fiaba de él.

En un impulso más propio de Mónica que de Ariadna, dejó las maletas dando vueltas en la cinta y corrió tras Daniel.

—¡Daniel! —le llamó mientras intentaba alcanzarle.

Él se dio la vuelta casi a punto de abandonar el Aeropuerto Intercontinental Leonardo da Vinci, más conocido como Aeropuerto de Roma-Fiumicino, y la miró sorprendido y complacido de que le hubiera seguido. Quizás no estaba todo perdido.

—Daniel, yo... Siento... —balbuceó.

—Te llamaré Ari. Y si todavía no tienes planes para cenar, me gustaría mucho que aceptaras hacerlo conmigo.

Ariadna asintió con la cabeza.

—Sí, ¿qué? ¿Tienes planes o cenarás conmigo? —preguntó él ahora devolviéndole la pelota por sus bromas anteriores.

—Cenaré contigo.

—Perfecto. Te llamaré en cuanto me instale. Por cierto, ve a por tus maletas o te quedarás sin ellas —le aconsejó sonriendo.

Ariadna reaccionó ante su consejo y salió de nuevo disparada a recoger sus pertenencias, aunque esta vez la acompañaba en su carrera una sonrisa que le ocupaba todo el rostro.

Vale que el día había comenzado mal, pero al final había ido mejorando... Estaba en Roma e iba a cenar con Daniel, ¿qué había más importante que eso? ¿Qué no se repitiera la historia otra vez?

Capítulo 25

El taxista resultó ser un dicharachero veneciano que había cambiado la góndola por el taxi para seguir a la mujer de la que se había quedado prendado. Historia que le había relatado a Ariadna con todo lujo de detalles. Asombroso, teniendo en cuenta lo que duraba el trayecto hasta el hotel. De modo que se había visto de nuevo sin un instante a solas para poder ordenar sus pensamientos.

Resignada a no poder disfrutar de la soledad que tanto ansiaba se adentró en el Imperial acompañada del taxista que había insistido en ayudarla con las maletas.

—Muchas gracias Francesco. Tenga —le ofreció la carrera y una generosa propina.

—No señorita, no es necesario —se quejó el taxista.

—Prego, acéptelo y lleve a su esposa al cine o a bailar —le aconsejó guiñándole un ojo.

—Grazie mille —le contestó con una sonrisa de oreja a oreja y se marchó con paso ligero.

Ariadna se acercó hasta el mostrador y le dio sus datos al recepcionista que comenzó a teclear en el ordenador.

—Bienvenida a Roma y al Hotel Imperial, señora. Su esposo ha llegado ya —le dijo el recepcionista al tiempo que le hacía una discreta señal al botones para que se acercara.

Ariadna estaba tan centrada observando los cambios que había sufrido el hotel que no se dio cuenta del tratamiento que el recepcionista había usado para dirigirse a ella ni de su último comentario.

Y es que el viejo mostrador de recepción que ella recordaba había sido sustituido por dos mesas negras rectangulares y minimalistas, ocupadas por dos portátiles en cada una de ellas y una lámpara blanca.

Tras ellas un enorme espejo que reflejaba el hall, y en la parte de arriba del marco del espejo, había seis relojes que marcaban la hora de Nueva York, Londres, Roma, Moscú, Tokio y Sydney. Grandes ventanales que iban desde el suelo hasta casi tocar el alto techo permitían que entrara la luz natural.

Ariadna se dio la vuelta observando cada rincón del hall y siguió al botones hasta el ascensor, el joven cargó con su bolsa y su maleta y esperó a que ella entrara para hacerlo él, inmediatamente después pulsó el botón de la última planta y permaneció en silencio mientras el ascensor los transportaba hasta su destino.

El botones le abrió la puerta de su suite para que pasara, metió las maletas y le entregó la llave, todo ello en silencio y con una discreta sonrisa en los labios. Ariadna le dio la propina correspondiente y se quedó paralizada ante lo que estaba viendo.

La suite era enorme. Estaba decorada en tonos beige, marrón, negro y dorado. Lo sorprendente era que los azulejos del suelo combinaban los mismos colores. Suspiró maravillada y decidió inspeccionar la suite Imperial, la zona en la que estaba era una especie de sala de estar. El suelo era de parquet y había dos grandes ventanales por los que entraba la luz, dos grandes cortinas de damasco y visillos permitían aislar la habitación del exterior. Al fondo a la derecha había un pequeño escritorio de aspecto versallesco sobre el que descansaba el teléfono, papel para cartas y una pluma. También en el lado derecho, había una mesa con seis sillas.

En el lado izquierdo estaban situados uno frente a otro dos sofás de cuatro plazas y entre ellos una

mesa baja de cristal del mismo aspecto versallesco que el escritorio. Una alfombra del mismo tono beige, marrón y negro le daba a la estancia cierto calor de hogar. Una enorme televisión de plasma le añadía actualidad al mobiliario. La araña que colgaba del techo y los cuadros en las paredes eran auténticas obras de arte.

Una puerta a la izquierda permitía el acceso al dormitorio, entró arrastrando el trolley de Louis Vuitton y con la bolsa a juego colgada al hombro. El ruido del agua de la ducha la sobresaltó, pero se tranquilizó inmediatamente, seguramente no habían terminado los servicios de limpieza. Iba a dejar sobre la cama el equipaje para deshacerlo antes de que se arrugara la ropa más cuando, por casualidad, fijó la mirada en la banqueta que había a los pies de la cama. Era del mismo color marrón claro que las sillas del dormitorio y que el cabezal de la cama, eso no era extraño, como tampoco lo eran sus patas elaboradas con madera de cedro talladas como si fuesen olas del mar. Lo que realmente le llamó la atención a Ariadna fue la Samsonite black label que descansaba sobre ella.

Daniel salió de la ducha completamente renovado, la presión del agua con el hidromasaje le había devuelto el buen humor y la esperanza. Además estaba en una de las mejores suites del hotel, cuando entregó sus datos al recepcionista se había sorprendido de que le hubiera dicho que su suite se llamaba Imperial, él estaba casi seguro que había reservado la Presidencial, no obstante tras verla se había olvidado de ello.

El dormitorio añadía el gris al efecto cromático que predominaba en la suite de los tonos tierra. Con una sonrisa expectante, cogió uno de los dos albornoces y se envolvió en él. Era suave y olía de maravilla, casi sin darse cuenta salió silbando del cuarto de baño, pero su buen humor duró muy poco.

—¿Ariadna?

—¿Qué haces en mi dormitorio? —le preguntó tan confundida como él.

Se dio cuenta que debido a la sorpresa su voz había sonado brusca. Pero no añadió ninguna disculpa ni ningún comentario para suavizarlo.

—Esta es mi suite. Reservé la suite Imperial hace más de una semana.

—No puede ser, puesto que me la han dado a mí —contestó Daniel sin mirarla. Descalzo se acercó hasta el lugar en el que había dejado su maleta y comenzó a abrirla para sacar algo que ponerse.

—A mí también me la han dado, ¿o acaso crees que he forzado la puerta —le dijo sacándose del bolsillo lateral de los vaqueros la tarjeta que hacía de llave.

—Esto es un error.

—¡Qué agudo! —se burló Ariadna.

—Vale, voy a vestirme. Date la vuelta —le pidió consciente de lo estúpido que quedaba eso.

—Por supuesto. No sea que me desmaye de la impresión o peor, que intente abusar de ti —comentó mordaz y dolida por la actitud beligerante de Daniel.

Después de que la invitara a cenar estaba casi segura de que su postura respecto a ella había cambiado.

—Me visto y bajaremos a pedir explicaciones —no hizo ninguna alusión a los comentarios de Ariadna.

—Mejor te espero en el salón. Eres demasiado irresistible para mí, quizás no pueda mantenerme de espaldas hasta que termines —contestó Ariadna fingiendo que no le afectaba saber que estaba tras ella completamente desnudo, que no olía el aroma de su piel tras haber salido de la ducha.

Cinco minutos después Daniel salió del dormitorio con unos vaqueros azules, una camiseta negra que se ajustaba a los músculos de sus brazos y el cabello todavía húmedo por la ducha.

—Ya estoy, vamos —pidió intentando esbozar una sonrisa.

Ariadna no le contestó, se levantó y se encaminó hacia la puerta. Una vez que salieron se dirigieron hacia uno de los dos ascensores que había en la planta. Llegó primero el de la izquierda y entraron sin mediar palabra. Daniel pulsó el botón de la planta baja y esperaron; Ariadna intentando desviar su atención del aroma que desprendía la piel de Daniel, mientras él alejaba de su mente las imágenes en las que se veía despertando al lado de Ariadna en la enorme cama de la suite.

Daniel agradeció que todavía estuviera tras el mostrador el mismo empleado que le había atendido, relajó su tensa mandíbula y se dirigió con elegancia hasta la mesa de recepción.

—Disculpe ha habido un error con las reservas y nos han puesto a los dos —señaló a Ariadna que no había abierto la boca desde que él le pidiera intimidad para vestirse—, en la misma suite.

—Lo compruebo ahora mismo. ¿Me pueden dar sus nombres?

—Daniel Onieva y Ariadna Varela

El recepcionista asintió y tecleó en el ordenador, arrugó el ceño, volvió a teclear y finalmente contestó.

—Me temo que no ha habido ningún error. Recibimos una llamada suya, señor Onieva, en la que nos pedía que canceláramos la suite Presidencial porque iba a compartir la suite Imperial con su esposa. ¿Dónde está el problema? —preguntó amablemente el empleado, pero con la confusión pintada en la cara.

—¿Qué yo les llamé? Debe de haber un error, ¿puede comprobarlo de nuevo?

—Por supuesto señor Onieva, deme un minuto —pidió el recepcionista.

—Ariadna te prometo que yo no les llamé.

El empleado había descolgado el teléfono y hablaba en italiano con la central de reservas. Colgó con cara de desconcierto.

—Lo siento, pero nos consta que usted mismo llamó para cancelar la reserva y ampliar la de la señorita Varela.

Daniel iba a desmentirlo cuando Ariadna le puso la mano en el hombro impidiéndole hablar.

—Es cosa de Mónica —explicó Ariadna hablando por primera vez en mucho rato—. Y el que llamó en tu nombre estoy segura que fue Sergio.

Él asintió con la cabeza, tenía sentido. Su hermana era capaz de eso y mucho más...

—Disculpe mi memoria, verá mi mujer y yo nos estamos divorciando —dijo intentando salir del paso—. Querriamos recuperar la reserva de la suite Presidencial.

—Lo siento, no es posible, ya no disponemos de ella —dijo amablemente y sin perder la sonrisa.

—¿Qué suite tienen libre? —volvió Daniel a la carga—. Me trasladaré a la que tengan.

—No tenemos suites libres y tampoco habitaciones para el fin de semana. Como mucho podría darles una para esta noche, pero mañana antes de las once tendrían que abandonarla —explicó diligentemente.

—Comprendo. Nos gustaría hablar con el director del hotel. Por favor —pidió cada vez más nervioso.

Lo que les había sucedido era una encerrona en toda regla y estaba seguro que había sido Mónica la artífice de la trama. Una idea le hizo fruncir el ceño, el recepcionista pareció creer que se lo hacía a él porque respondió con toda celeridad a su petición.

—Por supuesto —aceptó descolgando con rapidez el teléfono.

Si Mónica se había tomado la molestia de embaucar a Sergio para que la ayudara debía de ser porque su hermana aún creía en sus posibilidades. Archivó la idea para revisarla con más calma e inconscientemente esbozó una sonrisa. La primera sonrisa esperanzada en casi una semana.

Dos minutos después un hombre alto y moreno elegantemente vestido con un traje oscuro, camisa blanca y corbata gris, se acercó hasta ellos con una sonrisa tranquilizadora y la mano extendida para saludarles. Ariadna tuvo la sensación de que le había visto antes. Aunque en ese instante no supo de qué le sonaba.

—Soy Giacomo Casanova, director del Hotel Imperial —se presentó sonriendo ante las caras de asombro de sus interlocutores—. Lo sé, lo sé —se avanzó a cualquier comentario—, mi madre descargó todo su sentido del humor al escogerme el nombre. ¿En qué puedo serles de utilidad?

—Verá, señor Casanova —dijo Ariadna sonriendo con timidez y tomando esta vez el mando de la conversación, ¿de qué le sonaba ese hombre?—. Ha habido un error con las reservas y nos gustaría ocupar otra suite.

—Lamento decirles que es imposible, normalmente tenemos el diez por ciento de habitaciones libres de reserva, pero mañana por la tarde tenemos un enlace importante y no disponemos de ninguna suite, ni siquiera de una habitación. Lo que sí que podría hacer es enviarles a otro hotel de las mismas características del Imperial —les ofreció con eficiencia e irradiando comprensión. No cabía ninguna duda de que sabía hacer muy bien su trabajo—. Si les interesa, nosotros nos encargaremos de todo, traslado, reservas...

—¿Nos disculpa un instante, por favor? —pidió Daniel amablemente—. Seguramente podamos solucionar el inconveniente.

—Por supuesto —aceptó el director apartándose hasta la recepción.

En cuanto se quedaron solos Daniel clavó la mirada en Ariadna y le preguntó en un tono menos autoritario y más cálido que el que había estado usando toda la tarde.

—¿Por qué estás tan enfadada que ni siquiera eres capaz de hablar? Si puede saberse. Vale que compartir una suite de doscientos metros cuadrados conmigo no era la idea que llevabas en mente, pero ¿por qué es eso tan grave?

—Estoy enfadada porque me cabrea que lo estés tú.

—Perfecto porque a mí lo que me cabrea es que tú estés enfadada.

—¿En serio? —preguntó incrédula.

—Sí. Solo necesito saber algo, ¿roncas? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—No, no ronco. Entonces a ver si lo he entendido, tener que compartir la suite conmigo no te parece

mal. Es que quiero asegurarme por si vuelves a cambiar de actitud o de opinión...

Daniel comprendió que había sido un poco explosivo en sus sentimientos y que era perfectamente comprensible que Ariadna no terminara de fiarse de él. Pero Alberto estaba lejos y Mónica acababa de darle esperanzas...

—No, ¿y a ti?

—Tampoco —concedió ella.

—Perfecto, pues vamos a ver Roma y firmemos la paz.

—¿Ya?, quisiera darme una ducha y cambiarme. Además el señor Casanova sigue esperando — señaló con la cabeza al director del hotel que los observaba sonriente.

Daniel inconscientemente le tomó la mano y tiró con delicadeza de ella. El director les sonrió con amabilidad y comprensión.

—¿Va a ser necesario lo que les he ofrecido? —aunque les hablaba a los dos miraba únicamente a Ariadna con una sonrisa paternalista en los labios.

—No, está perfecto. Muchas gracias por su amabilidad —agradeció Ariadna. Iba a irse sin añadir nada más cuando cayó en la cuenta de algo—. Señor Casanova, disculpe mi curiosidad, pero estuve en este mismo hotel hace diez años y su cara me suena mucho, estaba trabajando usted de recepcionista en esa época, ¿verdad?

—Sí, señorita —añadió tras mirar discretamente su mano izquierda en la que no brillaba ningún anillo.

Ariadna le dedicó una sonrisa y se dio la vuelta para encarar a Daniel.

—¿Vas a subir conmigo?

—No, te esperaré allí —le dijo señalando la zona de sillones en los que se leía la prensa—. Quizás yo tampoco pueda resistirme a tus encantos —le dijo muy serio, pero el efecto duró hasta que sonrió con picardía—. Ponte zapatos cómodos, vamos a caminar bastante —le aconsejó con una sonrisa.

—¡Genial! Quiero ir a la fontana di Trevi.

—Creo que pasas demasiado tiempo cerca de Mónica —le dijo Daniel muy serio.

Ariadna sonrió. Pudiera ser, porque estaba más que dispuesta a lanzar varias monedas a la famosa fuente y comprobar la efectividad de su magia.

—No tardaré mucho —prometió más relajada tras su conversación.

Daniel rió abiertamente.

—No prometas nada que no puedas cumplir —dijo, y le guiñó un ojo antes de darse la vuelta y encaminarse hasta los sillones. La única zona del Imperial que permanecía tal y como él recordaba.

Suspiró y se masajeó las sienes, solo llevaba unas horas en Roma y su vida ya había dado varias veces giros de ciento ochenta grados, a saber qué más le depararía el fin de semana.

Capítulo 26

El día había dado un giro de ciento ochenta grados que había hecho que Ariadna se sintiera mareada y desconcertada. Por la mañana había creído que iba a disponer de unos días alejada de todo y de todos. Que su regreso a Roma la liberaría de algún modo del doloroso recuerdo que le evocaba la ciudad eterna, y en lugar de eso se encontraba paseando y riendo junto a Daniel en la villa Borghese, uno de los parques urbanos más grandes de Europa.

Había subido a la suite con el corazón martilleándole en los oídos, llena de esperanza y de miedo. Se había duchado a toda prisa, se había puesto unos vaqueros, un jersey grueso de lana del mismo color que sus ojos, unas bailarinas planas y salió por la puerta de la suite con el cabello recogido en una coleta, el bolso y la chaqueta en la mano. Estaba demasiado impaciente por comprobar si el cambio de actitud de Daniel todavía duraba; había pasado de tratarla como apestada a aceptar que compartir la suite con ella no iba a ser una experiencia traumática.

La directora de *Chic* se tomó su tiempo parada frente a las puertas del ascensor para observar a Daniel sentado en uno de los sofás con un periódico en las manos. La visión le trajo a la memoria el recuerdo de uno de los días más arrolladores que había vivido nunca. Un día en el que había rozado el cielo con la punta de los dedos para después caer con fuerza hasta el averno.

Regresó al presente cuando Giacomo Casanova pasó por su lado acompañando a uno de los botones al que parecía estar regañando educadamente por algo. El director del hotel inclinó la cabeza a modo de saludo mientras esbozaba una sonrisa cómplice.

—Espero que su estancia en El Imperial le resulte satisfactoria —le dijo sin borrar la sonrisa.

—Muchas gracias, señor Casanova —respondió Ariadna, sin duda sabían hacer que los clientes se sintieran bien tratados, pensó sonriendo.

Y se acercó decidida hasta la zona de lectura, topándose con los ojos azules de Daniel que recorrían el hall, probablemente buscándola. Sonriendo con amabilidad se levantó, dirigió una mirada hacia sus pies y su sonrisa se tornó aprobadora al ver la elección de calzado de Ariadna.

—¿Voy bien así? —preguntó Ariadna con una sonrisa desafiante.

—Estás perfecta. ¡Vamos! —dijo entrelazando la mano de ella en la suya.

—¿A la fontana di Trevi? —preguntó traviesa.

—Seguro que la fuente estará en el mismo sitio mañana. Ahora voy a llevarte a un sitio fantástico que no pude ver la última vez que estuve aquí.

—Entonces, ¿cómo sabes que es fantástico? —pidió intentando mantener el rostro impassible y fracasando estrepitosamente cuando la sonrisa que había estado reprimiendo asomó en sus labios.

Daniel arqueó una ceja, pero no dijo nada.

—No deberías haberte ido tan pronto —comentó inesperadamente Ariadna, borrando de un plumazo el momento de juego anterior.

—No, no debería haberme ido tan pronto. Fui un idiota y me lo perdí todo —contestó Daniel con doble sentido.

Sin añadir nada más, la tomó de la mano y tiró de ella mientras murmuraba sobre lo exasperantes que

podían resultar algunas mujeres.

—Por cierto, ¿podrías no hacer planes para mañana? Necesito que vengas conmigo a una boda. Será en el hotel y necesito una acompañante guapa que haga juego conmigo, ¿te viene bien? —le dijo bromeando.

—De acuerdo. Pero que conste que te acompaño solo por el piropo —contestó ella con la misma actitud traviesa.

Ariadna caminaba de la mano de Daniel perdida en sus pensamientos, la había llevado a la villa Borghese y lo más desconcertante, la había invitado a la boda a la que iba a asistir al día siguiente. Al parecer Daniel no pensaba limitarse a compartir exclusivamente la suite con ella, sino que buscaba su compañía. Cada vez le resultaba más complicado seguir el razonamiento de su amigo.

Alejó las dudas y batió palmas mentalmente emocionada por la posibilidad de que las cosas entre ellos pudieran solucionarse, hasta que Daniel volvió a dar un paso atrás... O al menos eso le pareció a Ariadna.

—¿Qué tal le está yendo a Alberto?

—Bien, supongo. No he vuelto a hablar con él desde el día que elegimos las fotografías. Me ha enviado un par de emails, pero eran solo imágenes de paradisíacas playas, supongo que pretende darme envidia —bromeó intentando relajar el ambiente.

—¡Oh!

—¿Qué? —preguntó Ariadna

—¿Elegisteis juntos las fotografías?

—Sí, tuvimos una video conferencia Alberto, Patricia, la jefa de diseño y yo —explicó.

—Creía que...

—¿Qué creías? —pidió Ariadna al ver que se quedaba callado.

—Que estabais juntos —confesó Daniel, fijando la mirada en el Templo de Esculapio. Evitando deliberadamente la reacción de ella a sus palabras.

Ahora le tocó el turno a ella para decir:

—¡Oh! Ya veo.

—¿No lo estáis? —insistió Daniel que quería dejar ese punto claro.

—Nunca he estado con Alberto. Somos amigos, nada más.

Daniel suspiró aliviado, un sonido que no pasó desapercibido a Ariadna, y sintiéndose eufórico y feliz, guió a esta hasta la fontana di Trevi e incluso guardó silencio cuando la morena tiró varias monedas a la célebre fuente. Siguiendo sus pasos, él mismo lanzó la suya, cuidándose mucho de que su acompañante no le viera hacerlo.

Tres horas después, tras regresar al hotel y vestirse apropiadamente, subían a un taxi. Ariadna sabía que iban a cenar, pero Daniel había mantenido en secreto el nombre del restaurante, aunque le pidió al taxista delante de ella que los llevara al 101 de la via Alberto Cadlolo.

Desde su mesa en La Pergola, el único restaurante de Roma con tres estrellas Michelin, las vistas de la ciudad eran magníficas. Se trataba de un restaurante roof-garden desde el que se podía divisar la cúpula

de San Pedro, cuya atmósfera era cálida y la presentación tanto de la comida como del propio restaurante, era impecable. Decorado con tapices de Aubusson, porcelana de Sèvres, un candelabro de bronce del siglo xviii, mobiliario imperial y una maravillosa colección de vidrio soplado a mano de Émile Gallé... Era como estar comiendo en un ecléctico museo.

Ariadna se alegró de haber puesto en la maleta varios vestidos de cóctel, esa noche llevaba un vestido de seda azul con escote asimétrico con un solo tirante. Una cartera de mano del mismo tono azul, unos Louboutin negros y unas medias de fantasía del mismo color completaban su vestuario.

—Parece un milagro que hayas conseguido mesa en tan poco tiempo —comentó Ariadna en voz baja. Daniel rió travieso.

—Lamento decepcionarte, pero no ha sido cosa mía. Ha sido el director del Imperial el que nos ha conseguido la mesa. Creo que ha sido su forma de darnos las gracias por mostrarnos tan conformistas.

—En ese caso, recuérdame que te lo agradezca —dijo riendo Ariadna.

El sommelier se acercó a ellos para aconsejarles sobre el vino que mejor combinaba con lo que pensaban comer. Tras informarle que iban a comenzar con la tan afamada «perla blanca» las ostras a la parrilla con crema de calabaza y un toque de perejil, les aconsejó el champagne.

Tal y como el sommelier les había dicho, la combinación de las ostras y el champagne bien frío supuso una explosión intensa de sabor. Tras las ostras, se decantaron por el tartar de langostinos con caviar de pepino y papaya brunoise, le siguieron las mollejas de ternera doradas sobre puré de cebolla con salsa de higos y para terminar, el postre especial cuya base era el chocolate mezclado con menta y naranja.

Durante la comida charlaron animadamente y bromearon, ayudados por el champagne que los desinhibió por completo. Ariadna recordó cómo habían terminado la última vez que cenaron juntos y se sintió exultante y esperanzada, al fin y al cabo, no estaba Mónica para interrumpirlos en el mejor momento.

—Creo que después de todo, tampoco vas a ser una mala compañera de aventuras —bromeó Daniel, eres más guapa que Sergio y mucho más divertida que Mónica.

—¡Muchas gracias! Acabas de subirme el ego dos puntos —bromeó Ariadna.

—Es cierto —respondió riendo—. Lo eres.

—Entonces ¿dónde quieres ir después de cenar? ¿Te apetece ir a bailar? —preguntó Ariadna riendo.

—En realidad había pensado volver a la suite. Mañana será un día largo, quizás podamos ver una película o algo igual de tranquilo —propuso Daniel.

Ariadna tragó saliva varias veces antes de contestar. La idea de regresar a la suite con Daniel le había secado la garganta.

—Claro, regresemos. Seguro que se nos ocurre algo para no aburrirnos.

Tras la promesa implícita, fue a Daniel a quien se le secó la garganta.

Ariadna se sentía como una adolescente en su primera cita mientras apoyaba la cabeza sobre el hombro de Daniel y aspiraba el aroma de su cuerpo con el corazón acelerado. Inconscientemente Daniel le acariciaba el cabello, absorbido por sus propios pensamientos. La película era una historia romántica de los ochenta en la que dos amigos se daban cuenta de que lo suyo era mucho más que amistad. La historia les tenía atrapados. Ariadna contuvo el aliento en varias escenas a la espera de ver qué hacía el

protagonista y sintió que Daniel hacía lo mismo.

Le había sorprendido que no protestara cuando ella dejó el canal en que la estaban poniendo. Había regresado de la cena con ciertas expectativas aunque Daniel se había mostrado muy considerado cuando la dejó a solas en el dormitorio para que se cambiara de ropa. Había cogido sus cosas y se había ido al cuarto de baño, de manera que ahí estaban los dos, ella con un sugerente pijama de pantaloncito corto y camiseta de tirantes y él con una camiseta interior blanca de manga corta y unos pantalones grises de pijama que hacían que Ariadna solo pensara en quitárselos.

Cuando la película terminó, los dos tenían los músculos doloridos por la tensión.

—¿Vamos a dormir? Si dices que mañana será un día largo... —comentó Ariadna con fingida inocencia.

—Sí, será lo mejor —aceptó Daniel levantándose con cuidado para que Ariadna se apartara de su hombro.

Se acercó decidido hasta el otro sofá en el que habían dejado los cojines que adornaban el que habían ocupado y, sin decir nada, se puso cuatro de ellos bajo el brazo y entró en el dormitorio. Ariadna vio cómo apartaba la colcha y se disponía a colocarlos en fila, separando en dos la cama. No contento con el resultado, regresó al salón y se hizo con tres cojines más.

—¿Qué haces? —preguntó Ariadna incapaz de callar.

—Así dormiremos mejor —se limitó a decir Daniel.

—Como quieras. Buenas noches.

—Buenas noches. ¿Ari? —la llamó para que se girara a mirarle.

Ariadna notó cómo se disparaban los latidos de su corazón. La había vuelto a llamar Ari, y eso solo podía significar...

—¿Qué lado prefieres? —preguntó él.

—Me da igual Daniel —contestó con frialdad.

—Ari, buenas noches —dijo mientras le cogía la mano y se acercaba lentamente a ella, dándole tiempo a retirarse si no deseaba el beso. Estuvo a punto de suspirar cuando ella no se apartó, con ternura la acogió en sus brazos para darle un beso suave y delicado. Un beso con el que Daniel midió el nivel de aceptación y al mismo tiempo le dio la pista necesaria para que ella comprendiera que quería ir despacio, que no pensaba apartarse de nuevo, simplemente no quería precipitarse y hacer que huyera como había hecho cuando él entró a por todas en la ducha el día después de que volvieran a estar juntos.

Ariadna sintió cómo el cuerpo de Daniel reaccionaba al beso. Su erección se pegó a su vientre, lo que hizo que sintiera que sus rodillas flaqueaban. Iba a gemir de anticipación cuando Daniel se separó de ella, le sonrió fugazmente y se metió en la cama por el lado derecho.

Durante casi un minuto no supo cómo reaccionar, ¿qué le había pasado a Daniel? La había besado con dulzura y sensualidad, como si quisiera seducirla con tranquilidad, tomándose su tiempo para hacerlo y cuando ella ya estaba convencida que iba a suceder, de repente se alejaba y se dormía como si no hubiesen compartido el beso más ardiente de sus vidas.

Desconcertada, frustrada y con un calor de mil demonios, se metió en la cama conteniendo las ganas de lanzar por los aires los cojines hasta la otra punta del dormitorio y pegarse al cuerpo caliente del hombre que tanto amaba y que deseaba con la misma fuerza.

Para Daniel había sido casi un milagro que hubiera podido controlarse. La había besado para

desearle buenas noches, porque llevaba desde que se habían encontrado en el aeropuerto pensando en hacerlo, y había cometido un error de cálculo, puesto que ahora iba a ser imposible que se durmiera con ella en la misma habitación. Sobre todo si se acordaba de los diminutos pantaloncitos que llevaba puestos. Iba a ser una noche muy larga y lo peor era que no iba a ser la última que iba a sufrir. Intentó encontrarle un lado bueno, pero estaba demasiado acelerado para hacerlo.

Daniel tenía tanto calor que se levantó sin hacer ruido y se quitó la camiseta interior que llevaba, estuvo a punto de quitarse también los pantalones y sustituirlos por unos boxers pero recordó su decisión de tomarse las cosas con calma y se limitó a la camiseta. Con disimulo miró en la penumbra hacia Ariadna que estaba tumbada de lado hacia él, tenía los ojos cerrados y parecía que dormía, aparentemente ajena a la incomodidad que él estaba viviendo.

Había tenido que ahogar un gemido de frustración cuando había visto a Daniel quitarse la camiseta, volvió a plantearse deshacerse de los cojines, no obstante cerró los ojos con fuerza e intentó olvidarse de dónde estaba y con quién. Si seguía así la noche iba a ser eterna.

Capítulo 27

En cuanto abrió los ojos, Daniel sintió que algo era diferente desde la última vez que los había cerrado. La noche anterior había puesto una débil barrera entre Ariadna y sus instintos, consciente de que sería incapaz de resistirse si la tenía cerca. Después de sus anteriores experiencias con ella, había decidido tomarse las cosas con calma. Ir pasito a pasito y sin cometer errores. No iba a salir corriendo, pero tampoco iba a atosigarla como hizo el día después de la première.

No obstante, a pesar de las medidas que había tomado las cosas no habían salido como él había planeado, durante la noche, los cojines habían desaparecido y ahora tenía a la mujer que le volvía loco literal y metafóricamente, enredada a su cuerpo desnudo de cintura para arriba. La mano izquierda de Ariadna estaba posada sobre uno de sus muslos y la rodilla rozaba peligrosamente su erección mañanera.

Con cuidado para no despertarla, intentó moverse y alejarse todo lo posible del tentador cuerpo dormido, pero Ariadna se desplazaba con él a cada movimiento de evasión de Daniel. Sinuosamente el cuerpo de ella se frotaba con el suyo, encendido y desquiciado por el roce. Suspiró resignado y se quedó quieto apretando los dientes y los ojos con fuerza. Elevó plegarias al Altísimo rogando para que Ariadna no se moviera más, ya que cada vez que lo hacía le resultaba más difícil pensar con claridad.

Ariadna se había despertado todavía frustrada por la actitud de Daniel, primero la besaba y después pretendía que se durmiera como una niña buena. Por esa razón, se había fingido dormida mientras iba deshaciéndose poco a poco de los molestos cojines. Tenía que vengarse por el calentón y qué mejor forma de hacerlo que acercándose a él. De ese modo mataba dos pájaros de un tiro:

1. Se acercaba a su objetivo, algo que Daniel había evitado.
2. Se deleitaba en su contacto.

Había estado tan ansiosa por tocarlo que le había costado horas de dar vueltas y más vueltas en la cama quedarse por fin dormida. Por eso en esos momentos se fingía dormida mientras se pegaba cada vez más a Daniel que ya despierto quería poner distancia entre los dos. Ariadna estuvo a punto de soltar una carcajada al notar los esfuerzos de este por alejarse de ella.

En un ataque de osadía rodó sobre su lado izquierdo y casi se puso encima de Daniel, que gimió al notar la presión del cuerpo de Ariadna sobre el suyo. Llevando más allá la farsa, Ariadna gimió suavemente en su oído. A punto de sufrir un colapso, Daniel la zarandeó con delicadeza intentando despertarla, pero Ariadna volvió a gemir y se frotó con sensualidad sobre la zona más delicada del cuerpo de Daniel.

—Ari —la llamó con la voz ronca por el sueño y algo más...

Ariadna siguió ronroneando en su oído.

—Ari, vamos cariño despierta. ¡Me estás matando! —se quejó Daniel.

—¡Oh! —exclamó ella mientras simulaba despertarse.

Con premeditación y alevosía siguió frotándose contra él para abandonar su cómoda posición sobre él y regresar a la cama.

—Perdona, suelo moverme mucho cuando duermo. Siento que tu barricada no haya resultado efectiva

—comentó con una sonrisa demasiado traviesa para ser inocente.

—¿Mi barricada?

—Sí, bueno. Los cojines.

—En realidad es tu barricada. Los puse para protegerte de mis oscuros apetitos —dijo bromeando al tiempo que se levantaba de la cama.

—¡Qué lástima! Me hubiera gustado descubrir todos y cada uno de ellos —y dicho esto se levantó de un salto y se metió en el cuarto de baño, dejándolo estupefacto y más dolorido que nunca.

Tres cuartos de hora después les servían el desayuno en la salita de la suite. Mientras leía los whatsapp que había recibido esa misma mañana desde el móvil de Mónica:

No me des las gracias, aunque si insistes, las aceptaré.

Por supuesto :p

Como si su amiga pudiera verla por el móvil, le frunció el ceño al teléfono y a punto estuvo de sacarle también la lengua, pero se contuvo consciente de que era una actitud demasiado infantil. Así que en lugar de lamentarse Ariadna optó por intentar cambiar lo que no le gustaba. Estaba más que dispuesta a conseguir la rendición absoluta de Daniel por lo que no se había vestido, llevaba puesto uno de los albornoces que había colgados en el cuarto de baño.

Tenía concertada una sesión completa de spa, por lo que llevaba puesto un diminuto bikini debajo del albornoz. Algo que por supuesto Daniel desconocía. Este por su parte no había hecho planes hasta las cuatro de la tarde cuando entrevistaría a Mario Gobanelli. El enlace sería a las cinco, por lo que Gobanelli le había citado para que pudiera ver cómo se hacía cargo de los últimos flecos, con intención de que el director de *Novia Feliz* viera lo eficaz que era en su trabajo y lo plasmara en su reportaje.

—¿Qué vas a hacer esta mañana? —preguntó una Ariadna sonriente.

—Voy a ir a nadar a la piscina del hotel. ¿Has visto el folleto? —preguntó tendiéndoselo—. La piscina está en la azotea y desde ella se ve Roma.

—Suená bien. Aunque seguramente haga frío allí arriba—aceptó Ariadna.

—Vale que es una piscina al aire libre pero está climatizada —explicó Daniel riendo por la ocurrencia.

—En ese caso, suena mejor que bien.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Voy a darme un masaje con chocolate caliente por todo el cuerpo. En el rostro me haré una limpieza profunda con fango extraído de tierras volcánicas, un masaje facial relajante con una mascarilla sedante de frutos naturales, maquillaje y peluquería. Voy a tener más manos encima de mí que en toda mi vida —comentó con intención de mortificarlo.

—Supongo que lo tuyo es más interesante. A lo mejor si tienes suerte alguna de esas manos pertenece a un hombre, aunque lo dudo. Son trabajos femeninos.

—Te equivocas. El masaje con chocolate me lo va a dar Donato Vanni e imagino que el facial

también, aunque no estoy segura —se sintió triunfal cuando vio que Daniel parpadeaba sorprendido para posteriormente fruncir el ceño enfadado.

Se alegró de haber tenido a Nora como madre, ya que gracias a ella y sus desquiciantes preguntas, era capaz de improvisar una historia sin que se notara que mentía descaradamente.

—Pues que te diviertas. ¿Comerás conmigo o quizás lo harás con Donato, alias «manos largas»? —su voz sonaba airada.

Ariadna rió internamente. Le estaba bien merecido por hacerle pasar una noche como la que había pasado. Ahora que pensara en las manos de Donato acariciándola como él no había querido hacerlo.

—Lo haré, gracias. Pienso divertirme mucho. Y no, no comeré contigo. Tengo sesiones hasta las tres y media, la comida está incluida en el pack. Espero que Donato haga honor al apodo que le has puesto.

—Yo espero que no o tendré que cortárselas —murmuró entre dientes.

—¿Has dicho algo? —preguntó Ariadna fingiendo que no le había escuchado.

—Nada importante.

—¿A qué hora tengo que estar lista?

—Te espero a las cuatro menos cinco en el bar del hotel —sin añadir nada más se dio la vuelta y se marchó sin haber suavizado en ningún momento su ceño fruncido.

Ariadna se levantó de un salto en cuanto escuchó que la puerta se cerraba, se puso las chanclas de goma y sin quitarse el albornoz, indispensable para acceder al recinto, salió por la puerta camino del spa, orgullosa de su pequeña hazaña.

Daniel había decidido hacer ejercicio con la sana intención de descargar tensiones y disfrutar de la fiesta, pero ambas cosas le estaban resultando demasiado complicadas de cumplir, puesto que no podía quitarse de la cabeza la imagen del cuerpo desnudo de Ariadna embadurnado de chocolate mientras era acariciado por grandes manos masculinas.

Maldijo en voz baja e intentó ocupar su mente en otro tipo de tareas menos nocivas para su salud. De modo que repasó mentalmente las preguntas que había preparado para su entrevista con Mario Gobanelli y pensó en ocupar su tiempo haciendo un par de largos más en la piscina. Definitivamente, decidió, la mañana iba a ser interminable.

Ariadna dio un último repaso a su imagen en el espejo del cuarto de baño, y sonrió complacida por el resultado. El vestido de Losson Couture que llevaba le sentaba de maravilla. El color marfil con la combinación de rojo sangre resaltaba el tono claro de su piel. Tejido en punto de seda con un bordado en el cuello realizado a mano en rojo, largo hasta los pies y con abertura lateral, tenía cierto aire persa. Su belleza serena se veía ahora exótica, gracias a la gasa y al tul del vestido. Con el cabello recogido en un moño del mismo estilo farsi, parecía una deidad escapada de la mismísima apadana.

No fue necesario entrar en el bar del hotel donde había quedado con Daniel, ya que estaba esperándola frente a los ascensores, caminando de un lado a otro del hall, impaciente. Ariadna le lanzó

una mirada golosa que comenzó en sus zapatos y terminó en su cabello. Iba vestido de negro, el traje, los zapatos y la camisa que, a juzgar por el corte, debía de ser de Armani. La única nota discordante la ponía la corbata gris con hilos plateados.

—Wow. ¡Estás preciosa! —le ofreció el brazo con una sonrisa deslumbrante—. ¿Qué tal tus masajes? ¿Te atendió el tal Donato, como esperabas?

—El masaje fantástico y sí, fue Donato quien me llevó a la gloria dos veces seguidas esta mañana.

Daniel se paró en seco y la miró con una ceja arqueada y los labios apretados.

—También me hizo el masaje facial, ¿qué habías pensado que quería decir? —preguntó con una mirada inocente.

—Tengo que entrevistar al organizador de la boda. No te importa, ¿verdad? —comentó eludiendo responder.

—Claro que no. Yo ya tengo material para mi sección en *Chic*, ahora te toca recopilar a ti —comentó sonriendo.

—¿Cómo sabes que es para la revista?

—¿Intuición femenina?

—Pues la tienes muy afinada —concedió admirado.

—Lástima que te des cuenta ahora.

—Supongo que es una crítica merecida, pero ahora mismo soy incapaz de adivinar a cuál de mis lamentables meteduras de pata te refieres —la sonrisa traviesa que acompañaba a sus palabras dejó sin respuesta a Ariadna. De modo que se calló que hablaba de Alexia y de su casi accidente y siguió caminando a su lado.

El hall del Imperial comenzaba a llenarse de invitados al enlace, pero Daniel no se paró hasta que llegaron a la zona reservada para ese fin. Varios trabajadores con pinganillos en los oídos les explicaron en italiano dónde tenían que ir, ya que el señor Gobanelli les esperaba en el salón de ceremonias. Siguiendo las indicaciones, llegaron al lugar en el que iba a celebrarse el enlace.

Ariadna parpadeó varias veces antes de convencerse de que lo que veía era real. El altar estaba situado al final del largo pasillo creado por las sillas a ambos lados del salón. Pero esa zona no era la más destacable, lo que le había llamado la atención eran las flores que había elegido la novia, violetas silvestres que adornaban con su precioso color cada rincón del inmenso salón. Los tonos violetas, azules y blancos estaban presentes en cada uno de los componentes del salón: sillas, flores, lazos, velas...

—¿Señor Gobanelli? —preguntó Daniel, sacándola de su ensimismamiento.

El caballero en cuestión era un hombre alto y moreno de unos cuarenta años con ojos oscuros y mirada penetrante. Iba impecablemente vestido con un traje gris oscuro, camisa blanca y corbata del mismo tono que el resto de su indumentaria.

—Signor Onieva, un piacere di incontrarlo di persona.

—Igualmente. Permítame que le presente a la señorita Varela, espero que no le moleste que haya venido acompañado —se disculpó Daniel sonriendo.

—Naturalmente, non. Es una invitada hermosa y será una novia bellísima —la elogió hablando en castellano.

Antes de que Ariadna pudiera darle las gracias, Daniel se adelantó.

—Estoy de acuerdo.

Instantes después Daniel sacó una diminuta grabadora del bolsillo interior de la americana y comenzó la entrevista mientras Ariadna no podía evitar imaginar cómo sería ser la novia.

Capítulo 28

La boda había sido preciosa y la cena, excelente. En esos instantes todos los invitados disfrutaban de una copa mientras sonaba la música en la discoteca del hotel que los novios habían reservado en exclusividad para los invitados al enlace.

De fondo Eros Ramazzotti explicaba la razón por la que se casaría con su canción *Ti sposerò perché*^[7]. No cabía duda de que Gobanelli era un excelente organizador de bodas. Todo había sido de una elegancia exquisita, aunque lo mejor había sido el brindis de los novios cuando se habían retirado las cortinas que rodeaban el salón de banquetes y los asistentes se habían topado con la hermosa ciudad de Roma iluminada rodeándolos.

—¿Qué opinas sobre las bodas? —preguntó Daniel inesperadamente. Quizás espoleado por la canción de Eros.

—¿A qué te refieres? —preguntó confusa con la pregunta.

—¿Sueñas con una?

—La verdad es que acabo de hacerlo —era la primera vez que pensaba en ello, ni siquiera de niña había jugado a ello—. Sobre todo si es tan preciosa como esta.

—Me ha pasado lo mismo, creo que la culpa es de Mario Gobanelli, mañana lo habremos superado —comentó quitándole importancia.

—¿Tú crees?

—Eso espero. Es demasiado pronto para pensar en bodas —la mirada de Daniel era tan intensa mientras hablaba que Ariadna sintió como se le erizaba la piel.

—¿Lo dices porque no tienes pareja?

—Entre otras cosas, sí. No obstante, es la primera vez que una boda entra en mis planes a largo plazo.

—¿Por qué echaste a Alexia?

—Con que sutileza cambias de tema —se burló incómodo por tener que reconocer la verdad sobre lo sucedido con Alexia.

—¿No quieres contármelo? —preguntó Ariadna con una sonrisa triste—. Ojalá algún día me cuentes todo lo que quiero saber. No pierdo las esperanzas, ¿sabes?

Daniel se quedó callado un instante, pensando en cómo iba a tomarse ella la verdad, no solo la verdad sobre el incidente con Alexia, sino la verdad completa.

—Intentó hacernos daño. Intentó hacértelo a ti. No podía consentírselo —confesó mirándole a los ojos.

—¿Me creíste? —preguntó asombrada.

—Por supuesto.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Estaba cabreado contigo —confesó recordando la cena en casa de sus padres en la que Ariadna había contado que se había levantado temprano para hablar con Alberto.

—En realidad siempre supe que me creías —comentó Ariadna en voz baja.

Daniel arqueó una ceja interrogante. Pero no hizo la pregunta.

—Bueno, lo supe mientras cenábamos con tus padres. Cuando dijiste que tu secretaria había posado

para *Novia Feliz*. Tu madre acababa de mostrarme las fotos de tu dormitorio. ¿Sabes? Siempre tuve curiosidad por cómo sería tu habitación, pero nunca antes había entrado. A pesar de que prácticamente vivía en tu casa.

—Siempre que me iba le echaba ese estúpido candado para la bicicleta. Tenía que hacerlo para evitar que Mónica hurgara entre mis cosas —se defendió riendo—. Siempre ha sido un incordio en mi vida, sinceramente no sé cómo tú la soportas.

—¿Por qué las colgaste? —su voz sonó más temblorosa de lo que esperaba. Por esa razón no añadió nada más.

—Tardé menos de una hora en arrepentirme por haberme marchado de Roma. Pero en ese momento me pareció la mejor forma de escapar de ti y de lo que me hacías sentir. Tenía diecinueve años y mis padres eran y son el matrimonio perfecto, mi madre tenía un año más que yo cuando se casó con mi padre y desde ese instante no han vuelto a separarse. Ninguno de los dos va a ningún lado sin el otro, desde que tengo uso de razón mi madre ha acompañado a mi padre en cada viaje que ha hecho, aunque haya supuesto dejarnos a nosotros. Tú me asustaste, lo que sentía por ti, lo que veía en tus ojos cuando me mirabas. Me daba miedo atarme a ti y perderme todo lo demás.

Ariadna soltó el aliento que había estado conteniendo mientras le escuchaba. Por fin le había dado la explicación que tanto había ansiado.

—Siento no habértelo contado antes. Te merecías una explicación —se disculpó.

—Esto no es para nada lo que me había imaginado —confesó Ariadna.

—No, imagino que no. Seguro que pensaste que era por ti.

Ariadna no dijo nada, no fue necesario.

—De nada sirve que volvamos a ayer, porque entonces yo era una persona diferente.

—¿Qué os pasa a ti y a tu hermana con *Alicia en el país de las maravillas*? —comentó Ariadna sonriendo al escuchar la cita de Daniel.

—Mi madre nos obligó a leerla. Varias veces a decir verdad. Pero lo que de verdad me interesa de esta conversación es que me digas si crees que podemos comenzar de nuevo —Ariadna notó la ansiedad en su voz y fue eso lo que renovó sus esperanzas.

—¿En qué sentido comenzar? —sintió un nudo en la boca del estómago. Si él le decía que solo quería ser su amigo iba a ser incapaz de contener las lágrimas. Esperó su respuesta con el corazón desbocado.

—Estamos en Roma y tenemos la noche para nosotros solos. Tú me importas —le dijo, devolviéndole las mismas palabras que ella le había dicho no hacía mucho tiempo. Palabras que no desvelaban mucho—. Tal vez descubras que estamos predestinados. Yo lo descubrí hace tiempo y por mucho que quise esconderme, siempre me topaba con la verdad. ¡Dios! Si hasta me volví a quedar prendado de ti sin saber que eras tú —dijo haciendo referencia a su encuentro en el japonés y a la broma de Ariadna. Un burdo intento por restarle seriedad a sus anteriores palabras.

Suspiró internamente, hasta que la realidad rompió la burbuja en la que se encontraban.

—¿Y qué pasa con *Von*? Somos rivales, no es muy ético que estemos juntos.

—Von tiene que quedar fuera de nuestra suite y de este viaje —comentó Daniel, si iban a intentar superar obstáculos no era buena idea poner el más elevado de todos frente a ellos.

—¿Sin cojines esta vez?

—Sin cojines —aceptó Daniel riendo—. Te aseguro que yo lo pasé peor que tú. Los puse para no atacarte mientras dormía y me encontré con que el atacado fui yo.

—¿Te cuento un secreto? No estaba durmiendo —confesó rozándole provocativa la rodilla con un dedo.

Daniel abrió los ojos asombrado por la revelación fingiendo escandalizarse y acto seguido se puso a reír con fuerza, completamente subyugado por ella.

El trayecto hasta la suite lo hicieron entre apasionados besos e incontenidas caricias. Por primera vez estaban uno frente al otro sabiendo qué podían esperar de su relación. Cómo tocarse para que el deseo ardiera entre ellos... No había expectativas que cumplir ni el temor al rechazo. Solo necesidad de reclamarse y dejarse llevar.

En apenas un minuto las ropas que los separaban habían desaparecido, a ninguno de los dos les importaron los botones arrancados o las cremalleras atascadas. La piel del otro era el único abrigo que necesitaban. Daniel la tomó de la mano y la condujo sin separarse de sus labios hasta la enorme cama que habían compartido la noche anterior. Con delicadeza hizo que se tumbara sobre ella y se tumbó a su lado, observándola admirado, deleitándose en cada curva, cada recodo de ella.

—Eres preciosa. Siempre lo has sido —murmuró enterrando la cabeza en su garganta y resiguiendo con sus labios una línea zigzagueante de sus clavículas a sus senos. Con picardía rodeó la erguida cumbre con la lengua y sopló. Sonrió complacido cuando sintió el respingo de sorpresa de Ariadna. Con cuidado sustituyó la lengua por los dientes consiguiendo que ella se removiera debajo de él, ansiando más caricias como aquella.

—Daniel —se quejó con voz temblorosa.

—¿Qué quieres, Ari? Dime qué necesitas y te lo daré.

Ariadna sintió que iba a estallar de deseo, la promesa implícita en las palabras de Daniel no le había excitado tanto como escucharle llamarla por su diminutivo.

—A ti. Te quiero a ti. ¡Ya! —pidió poniendo énfasis en la última palabra.

—¡Qué exigente! —rió complacido por la reacción de ella.

Ariadna jugó su última baza y con descaro atrapó en su mano la masculinidad palpitante de Daniel.

—Siempre he pensado que deberías experimentar un poco la paciencia —le dijo admirado del carácter decidido de su chica.

—Te aseguro que no me hace falta. Llevo diez años practicándola. Soy una experta en el tema —dijo apretándose a su cuerpo.

Incapaz de resistir mucho más tiempo las caricias de Ariadna, Daniel se colocó entre sus piernas, deslizando las manos con delicadeza por los glúteos para levantarla unos centímetros de la cama, y luego, con una lentitud indolente, lamió y mordisqueó su piel sensible. Mientras sus manos se deleitaban arrasando con el resto de su cuerpo.

Ariadna se arqueó en la cama buscando febrilmente su boca.

—Te juro que quería darte una clase magistral de lo que era la paciencia —dijo él mientras se colocaba—. Pero me estás matando.

Daniel se hundió dentro de ella dispuesto a perderse en su cálido cuerpo. La sensación de ella rodeándole le arrancó un gemido. Ariadna sonrió al tiempo que le clavaba las uñas en los hombros y se retorció lenta y sinuosamente debajo de él.

—Voy a demostrarte las ventajas de la impaciencia —declaró rodeando su cuerpo con las piernas y dándole la vuelta de modo que ahora era ella la que dominaba la situación. Y Daniel, rendido, tuvo que darle la razón.

—Va a ser raro regresar de nuevo a Madrid.

—Humm

—No puedo creer que seas capaz de dormir en un momento como este —se quejó Ariadna.

—Estoy muerto. Jamás pensé que quererte iba a ser tan agotador —se quejó sin darse cuenta de lo que había confesado.

Ariadna se quedó en silencio, asimilando lo que acababa de escuchar. La quería, acababa de decirlo...

—Entonces voy a tener que compensarte por el esfuerzo, ¿no crees? —dijo mientras hundía el rostro en su cuello y lo mordisqueaba.

—Estoy totalmente de acuerdo —concedió Daniel sonriendo travieso.

El domingo era el último día que les quedaba en Roma, se levantaron temprano, se ducharon e hicieron las maletas. Iban a comer en la ciudad ya que su avión salía a las tres de la tarde y tenían que abandonar el hotel a las once de la mañana.

Iban a dejar el hotel cuando Giacomo Casanova se acercó a ellos.

—¿Ya nos dejan?

—Sí, muchas gracias por la reserva que nos hizo en La Pergola —agradeció Ariadna sonriendo.

—Fue un placer. ¿Puedo ayudarles en algo más? ¿Necesitan un coche que les lleve al aeropuerto? —ofreció solícito.

—Muchas gracias, pero nuestro vuelo no sale hasta las cuatro. Vamos a dar un último paseo por su hermosa ciudad —explicó Ariadna.

—¿Y qué van a hacer con las maletas?

—Supongo que las dejaremos en alguna consigna y las recogeremos después —intervino Daniel.

—Pueden dejarlas en mi despacho, nadie las tocará —hizo una señal con la cabeza y un botones se acercó rápidamente hasta ellos—. Alex lleva las maletas de los señores hasta mi despacho, por favor.

—Sì, signore.

—Muchísimas gracias. Es usted muy amable con nosotros —la sonrisa de Ariadna era contagiosa por lo que Giacomo terminó sonriendo con la misma intensidad.

—Es un placer. Espero que vuelvan a Roma de nuevo alguna vez, ¿quizás para su luna de miel? —preguntó con una sonrisa pícaro.

—Puede estar seguro de ello —contestó Daniel con la misma sonrisa.

El director se marchó complacido a atender a otros clientes momento que Ariadna aprovechó para reprender a Daniel.

—¿Por qué le has dicho eso?

—No podía defraudarle. Ha sido demasiado amable con nosotros.

—Supongo que tienes razón. Pero por la misma razón no deberíamos haberle mentido.

—A lo mejor tenemos que cumplir nuestra palabra. Ya sabes, no está bien mentir —dijo con cara de niño bueno.

—¡Estás loco! —se quejó Ariadna al tiempo que se ponía de puntillas para besarle los labios—. Por cierto, ¿dónde vamos a ir a comer? Dudo que vuelvan a darnos mesa en La Pergola —dijo riendo.

—La comida la podemos improvisar. Antes quiero ir a un sitio sin falta.

—¿Dónde? Estás muy misterioso.

—A la fontana di Trevi. Tengo que asegurarme de que volvemos a Roma y para ello es indispensable arrojar una moneda a la fuente.

Ariadna la miró con los ojos abiertos de sorpresa.

—¡Tengo que contárselo a Mónica! Va a torturarte con ello durante semanas —se jactó.

—¿Semanas dices? Seguramente sean meses. Espero que al menos merezca la pena soportarla.

—Seguro que sí —dijo Ariadna mientras le tomaba de la mano y tiraba de él hacia la salida del hotel.

Capítulo 29

Lo primero que hizo Ariadna cuando regresó a Madrid fue ir a casa de sus padres, quería hablar con Jorge y decirle lo que había decidido en el avión que la traía de regreso a Madrid.

Tal y como habían planeado se acercaron hasta la famosa fuente. Ariadna era incapaz de borrar la sonrisa de felicidad de su rostro; comieron en un barecito típicamente italiano y cumplieron con todas las normas aplicables para la primera cita: se besaron entre plato y plato, compartieron la comida, se alimentaron el uno al otro y no dejaron de hablar como si quisieran recuperar en unas horas los diez años que habían pasado alejados. Desde ese día, Ariadna siempre asoció el aroma del orégano y el tomillo a Daniel y a la felicidad más absoluta que había sentido nunca.

—¿Por qué te dejaste el pelo largo? —preguntó Daniel muy serio—. Estaba seguro de haber cometido un error. Creía que no ibas a hacerlo nunca, solo porque te lo había pedido yo.

—No ibas desencaminado. La verdad es que me lo llegué a plantear, pero te lo había prometido y yo siempre cumplo mis promesas.

En el avión siguieron con la conversación y los besos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Se lo vas a contar a Sergio? —Ariadna empezaba a sentirse otra vez insegura. En ningún momento habían hablado de qué iba a pasar después de abandonar Roma. La ciudad había sido una especie de burbuja en la que se habían sentido cómodos y desinhibidos.

—Por supuesto. Se lo voy a contar a todo el mundo. Sobre todo a Alberto —comentó mirándola fijamente para evaluar su reacción.

—Alberto... No me acordaba de él. Le escribiré un email en cuanto llegue a casa, no creo que sea buena idea esperar a que regrese para contárselo. No sería justo.

—No lo sería, es demasiado buena gente para que le guarde rencor.

—¿Rencor?

—Por su culpa me he pasado casi una semana creyendo que había perdido la oportunidad de ser feliz a tu lado. Creía que había esperado demasiado tiempo y tú habías seguido con tu vida.

—¿Por qué pensaste eso?

—Te levantaste temprano para hablar con él... Lo sé. Dicho así, suena un poco paranoico —se rió ahora que sabía que todo estaba bien.

—Alberto siempre ha sido un buen amigo. Nada más.

—Lo sé. Aunque ahora lo que más me preocupa y molesta, a partes iguales, es Mónica —confesó divertido por la expresión desconcertada de su novia—. Estoy seguro que fue ella la que lió a Sergio para organizar el numerito con las suites.

—Te aseguro que fue ella —Ariadna intentaba mostrarse seria acorde con la expresión de Daniel, pero le resultaba complicado, dada la comicidad de su rictus mortificado.

—Esta noche lanzaré la bomba informativa durante la cena en casa de mis padres, ¿quieres venir? Seguramente necesite apoyo moral. Ya sabes, he confraternizado con el enemigo, por no hablar de lo pesada que se pondrá mi hermanita atribuyéndose el mérito de nuestra reconciliación.

—Creo que no, mejor iré a ver a mis propios padres y haré lo mismo que tú. Confesarles que he

confraternizado con el enemigo. De todos modos la competición ya no me resulta tan importante desde que nos informaron que podíamos conservar el puesto en la revista. Me siento muy cómoda en *Chic*, para mí no ganar tampoco sería el fin del mundo...

—Para mí sí que lo sería —dijo con sinceridad—. El equipo es maravilloso, pero ese no es mi lugar. No me veo toda la vida dirigiendo una revista de novias, si fuera deportiva o de coches me lo pensaría. Mi sueño siempre ha sido dirigir una empresa como *Von*, aunque por ti estoy dispuesto a sacrificar mi sueño. Tú eres mi sueño irrenunciable; el otro es canjeable, tú no —la declaración iba mucho más allá de las palabras. Sus ojos eran tan expresivos y brillantes que la verdad se leía en ellos.

El corazón de Ariadna latió desbocado en su pecho. Sin importarle el lugar en el que se encontraban acercó sus labios a los de él. Emocionada y dichosa, atrevida y tímida; las emociones emanaban de ella con tanta fuerza que se sentía aturdida. El beso comenzó cálido y suave, como una caricia breve que los dejaba con ganas de más. Los sentimientos tanto tiempo reprimidos por ambos estallaron en ese pequeño bar en el que se sintieron aislados del mundo.

Se separaron con promesas no pronunciadas y deseos que no tardarían en quedar satisfechos. Sumida en sus recuerdos, Ariadna no volvió a hablar durante el largo rato que Daniel aprovechó para transcribir su entrevista a Gobanelli. El avión despegaba y aterrizaba mientras el corazón y la cabeza de Ariadna se dedicaban a tomar decisiones importantes.

Cuando esa misma tarde Ariadna llegó a casa de sus padres, se topó con que Jorge no estaba, a pesar de ser domingo su padre había ido a su despacho a resolver unos temas urgentes.

Impaciente por compartir su felicidad con alguien le contó a su madre lo que había decidido.

—Cariño, creo que antes de tomar ninguna decisión deberías saber un par de cosas.

—¿Qué sucede mamá? —preguntó con el corazón en la garganta. ¿Qué sabía su madre que la tenía tan pálida y nerviosa? No podía tratarse de nada relacionado con Daniel, él la quería, no se lo había dicho con todas las letras pero lo había dicho, inconscientemente sí, pero en cualquier caso esa confesión tenía más valor porque no había sido racionalizada.

—Es sobre la propuesta para la vicepresidencia de *Von*.

—No voy a cambiar de opinión, para mí era más importante ganarle que el premio en sí. Yo estoy muy contenta con *Chic*...

—Me parece muy bien, Ariadna. Solo necesito que me escuches unos minutos, ¿crees que podrás hacerlo? —preguntó exasperándose y mostrando a la Nora decidida e impredecible que su hija tanto quería.

—Claro, mamá. Puedes dejar el sarcasmo.

—No sabía que lo había cogido... Y eso que dices que no puedo ser ingeniosa —comentó para sí, con una sonrisa radiante dispersándose de la conversación.

—¡Mamá!

—Tienes razón, me he dejado llevar por el entusiasmo —concedió y procedió a contarle la verdad que se ocultaba tras la propuesta.

Cuando Nora le confesó el engaño de su padre y de David, Ariadna no tuvo muy claro si ponerse a reír o a llorar. ¿Se trataba todo de una transacción comercial? ¿Simplemente les preocupaba que todo quedara en familia? Durante casi un cuarto de hora se mantuvo en silencio, atando cabos: la repentina decisión de su madre de acompañarla de vuelta, que su piso estuviera en la misma finca que el de Daniel...

Las náuseas la invadieron cuando se planteó la posibilidad de que Mónica también estuviera implicada en la farsa, pero en seguida descartó la idea. Su amiga siempre le había aconsejado que se olvidara de él y que escribiera una nueva historia con Alberto.

—Tu padre no lo hizo de mala fe —explicó Nora—. Realmente creían que podía haber algo entre vosotros. Cariño, para nadie es un secreto que pasó algo en Italia.

—Mamá...

—No intentes negarlo. Fue extraño que él regresara en mitad de las vacaciones y que tú te negaras a volver a España. Tu padre tuvo que viajar cada vez que tenías vacaciones para poder verte. Y Daniel nunca te visitó, ni te llamó jamás. Pero si hasta cuando Sergio vino a Londres a examinarse del First Certificate se quedó en casa. Y luego cuando te licenciaste solo vinieron Mónica y Sergio de nuevo, sin Daniel.

—No sabía que sospecharas nada. ¿Por qué no me preguntaste?

—Esperaba que me lo contaras tú.

Así que cuando después de acostarse nuevamente con Daniel había recurrido a su madre, ella había fingido no entender lo que pasaba, esperando que ella le contara toda la historia. Darse cuenta de ello la hizo sentir mal. Nora siempre había sido una madre comprensiva y abierta, más que una madre, era una amiga y ella había guardado durante tanto tiempo silencio respecto a lo sucedido en Roma con Daniel que lo había hecho una costumbre.

—Mamá, lo siento. No sé por qué no te lo conté —le dijo intentando contener el llanto.

—Cuéntamelo ahora —le pidió mientras le acariciaba el pelo con cariño—. Si quieres, claro.

—Sí quiero...

Y fue entonces cuando se liberó de la carga que había sostenido durante tanto tiempo. Del temor de volver a equivocarse, de tomar la decisión incorrecta.

—Voy a renunciar a la vicepresidencia, no es una venganza contra papá y sus tejemanejes. Simplemente es que Daniel me importa más que el puesto.

—Estoy orgullosa de ti. Ojalá yo hubiese sido tan valiente como tú y no me hubiese ido sin luchar por tu padre.

—Gracias mamá. Pero ahora tengo que hacer lo más difícil, decírselo a papá y a mi novio.

Daniel llegó a casa de sus padres como cada domingo impaciente por cenar y marcharse a casa aunque en esta ocasión fuera por otras razones mucho más interesantes que escapar de su mordaz hermana. Ariadna no había aceptado su proposición de acompañarle a la cena de modo que estaba impaciente por volver a verla y disfrutar de su nueva relación.

Se había propuesto llegar pronto para tener unos minutos a solas con su padre, pero para su

consternación y sorpresa, Mónica ya había llegado cuando él entró por la puerta. Con el ceño fruncido por la molesta intromisión, saludó a sus padres y a su desesperante hermana.

—¿Por qué pones esa cara? ¿No me digas que has vuelto a meter la pata? —pidió con los ojos abiertos de sorpresa.

—Ariadna y yo estamos juntos —dijo de golpe, lo suficientemente alto para que sus padres se enteraran.

—Eso es maravilloso, cariño. Es una chica estupenda —aplaudó Marina riendo de felicidad. Siempre había esperado que su hijo y la hija de su amiga Nora terminaran juntos.

—Lo es mamá.

—Muy bien, hermanito.

—Gracias por tu intervención —le dijo a Mónica con sinceridad—. Por muy exasperante que seas, he de reconocer que tu ayuda me vino muy bien.

Su hermana le ofreció una sonrisa exultante, no estaba acostumbrada al reconocimiento de Daniel.

—Papá, en realidad necesito que hablemos sobre *Von*. Estoy enamorado de Ariadna y no me parece justo competir con ella por un puesto. Quiero retirar mi candidatura a la vicepresidencia.

—¿Os habéis puesto de acuerdo o qué? ¿Es vuestra venganza por nuestra intromisión? —preguntó David nervioso.

—¿De qué hablas papá? —preguntó Mónica.

—Os dije que no estaba bien —se quejó Marina al tiempo que se iba a la cocina murmurando sobre preparar tilas para todos.

Capítulo 30

Antonio ya no estaba en la portería, de modo que si quería estar informada del regreso de Daniel no tenía más remedio que bajar ella misma a su piso y llamar a la puerta. El reloj de la cocina anunciaba que eran las once y media. Cogió las llaves y el móvil de la mesita del comedor y salió disparada por la puerta.

Daniel tenía el móvil apagado así que no había otra forma de hablar con él. Abrió la discreta puerta que conducía a las escaleras y comenzó a bajarlas entre impaciente y asustada. ¿Se habría enterado Daniel de que había rechazado la vicepresidencia de *Von*? ¿Se lo habría tomado mal?

Aceleró el descenso y el sonido de sus pasos quedó amortiguado por las preguntas que vagaban en su cabeza. Perdida en sus cavilaciones topó con Daniel a mitad del tramo del segundo piso. Era evidente que él subía a su casa.

—¡Daniel! —exclamó sorprendida.

Él no contestó, la acercó más hasta su cuerpo y la besó con ansias. Las luces de la escalera se apagaron pero ninguno de ellos hizo nada por volver a encenderlas. El beso cambió cuando Daniel la empujó con delicadeza contra la pared, Ariadna se colgó de su cuello y enroscó sus piernas a la cintura de él.

—¿Qué pasa? —preguntó jadeante por sus besos.

—Te quiero, Ari. Te necesito.

—Yo también te quiero y te necesito. Estaba preocupada porque no me cogías el teléfono —se quejó.

—Me quedé sin batería. Y después mi padre me contó lo que habían hecho y lo que habías hecho tú y yo...

—Lo he hecho porque tú también eres irrenunciable para mí.

—No voy a aceptarlo. Yo también he renunciado a vicepresidir *Von*, lo hice antes de saber que tú lo habías hecho y no hay nada que puedas decir que haga que acepte el cargo si tú no lo compartes conmigo.

—No creo que nuestros padres necesiten dos vicepresidentes —se rió Ariadna.

—Pues van a tener que hacerlo. Sobre todo si quieren compensarnos por la encerrona. Y si no lo hacen nos negaremos a darles nietos —dijo inclinándose de nuevo sobre sus labios.

Ariadna sintió cómo el estómago le daba un vuelco, hijos con Daniel...

Cuando Ariadna abrió los ojos eran más de las nueve de la mañana del lunes. Se habían dormido y llegaban tarde al trabajo.

—¡Daniel! Nos hemos dormido.

—Humm

—Es tarde —se quejó mientras se levantaba de la cama a toda prisa.

—Ari.

«*Oh no, ahora no*», pensó Ariadna al escucharle llamarla así.

—Cariño, llamaremos a la oficina. No es tan grave. Pero antes de dejarte marchar quiero hacer una cosa con la que llevo soñando desde hace semanas.

Ella rió al comprender por dónde iban los pensamientos de su novio.

—¿Qué quieres hacer?

—Dúchate conmigo. Me lo debes.

—De acuerdo, pero... No estoy lo suficientemente sudada para hacerlo.

Daniel arqueó una ceja, travieso.

—Creo que en eso puedo ayudarte —dijo sonriendo.

Con agilidad la cogió por la cintura y la arrastró hasta sus brazos.

—Pero si quieres sudar... Vas a tener que hacer ejercicio, ¿no crees?

—Por supuesto —accedió ella tomando las riendas de la situación y sentándose a horcajadas encima de él—. Ahora tienes que ser un niño bueno y dejar que yo haga mis ejercicios.

Daniel gimió bajito cuando ella se removió sobre su vientre. Pero en ese momento llamaron a la puerta. Los dos se sorprendieron, pero ninguno hizo el gesto de levantarse para abrir.

—¡Ariadna, sé que estás con mi hermano! —gritó Mónica a través de la puerta—, me lo ha dicho Antonio.

—Ignórala, se cansará y se irá —aconsejó Daniel.

—No pienso irme —anunció la rubia.

—Te dije que era bruja —se quejó su hermano—. Deshazte de ella. Te espero en la ducha.

—Vale.

Ariadna cogió la camiseta que Daniel había llevado la noche anterior y se la puso para abrirle la puerta a su amiga.

—Buenos días, Mónica.

—Déjate de buenos días. Estoy muy enfadada contigo. ¿Cuándo pensabas venir a hablar conmigo?

—Bueno iba a invitarte a comer, pero nos hemos dormido y...

—¿Ibas a invitarme a comer? —la interrumpió.

—Sí.

—Bueno, en ese caso... Supongo que puedo esperar más que mi hermano, que ya ha asomado la cabeza dos veces —dijo encaminándose a la puerta.

—¡Qué magnánima eres, hermanita! —la felicitó Daniel desde el baño.

—Lo sé. No lo olvides y ponle mi nombre a tu primera hija —pidió Mónica riendo.

Ariadna se sorprendió de que en menos de veinticuatro horas los dos hubiesen hecho referencia a los hijos. Le sorprendió lo mucho que le gustaba la idea, pero claro hasta llegar a ellos había mucho que practicar. Se dio la vuelta con una sonrisa y se dirigió hasta la ducha que tenía pendiente con el hombre de su vida.

—No puedo creer que por fin esté a punto de ducharme contigo —comentó parado frente a ella en el cuarto de baño.

—Lo que yo no puedo creer es que hables tanto en un momento como este —dijo Ariadna al tiempo que iba despojándose con sensualidad de la ropa.

—Estoy nervioso.

—¿De verdad?

—Humm —las palabras se le quedaron atascadas cuando la última prenda que Ariadna llevaba tocó el suelo.

—Te espero en el agua.

Más tarde Ariadna se preguntaría cómo había sido capaz Daniel de desnudarse con tanta rapidez pero en ese momento ni siquiera se planteó la pregunta.

Ariadna fingió no notar su enorme presencia y abrió el chorro del agua. Deliberadamente se agachó rozándose contra él para coger el gel. Sin mirarle siquiera lo abrió y depositó una pequeña cantidad en sus manos.

—Así no es como lo había soñado —se quejó Daniel.

Aguantándose una sonrisa se frotó las manos para que saliera jabón y con delicadeza las posó sobre el sexo de él, embadurnando y lavando con cuidado.

—¿Se va acercando a tu sueño? —preguntó con picardía.

—Humm.

Ariadna cogió el teléfono de la ducha y acercó el chorro hasta Daniel para aclarar el jabón que le cubría. Daniel alzó los brazos hasta sus pechos, pero ella se lo impidió.

—Es tu sueño. Tú eres el protagonista, ¿recuerdas? —con cuidado le empujó contra la fría pared de azulejos y sin darle opción a responder se arrodilló frente a él y le tomó con su boca. La reacción de Daniel fue automática, primero gimió al notar la calidez que lo envolvía y después dirigió sus manos al cabello de ella para intentar controlar la situación, algo que Ariadna no pensaba permitir. Con la firme decisión de volverle loco de deseo comenzó marcando un ritmo sensual y lánguido para ir incrementándolo después. Succionó, lamió y mordisqueó y cuando notó que Daniel no aguantaba más, relajó su garganta y engulló todo su miembro. El gemido de Daniel mientras se derramaba en su boca hizo que su sangre ardiera como fuego.

Daniel la ayudó a levantarse del suelo y la instó a que apoyara las manos sobre la pared de azulejos de la ducha. Mediante caricias hizo que abriera las piernas y se colocó tras ella, no habían pasado ni dos minutos y ya estaba bien dispuesto.

—¿Daniel? —preguntó Ariadna al ver que no hacía ningún movimiento.

—Cariño, déjame gozar de mi sueño —pidió pegándose al cuerpo mojado de ella.

Sus manos se dirigieron hasta los pechos mientras que su boca se centró en su cuello y en el hueco de su oreja, Daniel presionó su dureza contra el trasero de su chica y esta gimió ansiosa por tenerle. Soltando uno de sus senos llevó su miembro hasta la cálida entrada y la penetró. El deseo estalló con tanta fuerza en ellos que acabaron sentados en el suelo cuando las fuerzas terminaron por abandonarles.

—Ari —llamó Daniel cuando por fin pudo hablar.

—¿Sí? —contestó con voz queda.

—Gracias por mi sueño.

—Cuando quieras.

—No puedo creer que hayas organizado la tan mentada fiesta del reencuentro un martes —se quejó Mónica a su novio mientras bajaban los cuatro amigos en el ascensor.

—¡Es San Valentín! —se defendió Sergio.

—Lo sé. Aunque no estaba segura de si tú lo sabrías —dijo con cara triste.

—Tranquila cariño —lo celebraremos después a nuestra manera.

—A mí me encanta la idea de celebrar la fiesta hoy. Al fin y al cabo os quiero a los tres —comentó Ariadna sonriente.

—Espero que a mí me quieras un poco más que a estos —pidió Daniel controlando el impulso de aplastarla contra la pared del ascensor y besarla hasta que se les doblaran las rodillas a los dos.

—Por supuesto. Tú eres mi favorito —sentenció Ariadna de excelente humor.

—¡Traidora! —se quejó Mónica guiñándole un ojo.

Una vez en el garaje, Sergio se empeñó en que fueran en un solo vehículo con la intención de mantener la intriga del lugar de la cena por más tiempo. Ninguno se sorprendió cuando le vieron tomar la ruta del centro, ni tampoco cuando le vieron aparcar frente a la misma hamburguesería de siempre.

—¿Os ha gustado la sorpresa? —preguntó ante el silencio de sus acompañantes.

Daniel que iba sentado en el asiento del copiloto se giró para hablar con su hermana.

—Lo siento Moni, ahora eres su novia. Te toca a ti darle las malas noticias.

—¿Qué malas noticias? —preguntó Sergio cada vez más descolocado.

Mónica miró a Daniel airada, pero cambió su expresión para mirar a su chico.

—Cariño, no sé cómo decirte esto con delicadeza. Verás, no ha sido una sorpresa para nadie. Todos sabíamos adónde nos llevabas, pero —añadió intentando animarle— estamos encantados de comer una hamburguesa e ir después al cine.

—¿También sabéis lo de la película? —exclamó Sergio llevándose las manos a la cabeza—. Aunque al menos habéis fallado en lo del cine, la veremos en mi casa, me han prestado un home cinema que os va a encantar.

Ariadna rezó para que en su trabajo Mónica mostrara un poco más de tacto, porque era pésima para las sutilezas.

—Seguro que sí, ya nos encanta que te hayas tomado tantas molestias por nosotros —le dijo Ariadna intentando animarle.

—Hombre, tanto como que nos encanta —Daniel se calló de golpe al ver las miradas asesinas que le dirigieron las mujeres—. ¡Nos encanta!

Epílogo

Roma, Julio de 2012

—Sabía que no me equivocaba. Eres una novia bellísima —aplaudió Mario Gobanelli al tiempo que abandonaba el saloncito en el que esperaban que comenzara la ceremonia—. ¡Voy a buscar al padrino!

—De acuerdo.

—Es cierto cariño, estás preciosa —corroboró Nora con la voz estrangulada por la emoción.

Ariadna inspiró varias veces para contener las lágrimas. Había vuelto a Roma, esta vez para casarse con el hombre al que amaba. Daniel le había sorprendido con una romántica petición. Tras muchos años sin jugar al ajedrez, la había retado tras cenar en casa. Como siempre Ariadna había escogido las negras. Jugaba tan concentrada que no se había dado cuenta de que la reina blanca llevaba una corona diferente hasta que su torre no la derribó. Sin apartar sus ojos de su chica Daniel le quitó la corona a su reina y la deslizó con cuidado en el dedo de la mujer que amaba, Ariadna estaba tan sorprendida y emocionada que no supo qué decir.

—¿Me dejarás compensarte cada día por estos últimos diez años alejados?

—Sí, sí. Te quiero.

—Te quiero, Ari. Desde que reapareciste en mi vida todo tiene sentido. Me levanto cada mañana con una sonrisa porque eres lo primero que veo cuando abro los ojos y me acuesto con la misma sonrisa, porque tu imagen es la que me acompaña cuando duermo. He aprendido muy rápido a necesitarte, pero sé que seré incapaz de aprender a dejarte ir. Te necesito para siempre...

—¿A qué no sabéis qué acabo de ver? —preguntó Mónica entrando como un torbellino en el saloncito y sacando a Ariadna de golpe de su ensoñación.

—No cielo, ¿qué has visto? —Marina se secó disimuladamente las lágrimas mientras esperaba que su hija les contara.

—A Alberto y a Alba, la secretaria de Daniel...

—¡Qué encanto de chico! —interrumpió Nora para preguntar inmediatamente después— Por cierto Mónica, ¿cuándo os casáis tú y Sergio?

—Nosotros no creemos en la institución. Está obsoleta y es asfixiante para la mujer —explicó Mónica con la nariz levantada.

—¡Mónica! —la regañó Marina

—El año que viene, nos casaremos el año que viene, cuando yo termine mi residencia.

Marina sonrió de nuevo de buen humor.

—Muy bien. Por cierto, Mónica ¿qué sucede porque hayas visto hablar a Alba y a Alberto? Ais, contigo siempre me pierdo —se quejó después de cambiar abruptamente de conversación.

Mónica se mordió la lengua, consciente de que Nora no lo hacía a propósito y de que era la boda de su mejor amiga y de su hermano y contestó con su mejor sonrisa.

—Me refiero a que los he visto coqueteando muy sonrientes.

—Pues me alegro mucho. Alba es muy buena chica y Alberto es maravilloso...

No pudo seguir porque Mario Gobanelli entró dando órdenes a Jorge para que cogiera a su hija del brazo y desfilaran hasta el altar.

—Vamos bella, tu uomo te espera —le dijo Gobanelli con una sonrisa cómplice.

Ariadna notó el perfume de las violetas en cuanto comenzó a andar con su padre por el salón camino del altar. Solo dos colores inundaban la sala, el crema y el violeta en toda su gama cromática.

La ceremonia fue preciosa. El hotel se volcó con la boda, Giacomo Casanova acudió con su esposa como invitado y no como director del hotel en el que se celebraba el enlace. Los asistentes disfrutaron de la comida, de las vistas y de la posterior fiesta.

Incluso Meredith pareció hacerle ojitos a un tío de Marina que la miraba muy sonriente y se mostraba solícito con ella.

Los novios iban a retirarse a su suite cuando sus padres les llevaron a parte.

—Jorge y yo hemos estado pensando y vamos a retirarnos definitivamente de *Von* —anunció David.

—Ahora que tu madre ha vuelto y que ha aceptado casarse conmigo de nuevo, no voy a volver a cometer el mismo error —explicó Jorge.

—Me parece bien que queráis disfrutar de vuestra vida. Aunque solo mamá sea capaz de casarse dos veces con el mismo hombre —comentó la novia riendo por la excentricidad.

—Pienso lo mismo que mi esposa —«*Mi esposa*», pensó Daniel, «*qué bien suena*».

—Perfecto, porque necesitaremos un presidente, ya sé que tenemos dos estupendos vicepresidentes —dijo David sonriéndoles— pero habíamos pensado comprobar cuál de los dos era más idóneo para el cargo de presidente.

—¡Oh no! Otra vez no —dijeron los novios al unísono.

—Disfrutad de la boda. Nosotros haremos lo mismo —pidió Daniel. Y sin añadir nada más tomó a su esposa en brazos y se dirigió hasta los ascensores sin dejar de besarla.

Agradecimientos

Son muchas las personas que, consciente o inconscientemente, me han inspirado o ayudado para que este libro fuera posible. Espero no olvidar a nadie, si es el caso, espero que no me lo tengan en cuenta:

Quiero agradecer a Ruth M. Lerga por las horas frente al ordenador leyendo cada capítulo, casi al mismo ritmo en que yo lo iba escribiendo. Gracias por los consejos y las críticas (especialmente por esto último, eres la mejor sacando la escobilla. Gracias)

Gracias a mi familia por estar siempre a mi lado, incluso cuando me evado y parece que no estoy.

Gracias a mis tres mosqueteras: Elena, Lorena y Claudia. Gracias por apoyarme y por creer en mis letras.

Un abrazo enorme y colectivo a los maravillosos blogueros valencianos, gracias por no fallarme nunca. Ya sabéis que os quiero: Anabel, Sergio, Amparo, María, M^a Carmen, Judit, las dos Arans, Ali...

A la blogosfera literaria: Natalia de Arte Literario, María Cabal, Nune, Marie April, Merche y un largo etc. Gracias por la enorme labor de difusión de la literatura que hacéis.

Gracias a Patricia, por todos los cafés con leche que nos hemos tomado hablando de mis personajes y sus historias.

Y por supuesto gracias a los lectores sin los que nada de eso sería posible.



OLGA SALAR, nació en Valencia un veintidós de enero. Pasó su niñez entre los libros de El pequeño vampiro de Angela Sommer Bodenburg, y desde entonces no ha parado de leer, su afición literaria se convirtió en algo más cuando se licenció en Filología Hispánica.

En diciembre de 2009 creó el blog literario Luna Lunera (Diario de una Lunática) del que es administradora. Gracias a él es conocida en la red como Olga Lunera. Es también la fundadora del Club Cadena de Favores en Facebook Reparte su atención entre la literatura juvenil y la romántica adulta. Y será en estos dos géneros en los que se ubicarán sus novelas.

Notas

[1] En ruso: «hasta mañana». <<

[2] No tengo miedo // de tomar de decisiones // que todo el mundo // agarre mi mano // Caminemos juntos a través de la tormenta // sea cual sea el clima, haga frío o calor // Solo quiero que sepas que no estas solo // grita si sientes que has pasado por lo mismo que yo. <<

[3] Tócame // llévame a otro lugar // enséñame // sé que no soy un caso perdido. <<

[4] «Encanto» en francés. <<

[5] Debiste haber estado besando a un tonto // Te lo dije, debiste haber estado besando un tonto. <<

[6] Tu piel salada y cómo se mezcla con la mía // lo que siento es que estamos // completamente entrelazados // no es que no me importara // es que no lo sabía // no es lo que no sentía // es lo que no mostraba // Así que déjame hacer // y te liberaré. <<

[7] «Me casaré contigo porque» <<

Índice

Íntimos enemigos	3
Capítulo 1	8
Capítulo 2	14
Capítulo 3	23
Capítulo 4	32
Capítulo 5	40
Capítulo 6	50
Capítulo 7	57
Capítulo 8	64
Capítulo 9	70
Capítulo 10	77
Capítulo 11	82
Capítulo 12	88
Capítulo 13	94
Capítulo 14	100
Capítulo 15	106
Capítulo 16	110
Capítulo 17	114
Capítulo 18	118
Capítulo 19	122
Capítulo 20	128
Capítulo 21	132
Capítulo 22	136
Capítulo 23	140
Capítulo 24	146
Capítulo 25	150
Capítulo 26	155
Capítulo 27	160
Capítulo 28	165
Capítulo 29	170
Capítulo 30	174
Agradecimientos	180
Autor	181
Notas	182